This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

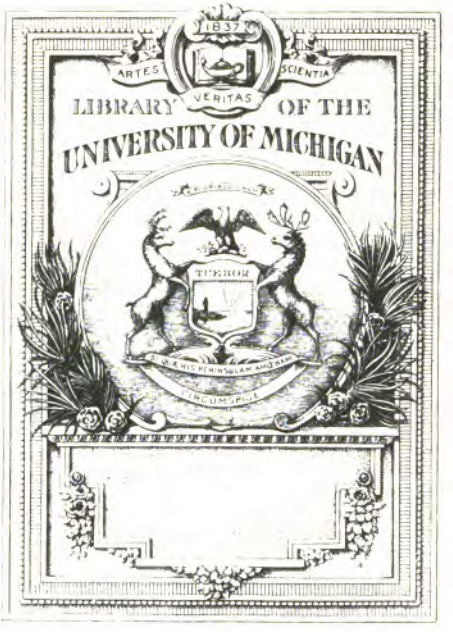
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 1,011,817

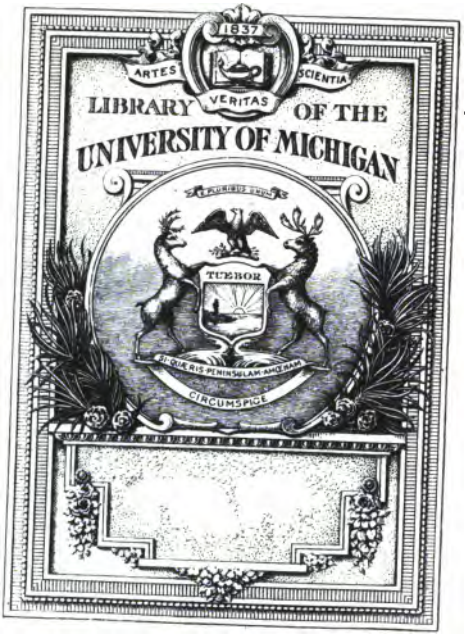
BALTASAR GRACIÁN

TRATADOS

EDITORIAL SATURNINO CALLEJA S.A.
MADRID


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR

868
G73t


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

868
G73t

BIBLIOTECA CALLEJA
SEGUNDA SERIE

BALTASAR GRACIÁN

TRATADOS

EL HÉROE.—EL DISCRETO.—EL ORÁCULO

BALTASAR GRACIÁN

1601-1658

TRATADOS

EL HÉROE.—EL DISCRETO.—EL ORÁCULO

EDICIÓN Y PRÓLOGO

DE

ALFONSO REYES

MCMXVIII

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1876

MADRID

PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS

COPYRIGHT 1918

by CASA EDITORIAL CALLEJA

Imp. Martín de los Heros, 65.

9/27/27 MPK
Spanish
Library
5-19-29
14732

PRÓLOGO

El 8 de Enero de 1601 nació Baltasar Gracián, en Belmonte, a dos leguas de Calatayud. No poseía la familia grandes recursos, y todos los hermanos abrazaron la vida religiosa. Tras de hacer sus primeros estudios en Toledo bajo la dirección de un tío suyo, Gracián vuelve a Aragón e ingresa en los colegios de la Compañía de Jesús (Calatayud, Huesca), donde primero como discípulo y acaso después como preceptor, se ejercita en aquel latín de seminario, lleno de elegancias y sutilezas, que tanto ha de influir en su estilo.

Pronto debió de comenzar su amistad con D. Vincencio Juan de Lastanosa. Este gran señor y mecenas, a quien sus aficiones estudiosas alejaban de la vida pública, había logrado reunir en su espléndida residencia de Huesca una biblioteca escogida, una valiosa colección de pinturas, un primoroso museo de medallas y antigüedades. En sus jardines cultivaba las plantas más exóticas, cuyas semillas distribuía generosamente entre los aficionados. Era, en todo, el padre de su pueblo. En su casa, como en pequeña academia, reunía a algunos amigos. Allí conoció Gracián, entre otros, al cronista Andrés de Uztarroz

al capitán Pablo de Parada y a cierto canónigo Salinas.

En el seno de esta sociedad de anticuarios y coleccionistas—que seguramente colaboraban un poco en los libros de Gracián, y a quienes él gusta de recordar, fingiendo, por ejemplo, que dialoga con ellos,—fué éste depurando su preciosismo innato y su afición a las buenas frases y a las salidas oportunas. Como en los salones franceses de la buena época, en aquella casa se cultivaba la conversación. La conversación es la mitad de la vida, es la función superior del hombre, — afirma Gracián. — Y nunca se cansa de aconsejar a su discípulo el estudio de las buenas formas.

En este ambiente, tan superior al de la corte para la primera educación artística, pudo prepararse la obra de Gracián: flor de invernadero, y quinta esencia de alma española.

El 25 de Julio de 1635 hizo Gracián profesión de los cuatro votos. Hasta entonces — explica su crítico (1)—su vida discurre en un silencio fecundo; entonces comienza la etapa de la producción. Bajo los apremios del mecenas o de los hijos de éste, van apareciendo, uno a uno, los libros de Gracián, impresos en diminutos volúmenes y disimulados con seudónimos, porque sus asuntos parecían demasiado mundanos para un religioso. El primero, *El Héroe,* se publica en 1637, aunque la edición más antigua que de él nos ha llegado es de 1639.

En esta obra aparece ya Gracián dominado por esa tendencia moral que habrá de orientar todos sus libros. La educación del hombre es el tema fijo de este ensayista: su educación para el éxito social, para la felicidad inteligente, para el descubrimiento y desarrollo de la vocación. A los pies del hombre yace toda la naturaleza como un vivo símbolo de ense-

---

(1) ADOLPHE COSTER, *Baltasar Gracián (1601-1658)*, Revue anique, 1913, tomo XXIX.

ñanza: para aconsejarle la virtud abre su cola el pavo real, y el buho medita para aconsejarle la sabiduría.

Con verdadera sagacidad, Gracián comprende que muchas virtudes naturales son adquiribles por la imitación y el ejercicio. El es, en el fondo, un hijo de Loyola: cree en los "ejercicios espirituales", que no son otra cosa los "primores" de su *Héroe*. No cree que la elegancia del hablar o la virtud del obrar sean reducibles a preceptos: no escribe tratados de retórica ni de ética, sino que se fía de esa plástica trascendental que hace al alma esforzarse por reproducir las formas que ama; y así, entusiasma y excita a la emulación de los grandes modelos. Rodó hubiera dicho que Gracián pretendía sembrar en el espíritu "la simiente de una palabra oportuna".—Como, por otra parte, hay virtudes verdaderamente inadquiribles, Gracián aconseja a los hombres que midan cuidadosamente sus fuerzas antes de empeñarse en lo imposible, y que se conformen con admirar lo que no merecen.

Cualesquiera que sean las diferencias en cuanto al fondo, el *Héroe* de Gracián procede del *Príncipe* de Maquiavelo: obras ambas en que la razón no retrocede ante el objeto escogido por la voluntad. Sólo que el Príncipe es humanísimo, funda el mundo sobre su entendimiento, y para él todo azar es un enemigo que vencer. El Héroe, en cambio, tiene algo de milagroso, y todo azar es para él una manifestación de la Providencia, que siempre se apresura a auxiliarlo.

En la primavera de 1640, nuestro fino aragonés recorre la corte de Madrid, admira las casas de los grandes, examina sus colecciones de alhajas — sin que se le escape el oro falso del valor cortesano,— pasea por el palacio del Buen Retiro y, en uno de los estantes de la real biblioteca, descubre, con cierta sonrisa, un ejemplar del *Héroe*: el libro había corrido con suerte. — Entre sus amigos de la corte, mí

tarde recordará con agrado al poeta D. Antonio Hurtado de Mendoza.

Vuelto por breve tiempo a su tierra, Gracián atiende en su enfermedad a su muy admirado y amado duque de Nocera, y le dedica *El Político*. Perdida la edición primera de 1640, sólo conservamos la de 1646. No es esta obra de lo mejor de Gracián. Se alarga demasiado elogiando, de una manera muy retórica, las virtudes del Rey Católico, y las compara con las de todos los monarcas y capitanes famosos. La filosofía que domina a la obra—lugar común de la política de su tiempo—parece reducirse a esto: la heterogeneidad étnica y lingüística de España es su gran fatalidad nacional; para gobernarla, haría falta un nuevo Fernando. Por los días en que se escribió este tratado, las sublevaciones de Cataluña eran una seria amenaza. Pudo proponerse Gracián aconsejar al rey, en forma indirecta y disimulada, que apareciera él mismo en persona a la cabeza de sus ejércitos, a imitación de Fernando el Católico. En cuanto a las condiciones del monarca—de que Gracián cree ver un dechado en el rey Fernando—más se deben a la naturaleza que al arte.

De regreso en la corte, los cuidados de la predicación ocupan de tal suerte a Gracián que no le dejan tiempo para contestar las cartas de sus amigos. Sin embargo, se da maña para acabar una obra tan complicada y difícil como es el *Arte de Ingenio,* que se publica en Madrid, a principios de 1642.

Se considera esta obra como un verdadero código del "conceptismo", tendencia literaria que floreció durante el siglo XVII en España, aunque sus raíces son muy hondas. Consiste el conceptismo en un abuso del ingenio, que ya se manifiesta en retruécanos o en acertijos, ya en imágenes rebuscadas, ya en el empleo inmoderado de la alegoría—método a que los comentaristas judíos de España habían acudido con exceso para sus estudios bíblicos;—o ya, finalmente, en el abuso de las antítesis, simetrías de la frase, com-

binaciones de palabras semejantes: primores éstos que parecen heredados de la prosa decadente de los Padres griegos y latinos (1).

Porque Gracián era un escritor conceptista: al leerlo, nos sorprenden de tiempo en tiempo los caprichos de su estilo viciado. Claro está que no todo es defectos en su procedimiento, al contrario: a fuerza de ser sentencioso, Gracián deja de ser prolijo. Se esfuerza por hallar la palabra única. Abandona la castiza tradición del párrafo largo. La vieja frase que—como ha dicho de la frase de Buffon no sé si Sainte-Beuve—a duras penas se resigna a acabar, se vuelve en Gracián breve e incisiva. Tan lacónico es que es oscuro; y en los trataditos que aquí publicamos especialmente, se nota demasiado el tonillo y el ansia de hablar en oráculos. Su frase, a pesar de lo varonil de la idea y lo seco del giro, flaquea por el abuso de ciertos recursos femeninos, y es fácil encontrar en sus párrafos pequeñas series de octosílabos y de endecasílabos.

Pero la lengua no tuvo secretos para él. Y, sobre todo, nunca desperdició sus recursos técnicos en asuntos insignificantes, como acontece por ejemplo con otro gran conceptista—Quevedo—cuando pierde el tiempo en burlarse de los barberos o de los médicos. Gracián busca siempre el corazón del hombre, y nos tiene siempre inquietos, como verdadero estratega del trato humano. La lectura de Gracián puede ser una esgrima del ingenio, pero es también una gimnasia del entusiasmo.

Vuelto a Zaragoza, Gracián aprecia la creciente importancia de la guerra de Cataluña: la toma del castillo de Monzón, la fuga de la abadesa que se recuesta en el brazo de su canónigo, los hombres ricos

---

(1) Sobre la diferencia entre el «conceptismo» y el «culteranismo»—otra tendencia revolucionaria de la época—hay una nota en las *Páginas Escogidas de Quevedo* de esta misma colección, págs. 329-330.

convertidos en limosneros, todo esto pasa en desordenada visión por sus cartas. El 27 de Julio de 1642—como parecía desearlo en el *Político*—vió entrar a Felipe IV en Zaragoza, reanimando con su presencia al pueblo.

Al año siguiente (continúa la guerra), Gracián es rector del Colegio de Tarragona. Mientras el mariscal La Mothe intima el sitio, Gracián recoge antigüedades para Lastanosa: una moneda romana, una cornalina con el busto de Ovidio. Removido a Valencia por 1644, envía a Lastanosa un sello anular con una figura ecuestre, útil para el estudio de la antigua caballería española. Pero lo que más le agradó en Valencia fué la biblioteca del Hospital, donde pudo dar la última mano a su nuevo libro, *El Discreto*.

Lastanosa hizo publicar *El Discreto* mediado el año de 1646. Es una colección de ensayos cada uno dedicado a un "realce". Se supone que fueron destinados a la lectura académica, y que los elogios a señores que aparecen hacia el final de casi todos vienen a ser como un saludo al presidente de la sesión. Se ha podido fijar la fecha de la mayoría, y se ha visto que el *Discreto* es un libro fragmentario, escrito a través de muchos años.

Trátase de un libro gemelo del *Héroe,* cuya forma y cuyo fondo recuerda. Si el *Héroe* deriva del *Príncipe* de Maquiavelo, el *Discreto* procede de la corriente desatada por el *Cortesano* de Castiglione, y es como un tratado de urbanidad trascendental, en que del examen de las costumbres se pasa insensiblemente al examen de las ideas. Por lo demás, el *Discreto* nos parece más legible que el *Héroe*. Es menos solemne, más variado y más ágil. El último ensayo, en que se propone un plan ideal de conducta humana, es uno de los más bellos frutos del Renacimiento español.

En el *Discreto,* sea en el texto mismo de la obra o en los preliminares que le puso Lastanosa, se anuncian dos libros que nunca llegaron a publicarse: el *Atento* y el *Galante*. Por otra parte, el canónigo Sali-

nas, amigo de Gracián, afirma que éste tenía, además del *Atento,* otros siete libros en preparación. Se le atribuía a Gracián cierto poema de las *Selvas del Año;* pero tal atribución está ya desechada.

Gracián seguía predicando en Valencia y, entusiasmado tal vez por el éxito de sus sermones, se dejó arrastrar un día por su afición a las agudezas, y anunció que abriría y leería en plena cátedra una carta que le había llegado de los Infiernos. La broma pareció muy fuerte a la autoridad eclesiástica, y Gracián tuvo que retractarse públicamente. Desde ese día, conserva un recuerdo ingrato de Valencia.

Cuando el marqués de Leganés pidió al Patriarca de Valencia algunos curas castrenses para el ejército que había de socorrer a Lérida, sitiada por tropas francesas, el Patriarca se apresuró a incluir en la lista a Gracián, que comenzaba a ser un huésped molesto.

Gracián nos ha conservado el relato de la expedición en una carta de 24 de Noviembre de 1646 que, por curiosa y por ser una de las pocas muestras del estilo familiar—distinto del estilo artístico—de Gracián, la incluímos en el presente volumen. El triunfo, declara llanamente Gracián, se debe a dos: al valiente capitán Pablo de Parada, en primer lugar, y en segundo lugar, "confieso a Vuestra Reverencia—escribe—que yo tuve alguna parte; de modo que ahora todos los soldados y aun señores, cuando me ven, me llaman el Padre de la Victoria." Y, en otro pasaje: "Venían a porfía por mí los maeses de campo para que les diese ánimo a su gente y absolverlos; y hubo cabo que dijo que importó tanto esto como si se les hubieran añadido 4.000 hombres más." Gracián tuvo, pues, la suerte de comprobar, como lo había mantenido en sus libros, que las virtudes heroicas son comunicables.

Un mes después, Gracián descansaba en la soberbia casa de Huesca, bajo los afectuosos cuidados de Lastanosa. Pero su reposo era el estudio, y quiso pro-

curarse al instante las poesías de Sa de Miranda, sobre las cuales parece que le había llamado la atención, entre fuego y fuego, el capitán Pablo de Parada.

Gracián se ocupaba a la sazón en refundir su *Arte de Ingenio*. El canónigo Salinas había hecho una traducción de Marcial que no contentaba a Gracián. Salinas quiso que éste la incluyera entre los rasgos de ingenio citados en su libro. Salinas era pariente de Lastanosa. Gracián tuvo que ceder y, para no perder su crédito de crítico, transformó completamente su libro en una antología de poetas aragoneses, donde ya cabía la dichosa traducción de Salinas y se podía tener gusto menos estricto. Las cartas de Gracián dan testimonio de la actividad con que se entregó al acopio de materiales.

Al mismo tiempo, preparaba una colección de máximas entresacadas de sus libros hechos y los por hacer: el *Oráculo Manual y Arte de Prudencia,* que se publicó en 1647. Al año siguiente salió a luz el *Arte de Ingenio* refundido bajo el título de *Agudeza y Arte de Ingenio.*

La primera edición conocida hoy del *Oráculo Manual* es de Madrid, 1653. La publica Lastanosa, que aparece como coleccionador de las sentencias. El libro fué traducido a varias lenguas, y corrió por toda Europa desarrollando influencias fecundas. Es una serie de consejos diseminados sin ningún plan, y que no conviene leer de un modo continuo, sobre todo tras de haber leído los otros tratados, cuyos conceptos y palabras repite muchas veces.

Aquí se muestra Gracián un tanto egoísta y utilitario. Y es que ha abandonado la moral retórica y, como verdadero psicólogo, no pide a la naturaleza humana más de lo que ella puede dar. Por lo demás, la vida de Gracián fué limpia y, como observa sutilmente Coster, Gracián tiene toda la traza de haber sido uno de esos hombres que, sin ser malignos, juegan a la malignidad y se figuran que son terribles. En todo caso, es una fortuna encontrarse con un mo-

ralista sincero, capaz de alternar con La Rochefoucauld.

La obra resultó demasiado audaz. Los seudónimos de que Gracián se venía sirviendo eran demasiado transparentes. Los superiores de la Compañía comenzaron a inquietarse. Gracián, que sigue ejerciendo la predicación al comenzar los años de cincuenta, cree conveniente manifestarse como escritor piadoso. Reune, al efecto, los sermones de su antiguo Provincial, Fr. Jerónimo Continente y, con una breve dedicatoria, firmada esta vez con todo su nombre, y dirigida, como en busca de protección, al poderoso obispo de Huesca, los publica en 1652 bajo el título de *Predicación fructuosa*. Esta dedicatoria, por un curioso dualismo literario, está escrita con ese estilo sencillo que Gracián emplea cada vez que deja el disfraz del seudónimo.

Pero poco antes, en 1651, había salido en Zaragoza la primera parte del *Criticón,* con un seudónimo todavía más revesado que los anteriores. A Gracián no se le ocultaba que esta publicación era un acto de temeridad.

Fué nombrado, en 1652, profesor de Escritura Sagrada en el Colegio de Zaragoza, cargo que hacía más graves aún sus responsabilidades literarias. La primera parte del *Criticón* alcanzaba en tanto un éxito ruidoso. A pesar del malestar que comenzaba a enturbiar su vida, a pesar de la peste que se cernía sobre Huesca y ya amenazaba a Zaragoza, pronto dió término Gracián a una segunda parte.

No quedó contento con la imposición de marras: de pronto surgió una contienda literaria entre él y Salinas. Este procura mantenerse dentro de los límites del respeto, pero Gracián olvida toda su moderación. Van y vienen cartas. Cunde la murmuración entre Carmelitas y Jesuítas. Por los mismos días—sin que el hecho sea directamente imputable a Salinas—el General de los Jesuítas recibe, en Roma, una acusación solemne contra Gracián. El *Criticón,*—cuya

segunda parte se publica en 1653—proporcionaba a sus enemigos un pretexto excelente.

Es el *Criticón* una obra maestra, compendio de la sabiduría de Gracián. Quien no lo ha leído no conoce toda la profundidad de Gracián. En forma de novela alegórico-filosófica, examina los más variados aspectos de la vida humana, con una abundancia que ha hecho pensar a Coster que la obra es excesiva para una sola inteligencia: acaso toda la tertulia de Lastanosa colaboró en ella. El *Criticón,* piensa Coster, es casi una encarnación del alma aragonesa de aquellos tiempos.—Compáresele ahora con la posición mental de los escritores de Madrid y se sacarán curiosas consecuencias.

Un náufrago, Critilo, que es el Criterio, se encuentra en una isla desierta con el hombre de la naturaleza: Andrenio. Del choque de estas dos mentes brota toda la alegoría, la cual se levanta, desde la interrogación sobre el valor natural del hombre—como en el "Segismundo" de *La vida es sueño,*—hasta el viaje final a las Islas Bienaventuradas. El tema del solitario que va descubriendo paulatinamente el mundo, mediante los solos recursos de su inteligencia, había sido tratado ya en forma de novela filosófica por un árabe medioeval: su obra se conoce con el nombre del *Robinsón Metafísico.* La novela de Gracián, que se inspira seguramente en la anterior, es un verdadero *Robinsón* filosófico de los tiempos modernos.

El libro se divide en varias "crisis" que representan las edades del hombre. Vuelve sobre todos los temas éticos y pedagógicos, políticos y artísticos de los tratados anteriores, y los engrandece con un nuevo espíritu de serenidad y una robusta fe en la razón.

A pesar de las influencias con que contaba Gracián, a pesar del apoyo del obispo de Huesca y del de Lastanosa, la acusación se abre paso desde 1652, y comienzan a prohibirle que escriba para el público. A poco, lo alejan discretamente de Zaragoza. El obispo de Huesca había dado a la Compañía un terreno para

fundar un colegio en Graus, y probablemente él mismo indicó a Gracián como rector. El sitio era inhospitalario: pronto está de vuelta Gracián. Sus superiores inmediatos se esfuerzan manifiestamente por salvarlo, pero de Roma llegan órdenes imperiosas

En 1655, Gracián, con todos los permisos eclesiásticos, publica el *Comulgatorio,* obra de piedad escrita en descargo de conciencia y que, por el asunto y la forma, pudiera estar firmada por cualquiera otro escritor.

Casi por los mismos días ayudaba a José Alfay, librero de Zaragoza, a formar una colección de *Poesías Varias* (1654) que siempre ha interesado a los eruditos, pero que cobra nuevo valor si se toma en cuenta la intervención que tuvo en ella Gracián.

La publicación de la parte tercera del *Criticón* en 1657 pudo pasar por un desafío a la autoridad que parecía haberlo querido ya perdonar. El Provincial de Aragón le impuso un ayuno de pan y agua, lo reprendió públicamente, lo destituyó de su cátedra y lo envió desterrado a Graus.

Todavía después de estos castigos, le dan ocasión de recobrar la gracia perdida, enviándole a predicar a Aragón, donde obtiene el éxito acostumbrado. Pero estos nuevos servicios no conmueven al General, quien, muy al contrario, manda que se le prohiba la predicación. Gracián había intentado defenderse directamente y había solicitado en vano el permiso de dejar la Orden.

El 6 de Diciembre de 1658, murió al fin, a los cincuenta y siete años, desterrado en la residencia de Tarazona. La Compañía hizo poner su retrato con una inscripción honorífica en el claustro de Calatayud.

Era Gracián un hombre pequeño y nervioso, pálido y algo corto de vista, de habla apresurada, la fisonomía animada siempre por aquella vibración exquisita de su pensamiento; de genio sensible y gusto difícil de contentar. Maneja una erudición abundante,

aprovechando con todo desembarazo las fuentes italianas. Tiene un lenguaje que es la misma vitalidad y, por algunas de sus páginas, sus libros merecen esa consagración tan rara de "libros de cabecera".

Los eruditos del siglo XIX no lo ignoraban (Quintana lo había considerado con inexplicable desdén), pero no sabían hasta qué punto admirarlo. Menéndez y Pelayo le reconoció todo su valor en la *Historia de las Ideas Estéticas*. Después aparecieron ediciones populares como las de Rodríguez Serra (de 1900 y 1909, la primera con un notable estudio de Arturo Farinelli), en que desgraciadamente, a las caprichosas supresiones ya introducidas, por lo menos, desde el siglo XVIII, se añadieron nuevos descuidos, ininteligencias constantes, dejando perder palabras, renglones y hasta hojas enteras.

Por aquellos años *Azorín* leía el *Oráculo Manual*, y se sorprendía de las semejanzas entre Gracián y Nietzsche, que comenzaba entonces a ser conocido en España. Gracián era autor favorito de Schopenhauer, y es posible que algo de Gracián haya podido llegar hasta Nietzsche, quien lo recuerda en algunos rasgos particulares y en algunas ideas generales. Por 1902, *Azorín* publicó en *El Globo* dos artículos titulados: *Un Nietzsche español*. Desde entonces, *Azorín* alude constantemente a Gracián en libros y en artículos, y no es descabellado hablar de la influencia que sobre él ha ejercido. En 1908, *Azorín* publica un nuevo *Político*, que es obra de giro gracianesco, aunque, claro está, adecuada a los tiempos. Más tarde, *Azorín* ha renunciado a Nietzsche, pero se ha quedado con Gracián.

En 1913, Julio Cejador publica el *Criticón*, y al año siguiente aparece la obra de Coster que aquí he mencionado. Gracián es ya un escritor de actualidad: a veces, se le discute en los periódicos.

El presente prólogo aspira a ser un resumen de los trabajos que me han precedido.

ALFONSO REYES

EL HEROE [1]

AL LECTOR

¡Qué singular te deseo! Emprendo formar con un libro enano un varón gigante, y con breves períodos, inmortales hechos. Sacar un varón máximo, efecto es milagro en perfección y, ya que no por naturaleza rey, por sus prendas es ventaja.

Formáronle prudente Séneca, sagaz Esopo, belicoso Homero, Aristóteles filósofo, Tácito político y cortesano el Conde.

Yo, copiando algunos primores de tan grandes maestros, intento bosquejarle héroe y universalmente prodigio. Para esto formé este espejo: manual de cristales ajenos y de yerros míos. Tal vez te lisonjeará y te avisará, tal vez en él verás o lo que ya eres o lo que debrías ser.

Aquí tendrás una, no política ni aun económica, sino una razón de estado de tí mismo, una brújula de marear a la excelencia, una arte de ser ínclito con pocas reglas de discreción.

Escribo breve por tu mucho entender; corto, por mí poco pensar. Ni quiero detenerte porque pases adelante.

---

(1) Según la edición de Madrid, Diego Díaz, 1639.

PRIMOR PRIMERO

QUE EL HÉROE PLATIQUE (1) INCOMPRENSIBILIDADES DE CAUDAL

SEA esta la primera destreza en el arte de entendidos: medir el lugar con su artificio. Gran treta es ostentarse al conocimiento, pero no a la comprensión; cebar la espectación, pero nunca desengañarla del todo. Prometa más lo mucho, y la mejor acción deje siempre esperanzas de mayores.

Excuse a todos el varón culto sondarle el fondo a su caudal, si quiere que le veneren todos. Formidable fué un río hasta que se le halló vado, y venerado un varón hasta que se le conoció término a la capacidad; porque ignorada y presumida profundidad, siempre mantuvo con el recelo el crédito.

Culta propiedad fué llamar señorear al descubrir, alternando luego la victoria sujetos: si el que comprende señorea, el que se recata nunca cede.

Compita la destreza del advertido en templarse con la curiosidad del atento en conocerle, que suele ésta doblarse a los principios de una tentativa.

Nunca el diestro en desterrar una barra remató al primer lance: vase empeñando con uno para otro, y siempre adelantándolos.

Ventajas son de ente infinito envidar mucho con resto de infinidad. Esta primera regla de grandeza

(1) Practique.

advierte, si no el ser infinitos, a parecerlo, que no es sutileza común.

En este entender, ninguno escrupuleará aplausos a la cruda paradoja del sabio de Mitilene: "más es la mitad que el todo"; porque una mitad en alarde y otra en empeño, más es que un todo declarado.

Fué jubilado en ésta como en todas las demás destrezas aquel gran rey primero del Nuevo Mundo, último de Aragón, si no el *Non plus ultra* de sus heroicos reyes.

Entretenía este católico monarca atentos siempre a todos sus conreyes, más con las prendas de su ánimo,—que cada día de nuevo brillaban,—que con las nuevas coronas que ceñía.

Pero a quien deslumbró este centro de los rayos de la prudencia, gran restaurador de la monarquía goda, fué, cuando más, a su heroica consorte; después, a los tahures del palacio, sutiles a brujulear el nuevo rey, desvelados a sondarle el fondo, atentos a medirle el valor.

Pero ¡qué advertido se les permitía y detenía Fernando! ¡qué cauto se les concedía y se les negaba! Y al fin ganóles.

¡Oh, varón cándido de la fama! Tú, que aspiras a la grandeza, alerta al primor. Todos te conozcan, ninguno te abarque; que con esta treta, lo moderado parecerá mucho, y lo mucho infinito, y lo infinito más.

PRIMOR II

CIFRAR LA VOLUNTAD

LEGA quedaría el arte si, dictando recato a los términos de la capacidad, no encargase disimulo a los ímpetus del afecto.

Está tan acreditada esta parte de sutileza, que sobre ella levantaron Tiberio y Luis toda su máquina y política.

Si todo exceso en secreto lo es en caudal, sacramentar una voluntad será soberanía. Son los achaques de la voluntad desmayos de la reputación, y si se declaran, muere comúnmente.

El primer esfuerzo llega a violentarlos, a disimularlos el segundo. Aquello tiene más de lo valeroso; esto, de lo astuto.

Quien se les rinde, baja de hombre a bruto: quien los reboza, conserva por lo menos en apariencias el crédito.

Arguye eminencia de caudal penetrar toda voluntad ajena, y concluye superioridad saber celar la propia.

Lo mismo ès descubrirle a un varón un afecto que abrirle un portillo a la fortaleza del caudal, pues por allí maquinan políticamente los atentos, y las más veces asaltan con triunfo. Sabidos los afectos, son sabidas las entradas y salidas de una voluntad, con señorío en ella a todas horas.

Soñó dioses a muchos la inhumana gentilidad, aun no con la mitad de hazañas de Alejandro, y negó

al laureado Macedón el predicamento o la caterva de deidades. Al que ocupó mucho mundo, no le señaló poco cielo; pero ¿de dónde tanta escasez, cuando tanta prodigalidad?

Asombró Alejandro lo ilustre de sus proezas con lo vulgar de sus furores, y desmintióse a sí mismo tantas veces triunfante, con rendirse a la avilantez del afecto. Sirvióle poco conquistar un mundo, si perdió el patrimonio de un príncipe, que es la reputación.

Es Caribdis de la excelencia la exorbitancia irascible, y Scila de la reputación la demasía concupiscible.

Atienda, pues, el varón excelente primero a violentar sus pasiones; cuando menos, a solaparlas con tal destreza, que ninguna contratreta acierte a descifrar su voluntad.

Avisa este primor a ser entendidos no siéndolo, y pasa adelante a ocultar todo defecto, desmintiendo las atalayas de los descuidos y deslumbrando los linces de la ajena obscuridad.

Aquella católica amazona, desde quien España no tuvo que envidiar las Cenobias, Tomiris, Semíramis y Pantasileas, pudo ser oráculo de estas sutilezas. Encerrábase a parir en el retrete más obscuro, y celando el connatural decoro, la innata majestad echaba un sello a los suspiros de su real pecho sin que se le oyese uu ay, y un velo de tinieblas a los desmanes del semblante. Pero quien así menudeaba en tan excusables achaques del recato, ¡cómo que escrupulearía en los del crédito!

No graduaba de necio el cardenal Madrucio al que aborta una necedad, sino al que, cometida, no sabe ahogarla.

Accesible es el primor a un varón callado; calificada inclinación, mejorada del arte; prenda de divinidad, si no por naturaleza, por semejanza.

PRIMOR III

LA MAYOR PRENDA DE UN HÉROE

GRANDES partes se desean para un gran todo, y grandes prendas para la máquina de un héroe.

Gradúan en primer lugar los apasionados al entendimiento por origen de toda grandeza; y así como no admiten varón grande sin excesos de entendimiento, así no conocen varón excesivamente entendido sin grandeza.

Es lo mejor de lo visible el hombre, y en él el entendimiento; luego sus victorias las mayores.

Adécuase esta capital prenda de otras dos: fondo de juicio y elevación de ingenio, que forman un prodigio si se juntan.

Señaló pródigamente la filosofía dos potencias al acordarse y al entender. Súfrasele a la política con más derecho introducir división entre el juicio y el ingenio, entre la sindéresis y la agudeza.

Sola esta distinción de inteligencias pasa la verdad escrupulosa, condenando tanta multiplicación de ingenios a confusión de la mente con la voluntad.

Es el juicio trono de la prudencia, es el ingenio esfera de la agudeza: cúya eminencia y cúya medianía deba preferirse, es pleito ante el tribunal del gusto. Aténgome a la que así imprecaba: "Hijo, Dios te dé entendimiento del bueno".

La valentía, la prontitud, la sutileza de ingenio, sol es de este mundo en cifra; si no rayo, vislumbre de divinidad. Todo héroe participó exceso de ingenio.

Son los dichos de Alejandro esplendores de sus hechos. Fué pronto César en el pensar, como en el hacer.

Mas apreciando los héroes verdaderos, equivócase en Augustino lo Augusto con lo agudo; y en el lauro que dió Huesca para coronar a Roma, compitieron la constancia y la agudeza.

Son tan felices las prontitudes del ingenio, cuan azares las de la voluntad. Alas son para la grandeza, con que muchos se remontaron del centro del polvo al del sol, en lucimientos.

Dignábase tal vez el Gran Turco desde un balcón, antes al vulgo de un jardín que al de la plaza, prisión de la majestad y grillos del decoro. Comenzó a leer un papel, que, o por burla o por desengaño de la mayor soberanía, se lo voló el viento de los ojos a las hojas. Aquí los pajes, émulos de él y de sí mismos, volaron escala abajo con las alas de lisonja. Uno de ellos, Ganimedes de su ingenio, supo hallar atajo por el aire: arrojóse por el balcón. Voló, cogióle, y subía cuando los otros bajaban; y fué subir con propiedad y aun remontarse, porque el príncipe, lisonjeado eficazmente, le levantó a su valimiento.

Que la agudeza, si no reina, merece conreinar.

Es en todo porte la malilla de las prendas, gran pregonera de la reputación, mayor realce cuanto más sublime el fundamento.

Son agudezas coronadas ordinarios dichos de un rey. Perecieron grandes tesoros de monarcas, mas consérvanse sus sentencias en el guardajoyas de la fama.

Valióles más a muchos campeones tal vez una agudeza que todo el hierro de sus escuadrones armados, siendo premio de una agudeza una victoria.

Fué examen, fué pregón del mayor crédito en el rey de los sabios y en el más sabio de los reyes, la sentenciosa prontitud en aquel extremo de pleitos,

que lo fué llegar a pleitear los hijos; que también acredita el ingenio la justicia.

Y aun en bárbaros tribunales asiste el que es sol de ella. Compite con la de Salomón la prontitud de aquel Gran Turco: pretendía un judío cortar una onza de carne a un cristiano, pena sobre usura; insistía en ello con igual terquería a su príncipe que perfidia a su Dios. Mandó el gran juez traer peso y cuchillo: conminóle el degüello si cortaba más ni menos. Y fué dar un agudo corte a la lid, y al mundo un milagro del ingenio.

Es la prontitud oráculo en las mayores dudas, esfinge en los enigmas, hilo de oro en laberintos; y suele ser de condición de león, que guarda el extremarse para el mayor aprieto.

Pero hay también perdidos de ingenio como de bienes, pródigos de agudeza para presas sublimes, tagarotes para las viles águilas. Mordaces y satíricos, que si los crueles se amasaron con sangre, éstos con veneno. En ellos la sutileza, con extraña contrariedad por liviana, abate, sepultándolos en el abismo de un desprecio, en la región del enfado.

Hasta aquí favores de la naturaleza, desde aquí realces del arte. Aquélla engendra la agudeza, ésta la alimenta, ya de ajenas sales, ya de la prevenida advertencia.

Son los dichos y hechos ajenos en una fértil capacidad semillas de agudeza, de las cuales fecundado el ingenio, multiplica cosecha de prontitudes y abundancia de agudezas.

No abogo por el juicio, pues él habla por sí bastantemente.

PRIMOR IV

CORAZÓN DE REY

GRAN cabeza es de filósofos, gran lengua de oradores, pecho de atletas, brazos de soldados, pies de cursores, hombros de palanquines. Gran corazón, de reyes, de las divinidades de Platón, y texto con que en favor del corazón arman algunos pleitos a la inteligencia.

¿Qué importa que el entendimiento se adelante, si el corazón se queda? Concibe dulcemente el capricho lo que le cuesta mucho de sacar a lucimiento al corazón.

Son estériles por la mayor parte las sutilezas del discurso, y flaquean por su delicadeza en la ejecución.

Proceden grandes efectos de gran causa, y portentos de hazañas de un prodigio de corazón. Son gigantes los hijos de un corazón gigante. Presume siempre empeños de sutamaño, y afecta primeros asuntos.

Grande fué el de Alejandro, y el archicorazón; pues cupo en un rincón de él todo este mundo holgadamente, dejando lugar para otros seis.

Máximo el de César, que no hallaba medio entre todo y nada.

Es el corazón el estómago de la fortuna, que digiere con igual valor sus extremos. Un gran buche no se embaraza con grandes bocados, no se estraga fácilmente con la afectación, ni se aceda con la in-

gratitud. Es hambre de un gigante el hartazgo de un enano.

Aquel milagro del valor, digo el delfín de Francia entonces y Carlos VII después, notificándole la sentencia estrujada en el supremo por los dos reyes,—el de Francia, su padre, y el de Inglaterra, su antagonista,—en que le declaraban por incapaz de suceder en la corona de los lilios, respondió invicto que se apelaba. Instáronle con admiración que a quién. Y él, que a la grandeza de su corazón y a la punta de su espada. Y valióle.

No brilla tan ufano el casi eterno diamante en medio de los voraces carbunclos, como *soliza* (si así puede decirse un hacer del sol) un augusto corazón en medio de las violencias de un riesgo.

Rompió con solos cuatro de los suyos el Aquiles moderno, Carlos Manuel de Saboya, por medio de cuatrocientas corazas enemigas, y satisfizo a la universal admiración, diciendo que no hay compañía en el mayor aprieto como la de un gran corazón.

Suple la sobra de él la falta de todo lo demás, siendo siempre el primero que llega a la dificultad y vence.

Presentáronle al rey de Arabia un alfanje damasquino, lisonja para un guerrero. Alabáronle los grandes de la asistencia áulica, no por ceremonia, sí con razón; y atentos a la fineza y arte, alargáranse a juzgarle por rayo de acero, si no pecara algo en corto. Mandó llamar el rey al príncipe para que diese su voto; y podía, pues era el famoso Jacob Almanzor. Vino, examinóle, y dijo que valía una ciudad, propio apreciar de un príncipe. Instó el rey que si le hallaba alguna falta. Respondió que todas eran sobras.—"Pues, príncipe, estos caballeros todos le condenan por corto." El entonces, echando mano a su cimitarra, dijo:—"Para un caballero animoso nunca hay arma corta, porque con hacerse él un paso adelante,

se alarga ella bastantemente, y lo que le falta de acero, lo suple el corazón de valor."

Lauree este intento la magnanimidad en los agravios, timbre augusto de grandes corazones. Enseñó Adriano un raro sobre excelente modo de triunfar de los enemigos, cuando al mayor de los suyos le dijo: "Escapástete".

No hay encomio igual a un decir Luis XII de Francia: "No venga el rey los agravios hechos al duque de Orliens". Estos son milagros del corazón de un héroe.

PRIMOR V

GUSTO RELEVANTE

TODA buena capacidad fué mal contentadiza. Hay cultura de gusto, así como de ingenio. Entrambos relevantes son hermanos de un vientre, hijos de la capacidad, heredados por igual en la excelencia.

Ingenio sublime nunca crió gusto ratero.

Hay perfecciones soles y hay perfecciones luces. Galantea el águila al sol; piérdese en él el helado gusanillo por la luz de un candil, y tómasele la altura a un caudal por la elevación del gusto.

Es algo tenerlo bueno, es mucho tenerlo relevante. Péganse los gustos con la comunicación, y es suerte topar con quien le tiene superlativo.

Tienen muchos por felicidad (de prestado será) gozar de lo que apetecen, condenando a infelices los demás; pero desquítanse éstos por los mismos filos, con que es de ver la mitad del mundo riéndose de la otra, con más o menos de necedad.

Es calidad de un gusto crítico un paladar difícil de satisfacerse; los más valientes objetos le temen y las más seguras perfecciones le tiemblan.

Es la estimación preciosísima, y de discretos el regatearla; toda escasez en moneda de aplauso es hidalga; y al contrario, desperdicios de estima merecen castigo de desprecio.

La admiración es comúnmente sobrescrito de la ignorancia; no nace tanto de la perfección de los objetos, cuanto de la imperfección de los conceptos.

Son únicas las perfecciones de primera magnitud; sea, pues, raro el aprecio.

Quien tuvo gusto rey fué el prudente de los Filipos de España, hecho siempre a objetos milagros; que nunca se pagaba sino de la que era maravilla en su serie.

Presentóle un mercader portugués una estrella de la tierra, digo un diamante de Oriente, cifra de la riqueza, pasmo del resplandor; y cuando todos aguardaban, si no admiraciones, reparos en Filipo, escucharon desdenes, no porque afectase el gran monarca lo descomedido, como lo grave, sino porque un gusto hecho siempre a milagros de naturaleza y arte no se pica así vulgarmente. ¡Qué paso éste para una hidalga fantasía! "Señor—dijo—, setenta mil ducados que abrevié en este digno nieto del sol, no son de asquear." Apretó el punto Filipo y díjole: "¿En qué pensábais cuando dísteis tanto?" "Señor,—acudió el portugués, como tal,—pensaba en que había un rey Filipo II en el mundo." Cayóle al monarca en picadura más la agudeza que la preciosidad, y mandó luego pagarle el diamante y premiarle el dicho, ostentando la superioridad de su gusto en el precio y en el premio.

Sienten algunos que el que no excede en alabar vitupera. Yo diría que las sobras de alabanza son menguas de la capacidad, y que el que alaba sobrado, o se burla de sí o de los otros.

No tenía por oficial el griego Agesilao el que calzaba a un pigmeo el zapato de Encelado; y en materia de alabanza, es arte medir justo.

Estaba el mundo lleno de las proezas del que fué alba del mayor sol, digo de las victorias de don Hernando Alvarez de Toledo; y con llevar un mundo, no mediaban su gusto. Extrañándole la causa, dijo que, en cuarenta años de vencer, teniendo por campo toda Europa, por blasones todas las empresas de su tiem-

po, le parecía todo nada, pues nunca había visto ejército de turcos delante, donde la victoria fuera triunfo de la destreza y no del poder, donde la excesiva potencia humillada ensalzara la experiencia y el valor de un caudillo. Tanto es menester para acallar el gusto de un héroe.

No amaestra este primor a ser Momo un varón culto, que es insufrible destemplanza; sí a ser integérrimo censor de lo que vale. Hacen algunos esclavo al juicio del afecto, pervirtiendo los oficios al sol y a las tinieblas.

Merezca cada cosa la estimación por sí, no por sobornos del gusto.

Sólo un gran conocimiento, favorecido de una gran plática, llega a saber los precios de las perfecciones. Y donde el discreto no puede lisamente votar, no se arroje: deténgase; no descubra antes la falta propia que la sobra extraña.

PRIMOR VI

EMINENCIA EN LO MEJOR

ABARCAR toda perfección sólo se concede al primer ser que, por no recibirlo de otro, no sufre limitaciones.

De las prendas unas da el cielo, otras libra a la industria; una ni dos no bastan a realzar un sujeto; cuanto destituyó el cielo de las naturales, supla la diligencia en las adquisitas. Aquéllas son hijas del favor, éstas de la loable industria, y no suelen ser las menos nobles.

Poco es menester para individuo, mucho para universal; y son tan raros éstos, que se niegan comúnmente a la realidad, si se conceden al concepto.

No es uno sólo en que vale por muchos. Grande excelencia en una intensa singularidad cifrar toda una categoría y equivalerla.

No toda arte merece estimación, ni todo empleo logra crédito. Saberlo todo no se censura; platicarlo todo sería pecar contra la reputación.

Ser eminente en profesión humilde es ser grande en lo poco, es ser algo en nada. Quedarse en una medianía apoya la universalidad; pasar a eminencia desluce el crédito.

Distaron mucho los dos Filipos, el de España y Macedonia. Extrañó el primero en todo y segundo en el renombre, al príncipe, el cantar en su retrete, y abonó el Macedón a Alejandro el correr en el estadio. Fué aquélla puntualidad de un prudente, fué

éste descuido de la grandeza. Pero corrido Alejandro, antes que corredor, acudió bien; que a competir con reyes, aún aún.

Lo que tiene más de lo deleitable tiene menos de lo heroico comúnmente.

No debe un varón máximo limitarse a una ni a otra perfección, sino con ambiciones de infinidad aspirar a una universalidad plausible, correspondiendo la intensión de las noticias a la excelencia de las artes.

Ni basta cualquiera ligera cognición, empeño de corrida, que suele ser más nota de vana locuacidad que crédito de fundamental entereza.

Alcanzar eminencia en todo es el menor de los imposibles; no por flojedad de la ambición, sí de la diligencia y aun de la vida. Es el ejercicio el medio para la consumación en lo que se profesa, y falta a lo mejor el tiempo—y más presto el gusto—en tan prolija plática.

Muchas medianías no bastan a agregar una grandeza, y sobra sola una eminencia a asegurar superioridad.

No ha habido héroe sin eminencia en algo, porque es carácter de la grandeza; y cuanto más calificado el empleo, más gloriosa la plausibilidad. Es la eminencia en aventajada prenda parte de soberanía, pues llega a pretender su modo de veneración.

Y si el regir un globo de viento con eminencia triunfa de la admiración, ¿qué será regir con ella un acero, una pluma, una vara, un bastón, un cetro, una tiara?

Aquel Marte castellano, por quien se dijo: "Castilla capitanes si Aragón reyes", D. Diego Pérez de Vargas, con más hazañas que días, retiróse a acabarlos en Jerez de la Frontera. Retiróse él, mas no su fama, que cada día se extendía más por el teatro universo. Solicitado de ella Alfonso, rey novel, pero

antiguo apreciador de una eminencia, y más en armas, fué a buscarle disfrazado con solos cuatro caballeros.

Que la eminencia es imán de voluntades, es hechizo del afecto.

Llegado el rey a Jerez, y a su casa, no le halló en ella, porque el Vargas, enseñado a campear, engañaba en el campo su generosa inclinación. El rey, a quien no se le había hecho de mal ir desde la corte a Jerez, no extrañó el ir desde allí a la alquería. Descubriéronle desde lejos, que con una hoz en la mano iba descabezando vides con más dificultad que en otro tiempo vidas. Mandó Alfonso hacer alto y emboscarse los suyos. Apeóse del caballo, y con majestuosa galantería, comenzó a recoger los sarmientos que el Vargas, descuidado, derribaba. Acertó éste a volver la cabeza, avisado de algún ruido que hizo el rey, o—lo que es más cierto,—de algún impulso fiel de su corazón. Y cuando conoció a su majestad, arrojándose a sus plantas a lo de aquel tiempo, dijo: "Señor, ¿qué hacéis aquí?" "Proseguid, Vargas—dijo Alfonso—, que à tal podador, tal sarmentador."

¡Oh, triunfo de una eminencia!

Anhele a ella el varón raro, con seguridad de que lo que le costará de fatiga lo logrará de celebridad.

Que no sin propiedad consagró la gentilidad a Hércules el buey, en misterio de que el loable trabajo es una sementera de hazañas, que promete cosecha de fama, de aplauso, de inmortalidad.

PRIMOR VII

EXCELENCIA DE PRIMERO

HUBIERAN sido algunos fénix en los empleos, a no irles otros delante. Gran ventaja el ser primero, y si con eminencia, doblada. Gana en igualdad el que ganó de mano.

Son tenidos por imitadores de los pasados los que les siguen; y por más que suden, no pueden purgar la presunción de imitación.

Alzanse los primeros con el mayorazgo de la fama, y quedan para los segundos mal pagados alimentos.

Dejó de estimar la novelera gentilidad a los inventores de las artes, y pasó a venerarlos. Trocó la estima en culto: ordinario error, pero que exagera lo que vale una primería.

Mas no consiste la gala en ser primero en tiempo, sino en ser el primero en la eminencia.

Es la pluralidad descrédito de sí misma, aun en preciosos quilates; y al contrario, la raridad encarece la moderada perfección.

Es, pues, destreza no común inventar nueva senda para la excelencia, descubrir moderno rumbo para la celebridad. Son multiplicados los caminos que llevan a la singularidad: no todos sendereados. Los más nuevos, aunque arduos, suelen ser atajos para la grandeza.

Echóse sabiamente Salomón por lo pacífico, cediéndole a su padre lo guerrero. Mudó el rumbo y llegó con menos dificultad al predicamento de los héroes.

Afectó Tiberio conseguir por lo político lo que Augusto por lo magnánimo.

Y nuestro gran Filipo gobernó desde el trono de su prudencia todo el mundo, con pasmo de todos los siglos; y si el César, su invicto padre, fué un prodigio de esfuerzo, Filipo lo fué de la prudencia.

Ascendieron con este aviso muchos de los soles de la Iglesia al cenit de la celebridad. Unos por lo eminente santo, otros por lo sumamente docto; cuál por la magnificencia en las fábricas, y cuál por saber realzar la dignidad.

Con esta novedad de asuntos se hicieron lugar siempre los advertidos en la matrícula de los magnos.

Sin salir del arte sabe el ingenio salir de lo ordinario y hallar en la encanecida profesión nuevo paso para la eminencia. Cedióle Horacio lo heroico a Virgilio, y Marcial lo lírico a Horacio. Dió por lo cómico Terencio, por lo satírico Persio, aspirando todos a la ufanía de primeros en su género. Que el alentado capricho nunca se rindió a la fácil imitación.

Vió el otro galante pintor que le habían cogido la delantera el Ticiano, Rafael y otros. Estaba más viva la fama cuando muertos ellos: valióse de su invencible inventiva. Dió en pintar a lo valentón. Objetáronle algunos el no pintar a lo suave y pulido, en que podía imitar al Ticiano, y satisfizo galantemente que quería más ser primero en aquella grosería que segundo en la delicadeza.

Extiéndase el ejemplo a todo empleo, y todo varón raro entienda bien la treta; que en la eminente novedad sobra hallar extravagante rumbo para la grandeza.

PRIMOR VIII

QUE EL HÉROE PREFIERA LOS EMPEÑOS PLAUSIBLES

Dos patrias produjeron dos héroes: a Hércules Tebas, a Catón Roma; fué Hércules aplauso del orbe, fué Catón enfado de Roma. Al uno admiraron las gentes, al otro esquivaron los romanos.

No admite controversia la ventaja que llevó Catón a Hércules, pues le excedió en prudencia; pero ganóle Hércules a Catón en fama.

Más de arduo y primoroso tuvo el asunto de Catón, pues se empeñó en domeñar monstruos de costumbres, si Hércules de naturaleza; pero tuvo más de famoso el del tebano.

La distancia consistió en que Hércules emprendió hazañas plausibles, y Catón odiosas. La plausibilidad del empleo llevó la gloria del Alcides a los términos del mundo, y pasara adelante si ellos se alargaran. Lo desapacible del empleo circunscribió a Catón dentro de las murallas de Roma.

Con todo esto, prefieren algunos, y no los menos juiciosos, el asunto primoroso al más plausible. y puede más con ellos la admiración de pocos que el aplauso de muchos, si vulgares.

Milagros de ignorantes llaman a los empeños plausibles.

Lo arduo, lo primoroso de un superior asunto pocos lo perciben, pero eminentes; y asi, lo acreditan raros. La facilidad del plausible permítese a todos, vulgarízase, y así el aplauso tiene de ordinario lo que de universal.

Vence la intención de pocos a la numerosidad de un vulgo entero.

Pero destreza es topar con los empleos plausibles. Punto es de discreción sobornar la atención común en el asunto plausible; manifiéstase a todos la eminencia, y a votos de todos se graduó la reputación.

Débense estimar en más los más. Es palpable la excelencia en tales hazañas, y si con evidencia plausible, las primorosas tienen mucho de metafísico, dejando la celebridad en opiniones.

Empleo plausible llamo aquel que se ejecuta a vista de todos y a gusto de todos, con el fundamento siempre de la reputación, por excluir aquéllos, tan faltos de crédito cuan sobrados de ostentación. Rico vive de aplauso un histrión, y perece de crédito.

Ser, pues, eminente en hidalgo, asunto expuesto al universal teatro: eso es conseguir augusta plausibilidad.

¿Qué príncipes ocupan los catálogos de la fama, sino los guerreros? A ellos se les debe en propiedad el renombre de magnos. Llenan el mundo de aplauso, los siglos de fama, los libros de proezas, porque lo belicoso tiene más de plausible que lo pacífico.

Entre los jueces se entresacan los justicieros a inmortales, porque la justicia sin crueldad siempre fué más acepta al vulgo que la piedad remisa.

En los asuntos del ingenio triunfó siempre la plausibilidad. Lo suave de un discurso plausible recrea el alma, lisonjea el oído, que lo seco de un concepto metafísico los atormenta y enfada.

PRIMOR IX

DEL QUILATE REY

Dudo si llame inteligencia o suerte al topar un héroe con la prenda relevante en sí, con el atributo rey de su caudal.

En unos reina el corazón. en otros la cabeza y es punto de necedad querer uno estudiar con el valor y pelear otro con la agudeza.

Conténtese el pavón con su rueda, préciese el águila de su vuelo; que sería gran monstruosidad aspirar el avestruz a remontarse, expuesta a ejemplar despeño: consuélese con la bizarría de sus plumas.

No hay hombre que en algún empleo no hubiera conseguido la eminencia; y vemos ser tan pocos que se denominan raros, tanto por lo único como por lo excelente; y como el fénix, nunca salen de la duda.

Ninguno se tiene por inhábil para el mayor empleo; pero lo que lisonjea la pasión desengaña tarde el tiempo.

Excusa es no ser eminente en el mediano, por ser mediano en el eminente; pero no la hay en ser mediano en el ínfimo, pudiendo ser primero en el sublime.

Enseñó la verdad, aunque poeta, aquél: "Tú no emprendas asunto en que te contradiga Minerva". Pero no hay cosa más difícil que desengañar de capacidad.

¡Oh, si hubiera espejos de entendimiento como los hay de rostro! El lo ha de ser de sí mismo, y falsifícase fácilmente. Todo juez de sí mismo halla luego textos de escapatoria y sobornos de pasión.

Grande es la variedad de inclinaciones, prodigio deleitable de la naturaleza; tanta como en rostros, voces y temperamentos.

Son tan muchos los gustos como los empleos. A los más viles y aun infames no faltan apasionados. Y lo que no pudiera recabar la poderosa providencia del más político rey, facilita la inclinación.

Si el monarca hubiera de repartir las mecánicas tareas,—"sed vos labrador y vos sed marinero."—rindiérase luego a la imposibilidad. Ninguno estuviera contento aun con el más civil empleo, y ahora la elección propia se ciega aun por el más villano.

Tanto puede la inclinación, y si se auna con las fuerzas, todo lo sujetan; pero lo ordinario es desavenirse.

Procure, pues, el varón prudente alargar el gusto, y atraerle sin violencias de despotiquez a medirse con las fuerzas; y reconocida una vez la prenda relevante, empléela felizmente.

Nunca hubiera llegado a ser Alejandro español y César indiano el prodigioso marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más, por las letras hubiera llegado a una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó a la cumbre de la eminencia, pues hizo trinca con Alejandro y César, repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes.

PRIMOR X

QUE EL HÉROE HA DE TENER TANTEADA SU FORTUNA AL EMPEÑARSE

La fortuna, tan nombrada cuan poco conocida, no es otra, hablando a lo cuerdo y aun católico, que aquella gran madre de contingencias y gran hija de la suprema Providencia, asistente siempre a sus causas, ya queriendo, ya permitiendo.

Esta es aquella reina tan soberana, inexcrutable, inexorable, risueña con unos, esquiva con otros, ya madre, ya madrastra, no por pasión, sí por la arcanidad de inaccesibles juicios.

Regla es muy de maestros en la discreción política tener observada su fortuna y la de sus adherentes. El que la experimentó madre, logre el regalo, empéñese con bizarría; que, como amante, se deja lisonjear de la confianza.

Tenía bien tomado el pulso a su fortuna el César cuando, animando al rendido barquero, le decía: "No temas, que agravias a la fortuna de César." No halló más segura áncora que su dicha. No temió los vientos contrarios el que llevaba en popa los alientos de su fortuna. ¿Qué importa que el aire se perturbe, si el cielo está sereno? ¿qué el mar brame, si las estrellas se ríen?

Pareció en muchos temeridad un empeño, pero no fué sino destreza, atendiendo al favor de su fortuna. Perdieron otros, al contrario, grandes lances de celebridad por no tener comprensión de su dicha. Hasta el ciego jugador consulta al arrojarse.

Gran prenda es ser un varón afortunado, y al aprecio de muchos lleva la delantera. Estiman algunos más una onza de ventura que arrobas de sabiduría, que quintales de valor; otros, al contrario, que fundan crédito en la desdicha como en la melancolía. Ventura repiten de necio, y méritos de desgraciado.

Suple con oro la fealdad de la hija el sagaz padre, y el universal dora la fealdad del ingenio con ventura.

Deseó Galeno a su médico afortunado, al capitán Vejecio y Aristóteles a su monarca. Lo cierto es que a todo héroe le apadrinaron el valor y la fortuna, ejes ambos de una heroicidad.

Pero quien de ordinario probó agrios de madrastra, amaine en los empeños, no terquee, que suele ser de plomo el disfavor.

Disimúleseme en este punto hurtarle el dicho al poeta de las sentencias, con obligación de restituirlo en consejo a los amantes de la prudencia: "Tú no hagas ni digas cosa alguna teniendo a la fortuna por contraria".

El Benjamín hoy de la felicidad es, con evidencia de su esplendor, el heroico, invicto y serenísimo señor Cardenal Infante de España, D. Fernando, nombre que pasa a blasón o corona nominal de tantos héroes.

Atendía todo el orbe suspenso a su fortuna, satisfecho asaz de su valor, y declaróle esta gran princesa por su galán en la primera ocasión; digo, en aquella tan inmortal para los suyos como mortal para sus enemigos batalla de Norlinguen, con progresos de finezas en Francia y Flandes, y con el resto de todo su favor en Jerusalén.

Parte es de este político primor saber discernir los bien y mal afortunados, para chocar o ceder en la competencia.

Previno Solimán la gran felicidad de nuestro cató-

lico Marte, quinto de los Carlos, para que estuviera en su esfera. Temió más a sola ella que a todos los tercios de Poniente, contemplación de otros.

Amainó aún a tiempo, y valióle, ya que no la reputación, pues se retiraba de ella, la corona.

No así el primer Francisco de Francia, que afectó ignorar su fortuna y la del César, y así, por delincuente de prudencia, fué condenado a prisión.

Péganse de ordinario la próspera y adversa fortuna a los del lado. Atienda, pues, el discreto a ladearse, y en el juego de este triunfo, sepa encartarse y descartarse con ganancia.

PRIMOR XI

QUE EL HÉROE SEPA DEJARSE, GANANDO CON LA FORTUNA

Todo móvil instable tiene aumento y declinación. Añaden otros estado donde no hay estabilidad.

Gran providencia es saber prevenir la infalible declinación de una inquieta rueda. Sutileza de tahur saberse dejar con ganancia donde la prosperidad es de juego y la desdicha tan de veras.

Mejor es tomarse la honra que aguardar a la rebatiña de la fortuna, que suele en un tumbo alzarse con la ganancia de muchos lances.

Faltarle de constante lo que le sobra de mujer sienten algunos escocidos. Y añadió el marqués de Mariñano, para consuelo del emperador sobre Metz, que no sólo tiene instabilidad de mujer, sino liviandad de joven en hacer cara a los mancebos.

Mas yo digo que no son livianas variedades de mujer, sino alternativas de una justísima Providencia.

Acierte el varón a serlo en esto; recójase al sagrado de un honroso retiro, porque tan gloriosa es una bella retirada como una gallarda acometida.

Pero hay hidrópicos de la suerte, que no tienen ánimo para vencerse a sí mismos si les está bailando el agua la fortuna.

Sea augusto ejemplar de este primor aquel gran mayorazgo de la fortuna y de la suerte, el máximo de los Carlos y aun de los héroes. Coronó este gloriosísimo emperador con prudente fin todas sus hazañas. Triunfó del orbe con la fortuna y al cabo triunfó de la misma fortuna. Supo dejarse, que fué echar el ello a sus proezas.

Perdieron otros, al contrario, todo el caudal de su fama en pena de su codicia. Tuvieron monstruoso fin grandes principios de felicidad que, a valerse de esta treta, pusieran en cobro la reputación.

Pudiera asegurar un anillo arrojado al mar, y restituído en el arca de un pescado, arras de inseparabilidad entre Polícrates y la fortuna. Pero fué poco después el monte Micalense trágico teatro del divorcio.

Cegó Belisario para que abriesen otros los ojos, y eclipsóse la luna de España para dar luz a muchos.

No se halla arte de tomarle el pulso a la felicidad, por ser anómalo su humor; previénenos algunas señales de declinación.

Prosperidad muy aprisa, atropellándose unas a otras las felicidades, siempre fué sospechosa; porque suele la fortuna cercenar del tiempo lo que acumula del favor.

Felicidad envejecida ya pasa a caduquez, y desdicha en los extremos cerca está de mejoría.

Estaba Abul, moro, hermano del rey de Granada, preso en Salobreña, y para desmentir sus confirmadas desdichas, púsose a jugar al ajedrez, propio ensayo del juego de la fortuna. Llegó en esto el correo de su muerte, que siempre ésta nos corre la posta. Pidió Abul dos horas de vida; muchas le parecieron al comisario, y otorgóle sólo acabar el juego comenzado. Díjole la suerte, y ganó la vida y aun el reino, pues antes de acabarlo llegó otro correo con la vida y la corona, que por muerte del rey le presentaba Granada.

Tantos subieron del cuchillo a la corona como bajaron de la corona al cuchillo. Cómense mejor los buenos bocados de la suerte con el agridulce de un azar.

Es cosaria la fortuna, que espera a que carguen los bajeles. Sea la contratreta anticiparse a tomar puerto.

PRIMOR XII

GRACIA DE LAS GENTES

Poco es conquistar el entendimiento si no se gana la voluntad, y mucho rendir con la admiración la afición juntamente.

Muchos con plausibles empresas mantienen el crédito, pero no la benevolencia

Conseguir esta gracia universal algo tiene de estrella, lo más de diligencia propia. Discurrirán otros al contrario, cuando a igualdad de méritos corresponden con desproporción los aplausos.

Lo mismo que fué en uno imán de las voluntades es en otro conjuro. Mas yo siempre le concederé aventajado el partido al artificio.

No basta eminencia de prendas para la gracia de las gentes, aunque se supone. Fácil es de ganar el afecto, sobornado el concepto, porque la estima muñe la afición.

Ejecutó los medios felizmente para esta común gracia, aunque no así para la de su rey, aquel infaustamente inclito duque de Guisa, a quien hizo grande un rey favoreciéndole, y mayor otro emulándole: el tercero, digo, de los Enricos franceses. Fatal nombre para príncipes en toda monarquía, que en tan altos sujetos hasta los nombres descifran oráculos.

Preguntó un día este rey a sus contiguos: "¿Qué hace Guisa, que así hechiza las gentes?" Respondió un extravagante áulico, por único en estos tiempos: "Sire, hacer bien a todas manos; al que no llegan

derechamente sus benévolos influjos, alcanzan por reflexión, y cuando no obras, palabras. No hay boda que no festeje, bautismo que no apadrine, entierro que no honre; es cortés, humano, liberal, honrador de todos, murmurador de ninguno, y en suma, él es el rey en el afecto, si vuestra majestad en el efecto".

Feliz gracia si la hermanara con la de su rey, que no es de esencia el excluirse, por más que encarezca Bayaceto que la plausibilidad del ministro causa recelo al patrón.

Y de verdad que la de Dios, del rey y de las gentes son tres gracias más bellas que las que se fingieron los antiguos. Danse la mano una a otra, enlazándose apretadamente todas tres, y si ha de faltar alguna, sea por orden.

El más poderoso hechizo para ser amado es amar. Es arrebatado el vulgo en proseguir, si furioso en perseguir.

El primer móvil de su séquito, después de la opinión, es la cortesía y la generosidad; con éstas llegó Tito a ser llamado delicias del orbe.

Iguala la palabra favorable de un superior a la obra de un igual, y excede la cortesía de un príncipe al don de un ciudadano.

Con sólo olvidarse por breve rato de su majestad el magnánimo don Alonso, apeándose del caballo para socorrer a un villano, conquistó las guarnecidas murallas de Gaeta, que a fuerza de bombardas no mellara en muchos días. Entró primero en los corazones, y luego con triunfo en la ciudad.

No le hallan algunos destempladamente críticos al grande de los capitanes y gigante entre héroes otros méritos para su antonomasia, sino la benevolencia común.

Diría yo que entre la pluralidad de prendas, merecedora cada una del plausible renombre, ésta fué felicísima.

Hay gracia de historiadores también, tan de codicia cuan de inmortalidad, porque son sus plumas las de la fama. Retratan, no los aciertos de la naturaleza, sino los del alma. Aquel fénix Corvino, gloria de Hungría, solía decir, y platicar mejor, que la grandeza de un héroe consistía en dos cosas: en alargar la mano a las hazañas y a las plumas, porque caracteres de oro vinculan eternidad.

PRIMOR XIII

DEL DESPEJO

El despejo, alma de toda prenda, vida de toda perfección, gallardía de las acciones, gracia de las palabras y hechizo de todo buen gusto, lisonjea la inteligencia y extraña la explicación.

Es un realce de los mismos realces y es una belleza formal. Las demás prendas adornan la naturaleza; pero el despejo realza las mismas prendas. De suerte que es perfección de la misma perfección, con transcendente beldad, con universal gracia.

Consiste en una cierta airosidad, en una indecible gallardía, tanto en el decir como en el hacer; hasta en el discurrir.

Tiene de innato lo más, reconoce a la observación lo menos. Hasta ahora nunca se ha sujetado a precepto superior, siempre a toda arte.

Por robador del gusto le llamaron garabato; por lo imperceptible, donaire; por lo alentado, brío; por lo galán, despejo; por lo fácil, desenfado. Que todos estos nombres le han buscado el deseo y la dificultad de declararle.

Agravio se le hace en confundirle con la facilidad; déjala muy atrás y adelántase a bizarría. Bien que todo despejo supone desembarazo, pero añade perfección.

Tienen su Lucina las acciones, y débesele al despejo el salir bien, porque él las partea para lucimiento.

Sin él la mejor ejecución es muerta, la mayor per-

fección desabrida. Ni es tan accidente que no sea el principal alguna vez. No sólo sirve al ornato, sino que apoya lo importante.

Porque si es el alma de la hermosura, es espíritu de la prudencia: si es aliento de la gala, es vida del valor.

Campea igualmente en un caudillo al lado del valor el despejo, y en un rey a par de la prudencia.

No se le reconoce menos en el día de una batalla a la despejada intrepidez que a la destreza y el valor. El despejo constituye primero a un general señor de sí, y después de todo.

No alcanza la ponderación, no basta a apreciar el imperturbable despejo de aquel gran vencedor de reyes, émulo mayor de Alcides, don Fernando de Avalos. Vocéelo el aplauso en el teatro de Pavía.

Es tan alentado el despejo en el caballo como majestuoso en el dosel; hasta en la cátedra da bizarría a la agudeza.

Heroico fué el desembarazo de aquel Teseo francés, Enrico IV, pues con el hilo de oro del despejo supo desligarse de tan intrincado laberinto.

También es político el despejo, y en fe de él aquel monarca espiritual del orbe llegó a decir: "¿Hay otro mundo que gobernar?"

PRIMOR XIV

DEL NATURAL IMPERIO

EMPÉÑASE este primor en una prenda tan sutil, que corriera riesgo por lo metafísico si no la afianzaran la curiosidad y el reparo.

Brilla en algunos un señorío innato, una secreta fuerza de imperio, que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos, sin arte de persuasión.

Cautivo César de los isleños piratas, era más señor de ellos; mandábales vencido y servíanle ellos vencedores. Era cautivo por ceremonia y señor por realidad de soberanía.

Ejecuta más un varón de éstos con un amago, que otros con toda su diligencia. Tienen sus razones un secreto vigor, que recaban más por simpatía que por luz.

Sujétaseles la más orgullosa mente sin advertir el cómo, y ríndeseles el juicio más exento.

Tienen éstos andado mucho para leones en humanidad, pues participan lo principal, que es señorío.

Reconocen al león las demás fieras en presagio de naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas.

Así a estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal.

Realce es éste de corona, y si le corresponden la eminencia del entendimiento y la grandeza del corazón. no le falta cosa para construir un primer móvil político.

Vióse entronizada esta señoril prenda en D. Hernando Alvarez de Toledo, señor más por naturaleza que por merced. Fué grande y nació para mayor, que aun en el hablar no pudo violentar este natural imperio.

Dista mucho de una mentida gravedad, de un afectado entono, quinta esencia de lo aborrecible, no tanto si es nativa, pero que está muy al canto del enfado.

Pero la mayor oposición mantiene con el recelo de sí, con la sospecha del propio valor; y más cuando se abate a desconfianza, que es del todo rendirse al desprecio.

Fué aviso de Catón, y propio parto de su severidad, que debe un varón respetarse a sí mismo, y aun temerse.

En que se pierde a sí propio el miedo, da licencia a los demás, y con la permisión suya facilita la ajena.

PRIMOR XV

DE LA SIMPATÍA SUBLIME

PRENDA es de héroe tener simpatía con héroes. Alcanzarla con el sol basta a hacer a una planta gigantea, y a su flor la corona del jardín.

Es la simpatía uno de los prodigios sellados de la naturaleza; pero sus efectos son materia del pasmo, son asunto de la admiración.

Consiste en un parentesco de los corazones, si la antipatía en un divorcio de las voluntades.

Algunos las originan de la correspondencia en temperamentos, otros de la hermandad en astros.

Aspira aquélla a obrar milagros, y ésta monstruosidades. Son prodigios de la simpatía los que la común ignorancia reduce a hechizos y la vulgaridad a encantos.

La más culta perfección sufrió desprecios de la antipatía, y la más inculta fealdad logró finezas de la simpatía.

Hasta entre padre e hijos pretenden jurisdicción y ejecutan cada día su potencia, atropellando leyes y frustrando privilegios de naturaleza y política. Quita reinos la antipatía de un padre, y dalos una simpatía.

Todo lo alcanzan méritos de simpatía: persuade sin elocuencia y recaba cuanto quiere, con presentar memoriales de armonía natural.

La simpatía realzada es carácter, es estrella de heroicidad; pero hay algunos de gusto imán, que man-

tienen antipatía con el diamante y simpatía con el hierro. Monstruosidad de naturaleza, apetecer escoria y asquear el lucimiento.

Fué monstruo real Luis XI que, más por naturaleza que por arte, extrañaba la grandeza y se perdía por las heces de la categoría política.

Gran realce es la simpatía activa, si es sublime, y mayor la pasiva, si es heroica. Vence en preciosidad a la gran piedra del anillo de Giges, y en eficacia a las cadenas del Tebano.

Fácil es la propensión a los varones magnos, pero rara la correlación. Da voces tal vez el corazón, sin escuchar eco de correspondencia. En la escuela del querer es ésta la A. B. C., donde la primera lección es de simpatía.

Sea, pues, destreza en discreción conocer y lograr la simpatía pasiva. Válgase el atento de este hechizo natural, y adelante el arte lo que comenzó naturaleza. Tan indiscreta cuan mal lograda es la porfía de pretender sin este natural favor, y querer conquistar voluntades sin esta munición de simpatía.

Pero la real es la reina de las prendas; pasa los términos de prodigio: basa que levantó estatua siempre de inmortalidad sobre plintos de próspera fortuna.

Está a veces amortiguada esta augusta prenda por no alcanzarle los alientos del favor. No atrae la calamita al hierro fuera de su distrito, ni la simpatia obra fuera de la esfera de su actividad. Es la aproximación la principal de las condiciones; no así el entretenimiento.

Atención, aspirantes a la heroicidad: que en este primor amanece un sol de lucimiento.

PRIMOR XVI

RENOVACIÓN DE GRANDEZA

Son los primeros empeños examen del valor, y un como salir a vistas la fama y el caudal.

No bastan milagros de progresos a realzar ordinarios principios y cuando mucho, todo esfuerzo después es remiendo de antes.

Un bizarro principio, a más de que pone en subido traste el aplauso, empeña mucho el valor.

Es la sospecha en materia de reputación a los principios de condición de precita, que si una vez entra nunca más sale del desprecio.

Amanezca un héroe con esplendores del sol. Siempre ha de afectar grandes empresas; pero en los principios, máximas. Ordinario asunto no puede conducir extravagante crédito, ni la empresa pigmea puede acreditar de jayán.

Son fianzas de la opinión los aventajados principios, y los de un héroe han de asestar cien estadios más alto que los fines de un común.

Aquel sol de capitanes y general de héroes, el conde heroico de Fuentes, nació al aplauso con rumbos de sol, que nace ya gigante de lucimiento.

Su primera empresa pudo ser *Non plus ultra* de un Marte; no hizo noviciado de fama, sino que el primer día profesó inmortalidad.

Contra el parecer de los más cercó a Cambray, porque era extravagante en la comprensión como en el valer. Fué antes conocido por héroe que por soldado.

Mucho es menester para desempeñarse de una gran-

de expectación. Concibe altamente el que mira, porque le cuesta menos de imaginar las hazañas que al que ejecuta de obrarlas.

Hazaña no esperada, pareció más que un prodigio prevenido de la expectación.

Crece más en la primera aurora un cedro, que un hisopo en todo un lustro, porque robustas primicias amagan gigantez.

Grandes son las consecuencias de una máxima en antecedente: declárase el valimiento de la fortuna, la grandeza del caudal, el aplauso universal y la gracia común.

Pero no bastan alentados principios, si son desmayados los progresos. Comenzó Nerón con aplausos de fénix, y acabó con desprecios de basilisco.

Desproporcionados extremos, si se juntan, declaran monstruosidad.

Tanta dificultad arguye adelantar el crédito como el comenzarlo. Envejécese la fama y caduca el aplauso, así como todo lo demás, porque leyes del tiempo no conocen excepción.

Al mayor lucimiento, que es el del sol, achacaron vejeces los filósofos y descaecimientos en el brillar.

Es, pues, treta, tanto de águila como de fénix, el renovar la grandeza, el remozar la fama y volver a renacer al aplauso.

Alterna el sol horizontes al resplandor; varía teatros al lucimiento, para que en el uno la privación y en el otro la novedad sustenten la admiración y el deseo.

Volvían los Césares de ilustrar el orbe al Oriente de su Roma, y renacían cada vez a ser monarcas.

El rey de los metales, pasando de un mundo a otro, pasó de un extremo de desprecio a otro de estimación.

La mayor perfección pierde por cotidiana, y los hartazgos de ella enfadan la estimación, empalagan el aprecio.

PRIMOR XVII

TODA PRENDA SIN AFECTACIÓN

TODA prenda, todo realce, toda afectación ha de gastar en sí un héroe; para afectar, ninguna.

Es la afectación el lastre de la grandeza.

Consiste en una alabanza de sí muda, y el alabarse uno es el más cierto vituperarse.

La perfección ha de estar en sí, la alabanza en los otros; y es merecido castigo que al que neciamente se acuerda de sí, discretamente le pongan en el olvido los demás.

Es muy libre la estimación, no se sujeta a artificio, mucho menos a violencia. Ríndese más presto a una elocuencia tácita de prendas, que a la desvanecida ostentación.

Impide poca estimación propia mucho aplauso ajeno.

Juzgan los entendidos toda afectada prenda. antes por violenta que por natural, antes por aparente que por verdadera; y así, da gran baja en la estimación.

Todos son necios los Narcisos; pero los de ánimo, con incurable necedad, porque está el achaque en el remedio.

Pero si el afectar prendas es necedad de a ocho, no le quedará grado al afectar imperfecciones.

Por huir la afectación dan otros en el centro de ellas, pues afectan el no afectar.

Afectó Tiberio el disimular, pero no supo disimular. Consiste el mayor primor de un arte en desmen-

tirlo, y el mayor artificio en encubrirle con otro mayor.

Grande es dos veces el que abarca todas las perfecciones en sí, y ninguna en su estimación. Con un generoso descuido despierta la atención común; y siendo él ciego para sus prendas, hace Argos a los demás.

Esta llámese milagro de destrezas; que si otras por extravagantes sendas guían a la grandeza, ésta por opuesta conduce al trono de la fama, al dosel de la inmortalidad.

PRIMOR XVIII

EMULACIÓN DE IDEAS

CARECIERON por la mayor parte los héroes, ya de hijos, ya de hijos héroes, pero no de imitadores; que parece los expuso el cielo más para ejemplares del valor que para propagadores de la naturaleza.

Son los varones eminentes textos animados de la reputación, de quienes debe el varón culto tomar lecciones de grandeza, repitiendo sus hechos y construyendo sus hazañas.

Propóngase en cada predicamento los primeros, no tanto a la imitación cuanto a la emulación; no para seguirles, sí para adelantárseles.

Fué Aquiles heroico desvelo de Alejandro, y durmiendo en su sepulcro, despertó en él la emulación de su fama. Abrió los ojos el alentado Macedón al llanto y al aprecio por igual, y lloró, no a Aquiles sepultado, sino a sí mismo, no bien nacido a la fama.

Empeñó después Alejandro a César, y lo que fué Aquiles para Alejandro, fué Alejandro para César; picóle en lo vivo, en la generosidad del corazón, y adelantóse tanto, que puso la fama en controversia y la grandeza en parangón; pues si Alejandro hizo teatro augusto de sus proezas el Oriente, César el Occidente de las suyas.

Decía el magnánimo don Alonso de Aragón y Nápoles, que no así el clarín solicita al generoso caballo como le inflamaba a él la trompa de la fama cesárea.

Y nótese cómo se van heredando estos héroes con la emulación la grandeza y con la grandeza la fama.

En todo empleo hay quien ocupa la primera clase, y la infama también. Son unos milagros de la excelencia, son otros antípodas de milagros. Sepa el discreto graduarlos, y para esto tenga bien repasada la categoría de los héroes, el catálogo de la fama.

Hizo el sílabo de los jubilados Plutarco en sus *Paralelas;* de los modernos, Paulo Jovio en sus *Elogios.*

Deséase aún una crisis integérrima, pero ¿qué ingenio la presumirá? Fácil es señalarles lugar en tiempo, pero difícil en aprecio.

Pudiera ser idea universal, si no pasara a milagro, dejando ociosa toda imitación, ocupando toda admiración, el monarca de los héroes, primera maravilla de las animadas del orbe, y el cuarto de los Filipios de España, que al sol de Austria se le debía la cuarta esfera.

Sea espejo universal quien representa todas las maximidades, no digo ya grandezas.

Llámese el émulo común de todos los héroes quien es centro de todas sus proezas, y equivóquese el aplauso en blasones con eminente pluralidad. El afortunado por su felicidad, el animoso por su valor, el discreto por su ingenio, el catolicísimo por su celo, el despejado por su airosidad, y el universal por todo.

PRIMOR XIX

PARADOJA CRÍTICA

AUNQUE seguro el héroe del ostracismo de Atenas, peligra en el criticismo de España.

Extravagante aquél, le desterrará luego: y pudiera a los distritos de la fama, a los confines de la inmortalidad.

Paradojo éste, le condena a que peca en no pecar. Es primor crítico deslizar venialmente en la prudencia y en el valor, para entretener la envidia, para cebar la malevolencia.

Juzgan éstos por imposible el salvarlas, aunque sea un gigante de esplendor, porque son tan harpías que, cuando no hallan presa vil, suelen atreverse a lo mejor.

Hay intenciones con metafísica ponzoña que saben sutilmente transformar las prendas, malear las perfecciones y dar siniestra interpretación al más justificado empeño.

Sea, pues, treta política permitirse algún venial desliz que roa la envidia y distraiga el veneno de la emulación.

Y pase por triaca política, por contraveneno de prudencia pues, naciendo de un achaque, tiene por efecto la salud. Rescate el corazón exponiéndose a la murmuración, atrayendo a sí el veneno.

A más de que una travesura de la naturaleza suele ser perfección de toda una hermosura. Un lunar tal vez da campo a los realces de la belleza.

Hay defectos sin defecto. Afectó algunos Alcibiades en el valor, Ovidio en el ingenio, llamándolos las fuentes de salud.

Ocioso me parece el primor, y más melindre de confiado que cultura de discreto.

¿Quién es el sol sin eclipses, el diamante sin raza, la reina de lo florido sin espinas?

No es menester arte donde basta la naturaleza. Sobra la afectación donde basta el descuido.

PRIMOR ULTIMO Y CORONA

VAYA LA MEJOR JOYA DE LA CORONA, Y FÉNIX DE LAS PRENDAS DE UN HÉROE

Todo lucimiento desciende del padre de ellos, y así de padre a hijos. Es la virtud hijo de la luz auxiliante, y así con herencia de esplendor. Es la culpa un monstruo que abortó la ceguera, y así heredada en obscuridad.

Todo héroe participó tanto de felicidad y de grandeza, cuanto de virtud; porque corren paralelas desde el nacer al morir.

Eclipsóse en Saúl la una con la otra, y amanecieron en David a la par.

Fué Constantino entre los Césares el primero que se llamó Magno, y fué juntamente el primer emperador cristiano: superior oráculo de que con la cristiandad nació hermanada la grandeza.

Carlos, primer emperador de Francia, alcanzó el mismo renombre, y aspiró al de santo.

Luis, gloriosísimo rey, fué flor de santos y de reyes.

En España, Fernando, llamado comúnmente el Santo en Castilla, fué el Magno del orbe.

El conquistador de Aragón consagró tantos templos a la emperatriz del empíreo como conquistó almenas.

Los dos Reyes Católicos, Fernando e Isabel, fueron el *non plus ultra*, digo columnas de la fe.

El bueno, el casto, el pío, el celoso de los Filipos españoles, no perdiendo un palmo de tierra, ganó

varas el cielo, y de verdad que venció más monstruos con su virtud que Alcides con su clava.

Entre capitanes, Godofre de Bullón, Jorge Castriot, Rodrigo Díaz de Vivar, el gran Gonzalo Fernández, el primero de Santa Cruz y el pasmo de los turcos, el serenísimo señor don Juan de Austria, fueron espejos de virtud y templos de la piedad cristiana.

Entre los héroes sacrosantos, los dos primeros a quienes dió renombre la grandeza, Gregorio y León, les dió esplendor la santidad.

Aun en los gentiles e infieles reduce el sol de los ingenios, Augustino, toda la grandeza al fundamento de algunas virtudes morales.

Creció Alejandro hasta que menguaron sus costumbres. Venció Alcides monstruos de fortaleza hasta que se rindió a la misma flaqueza.

Fué tan cruel la fortuna—digo, justiciera—con ambos Nerones, cuanto lo fueron ellos con sus vasallos.

Monstruos fueron de la lascivia y flojedad Sardanápalo, Calígula y Rodrigo, y portentos del castigo.

En las monarquías pretende evidencia este primor. Floreció el que es flor de los reinos, mientras que floreció la piedad y religión, y marchitóse con la herejía su belleza.

Pereció el fénix de las provincias en el fuego de Rodrigo, y renació en la piedad de Pelayo o en el celo de Fernando.

Salió a ser maravilla de prosapias la augustísima casa de Austria, fundando su grandeza en la que es cifra de las maravillas de Dios. Y rubricó su imperial sangre con la de Cristo, Señor nuestro, sacramentada.

¡Oh, pues, varón culto, pretendiente de la heroicidad! Nota el más importante primor, repara en la más constante destreza.

No puede la grandeza fundarse en el pecado, que es nada, sino en Dios, que lo es todo.

Si la excelencia mortal es de codicia, la eterna sea de ambición.

Ser héroe del mundo, poco o nada es; serlo del cielo es mucho. A cuyo gran Monarca sea la alabanza, sea la honra, sea la gloria.

FIN DE EL HÉROE

EL DISCRETO (1)

GENIO E INGENIO

ELOGIO

Estos dos son los dos ejes del lucimiento discreto; la naturaleza los alterna, y el arte los realza. Es el hombre aquel célebre microcosmos, y el alma su firmamento. Hermanados el genio y el ingenio, en verificación de Atlante y de Alcides, aseguran el brillar, por lo dichoso y lo lucido, a todo el resto de prendas.

El uno sin el otro fué en muchos felicidad a medias, acusando la envidia o el descuido de la suerte.

Plausible fué siempre lo entendido; pero infeliz sin el realce de una agradable genial inclinación; y al contrario, la misma especiosidad del genio hace más censurable la falta del ingenio.

Juiciosamente algunos, y no de vulgar voto, negaron poderse hallar la genial felicidad sin la valentía del entender; y lo confirman con la misma denominación de genio, que está indicando originarse del ingenio; pero la experiencia nos desengaña fiel, y nos

(1) Según la edición de Huesca, Juan Nogués, 1646.

avisa sabia, con repetidos monstros, en quienes se censuran barajados totalmente.

Son culto ornato del alma realces cultos; mas lo entendido entre todos corona la perfección. Lo que es el sol en él mayor, es en el mundo menor el ingenio. Y aun por eso fingieron a Apolo dios de la discreción. Toda ventaja en el entender lo es en el ser; y en cualquiera exceso de discurso no va menos que el ser más o menos persona.

Por lo capaz se adelantó el hombre a los brutos, y los ángeles al hombre, y aun presume constituir en su primera formalísima infinidad a la misma divina esencia. Tanta es la eminente superioridad de lo entendido.

Un sentido que nos falte, nos priva de una gran porción de vida y deja como manco el ánimo. ¿Qué será faltar en muchos un grado en el concebir y una ventaja en el discurrir, que son diferentes eminencias?

Hay a veces entre un hombre y otro casi otra tanta distancia como entre el hombre y la bestia, si no en la substancia, en la circunstancia; si no en la vitalidad, en el ejercicio de ella.

Bien pudiera de muchos exclamar crítica la vulpeja: "¡Oh, testa hermosa, mas no tiene interior!' En ti hallo el vacuo que tantos sabios juzgaron imposible." Sagaz anotomía mirar las cosas por dentro. Engaña de ordinario la aparente hermosura, dorando la fea necedad; y si callare, podrá desmentir el más simple de los brutos a la más astuta de ellos, conservando la piel de su apariencia. Que siempre curaron de necios los callados; ni se contenta el silencio con desmentir lo falto, sino que lo equivoca en misterioso.

Pero el galante genio se vió sublimado a deidad en aquel, no solamente cojo, sino ciego tiempo, para exageración de su importancia, a precio de su eminen-

cia: los que más moderadamente erraron, lo llamaron inteligencia asistente al menor de los universos. Cristiano ya el filosofar, no le distingue de una tan feliz cuanto superior inclinación.

Sea, pues, el genio singular, pero no anómalo · sazonado, no paradojo; en pocos se admira como se desea, pues ni aun el heroico se halla en todos los príncipes, ni el culto en todos los discretos.

Nace de una sublime naturaleza, favorecida en todo de sus causas; supone la sazón del temperamento para la mayor alteza de ánimo, débesele la propensión a los bizarros asuntos, la elección de los gloriosos empleos; ni se puede exagerar su buen delecto.

No es un genio para todos los empleos, ni todos los puestos para cualquier ingenio, ya por superior, ya por vulgar. Tal vez se ajustará aquél y repugnará éste, y tal vez se unirán entrambos, o en la conformidad o en la desconveniencia.

Engaña muchas veces la pasión, y no pocas la obligación, barajando los empleos a los genios; vistiera prudente toga el que desgraciado arnés; acertado aforismo el de Quilón: "Conocerse y aplicarse."

Comience por sí mismo el discreto a saber, sabiéndose; alerte a su Minerva, así genial como discursiva, y déle aliento si es ingenua. Siempre fué desdicha el violentarla; cordura y aun urgencia alguna vez, que es un fatal tormento; porque se ha de remar entonces contra las corrientes del gusto, del ingenio y de la estrella.

Hasta en los países se experimenta esta connatural proporción, o esta genial antipatía; más sensiblemente en las ciudades, con fruición en unas, con desazón en otras; que suele ser más contrario el porte al genio que el clima al temperamento. La mesma Roma no es para todos genios ni ingenios, ni a todos se dió gozar de la culta Corinto. La que es centro para uno, es para el otro destierro; y aun la gran M

drid, por ser madre del mundo, desde el Oriente hasta el Ocaso, en fé del Gran Filipio en su cuarta esfera, algunos la reconocen madrastra. ¡Oh, gran felicidad topar cada uno y distinguir su centro! No anidan bien los grajos entre las musas, ni los varones sabios se hallan entre el cortesano bullicio, ni los cuerdos en el áulico entretenimiento.

En la variedad de las naciones es donde se prueban y aun se apuran, al contraste de tan varios naturales y costumbres. Es imposible combinar con todas, porque, ¿quién podrá tolerar la aborrecible soberbia de ésta, la despreciable liviandad de aquélla, lo embustero de la una, lo bárbaro de la otra, si no es que la conformidad nacional en los mismos achaques haga gusto de lo que fuera violencia?

Gran suerte es topar con hombres de su genio y de su ingenio; arte es saberlos buscar; conservarlos, mayor; fruición es el conversable rato, y felicidad la discreta comunicación, especialmente cuando el genio es singular, o por excelente o por extravagante; que es infinita su latitud, aun entre los dos términos de su bondad o su malicia, la sublimidad o la vulgaridad, lo cuerdo o lo caprichoso; unos comunes, otros singulares.

Inestimable dicha cuando diere lugar lo precioso de la suerte a lo libre de la elección, que ordinariamente aquella se adelanta y determina la mansión, y aun el empleo; y lo que más se siente, la misma familiaridad de amigos, sirvientes y aun consortes, sin consultarlo con el genio; que por esto hay tantos quejosos de ella, penando en prisión forzosa y arrastrando toda la vida ajenos yerros.

Cuál sea preferible en caso de carencia o cuál sea ventajoso en el de exceso, el buen genio o el ingenio, hace sospechoso el juicio. Puede mejorarlos la industria y realzarlos el arte. Primera felicidad participarlos en su naturaleza heroicos, que fué sortear alma

buena. Malograron esta dicha muchos, y magnates, errando la vocación de su genio y de su ingenio.

Compítense de extremos uno y otro, para ostentar a todo el mundo, y aun a todo el tiempo, un coronado prodigio en el príncipe, nuestro señor, el primero Baltasar y el segundo Carlos, porque no tuviese otro segundo, que a sí mismo y él solo se fuese primero. ¡Oh, gloriosas esperanzas, que en tan florida primavera nos ofrecen católico Julio de valor, y aun Augusto de felicidad!

DEL SEÑORIO EN EL DECIR Y EN EL HACER

DISCURSO ACADÉMICO

Es la humana naturaleza aquella que fingió Hesiodo, Pandora. No la dió Palas la sabiduría, ni Venus la hermosura; tampoco Mercurio la elocuencia, y menos Marte el valor; pero sí el arte, con la cuidadosa industria, cada día la van adelantando con una y con otra perfección. No la coronó Júpiter con aquel majestuoso señorío en el hacer y en el decir que admiramos en algunos; dióselo la autoridad conseguida con el crédito, y el magisterio alcanzado con el ejercicio.

Andan los más de los hombres por extremos. Unos tan desconfiados de sí mismos, o por naturaleza propia o por malicia ajena, que les parece que en nada han de acertar, agraviando su dicha y su caudal, siquiera en no probarlo; en todo hallan qué temer, descubriendo antes los topes que las conveniencias; y ríndense tantó a esta demasía de su poquedad, que no atreviéndose a obrar por sí, hacen procura a otros de sus acciones y aun quereres. Y son como los que no se osan arrojar al agua sino sostenidos de aquellos instrumentos, que comunmente tienen de viento lo que les falta de substancia.

Al contrario, otros tienen una plena satisfacción de sí mismos; viven tan pagados de todas sus acciones, que jamás dudaron, cuanto menos condenaron alguna. Muy casados con sus dictámenes, y más cuanto más erróneos; enamorados de sus discursos,

como hijos más amados cuanto más feos; y como no saben de recelo, tampoco de descontento. Todo les sale bien, a su entender; con esto viven contentísimos de sí, y mucho tiempo, porque llegaron a una simplicísima felicidad.

Entre estos dos extremos de imprudencia se halla el seguro medio de cordura; y consiste en una audacia discreta, muy asistida de la dicha.

No hablo aquí de aquella natural superioridad, que señalamos por singular realce al héroe, sino de una cuerda intrepidez, contraria al deslucido encogimiento, fundada, o en la comprensión de las materias, o en la autoridad de los años, o en la calificación de las dignidades; que en fe de cualquiera de ellas puede uno hacer y decir con señorío.

Hasta las riquezas dan autoridad. Dora las más veces el oro las necias razones de sus dueños; comunica la plata su argentado sonido a las palabras, de modo que son aplaudidas las necedades de un rico, cuando las sentencias de un pobre no son escuchadas.

Pero la más ventajosa superioridad es la que se apoya en la adecuada noticia de las cosas, del continuo manejo de los empleos. Hácese uno primero señor de las materias, y después entra y sale con despejo; puede hablar con magistral potestad, y decir como superior a los que atienden, que es fácil señorearse de los ánimos después, si de los puntos primero.

No basta la mayor especulación para dar este señorío; requiérese el continuado ejercicio en los empleos; que de la continuidad de los actos se engendra el hábito señoril.

Comienza por la naturaleza y acaba de perficionarse con el arte. Todos los que lo consiguen se hallan las cosas hechas; la superioridad misma les da facilidad, que nada les embaraza; de todo salen con lucimiento. Campean al doble sus hechos y sus dichos;

cualquiera medianía, socorrida del señorío, pareció eminencia, y todo se logra con ostentación.

Los que no tienen esta superioridad, entran con recelo en las ocasiones; que quita mucho del lucimiento, y más si se diere a conocer. Del recelo nace luego el temor, que destierra criminalmente la intrepidez, con que se deslucen y aun se pierden la acción y la razón. Ocupa el ánimo de suerte que le priva de su noble libertad, y sin ella se ataja el discurrir, se hiela el decir y se impide el hacer, sin poder obrar con desahogo, de que pende la perfección.

El señorío en el que dice, concilia luego respeto en el que oye; hácese lugar en la atención del más crítico, y apodérase de la aceptación de todos. Ministra palabras y aun sentencias al que dice, así como el temor las ahuyenta; que un encogimiento basta a helar el discurso, y aunque sea un raudal de elocuencia, lo embarga la frialdad de un temor.

El que entra con señorío, ya en la conversación, ya en el razonamiento, hácese mucho lugar y gana de antemano el respeto; pero el que llega con temor, el mismo se condena de desconfiado y se confiesa vencido; con su desconfianza da pie al desprecio de los otros; por lo menos, a la poca estimación.

Bien es verdad que el varón sabio ha de ir deteniéndose, y más donde no conoce; entra con recato sondando los fondos, especialmente si presiente profundidad, como lo encargaremos en nuestros *Avisos al varón atento.*

Con los príncipes, con los superiores y con toda gente de autoridad, aunque conviene y es preciso reformar esta señoril audacia, pero no de modo que dé en el otro extremo de encogimiento. Aquí importa mucho la templanza, atendiendo a no enfadar por lo atrevido, ni deslucirse por lo desanimado; no ocupe el temor de modo que no acierte a parecer, ni la audacia se haga sobresalir.

Hay condiciones de personas que es menester entrarles con superioridad, no sólo en caso de mandar, sino de pedir y de rogar; porque si estos tales conciben que se les tiene respeto, no digo ya recelo, se engríen a intolerables; y éstos comúnmente son de aquellos que los humilló bien naturaleza y los levantó mal su suerte. Sobre todo, Dios nos libre de la vil soberbia de remozos de palacio, insolentes de puerta y de saleta.

Brilla este superior realce en todos los sujetos, y más en los mayores. En un orador es más que circunstancia. En un abogado, de esencia. En un embajador, es lucimiento. En un caudillo, ventaja; pero en un príncipe es extremo.

Hay naciones enteras majestuosas, así como otras sagaces y despiertas. La española es por naturaleza señoril; parece soberbia, lo que no es si no un señorío connatural. Nace en los españoles la gravedad del genio, no de la afectación; y así como otras naciones se apilcan al obsequio, ésta no, sino al mando.

Realza grandemente todas las humanas acciones, hasta el semblante, que es el trono de la decencia. El mismo andar: que en las huellas suele estamparse el corazón, y allí suelen rastrearlo los juiciosos en el obrar y en el hablar con eminencia; que la sublimidad de las acciones la adelanta al doble la majestad en el obrallas.

Nácense algunos con un señorío universal en todo cuanto dicen y hacen, que parece que ya la naturaleza los hizo hermanos mayores de los otros; nacieron para superiores, si no por dignidad de oficio, de mérito. Infúndeseles en todo un espíritu señoril, aun en las acciones más comunes; todo lo vencen y sobrepujan. Hácense luego señores de los demás, cogiéndoles el corazón, que todo cabe en su gran capacidad; y aunque tal vez tendrán los otros más ventajosas prendas de ciencia, de nobleza y aun de entereza.

con todo eso prevalece en éstos el señorío, que los constituye superiores, si no en el derecho, en la posesión.

Salen otros del torno de su barro ya destinados para la servidumbre, de unos espíritus serviles, sin género de brío en el corazón, inclinados al ajeno gusto y ceder el propio a cuantos hay. Estos no nacieron para sí, sino para otros; tanto, que alguno fué llamado el de todos. Otros dan en lisonjeros, aduladores, burlescos, y peores empleos si los hay. ¡Oh, cuántos hizo superiores la suerte en la dignidad, y la naturaleza esclavos en el caudal!

Este coronado realce, como es rey de los demás, lleva consigo gran séquito de prendas; síguele el despejo, la bizarría de acciones, la plausibilidad y ostentación, con otras muchas de este lucimiento. Quien las quisiere admirar todas juntas, hallarlas ha en el excelentísimo señor don Fernando de Borja, hijo del Benjamín de aquel gran duque santo; heredado en los bienes de su diestra; digo, en su prudencia, en su entereza y en su cristiandad, que todas ellas le hicieron amado, no virrey, sino padre en Aragón, venerado en Valencia, favorecido del grande de los Filipos en lo más, que es confiarle a su prudente, majestuosa y cristiana disciplina un príncipe único. para que le enseñe a ser rey y a ser héroe; a ser fénix, émulo del celebrado Aquiles, en fe de su enseñanza.

Y aunque todos estos realces la veneran reina, atiende mucho esta gran prenda a que no la desluzgan algunos defectos, que como sabandijas siguen de ordinario la grandeza. Puede tal vez degenerar, por exceso, en afectación, en temeridad imprudente, en el aborrecible entretenimiento, vana satisfación y otros tales; que todos son grandes padrastros de la discreción y de la cordura.

HOMBRE DE ESPERA

ALEGORÍA

En un carro y en un trono, fabricado éste de conchas de tortugas, arrastrado aquél de rémoras, iba caminando la Espera por los espaciosos campos del Tiempo, al Palacio de la Ocasión.

Procedía con majestuosa pausa, como tan hechura de la madurez, sin jamás apresurarse ni apasionarse; recostada en dos cojines que la presentó la Noche, Sibilas mudas del mejor consejo, en el mayor sosiego. Aspecto venerable, que lo hermosean más los muchos días; serena y espaciosa frente, con ensanches de sufrimiento; modestos ojos, entre cristales de disimulación; la nariz grande, prudente desahogo de los arrebatamientos de la irascible y de las llamaradas de la concupiscible; pequeña boca, con labios de vaso atesorador, que no permiten salir fuera el menor indicio del reconcentrado sentimiento por que no descubra cortedades del caudal; dilatado el pecho, donde se maduran y aun podrecen los secretos, que se malogran comunmente por aborto; capaz estómago, hecho a grandes bocados y tragos de la fortuna, de tan gran buche que todo lo digiere; sobre todo, un corazón de un mar, donde quepan las avenidas de pasiones y donde se contengan las más furiosas tempestades, sin dar bramidos, sin romper sus olas, sin arrojar espumas, sin traspasar ni un punto los límites de la razón. Al fin, toda ella de todas maneras grande: gran ser, gran fondo y gran capacidad.

Su vestir no era de gala, sino de decencia; más cumplido cuanto más ajustado, que lo aliñó el decoro. Tiene por color propio suyo el de la esperanza, y lo afecta en sus libreas, sin que haya jamás usado otro; y entre todos aborrece positivamente el rojo, por lo encendido de su cólera primero, y de su empacho después. Ceñía sus sienes por vencedora y por reina, que quien supo disimular supo reinar, con una rama del moral prudente.

Conducía la Prudencia el grave séquito. Casi todos eran hombres, y muy mucho algunas raras mujeres. Llevaban todos báculos por ancianos y peregrinos; otros se afirmaban en los cetros, cayados, bastones y aun tiaras, que los más eran gente de gobierno. Ocupaban él mejor puesto los italianos, no tanto por haber sido señores del mundo, cuanto porque lo supieron ser. Muchos españoles, pocos franceses, algunos alemanes y polacos; que, a la admiración de no ir todos, satisfizo la política juiciosa, con decir que aquella su detenida común pausa procede más de lo helado de su sangre que de lo detenido de su espíritu. Quedaba un grande espacio de vacío, que se decía haber sido de la prudentísima nación inglesa; pero que desde Enrico VIII acá faltaban al triunfo de la cordura y de la entereza. Sobresalían por su novedad y por su traje los políticos chinos.

Iban muy cerca del triunfante carro algunos grandes hombres, que los hizo famosos esta coronada prenda, y ahora en llevarlos a su lado mostraba su estimación. Allí iba el tardador Fabio Máximo, que con su mucha espera desvaneció la gallardía del mejor cartaginés, y restauró la gran república romana. A su lado campeaba el bastón de los franceses, consumiendo sus numerosas huestes con la detención, y acabando con la vida y con la paciencia de Filipo. El Gran Capitán, muy conocido por su empresa, que sacó en Barleta: aquella que con grande ingenio enseñaba

a tener juicio, y le valió un reino, conquistado más con la cordura que con la braveza. Antes de él, el magnánimo aragonés, forjando a fuego lento de las cadenas de su prisión una corona. Iban muchos filósofos y sabios, catedráticos de ejemplo y maestros de experiencia.

Gobernaba el Tiempo la autorizada pompa, que él mismo ir tropezando con sus muletas era lo que mejor le salía. Cerraba la Sazón por retaguarda, ladeada del Consejo, del Pensar de la madurez y del Seso.

Era esto una muy tarde, cuando vivamente les comenzó a tocar arma un furioso escuadrón de monstros, que lo es todo extremo de pasión: el indiscreto empeño, la aceleración imprudente, la necia facilidad y el vulgar atropellamiento, la inconsideración, la prisa y el ahogo; toda gente del vulgacho de la imprudencia.

Conoció su grande riesgo la Espera, por no llevar armas ofensivas, faltar el polvorín—que es munición velada en su milicia,—por estar reformado el ímpetu y desarmado el furor.

Mandó hacer alto a la Detención, y ordenó a la Disimulación que los entretuviese mientras consultaba lo hacedero. Discurrióse con prolijidad, muy a la española, pero con igual provecho.

Decía el sabio Biante, gran benemérito de esta gran señora de sí mesma, que imitase a Júpiter, el cual no tuviera ya rayos si no tuviera espera. Luis XI de Francia votó que se disimulase con ellos, que él no había enseñado ni más gramática ni más política a su sucesor. El rey D. Juan II de los aragoneses (que hay naciones de espera, y ésta lo es por extremo, y de la prudencia) la dijo que advirtiese que, hasta hoy, más había obrado la tardanza española que la cólera francesa. El grande Augusto coronó su voto y sus aciertos con el *Festina lente*. El duque de Alba volvió a repetir su razonamiento en la jornada sobre Lisboa.

Dijeron todos mucho en breve. Dilatóse más el Católico rey don Fernando, como príncipe de la política,—y eslo mucho la Espera. "Sea uno, decía, señor de sí, y lo será de los demás. La detención sazona los aciertos y madura los secretos; que la aceleración siempre pare hijos abortivos sin vida de inmortalidad. Hase de pensar despacio y ejecutar de presto; ni es segura la diligencia que nace de la tardanza. Tan presto como alcanza las cosas, se le caen de las manos; que a veces el estampido del caer fué aviso del haber tomado. Es la Espera fruta de grandes corazones y muy fecunda de aciertos. En los hombres de pequeño corazón ni caben el tiempo ni el secreto." Concluyó con este oráculo catalán: *Deu no pega de bastó, sino de Saó.*

Pero el gran triunfador de reyes, Carlos V, aquel que en Alemania con más espera que gente quebrantó las mismas peñas, las duras y las graves, la aconsejó que si quería vencer pelease a su modo: esto es, que esgrimiese la muleta del Tiempo, mucho más obradora que la acerada clava de Hércules. Ejecutólo tan felizmente, que pudo al cabo al cabo frustrar el ímpetu y enfrenar el orgullo a aquellas más furias que las infernales, y quedó vitoriosa, repitiendo: "El Tiempo y yo a otros dos".

Este suceso contó el Juicio al Desengaño, como quien se halló presente.

DE LA GALANTERIA

MEMORIA A LA DISCRECIÓN

TIENEN su bizarría las almas, harto más relevante que la de los cuerpos: gallardía del espíritu, con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazón. Llévanse los ojos del alma bellezas interiores, así como los del cuerpo la exterior; y son más aplaudidas aquéllas del juicio que lisonjeada ésta del gusto.

Soy realce nada común, y aunque universal en los objetos, en los sujetos soy muy singular. No quepo en todos, porque supongo magnanimidad; y con tener tantos pechos (1) un villano, para la galantería no le tiene.

Tuve por centro el corazón de Augusto, que escusándose conmigo, venció la vulgar murmuración y triunfó galante de los públicos convicios, quedando más memorable grandeza de haberlos despreciado que la romana libertad de haberlos dicho.

Así que mi esfera es la generosidad, blasón de grandes corazones y grande asunto mío, hablar bien del enemigo y aun obrar mejor: máxima de la divina fe, que apoya tan cristiana galantería.

Mi mayor lucimiento libró en los apretados lances de la venganza; no se los quitó, sino que se los mejoró, convirtiéndola, cuando más ufana, en una impensada generosidad, con aclamaciones de crédito.

---

(1) «Pecho» significa también lo que tiene que pagar el «pechero» a su señor.

Por este camino consiguió la inmortal reputación Luis XII, que siempre fueron galantes los franceses; digo, los nobles. Temíanle rey los que le injuriaron duque; mas él, transformando la venganza en bizarría, pudo asegurarlos con aquel más repetido que asaz apreciado dicho: "¡Eh!, que no venga el rey de Francia los agravios hechos al duque de Orliens". Pero, ¿qué mucho quepan estas bizarrías en un rey de hombres, cuando campean en el de fieras? Puede el león enseñar a muchos galantería; que las fieras se humanan cuando los hombres se enfierecen; y si degeneraron tal vez, fué (a ponderación de Marcial) por haberse maleado entre los hombres.

Soy política también, y aun gala de la mayor razón de estado; que ésta y yo hicimos inmortal al rey don Juan el Segundo, el de Aragón, el día que en aquél célebre teatro de su fama, Cataluña, trocó la más irritada venganza en la más inaudita clemencia: en viéndose vencedor del catalán, pasó a serlo de sí mismo. ¡Oh nuevo y raro modo de entrar triunfando en la tan cara Barcelona, en carros de misericordia! Que fué entrada en los corazones, con vítores de padre español y desengaños del estranjero padrastro.

No estimo tanto las victorias que consigo de la envidia, si bien mi amor emula; solicítolas, pero no las blasono; nunca afecto vencimientos, porque nada afecto; y cuando los alcanza el merecimiento, los disimula la ingenuidad.

Pierdo tal vez de mi derecho, para adelantarme más; y cuando parece que me olvido del decoro en el ceder, me levanto con la reputación en el exceder. Transformo en gentileza lo que fuera en vulgar desaire; pero no cualquiera, que las quiebras de infamia con ningún artificio se sueldan.

Fué siempre grande sutileza hacer gala de los desaires, y convertir en realces de la industria los que fueron disfavores de la naturaleza y de la suerte.

El que se adelanta a confesar el defecto propio, cierra la boca a los demás; no es desprecio de sí mismo, sino heroica bizarría; y al contrario de la alabanza, en boca propia se ennoblece.

Soy escudo bizarro en los agravios, socorriendo con notable destreza en las burlas y en las veras. Con un cortesano desliz, ya de un mote y ya de una sentencia, doy salida muchas veces a muchos graves empeños, y saco airosamente del más confuso laberinto.

Gran consorte del despejo y muy favorecida de él, adelantando siempre las acciones, porque las espaciosas en sí las realzo más, y las sospechosas las doro a título de despejo, y a excusa de bizarría. Desembarázome tal vez, de un recato majestuoso, a lo humano; de un encogimiento religioso, a lo cortés; de un melindre femenil, a lo discreto; y lo que se condenara por descuido del decoro, se disimula por galantería de condición; pero siempre con templanza: no deslice a demasía, por estar muy a los confines de la liviandad.

Tengo grandes contrarios, para que sean más lucidas mis vitorias; atropello muchos vicios para valer por muchas virtudes; de sola la vileza triunfo con algo de afectación, que jamás la supe hacer; y aborrezco de oposición toda poquedad, ya de envidia, ya de miseria. Préciome de muy noble, y lo soy, hidalga de condición y de corazón. Tengo por empresa al gavilán, el galante de las aves, aquél que perdona por la mañana al pajarillo que le sirvió de calentador toda la noche, si pudo darle calor la sangre helada del miedo; y prosiguiendo con la comenzada gentileza, vuela a la contraria parte que él voló, por no encontrarle y poner otra vez su generosidad en contingencia.

Todo grande hombre fué siempre muy galante, y todo galante, héroe; porque o supongo o comunico la bizarría de corazón y de condición. Toda prend

campea mucho en el varón grande, y más cuanto mayor; porque juntas entonces la grandeza del realce y la del sujeto, doblan la perfección.

Pareceré a algunos realce nuevo, pero no a aquellos que ha mucho me admiran en aquella mayor esfera de mi lucimiento: el excelentísimo conde de Aranda; aquél, digo, que ha hecho tantos y tan relevantes servicios a su Dios en culto, a su rey en donativo y a su patria en celo; aquél a quien debe más esplendor su real casa de Urrea que a todos juntos sus antepuestos soles; aquél que ha eternizado juntamente su piedad cristiana y su nobilísima grandeza en conventos, en palacios y en hazañas; y todo esto con grande galantería, consiguiendo el inmortal renombre de bizarro, de galante, de magnánimo y héroe máximo de Aragón, a sombra de cuyo patrocinio llego yo a darte, oh gran reina de lo discreto, este memorial de mis méritos, con pretensiones de que me admitas al plausible cortejo de tus heroicas, inmortales y válidas prendas.

HOMBRE DE PLAUSIBLES NOTICIAS

RAZONAMIENTO ACADÉMICO

MÁS triunfos le consiguió a Hércules su discreción que su valor; más plausible le hicieron las brillantes cadenitas de su boca que la formidable clava de su mano: con ésta remedia monstros, con aquéllas aprisionaba entendidos, condenándolos a la dulce suspensión de su elocuencia; y al fin, más se le rindieron al tebano discreto que valiente.

Luce, pues, en algunos una cierta sabiduría cortesana, una conversable sabrosa erudición, que los hace bien recibidos en todas partes y aun buscados de la atenta curiosidad.

Un modo de ciencia es éste que no lo enseñan los libros ni se aprende en las escuelas; cúrsase en los teatros del buen gusto y en el general, tan singular, de la discreción.

Hállanse unos hombres apreciadores de todo sazonado dicho, y observadores de todo galante hecho; noticiosos de todo lo corriente en cortes y en campañas. Estos son los oráculos de la curiosidad y maestros de esta ciencia del buen gusto.

Vase comunicando de unos a otros en la erudita conversación, y la tradición puntual va entregando estas sabrosísimas noticias a los venideros entendidos, como tesoros de la curiosidad y de la discreción.

En todos los siglos hay hombres de alentado espíritu, y en el presente los habrá no menos valientes que los pasados, sino que aquéllos se llevan la vent-

ja de primeros; y lo que a los modernos les ocasiona envidia, a ellos autoridad: la presencia es enigma de la fama. El mayor prodigio por alcanzado cayó de su estimación; la alabanza y el desprecio van encontrados en el tiempo y el lugar: aquélla siempre de lejos y éste siempre de cerca.

La primera y más gustosa parte de esta erudición plausible es una noticia universal de todo lo que en el mundo pasa, transcendiendo a las cortes más extrañas, a los emporios de la fortuna. Un plático saber de todo lo corriente, así de efectos como de causas, que es cognición entendida, observando las acciones mayores de los príncipes, los acontecimientos raros, los prodigios de la naturaleza y las monstrosidades de la fortuna.

Goza de los suavísimos frutos del estudio, registrando lo ingenioso en libros, lo curioso en avisos, lo juicioso en discursos y lo picante en sátiras. Atiende a los aciertos de una monarquía con felicidad, a los desaciertos de la otra con desdicha. Ni perdona a los estruendos marciales en armadas por la mar, en ejercicios por tierra, suspensión del mundo, empleo mayor de la fama, ya engañada y ya engañosa.

Su mayor realce es una juiciosa comprensión de los sujetos, una penetrante cognición de los principales personajes de esta actual tragicomedia de todo el universo. Da su definición a cada príncipe y su aplauso a cada héroe. Conoce en cada reino y provincia los varones eminentes por sabios, valerosos, prudentes, galantes, entendidos, y sobre todo santos, astros todos de primera magnitud y majestuoso lucimiento de las repúblicas. Dale su lugar a cada uno, quilatando las eminencias y apreciando su valor. Pone también en su juiciosa nota lo paradoxo del un príncipe, lo extravagante del otro señor, lo afectado de éste, lo vulgar de aquél; y con esta moral anotomía puede hacer concepto de las cosas y ajustar el crédito a la verdad.

Esta cognición superiormente culta sirve para mejor apreciar los dichos y los hechos, procurando siempre de sacar la enseñanza, si no la admiración, por lo menos la noticia.

Sobre todo tiene una tan sazonada como curiosa copia de todos los buenos dichos y galantes hechos, así heroicos como donosos: las sentencias de los prudentes, las malicias de los críticos, los chistes de los áulicos, las sales de Alenquer, los picantes del Toledo, las donosidades del Zapata y aun las galanterías del Gran Capitán, dulcísima munición toda para conquistar el gusto.

Mas subiendo de punto y tiempo, tiene con letras de aprecio las sentencias de Filipo II, los apostegmas de Carlos y las profundidades del rey Católico. Si bien los más frescos y corriendo donaire son los que tienen más sal y los más apetitosos; los flamantes hechos y modernos dichos, añadiendo a lo excelente la novedad, recambian el aplauso; porque sentencias rancias, hazañas carcomidas, es tan cansada como propia erudición de pedantes y gramáticos.

Más sirvió a veces esta ciencia usual, más honró este arte de conversar, que todas juntas las liberales. Es arte de ventura, que si la da el cielo, poco de aquéllas basta, digo, para lo provechoso, que no para lo adecuado. No excluye las demás graves ciencias, antes las supone por basa de su realce; así como la cortesía asienta muy bien sobre el tener, así esta parte de discreción sobre alguna otra grande eminencia cae como esmalte. Lo que dice es que ella es la hermosura formal de todas, realce del mismo saber, ostentación del alma, y que tal vez aprovechó más saber escribir una carta, acertar a decir una razón, que todos los Bártulos y Baldos.

Varones hay eminentes en esta galante facultad; pero tan raros son como selectos, tesoreros de la curiosidad, emporios de la erudición cortesana, que s'

no hubiera habido quien observara primero y conservara después los heroicos dichos del Macedón y su padre, de los Césares romanos y Alfonsos aragoneses, los sentenciosos de los Siete de la fama, hubiéramos carecido del mayor tesoro del entendimiento, verdadera riqueza de la vida superior.

Cuando encontrares con algún valiente genio de éstos, que entre millares será alguno, aunque lo busques con la antorcha al mediodía, logra la ocasión, disfruta las sazonadas delicias de la erudición; que si con hambre solicitamos los libros ingeniosos y discretos, con fruición se han de lograr los mismos oráculos de lo discreto, de lo juicioso, sazonado y entendido.

Siempre nos lleva a buscar a otro la concupiscencia propia, ya interesal, ya desvanecida; mas aquí gustosa por lo agradable del saber, por lo apetitoso del notar. No seas tú de aquellos que bárbaramente se envidian a sí mismos el gusto del saber, por deslucirle al otro el aplauso del enseñar.

Vuelven algunos de los emporios del mundo tan a lo bárbaro como se fueron: que quien no llevó la capacidad, no la puede traer llena de noticias; llevaron poco caudal, y así hicieron corto empleo de observaciones; mas el discreto, como la gustosa abeja, viene libando el noticioso néctar que entresacó de lo más florido, que es lo más granado. No es la ambrosía para el gusto del necio, ni se hallan estas estimables noticias en gente vulgar; que en éstos nunca salen de su rincón ni el gusto ni el conocimiento; no dan ni un paso más adelante de lo que tienen presente.

Ponen otros su felicidad en su vientre, sólo toman de la vida el comer, que es lo más vil; de las potencias superiores no se valen ni las emplean; ocioso vive el discurso, desaprovechado muere el entendimiento. De aquí es que muchos de los señores no llevan ventaja a los demás, sino en los objetos de los sentidos,

que es lo ínfimo del vivir, quedando tan pobres de entendimiento como ricos de pobres bienes. No vive vida de hombre sino el que sabe. La mitad de la vida se pasa conversando. La noticiosa erudición es un delicioso banquete de los entendidos, y destínase este realce de la mayor discreción al mejor gusto del excelentísimo marqués de Colares, don Jerónimo de Ataide, pues se ideó de su noticiosa erudición. Será algún día desempeño de mi veneración el docto lucimiento de su asunto, la inmortalidad de sus obras.

NO SEA DESIGUAL

CRISIS

No se acreditan los vicios por hallarse en grandes sujetos, antes bien ofende más la mancha en el brocado que en el sayal. Es la desigualdad achaque de grandes y aun de príncipes, en algunos por naturaleza, en los más por afectación.

Es de mar su condición y aun para marear, que hoy lisonjea lo que mañana abomina, y en dos inmediatos instantes no levanta en el uno hasta las estrellas, sino para abatir en el otro hasta los abismos.

En tan anómalo proceder suelen perderse los bisoños, cuando ganarse los expertos; que hay grandes maestros del arte de marear en palacio; a éstos les es materia de risa, como a escarmentados, lo que a aquéllos de confusión; anímanse unos con lo mismo que otros desmayan, porque saben que la misma mudanza que hoy atormenta con el desvío, mañana rogará con el favor. Está el remedio en el mismo origen del mal, que es la ordinaria desigualdad.

¡Oh, el prudente! ¡Qué tranquilo costea las puntas y los esteros! ¡Qué señor mide los golfos! Ni se paga de sus finezas, ni se rinde a sus sequedades; porque no se le hace nueva cualquiera mudanza en sus extremos.

Ni se funda tan monstrosa desigualdad en la razón, que toda es acasos, y los menos acordados. No depende de causas ni de méritos, que el mudarse con las cosas aún sería excusable, y tal vez cordura. Lo que hoy es el blanco de su sí mañana es el negro de su

no, y ahora gusto lo que después desabrimiento, uno y otro sin por qué, para proseguir o perseguir de balde.

Es trivial achaque de soberanos lo antojadizo que, como tienen tan exento el gusto, da en vaguear. En los mayores suele niñear más, y les parece que es ejercitar el señorío en ya querer, ya no querer.

El varón cuerdo siempre es igual, que es crédito de entendido, ya que no en el poder en el querer, de suerte que la necesidad violente las fuerzas, pero no los efectos; y aun entonces preceden a su mudanza en todas las circunstancias en su abono, atestiguando que no es variedad, sino urgencia.

No sólo son éstos altibajos con las personas, pero con las virtudes, para llevarlo todo parejo. Notable desigualdad la de Demetrio, bien censurada de muchos. Era cada día otro de sí mismo, y en la guerra muy diferente que en la paz, porque en aquélla era centro de todas las virtudes y en ésta de todos los vicios; de suerte que en la guerra hacía paces con las virtudes, y volvía a hacerles guerra en la paz; tanto pueden mudar a un hombre el ocio o el trabajo.

Pero, ¿qué desigualdad más monstrosa que la de Nerón? No se venció a sí mismo, sino que se rindió; algunos a sí mismos buenos, se compiten mejores, que es gran victoria de la perfección; pero otros no son vencedores de sí, sino vencidos, rindiéndose a la deterioridad.

Si la desigualdad fuera de lo malo a lo bueno, fuera buena, y si de lo bueno a lo mejor, mejor; pero comúnmente consiste en deteriorarse, que el mal siempre lo vemos de rostro y el bien de espaldas. Los males vienen y los bienes van.

Diránme que todo es desigualdades este mundo y que sigue a lo natural lo moral. La misma tierra que se empina en los montes se humilla después en los valles, solicitando su mayor hermosura en su mayor variedad. ¿Qué cosa más desigual que el mismo tiem-

po, ya coronándose de flores, ya de escarchas? Y todo el universo es una universal variedad, que al cabo viene a ser armonía. Pues si el hombre es un otro mundo abreviado, ¿qué mucho que cifre en sí la variedad? No será fealdad, sino una perfecta proporción compuesta a desigualdades.

Pero no hay perfección en variedades del alma que no dicen con el cielo. De la luna arriba no hay mudanzas. En materia de cordura todo altibajo es fealdad. Crecer en lo bueno es lucimiento; pero crecer y decrecer es estulticia y toda vulgaridad, desigualdad.

Hay hombres tan desiguales en las materias, tan diferentes de sí mismos en las ocasiones, que desmienten su propio crédito y deslumbran nuestro concepto; en unos puntos discurren que vuelan, en otros, ni perciben ni se mueven. Hoy todo les sale bien, mañana todo mal, que aun el entendimiento y la ventura tienen desiguales. Donde no hay disculpa es en la voluntad, que es crimen del albedrío, y su variar no está lejos del desvariar. Lo que hoy ponen sobre su cabeza, mañana lo llevan entre pies, por no tener pies ni cabeza. Hacen con esto tan enfadosa su familiaridad, que huyen todos de ellos, remitiéndolos al vulgar averiguador que los entienda. Sóbrale al mar de amargura lo que le falta de firmeza, pareciendo los que se le fían sin estrella.

Mudó sin duda la fama a Gandía su *non plus ultra* de toda heroicidad, de toda cristiandad, discreción, cultura, agrado, plausibilidad y grandeza en aquellos dos héroes consortes: el excelentísimo señor duque don Francisco de Borja y la excelentísima duquesa doña Artemisa de Oria y Colona, gran señora mía. Participando ínclitamente entrambos de sus esclarecidos timbres el eterno blasón de su firmeza, en todo lo excelente, en todo lo lucido, en todo lo realzado en todo lo plausible, en todo lo dichoso y en todo lo perfecto; siempre los mismos y siempre heroicos.

EL HOMBRE DE TODAS HORAS

CARTA A DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA

No siempre se ha de reir con Demócrito, ni siempre se ha de llorar con Heráclito, discretísimo Vincencio. Dividiendo los tiempos el divino sabio, repartió los empleos. Haya vez para lo serio y también para lo humano, hora propia y hora ajena. Toda acción pide su sazón; ni se han de barajar, ni se han de singularizar; débese el tiempo a todas las tareas, que tal vez se logra y tal vez se pasa.

El varón de todos ratos es señor de todos los gustos y es buscado de todos los discretos. Hizo la naturaleza al hombre un compendio de todo lo natural: haga lo mismo el arte de todo lo moral. Infeliz genio el que se declara por de una sola materia, aunque sea única, aun la más sublime; pues ¿qué si fuera vulgar, vicio común de los empleos? No sabe platicar el soldado sino de sus campañas, y el mercader de sus logros, hurtándole todos el oído al unítono, la atención al impertinente; y si tal vez se vencen, es en conjuración de fisga.

Siempre fué hermosamente agradable la variedad, y aquí lisonjera. Hay algunos, y los más, que para una cosa sola los habéis de buscar, porque no valen para dos; hay otros que siempre se les ha de tocar un punto y hablar de una materia; no saben salir de allí, hombres de un verbo, Sísifos de la conversación que apedrean con un tema. Tiembla de ellos con razón todo discreto, que si se echa un necio de éstos s

bre su paciencia, llegará a verter el juicio por los poros; y por temor de contingencia tan penosa, codicia antes la estéril soledad y vive al siglo de oro interiormente.

Aborrecible iten el de algunos, enfadoso macear, que todo buen gusto lo execra, deprecando que Dios nos le libre de hombre de un negocio en el hablarlo y en el solicitarlo. Desquítannos de ellos unos amigos universales de genio y de ingenio, hombre para todas horas, siempre de sazón y de ocasión. Vale uno por muchos, que de los otros, mil no valen por uno; y es menester multiplicarlos, hora por amigo, con enfadosa dependencia.

Nace esta universalidad de voluntad y de entendimiento, de un espíritu capaz, con ambiciones de infinito; un gran gusto para todo, que no es vulgar arte saber gozar de las cosas y un buen lograr todo lo bueno. Plático gustar es el de jardines, mejor el de edificios, calificado el de pinturas, singular el de piedras preciosas, la observación de la antigüedad, la erudición y la plausible historia; mayor que todas, la filosofía de los cuerdos; pero todas ellas son eminencias parciales, que una perfecta universalidad ha de adecuarlas todas.

No se ha de atar el discreto a un empleo solo, ni determinar el gusto a un objeto, que es limitarlo con infelicidad; hízolo el cielo indefinito, criólo sin términos; no se reduzga él ni se limite.

Grandes hombres los indefinibles, por su grande pluralidad de perfecciones, que repite a infinidad. Otros hay tan limitados, que luego se les sabe el gusto, o para prevenirlo o para lisonjearlo, que ni se extiende ni se difunde.

Una vez que quiso el cielo dar un plato, sazonó el maná, cifra de todos los sabores, bocado para todos paladares, en cuya universalidad proporcionó la del en gusto.

Siempre hablar atento, causa enfado; siempre chancear, desprecio; siempre filosofar entristece y siempre satirizar desazona.

Fué el Gran Capitán idea grande de discretos; portábase en el palacio como si nunca hubiera cursado las campañas, y en campaña como si nunca hubiera cortejado.

No así aquel otro, no gran soldado, sino gran necio que, convidándole una gentil dama a danzar en su ocasión, digo en la de un sarao, excusó su ignorancia y descubrió su tontería, diciendo: "Que él no se entendía de mover los pies en el palacio, sino de menear las manos en la campaña." Acudió ella, que lo era: "Pues señor, paréceme que sería bueno en tiempo de paz, metido en una funda, colgaros como arnés para su tiempo"; y aun le hizo cortesía de otro más vil y más merecido puesto.

No se estorban unas a otras las noticias ni se contradicen los gustos; todas caben en un centro y para todo hay sazón. Algunos no tienen otra hora que la suya, y siempre apuntan a su conveniencia. El cuerdo ha de tener hora para sí, y muchas para los selectos amigos.

Para todo ha de haber tiempo, sino para lo indecente; ni será bastante excusa la que dió uno en una acción muy liviana: que el que era tenido por cuerdo de día no sería tenido por necio de noche.

De suerte, mi cultísimo Vincencio, que la vida de cada uno no es otro que una representación trágica y cómica, que si comienza el año por el Aries también acaba en el Piscis, viniéndose a igualar las dichas con las desdichas, lo cómico con lo trágico. Ha de hacer uno solo todos los personajes a sus tiempos y ocasiones: ya el de risa, ya el de llanto, ya el del cuerdo y tal vez el del necio; con que se viene a acabar con alivio y con aplauso la apariencia.

¡Oh, discretísimo Proteo, aquel, nuestro gran apa-

sionado, el excelentísimo de Lemos, en cuyo bien repartido gusto tienen vez todos los liberales empleos, y en cuya heroica universalidad logran ocasión todos los eruditos, cultos y discretos; el docto y el galante, el religioso y el caballero, el humanista, el historiador, el filósofo, hasta el sutilísimo teólogo! Héroe verdaderamente universal para todo tiempo, para todo gusto y para todo empleo.

EL BUEN ENTENDEDOR

Diálogo entre el Doctor Juan Francisco Andrés y el Autor.

DOCTOR

Dicen que al buen entendedor, pocas palabras.

AUTOR

Yo diría que, a pocas palabras, buen entendedor. Y no sólo a palabras: al semblante, que es la puerta del alma, sobrescrito del corazón, aún le ve apuntar; al mismo callar, que tal vez exprime más para un entendido, que una prolijidad para un necio.

DOCTOR

Las verdades que más nos importan, vienen siempre a medio decir.

AUTOR

Así es; pero recíbanse del advertido a todo entender.

DOCTOR

Eso le valió a aquel nuestro Anfión aragonés, cuando perseguido de los propios, halló amparo y aun aplauso en los coronados Delfines extraños.

AUTOR

Tan poderosa es una armonía, y más de tan suaves consonancias, como fueron las de aquel prodigioso ingenio.

DOCTOR

Califícase ya el decir verdades con nombre de necedades.

AUTOR

Y aun por no parecer o niño o necio, ninguno la quiere decir, con que no se usa; solas quedan en el mundo algunas reliquias de ella, y aun esas se descubren como misterio, con ceremonia y recato.

DOCTOR

Con los príncipes siempre se les brujelea.

AUTOR

Pero discurran ellos, que va en ello el perderse o el ganarse.

DOCTOR

Es la verdad una doncella tan vergonzosa cuanto hermosa, y por eso anda siempre atapada.

AUTOR

Descúbranla los príncipes con galantería, que han de tener mucho de adivinos de verdades y de zahoríes de desengaños. Cuanto más entredientes se les dicen, es dárselas mascadas, para que mejor se digieran y entren en provecho. Es ya político el desengaño; anda de ordinario entre dos luces, o para retirarse a las tinieblas de la lisonja, si topa con la necedad, o salir a la luz de la verdad, si topa con la cordura.

DOCTOR

¡Qué es de ver en una encendida competencia la detención de un recatado y la atención de un advertido! Aquél apunta, éste discurre, y más en desengaños.

AUTOR

Sí, que se ha de ajustar la inteligencia a las materias; en las favorables, tirante siempre la credulidad; en las odiosas, dar la rienda y aun picarla. Lo que la lisonja se adelanta en el que dice, la sagacidad lo desande en el que oye; que siempre fué la mitad menos lo real de lo imaginado.

DOCTOR

En materias odiosas, yo discurriría al contrario, pues en un ligero amago, en un levísimo ceño, se le descubre al entendido mucho campo que correr.

AUTOR

Y que correrse tal vez; y entienda que es mucho más lo que se le calla en lo poco que se le dice. Va el cuerdo en los puntos vidriosos con gran tiento, y cuanto la materia es más liviana, da pasos de plomo en el apuntar, con lengua de pluma en el pasar.

DOCTOR

Muy dificultoso es darse uno por entendido en puntos de censura y de desengaño, porque se cree mal aquello que no se desea. No es menester mucha elocuencia para persuadirnos lo que nos está bien, y toda la de Demóstenes no basta para lo que nos está mal.

AUTOR

Poco es ya el entender, menester es a veces adivinar; que hay hombres que sellan el corazón y se les podrecen las cosas en el pecho.

DOCTOR

Hacer entonces lo que el diestro físico, que toma el pulso en el mismo aliento; así el atento metafísico, en el aire de la boca ha de penetrar el interior.

AUTOR

El saber nunca daña.

DOCTOR

Pero tal vez da pena, y así como previene la cordura el qué dirán, la sagacidad ha de observar el qué dijeron. Saltea insidiosa esfinge el camino de la vida, y el que no es entendido, es perdido. Enigma es, y dificultoso, esto del conocerse un hombre; sólo un Edipo discurre, y aun ése con soplos auxiliares.

AUTOR

No hay cosa más fácil que el conocimiento ajeno.

DOCTOR

Ni más dificultosa que el propio.

AUTOR

No hay simple que no sea malicioso.

DOCTOR

Y que siendo sencillo para sus faltas, no sea doblado para las ajenas.

AUTOR

Las motas percibe en los ojos del vecino.

DOCTOR

Y las vigas no divisa en los propios.

AUTOR

El primer paso del saber es saberse.

DOCTOR

Ni puede ser entendido el que no es entendedor. Pero ese aforismo de conocerse a sí mismo, presto es dicho y tarde hecho.

AUTOR

Por encargarlo fué uno contado entre los Siete Sabios.

DOCTOR

Por cumplirlo, ninguno hasta hoy. Cuanto más saben algunos de los otros, de sí saben menos; y el necio más sabe de la casa ajena que de la suya, que ya hasta los refranes andan al revés. Discurren mucho algunos en lo que nada les importa, y nada en lo que mucho les convendría.

AUTOR

¿Que hay ocupación peor aún que el ocio?

DOCTOR

Sí, la inútil curiosidad.

AUTOR

¡Oh, cuidados de los hombres! ¡y cuánto hay en las cosas sin substancia!

DOCTOR

Hase de distinguir también entre lo detenido de un recado y lo desatentado de un fácil; exageran unos, disminuyen otros: discierna, pues, el atento entendedor, que a tantos han condenado las credulidades como las incredulidades.

AUTOR

Por eso dijeron sabiamente los bárbaros escitas al joven Peleo, que son los hombres ríos: lo que aquéllos corren se van deteniendo éstos, y comúnmente tienen más de fondo los que mayor sosiego, y llevan más agua los que menos ruido.

DOCTOR

Materias hay también en que la sospecha tiene fuerza de prueba: que la mujer de César, dijo él mismo, ni aun la fama; y cuando en el interesado llega a ser duda, en los demás ya pasa y aun corre por evidencia.

AUTOR

Tienen más o menos fondo las palabras, según las materias.

DOCTOR

Por no calarlas se ahogaron muchos: sóndelas el entendido entendedor, y advierta que la gala del nadar es saber guardar la ropa.

AUTOR

Y más si es púrpura. Y con esto vamos, uno a su historia, digo, a la *Zaragoza Antigua,* tan deseada de la curiosidad cuanto ilustrada de la erudición, y yo a mi filosofía del *Varón Atento.* (1)

(1) El Doctor de este diálogo es el cronista aragonés Juan Francisco Andrés de Uztarroz. En cuanto al *Varón Atento,* en que Gracián declara estarse ocupando, ni parece que se publicara ni llegado a nosotros.

NO ESTAR SIEMPRE DE BURLAS

SÁTIRA

Es muy seria la prudencia, y la gravedad concilia veneración; de dos extremos, más seguro es el genio majestuoso. El que siempre está de burlas, nunca es hombre de veras, y hay algunos que siempre lo están; tiénenlo por ventaja de discreción, y lo afectan; que no hay monstrosidad sin padrino; pero no hay mayor desaire que el contino donaire. Su rato han de tener las burlas: todos los demás, las veras. El mismo nombre de sales está avisando cómo se han de usar. Hase de hacer distinción de tiempos, y mucho más de personas. El burlarse con otro es tratarle de inferior, y a lo más de igual, pues se le aja el decoro y se le niega la veneración.

Estos tales nunca se sabe cuándo hablan de veras, y así los igualamos con los mentirosos, no dándoles crédito a los unos por recelo de mentira, a los otros de burla. Nunca hablan en juicio, que es tanto como no tenerle, y más culpable; porque no usar de él por no querer, más es que por no poder; y así no se diferencian de los faltos sino en ser voluntarios, que es doblada monstrosidad. Obra en ellos la liviandad lo que en los otros el defecto; un mismo ejercicio tienen, que es entretener y hacer reir, unos de propósito, otros sin él.

Otro género hay aún más enfadoso por lo que tiene de perjudicial, y es de aquéllos que en todo tiem

y con todos están de fisga. Aborrecibles monstros, de quienes huyen todos más que del bruto de Esopo, que cortejaba a coces y lisonjeaba a bocados. Entre fisga y gracia van glosando la conversación, y lo que ellos tienen por punto de galantería es un verdadero desprecio de lo que los otros dicen; y no sólo no es graciosidad, sino una aborrecible frialdad. Lo que ellos presumen gracia es un prodigioso enfado de los que tercian. Poco a poco se van empeñando hasta ser murmuradores cara a cara. Por decir una gracia os dirán un convicio, y éstos son de quien Cicerón abominaba, que por decir un dicho pierden un amigo o lo entibian; ganan fama de decidores, y pierden el crédito de prudentes. Pásase el gusto del chiste, y queda la pena del arrepentimiento: lloran por lo que hicieron reir. Estos no se ahorran ni con el más amigo ni con el más compuesto; y es notable que jamás se les ofrece la prontitud en favor, sino en sátira: tienen siniestro el ingenio.

Este, con otros defectos infelices, nacen de poca substancia y acompañan la liviandad. En hombres de gran puesto se censuran más, y aunque los hace en algún modo gratos al vulgo por la llaneza, pone a peligro el decoro con la facilidad; que como ellos no lo guardan a los otros, ocásionan el recíproco atrevimiento.

Es connatural en algunos el donoso genio. Dotóles de esta gracia la naturaleza; y si con la cordura se templasen, sería prenda y no defecto. Un grano de donosidad es plausible realce en el más autorizado; pero dejarse vencer de la inclinación en todo tiempo es venir a parar en hombre de dar gusto por oficio, sazonador de dichos y aparejador de la risa: si en una cómica novela se condena por impropiedad el introducir siempre chanceando a Davo, y que entre lo grave de la enseñanza o lo serio de la reprendel padre al hijo mezcle él su gracejo, ¿qué será,

sin ser Davo, en una grave conversación estar chanoeando? Será hacer farsa con risa de sí mismo.

Hay algunos que, aunque le pese a Minerva, afectan la graciosidad; y como en ellos es postiza, ocasiona antes enfado que gusto; y si consiguen el hacer reir, más es fisga de su frialdad que agrado de su donaire. Siempre la afectación fué enfadosa, pero en el gracejo, intolerable, porque sumamente enfada, y queriendo hacer reir, queda ella por ridícula; y si comúnmente viven desacreditados los graciosos, cuánto más los afectados, pues con su frialdad doblan el desprecio.

Hay donosos y hay burlescos, que es mucha la diferencia. El varón discreto juega también esta pieza del donaire, no la afecta; y esto, en su sazón; déjase caer como al descuido un grano de esta sal, que se estimó más que una perla, raras veces, haciendo la salva a la cordura, y pidiéndole al decoro la venia. Mucho más vale una gracia en su ocasión. Suele ser el atajo del desempeño. Sazonó esta sal muchos desaires. Cosas hay que se han de tomar de burlas, y tal vez las que el otro toma más de veras. Unico arbitrio de cordura, hacen juego del más encendido fuego.

Pesado es el extremo de los muy serios, y poco plausible Catón con su bando, pero venerado; rígida secta la de los compuestos y cuerdos: pocos la siguen, muchos la reverencian, y aunque causa la gravedad pesadumbre, pero no desprecio.

Que es de ver uno de estos destemplados de agudeza, siniestros de ingenio, chancear aun en la misma muerte; que si los sabios mueren como cisnes, éstos como grajos, graceando mal y porfiando. De esta suerte un Carvajal mostró cuan rematada había sido su vida.

Los hombres cuerdos y prudentes siempre hicieron muy poca merced a las gracias, y una sola bastab

para perder la real del católico Prudente. Súfrense mejor unos a otros los necios, o porque no advierten o porque se semejan. Mas el varón prudente no puede violentarse, si no es que tercie la dependencia.

HOMBRE DE BUENA ELECCION

ENCOMIO

Todo el saber humano—si en opinión de Sócrates hay quien sepa,—se reduce hoy al acierto de una sabia elección. Poco o nada se inventa, y en lo que más importa se ha de tener por sospechosa cualquiera novedad.

Estamos ya a los fines de los siglos. Allá en la edad de oro se inventaba: añadióse después; ya todo es repetir. Vense adelantadas todas las cosas, de modo que ya no queda qué hacer, sino elegir. Vívese de elección:—uno de los más importantes favores de la naturaleza, comunicado a pocos, porque la singularidad y la excelencia doblen el aprecio.

De aquí es que vemos cada día hombres de ingenio sutil, de juicio acre, estudiosos y noticiosos también, que en llegando a la elección se pierden. Escogen siempre lo peor, páganse de lo menos acertado; gustan de lo menos plausible, con nota de los juiciosos y desprecio de los demás. Todo les sale infelizmente, y no sólo no consiguen aplauso, pero ni aun agrado. Jamás hicieron cosa insigne, y todo ello por faltarles el grande don del saber elegir; de suerte que no bastan ni el estudio ni el ingenio donde falta la elección.

Es transcendental su importancia, porque no sea menos su extensión que su intención. Solicitan su voto todos los empleos, y los mayores con afectación; porque ella es el complemento de la perfección, ori-

gen del acierto, sello de la felicidad; y donde ella falta, aunque sobren el artificio, el trabajo y las cosas, todo se desluce y todo se malogra.

Ninguno conseguirá jamás el crédito de consumado en cualquier empleo, sin el realce de un plausible gusto. Sólo el realce en elegir pudo hacer célebres a muchos reyes eminentes en sus elecciones, así de empresas como de ministros; que un yerro en las llaves de la razón de estado basta a perderlo todo con descrédito, y un acierto, a ganarlo todo con inmortal reputación. Erraron unos en el delecto de los asuntos, y otros en el de los instrumentos, destruyendo todos con tan fatales yerros el preciosísimo oro de sus coronas.

Hay algunos empleos, que su principal ejercicio consiste en el elegir; y en éstos es mayor la dependencia de su dirección. Como son todos aquellos que tienen por asunto el enseñar agradando. Prefiera, pues, el orador los argumentos más plausibles y más graves. Atienda el historiador a la dulzura y al provecho. Case el filósofo lo especioso con lo sentencioso, y atiendan todos al gusto ajeno universal, que es la norma del elegir, y tal vez se ha de preferir al crítico y singular, o propio o extraño. "Porque en un convite más querría dar gusto a los convidados que a los sazonadores",—dijo el más sabroso de nuestra patria y de la elección. ¿Qué importa que sean muy al gusto del orador las cosas, si no lo son al del auditorio para quién se sazonan? Preferirá aquél una sutileza, y aplaudirá éste a una semejanza, o al contrario.

En las vulgares artes tiene también lugar; a proporción vimos ya dos eminentes artífices, que se compitieron la fama: el uno por lo delicado y primoroso, tanto, que parecía cada una de sus obras de por sí el último esfuerzo del artificio, y todas juntas no satisfacían. Al contrario, el otro jamás pudo acabar cosa

con última delicadeza, ni llevarla a la total perfección; con todo eso, tuvo este realce de la elección tan en su punto, que se alzó con el aplauso universal.

Nace, en primer lugar, del gusto propio, si es bueno, calificado con la prueba, con que se asigura el ajeno, que es ventaja poder hacer norma de él y no depender de los extraños. Con esto se puede uno confiar que lo que le agrada a él en los otros, también les agradará a ellos en él. Efecto es de su sazón el buen delecto; todo sale bien de ella, que es la mayor felicidad; y si algo se acertó en falta suya, fué más contingencia que seguridad.

Al contrario, un mal gusto todo lo desazona; y las mismas cosas excelentes por su perfección, las malogra por su mala disposición; y haylos tan exóticos que siempre escogen lo peor, que parece que hacen estudio en el errar: el peor discurso guardan para la mejor ocasión, y en la mejor expectación salen con la mayor impertinencia, casándose siempre con su necedad.

Extremada elección la de la abeja, y qué mal gusto el de una mosca: pues en un mismo jardín solicita aquélla la fragancia y ésta la hediondez.

Lo peor es que estos tales enfermos de gusto, o por ignorancia o por capricho, lisiados de juicio, añadiendo el segundo al primer desacierto, que es más célebre, querrían pegar su mal a todos los demás; pretenden que su paradojo voto sea norma de los otros, y aun se admiran de que su desabrimiento no les sea sainete, y apetito su frialdad,—desacertadores en todo.

Hállanse otros que tienen destemplado el gusto en unas cosas, y en otras muy en su punto; pero lo ordinario es que el que tiene depravada la raíz, lleve desazonado todo el fruto.

Supone, demás de lo extremado del gusto, una adecuada comprensión de todas las circunstancias qu

se requieren para el acierto individual. Su primera atención es a la ocasión, que es la primera regla del acertar. No se paga en las cosas de la eminencia a solas, sino de la conveniencia también; que tal vez lo más excelente fué lo menos a propósito para la sazón; si bien, cuando concurren en los medios, lo realzado del ser y lo sazonado de la conveniencia concluyen felicidad. Regúlase con el tiempo, atiende al puesto, hace distinción de personas, y ajústase adecuadamente a la ocasión, con que viene a ser perfectísimo el delecto.

Es la pasión enemiga declarada de la cordura, y, por el consiguiente, de la elección; nunca atiende a la conveniencia, sino a su afecto; y estima más salir con su antojo, que con el acierto. Todos sus favorecidos son buenos, no más de porque lo desea, no porque en la realidad lo son; y afecta el engañarse voluntariamente; y así, todo mal intencionado sale peor ejecutado.

Los asuntos de la elección son muchos y sublimes. Elígense en primer lugar los empleos y los estados, delecto de toda una vida, donde se acierta o se yerra para siempre; que es un echarse a cuestas una irremediable infelicidad. El mal es que las resoluciones más importantes se toman en la primera edad, destituída de ciencia y experiencia, cuando aun no fueran bastantes la mayor prudencia y la más sazonada madurez.

Ni es el menor empeño el escoger los amigos, que han de ser de elección y no de acaso; acción muy de la prudencia, y en los más, de la contingencia. Elígense también los familiares, que son ayudantes del vivir, y las más veces enemigos excusados.

Mas si en los hijos tuviera lugar el delecto, fuera la primera de las dichas. Ello hay tales caprichos en el mundo, que eligieran los peores; y así, favor fué a la naturaleza el prevenirlos, pues aun los que les

dió el cielo buenos, ellos, o con su ejemplo o con su descuido, vienen a hacerlos malos. Que son muchos los que malogran favores de la naturaleza y de la fortuna.

No hay perfección donde no hay elección. Dos ventajas incluye el poder elegir y elegir bien. Donde no hay delecto, es un tomar a ciegas lo que el acaso o la necesidad ofrecen. Pero al que le faltare el acierto, búsquelo en el consejo o en el ejemplo; que se ha de saber o se ha de oir a los que saben, para acertar.

NO SER MALILLA

SÁTIRA

ACHAQUE es de todo lo bueno que su mucho uso viene a ser abuso. Codícianlo todos por lo excelente, con que se viene a hacer común, y perdiendo aquella primera estimación de raro, consigue el desprecio de vulgar; y es lástima que su misma excelencia le cause su ruina. Truécase aquel aplauso de todos en un enfado de todos.

Esta es la ordinaria carcoma de las cosas, muy plausibles en todo género de eminencia, que naciendo de su mismo crédito y cebándose en su misma ostentación, viene a derribar y aun a abatir la más empinada grandeza; basta a hacer una demasía de lucir, de los mismos prodigios, vulgaridades.

Gran defecto es ser un hombre para nada; pero también lo es ser para todo, o quererlo ser. Hay sujetos que sus muchas prendas los hacen ser buscados de todos. No hay negocio, aunque sea repugnante a su instituto y genio, que no se remita o a su dirección o a su manejo; todos se pronostican la felicidad de cuanto ponen éstos mano, y aunque no sean entremetidos de sí, su misma excelencia los descubre, y la conveniencia ajena los busca y los placea; de suerte que en ellos su mucha opinión obra lo que en otros su mucho entretenimiento. Pero esto es ya azar, si no defecto, y una como sobra de valor, pues vienen a rozarse y aun perder por mucho ganar. ¡Oh, gran cor-

dura la de un buen medio! Pero, ¿quién supo o pudo contenerse y caminar con esta seguridad?

Pensión es de las pinturas muy excelentes, de las tapicerías más preciosas, que en todas las fiestas hayan de salir; y como todo lo andan, reciben muchos encuentros, con que presto vienen a ser inútiles, o comunes, que es peor.

Hay algunos, ni pocos ni cuerdos, sobresalidos, amigos de que todos los llamen y busquen; dejarán el dormir y aun el comer por no parar; no hay presente para ellos como un negocio, ni mejor día que el más ocupado; y las más veces no aguardan a que los llamen, que ellos se ingieren en todo, y añadiendo al entretenimiento la audacia, que es forrar la necedad, se exponen a grandes empeños; pero bien o mal consiguen que todos hablan de sus cabellos, que es lo mismo que quitarlos a la lengua para la murmuración y desprecio.

Aunque no hubiese otro desaire que aquel contino topar con ellos, oir siempre hablar de ellos causa un tan enfadoso hartazgo, que vienen a ser después tan aborrecidos como fueron antes deseados.

No todo sale de sus manos con igual felicidad, y tal vez la que comenzó a ser una hazañosa vasija, deslizándose la rueda—ya sea la de la suerte—viene a rematar en un bellísimo vaso de su ignominia y descrédito. Métense a querer dar gusto a todos, que es imposible, y vienen a disgustar a todos, que es más fácil.

No escapan los que mucho lucen de envidiados o de odiados, que a más lucimiento, más emulación. Tropiezan todos en el ladrillo que sobresale a los demás; de modo que no es aquélla eminencia, sino tropiezo; así en muchos el querer campear no viene a ser realce, sino tope. Es delicado el decoro, y aun de vidro, por lo quebradizo; y si muy placeado, se expone a más encuentros; mejor se conserva en su retiro, aunque sea en el heno de su humildad.

Quieren algunos ser siempre los gallos de la publicidad, y cantan tanto que enfadan; bastaria una voz o un par, para consejo o desvelo; que lo demás es cantar mal y porfiar.

El manjar más delicioso, a la segunda vez pierde mucho de aquel primer agrado; a tres veces ya enfada; mejor fuera conservarse en las primicias del gusto, solicitando el deseo. Y si esto pasa en el material, cuánto más en el verdadero pasto del alma, delicias del entendimiento y del gusto. Y éste es delicado y mal contentadizo, cuanto mayor. Más vale una excelente raridad, que siempre fué lo dificultoso estimado.

Al paso que un varón excelente, ya en valor, y ya en saber, o sea en entereza, o sea en prudencia, se retira, se hace codiciable; porque él a detenerse, y todos a desearle con mayor crédito y aun felicidad. Toda templanza es saludable, y más de apariencia, que conserva la vida a la reputación.

Rózanse de estas malillas en todo género de eminencias. Haylas también de la belleza, cuyo ostentarse, además del riesgo, tiene luego el castigo de la desestimación, y más adelante el desprecio.

¡Qué bien conoció este vulgar riesgo, y qué bien supo prevenirlo la celebrada Popea de Nerón! La que mejor supo lograr la mayor belleza, siempre la brujuleaba, que nunca hartó ni los ojos de ella, avara con todos, envidiándola a sí mesma. Franqueaba un día los ojos y la frente, y en otro la boca y las mejillas, sin echar jamás todo el resto de su hermosura, y ganó con esto la mayor estimación.

Gran lección es ésta del saberse hacer estimar, de saber vender una eminencia, afectando el encubrirla, para conservarla, y aun aumentarla con el deseo, que en los *Avisos al Varón Atento* se discurrirá con enseñanza. (1) Célebre confirmación la de las esmeral-

(1) Véase la nota a la página 104.

das del indiano, y que declara esta sutileza con buen gusto. Traía gran cantidad de ellas en calidad igual. Expuso la primera al aprecio de un perito lapidario, que la pagó en admiración. Sacó la segunda, aventajada en todo, guardando el orden de agradar; pero bajóle éste por mitad la estimación, y con esta proporción fué prosiguiendo con la tercera y con la cuarta; al paso que ellas iban excediéndose en quilates, iba cediendo el aprecio. Admirado el dueño de semejante desproporción, oyó la causa con enseñanza nuestra: que la misma abundancia de preciosidad se hacía daño a sí misma, y al paso que se perdía la raridad, se disminuía la estimación.

¡Oh, pues, el varón discreto! Si quisiere ganar la inmortal reputación, juegue antes del basto que de la malilla. Sea un extremo en la perfección; pero guarde un medio en el lucimiento.

HOMBRE DE BUEN DEJO

CARTA AL DOCTOR DON JUAN ORENCIO DE LASTANOSA, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA, SINGULAR AMIGO DEL AUTOR.

Si yo creyera, a lo vulgar, que había fortuna, también creyera—amigo Canónigo y señor—que su casa era la casa con dos puertas, muy diferentes la una de la otra y encontradas en todo; porque la una está fabricada de piedras blancas, dignas de la más dichosa urna en el mejor día; y la otra su contraria, de piedras negras, que en su deslucimiento agüeran su infelicidad; majestuosamente alegre aquélla, y ésta lúgubremente humilde. Allí asisten el contento, el descanso, la honra, la hartura y las riquezas, con todo género de felicidad. Aquí la tristeza, el trabajo, el hambre, el desprecio y la pobreza, con todo el linaje de la desdicha; por el tanto, la una se llama del placer y la otra del pesar. Todos los mortales frecuentan esta casa, y entran por una de estas dos puertas; pero es ley inviolable, y que con sumo rigor se observa, que el que entra por la una haya de salir por la otra; de modo que ninguno puede salir por la que entró, sino por la contraria; el que entró por el placer, sale siempre por el pesar, y el que entró por el pesar, sale siempre por el placer.

Desaire común es de afortunados tener muy felices las entradas y muy trágicas las salidas. El mismo aplauso de los principios hace más ruidoso el mur-

mullo de los fines. No está el punto en el vulgar consentimiento de una entrada, que esas todas las tienen plausibles; pero sí en el sentimiento general de una salida, que son raros los deseados.

¡Oh, cuántos soles habemos visto entrambos nacer con risa de la aurora y también nuestra, y sepultarse después con llanto del ocaso! Saludáronlos al amanecer las lisonjeras aves con sus cantos, al fin quiebros, y despidiéronlos al ponerse nocturnos pájaros con sus aúllos.

Todas las fachadas de los cargos son ostentosas, mas las espaldas humildes. Corónanse de vítores las entradas de las dignidades, y de maldiciones las salidas. ¡Qué aplaudido comienza un mando, ya por el vulgar gusto del mudar, ya por la concebida esperanza de los favores particulares y de los aciertos comunes! Pero ¡qué callado final! Que aun el silencio le sería favorable aclamación.

Qué dorado, o de la esperanza o del temor, entra un valimiento, si él mismo no se desmintiera a la mitad de la dicción dividida, que aunque se varíe en privanza, no puede escapar al principio o al fin de una pronosticada infelicidad. Todos los fines son desvíos, y todos los cargos paran en cargos, si no de la justicia, de la vengada murmuración. Transfórmase el contento de comenzar en muchos descontentos al acabar. Aunque no haya otro azar más que el ponerse, que aun en un sol es caer, ocasiona desvíos, obscurécese el esplendor y resfríase el afecto. Pocas veces acompaña la felicidad a los que salen, ni dura la aclamación hasta los fines; lo que se muestra de cumplida con los que vienen, de descortés con los que van.

Hasta las amistades se traban con el gusto y se pierden con la quiebra. Súbese volando al favor, y bájase de él rodando; y comúnmente en todos los empleos y aun estados, se suele entrar por la puerta

del contento y de la dicha, y se sale por la del disgusto y de la desdicha.

Gala viste de extremos la fortuna, y hace gala de igualar; los pechos cubre de blanco, y de negro las espaldas, que el no esperarlas es dar en el blanco, o gran extremo de la prudencia la atención a los extremos al acabar bien, poniendo más la mira en la felicidad de la salida que en el aplauso de la entrada; que no gobierna el despierto Palinuro su bajel por la proa, sino por la popa: allí asiste al gobernalle en el viaje de la vida.

Tienen algunos muy felices los principios en todo, y aun plausibles; entran en un cargo con aceptación, llegan a un puesto con apaluso, comienzan una amistad con favor; todo comenzar es con felicidad. Pero suelen tener estos tales comúnmente muy trágicos los fines, y los dejos muy amargos; quédase para la postre toda la infelicidad, como en vaso de purga la amargura.

Gran regla de comenzar y de acabar dió el romano cuando dijo que todas las dignidades y los cargos los había conseguido antes de desearlos, y todos los había dejado antes que otros los deseasen. Más es esto que lo primero, aunque todo mucho; aquello fué favor de la suerte, esto otro fué asunto de una singular prudencia. Es tal vez castigo de la intemperancia la desdicha, y gran gloria la del anticiparse. Consuelo es de sabios haber dejado las cosas antes que ellas los dejasen, y consejo el prevenirlas.

Puédese regular también la dicha, acompañándola con el buen modo hasta el buen dejo, y conservándola en la gracia de las gentes con tal arte, que la común aclamación del entrar se convierta en universal sentimiento del salir.

Nunca se ha de acabar con rompimiento, ya sea amistad, ya sea favor, empleo o cargo; que toda quiebra ofende la reputación, demás de la pena que causa.

Pocos de los afortunados se escaparon de los finales reveses de la fortuna, que suele tener malos dejos la gran dicha. Sí aquéllos que con tiempo los retiró, o la misma suerte o la cordura. A otros, a los héroes, previno el mismo cielo de remedio, realzando misterioso su fin, como en Moisén desaparecido y en Elías arrebatado, haciendo triunfo del fenecer. Aun allá en la fabulosa gentilidad un Rómulo dudosamente acabó, transformándose la malicia de los senadores en misterio, que le ocasionó mayor veneración.

Otros, aunque eminentes y aun héroes, borraron, como el dragón, con la infelicidad de sus fines, la gloria de sus hazañas. Hiló Hércules, hecho Parca de su propia inmortalidad, y puso, no colofón, sino colón a sus proezas, que así se usa. Materia fué de sentimiento a los valerosos y de desengaño a los sabios.

Sola la virtud es la fénix, que cuando parece que acaba, entonces renace, y eterniza en veneración lo que comenzó por aplauso.

HOMBRE DE OSTENTACION

APÓLOGO

PRODIGIOSOS son los ojos de la envidia, mucho tienen del sentir; no querrían ver tanto como ven; con ser los más perspicaces, nunca se vieron serenos; y si bien de ellos se pudo decir que tuvieron buena vista, nunca más propiamente que cuando por los ojos de todas las aves miraron aquel portento alabado de la belleza: el pavón de Juno. Mirábanle, sol de pluma, amanecer con tantos rayos, cuantos descoge plumajes en su bizarra rueda.

Del mirar se pasa al admirar, donde no hay pasión; que si la hay, luego degenera, y cuando no puede llegar a emulación, se convierte en la poquedad de la envidia. Cegáronse, pues con tanto ver. Comenzó la corneja a malear, como más vil, después que quedó pelada con afrenta; íbase de unas a otras, solicitándolas a todas: ya las águilas en sus riscos, los cisnes en sus estanques, los gavilanes en sus alcandoras, los gallos en sus muladares, sin olvidarse de los buhos y lechuzas en sus lóbregos desvanes.

Comenzaba con una bien solapada alabanza y acababa en una declarada murmuración. "Hermoso es y galán,—decía,—el pavón: no puede negarse; pero todo lo pierde cuando lo afecta, que el mayor merecimiento, el día que se conoce a sí mismo, no digo aun darse a conocer, cae de su nobleza y baja a la liviandad; la alabanza en boca propia es el más cierto vituperio; siempre los que merecen más hablan de

sí menos. Hermosa era Fábula, donairosa y entendida, y sobre todo, muchacha, y todo lo dejó de ser; cantó el cisne de Bílbilis cuando trató de engreirse. Para mi tengo que si el águila ostentase sus reales plumas, que se llevaría los aplausos por lo majestuoso y por lo grave. Hé que la misma fénix, único pasmo del orbe, aborrece esta vulgarísima ostentación, y vive más estimada en aquel su tan cuerdo como acreditado retiro."

De esta suerte no paraba de sembrar envidia, y más en pequeños corazones, que de todo se llenan fácilmente. Es la envidia pegajosa, siempre halla de qué asir, hasta de lo imaginado. Fiera cruelísima, que con el bien ajeno hace tanto mal a su dueño propio. Comenzó a cebarse en las entrañas, o para mayor tormento o para desterrar de ellas toda humanidad. Conjuráronse todas para escurecerle, ya que no destruirle su belleza. Procedieron con astucia, sutilizaron su malicia en no declararse contra su hermosura, sino contra su ufanía. "Porque si esto conseguimos,—dijo la picaza,—que él no pueda hacer aquel odiosísimo alarde de sus plumas, le eclipsamos de todo punto su belleza."

Lo que no se ve, es como si no fuese; y como dijo aquel avechucho satírico: "nada es tu saber, si los demás ignoran que tú sabes." Y dense por entendidas todas las demás prendas, aunque habló de la reina de todas. Las cosas comúnmente no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Son muchos más los necios que los entendidos; páganse aquéllos de la apariencia, y aunque atienden éstos a la substancia, prevalece el engaño y estímanse las cosas por de fuera.

Fueron a hacerle el cargo, de parte de toda la república ligera, el cuervo,la corneja y la picaza, con otras de este porte; que las demás todas se excusaron, el águila por lo grave, lá fénix por lo retirado, la paloma por lo sencillo, el faisán por lo peligroso y el

cisne por lo callado, que piensa siempre, para cantar dulcemente una vez.

Volaron en su busca al majestuoso palacio de la riqueza. Encontraron luego con un papagayo, que estaba en un balcón y en una jaula, propia esfera de la locuacidad. Díjoles con facilidad grande cuanto supo, que fué cuanto quisieron. Enviáronle un recado con un jimio; holgóse mucho el pavón de su llegada, que logra las ocasiones de ostentarse. Recibiólas en un espacioso patio, teatro augusto de su ostentosa bizarría y paseado palenque de su competencia galante con el mismo sol, plumas a rayos y rueda a rueda.

Pero salióle mal la ostentativa, cuanto más airosa; que aun lo muy excelente depende de circunstancias y no siempre tiene vez. Achaques de arpía son los de la envidia, que todo lo inficiona, y a fuer de basilisco, su mirar es matar; y aunque no suele hechizar la hermosura, aquí las irritó más, y trocando los aplausos en agravios, vulgarmente enfurecidas, le dijeron: "¡Qué bien que viene esto, oh loco y desvanecido pájaro, con la embajada que te traemos de parte de todo el alígero senado! En verdad que cuando la oigas, que amaines la plumajería y que reformes la soberbia.

"Sabe que están muy ofendidas todas las aves de esta tu insufrible hinchazón, que así llaman a esa gran balumba de plumas, y con mucho fundamento; porque es una odiosísima singularidad querer tú solo, entre todas las aves, desplegar esa vanísima rueda; cosa que ninguna otra presume, pudiendo tantas, tan bien mejor que tú; pues ni la garza tremola sus airones, ni el avestruz placea sus plumajes, ni la misma fénix vulgariza sus zafiros y esmeraldas, que no las llamo ya plumas. Mándante, pues, y inapelablemente ordenan, que de hoy más no te singularices: y esto es mirar por tu mismo decoro, pues si tuvieras más cabeza y menos rueda, repararas en que, cuando más quieres placear la hermosura de tus plumas, entonces

descubres la mayor de tus fealdades, que tales son tus extremos.

"Siempre fué vulgar la ostentación, nace del desvanecimiento. Solicita la aversión, y con los cuerdos está muy desacreditada. El grave retiro, el prudente encogimiento, el discreto recato, viven a lo seguro, contentándose con satisfacerse a sí mismos; no se pagan de engañosas apariencias, ni las venden. Bástase a sí misma la realidad, no necesita, de extrínsecos engañados aplausos; y, en una palabra, tú eres el símbolo de las riquezas: no es cordura, sino peligro el publicarlas".

Quedó suspenso el bellísimo pájaro de Juno, y cuando recordó de la turbación o de la profundidad, exclamó así: "¡Oh alabanza, que siempre vienes de los extraños! ¡Oh, desprecio, que siempre llegas de los propios! ¿Es posible que cuando me llevo los ojos de todos tras mi belleza, que eso denotan estos materiales de mis plumas, así ande yo en lenguas de picazas y cornejas? ¿Qué condenáis en mí la ostentación, y no la hermosura? El cielo, que me concedió ésta, me aventajó con aquélla; que cualquiera a solas, fuera en balde. ¿De qué sirviera la realidad sin la apariencia? La mayor sabiduría hoy, encargan políticos que consiste en hacer parecer. Saber y saberlo mostrar es saber dos veces. De la ostentación diría yo lo que otros de la ventura, que vale más una onza de ella que arrobas de caudal sin ella. ¿Qué aprovecha ser una cosa relevante en sí, si no lo parece?

"Si el sol no amaneciera haciendo lucidísimo alarde de sus rayos; si la rosa entre las flores se estuviera siempre encarcelada en su capullo, y no desplegara aquella fragante rueda de rosicleres; si el diamante, ayudado del arte, no cambiara sus fondos, visos y reflejos, ¿de qué sirvieran tanta luz, tanto valor y belleza, si la ostentación no los realzara? Yo soy el sol alado, yo soy la rosa de pluma, yo soy el joyel de la

naturaleza; y pues me dió el cielo la perfección, he de tener también la ostentación.

"El mismo Hacedor de todo lo criado, lo primero a que atendió fué al alarde de todas las cosas, pues crió luego la luz, y con ella el lucimiento; y si bien se nota, ella fué la que mereció el primer aplauso, y ése divino; que, pues, la luz ostenta todo lo demás, el mismo Criador quiso ostentarla a ella. De esta suerte, tan presto era el lucir en las cosas, como el ser; tan válida está con el primero y sumo gusto la ostención."

Y diciendo y haciendo, volvió a desplegar aquella su gran rodela de cambiantes, tan defensiva de su gala, cuan ofensiva a la envidia. Aquí ésta acabó de perder la cordura, y en conjuración de malevolencia arremetieron todas, el cuervo a los ojos y las demás a las plumas. Vióse en grande aprieto el pájaro bellísimo, y en sumo riesgo su bizarría; y aun dicen que del susto le quedó aquella voz, que juntamente le denomina y significa *pavo*roso. No tuvo otra defensa que la ordinaria de la hermosura, de hablar alto: dió voces y muy agrias, invocando el favor del cielo y suelo. Voceaban también los contrarios por ahogarle hasta la voz, a cuyo grande estruendo acudieron por los aires muchas aves y por la tierra muchos brutos, aquéllas volando, éstos corriendo. Convocáronse las sabandijas todas de palacio, un león, un tigre, un oso y dos simios a la famular defensa; y a los graznidos de los cuervos y los grajos, vinieron del campo el lobo y la vulpeja, creyendo eran clamores para dar sepultura a algún cadáver. Avisaron al águila también, que llegó muy asistida de sus guardas de rapiña. Interpuso el león su autoridad, que bastó a moderarlas, y mostró gusto de enterarse de la contienda, encargando a entrambas partes, a la una la modestia y a la otra el silencio. A pocas razones conoció la sinrazón de la envidia y lo falso de su celo, y propuso por conveniencia se remitiese la causa a juicio de un tercero,

y ése fuese la vulpeja, por sabia y por desapasionada. Conviniéronse las partes y sujetáronse al astuto arbitrio.

Aquí la vulpeja se valió de todo su artificio para cumplir con todos juntamente, lisonjear al león y no descontentar al águila, hacer justicia y no perder amistades; y así, muy a lo sagaz dijo de esta suerte:

"Política contienda es que importe más la realidad o la apariencia. Cosas hay muy grandes en sí, y que no lo parecen; y al contrario, otras que son poco y parecen mucho: ordinaria monstrosidad. Tanto puede la ostentación o la falta de ella; mucho suple, mucho llena; y si en las cosas materiales califica, como es en el adorno, en el menaje y séquito, ¿qué será en las verdaderas prendas del ánimo, que son gala del entendimiento y belleza de la voluntad? Especialmente cuando le llega su vez a una prenda y la sazón lo pide, allí cae bien el ostentar. Lógrese la ocasión, que aquél es el día de su triunfo.

"Hay sujetos bizarros en quienes lo poco luce mucho, y lo mucho hasta admirar hombres de ostentativa; que cuando se junta con la eminencia, forman un prodigio; al contrario hombres vimos eminentes, que por faltarles este realce, no parecieron la mitad. Poco ha que aterraba todo el mundo un gran personaje en las campañas, y metido en una consulta de guerra, temblaba de todos, y el que era para hacer no lo era para decir. Hállanse también naciones ostentosas por naturaleza, y la española con superioridad; de suerte que la ostentación da el verdadero lucimiento a las heroicas prendas, y como un segundo ser a todo.

"Mas esto se entiende cuando la realidad la afianza, que sin méritos no es más que un engaño vulgar; no sirve sino de placear defectos, consiguiendo un aborrecible desprecio, en vez del aplauso. Danse gran prisa algunos por salir y mostrarse en el universal teatro, y lo que hacen es placear su ignorancia,

la desmentía el retiro; no es ésta ostentación de prendas, sino un necio pregón de sus defectos; pretenden, en vez del timbre de su esplendor, una nota que infame sus desaciertos.

"Ningún realce pide ser menos afectado que la ostentación, y perece siempre de este achaque; porque está muy al canto de la vanidad, y ésta del desprecio. Ha de ser muy templada y muy de la ocasión; que es aun más necesaria la templanza del ánimo que la del cuerpo; va en ésta la vida material, y la moral en aquélla; que aun los yerros los dora la templanza.

"A veces consiste más la ostentación en una elocuencia muda, en un mostrar las eminencias al descuido; y tal vez un prudente disimulo es plausible alarde del valor, que aquel esconder los méritos es un verdadero pregonarlos, porque aquella misma privación pica más en lo vivo a la curiosidad.

"Válese, pues, de esta arte con felicidad y se realza más con el artificio; gran treta suya no descubrirse toda de una vez, sino ir, por brújula, pintando su perfección, y siempre adelantándola; que un realce sea llamado de otro mayor, y el aplauso de una prenda nueva espectación de la otra, y lo mismo en las hazañas, manteniendo siempre el aplauso y cebando la admiración.

"Mas viniendo ya a nuestro punto, digo, y lo siento así, que sería una imposible violencia concederle al pavón la hermosura y negarle el alarde. Ni la naturaleza sabia vendrá en ello, que sería condenar su providencia, y contra su fuerza no hay preceptos donde no tercia la política razón; y aun entonces, lo que la horca destierra con su miedo, la naturaleza lo revoca de potencia.

"Más plático será el remedio, tan fácil como eficaz, y sea éste: que se le mande seriamente al pavón, y criminalmente se le ordene, que todas las veces que desplegue al viento la variedad de su bizarría, haya

de recoger la vista a la fealdad de sus pies, de modo que el levantar plumajes y el bajar los ojos todo sea uno; que yo aseguro que esto sólo baste a reformar su ostentación."

Aplaudieron todas el arbitrio, obedeció él y deshízose la junta, despachando una de las aves a suplicar al donosamente sabio Esopo se dignase de añadir a los antiguos este moderno y ejemplar suceso.

NO RENDIRSE AL HUMOR

INVECTIVA

Rey es de los montes el celebrado Olimpo, no porque se descuella sobre los más erguidos, obligación de la superioridad; no porque se ostenta a todas partes, objeto de imitación la grandeza; no porque es el primero que esplendorizan los solares rayos, centro del lucimiento la majestad; no porque se corona de estrellas, ápice de la felicidad la primacía; no porque llega a dar o a tomar nombre al mismo cielo, asunto de la fama el mando. Sí, empero, porque nunca se sujeta a vulgares peregrinas impresiones; que es el mayor señorío el de sí mismo. Cuando mucho, llegan a besarle el pie los vientos, a ser su alfombra las nubes, y no pasan de ahí; con esto nunca se inmuta, que es una inapasionable eminencia.

Una gran capacidad no se rinde a la vulgar alternación de los humores, ni aun de los afectos; siempre se mantiene superior a tan material destemplanza. Es efecto grande de la prudencia la reflexión sobre sí, un reconocer su actual disposición, que es un proceder como señor de su ánimo; indignamente tiraniza a muchos el humor que reina, ordinaria vulgaridad, y llevados de él dicen y hacen desaciertos. Apoyan hoy lo que ayer contradecían, arriman a veces la razón y aun la atropellan, quedando perenales en juicio, que es la más calificada necedad.

A estos tales no hay que tomarles en razón la que no tienen, porque de hoy a mañana contradictoria-

mente se empeñan; y siendo contrarios primero de sí mismos, contradicen después a cuantos hay; mejor es, conociendo su desalumbramiento, dejarlos en su confusión, que cuanto más empeñan, más se desempeñan.

Todo lo contradicen con Saturno, y todo lo otorgan con Júpiter, sin salir de su casa de la Luna. No sólo gasta la voluntad esta civilidad, sino que se atreve al juicio; todo lo altera, el querer y el entender, así como toda pasión, si no se previene.

Importará mucho conocer esta destemplanza de humor para vencerla, y aun entonces convendrá declinar al otro extremo, si se ha de dejar alguna vez la acertada medianía para ajustar el fiel de la prudencia.

Gran superioridad de caudal arguye prevenir su humor y corregirlo, que es indisposición del ánimo, y hase de portar el sabio en ella, como en las del cuerpo, que no condena por amargo el almíbar; por más que el gusto enfermo lo acuse, corríjelo el juicio; así pues se ha de proceder en las alteraciones superiores.

Hay algunos tan extremados impertinentes que siempre están de algún humor, siempre cojean de pasión, intolerables a los que los tratan, padrastros de la conversación y enemigos de la afabilidad, que malogran todo rato de buen gusto. Son de ordinario grandes contradecidores de todo lo bueno y padrinos de sola la necedad; a cada razón tienen su contra, oponiéndose luego a lo que el otro dice, no más de porque se adelantó; que si no les hubiera ganado de mano, triunfaran ellos con lo mismo; y si el otro, discreto, cede y aun se hace de su banda por no ajar el decoro, al punto ellos se pasan a la contraria, con que se halla atajada la mayor discreción. Sin duda que son más irremediables que los verdaderos locos, porque con éstos vale el hacerse de su tema, pero que con aquéllos es peor: ni valen razones, porque no la tienen, no la admiten.

Quien no tiene usado el genio de esta gente,—que hay naciones enteras tocadas de este achaque,—admírase a los principios de tan exótica monstrosidad; pero en sondando el extravagante porte, hace graciosísimo deporte, que el cuerdo de todo sale airoso por el atajo de la galantería.

Mas cuando dos de una misma mal humorada impertinencia topan y se empeñan, estése a la mira el varón cuerdo, no tercie; que yo le afianzo el mejor rato con tal que asegure su partido y mire desde la talanquera de su cordura los toros de la necedad ajena.

Que alguna rara vez y con sobra de ocasión se destemple y aun se desazone uno, no será vulgaridad, que el nunca enojarse es querer ser bestia siempre. Pero la perenal destemplanza y con todo género de personas es una intolerable grosería. El sinsabor que ocasionó el esclavo no ha de ser desabrimiento de la ingenuidad; mas quien no tiene capacidad para conocerse, menos tendrá valor para enmendarse.

De aquí nace que estos tales, muy pagados de su paradoxia, solicitan la ocasión y andan a caza de empeños; van a la conversación como a contienda, levantan las porfías, y hechos arpías insufribles del buen gusto, todo lo arañan con sus acciones y todo lo desazonan con sus palabras. Pues ¿qué si les coge este picante humor algo leídos, aunque sepan las cosas a lo necio, que es mal sabidas? Se pasan luego de bachilleres de presunción a licenciados de malicia, monstros de la impertinencia.

TENER BUENOS REPENTES

PROBLEMA

ERASE el rayo el arma más cierta del fabuloso Júpiter, en cuya instantánea potencia libraba sus mayores vencimientos. Con rayos triunfó de los rebelados gigantes, que la presteza es madre de la dicha. Ministrábalos el águila, porque realces de prontitud salieron siempre de remontes de ingenio.

Hombres hay de excelentes pensados, y otros de extremados repentes; éstos admiran, aquéllos satisfacen.

"Harto presto, si harto bien", dijo el sabio. Nunca examinamos en las obras la presteza o la tardanza, sino la perfección; por aquí se rige la estimación; son aquéllos accidentes que se ignoran o se olvidan, y el acierto permanece. Antes bien, lo que luego se hizo luego se deshará, y se acaba presto, porque presto se acabó. Cuanto más tiernos sus hijos, se los traga Saturno con más facilidad, y lo que ha de durar una eternidad ha de tardar otra en hacerse.

Pero si a todo acierto se le debe estimación, a los repentinos aplauso: doblan la eminencia por lo pronto y por lo feliz. Piensan mucho algunos para errarlo todo después, y otros lo aciertan todo, sin pensarlo antes. Suple la vivacidad del ingenio la profundidad del juicio, y previene el ofrecimiento a la consultación. No hay acasos para éstos, que la lealtad de su prontitud substituye a la providencia.

Son los prestos lisonjas del buen gusto, y los repentes hechizo de la admiración, y por esto tan plausibles salen más las medianas impensadas que los superlativos prevenidos. No decía mucho, aunque bien, el que decía: "El tiempo y yo, a otros dos". El sin tiempo, y yo a cualquiera: esto sí que es decir, y más hacer. Quien dice tiempo todo lo dice: el consejo, la providencia, la sazón, la madurez, la espera, fianzas todas del acierto; pero el repente sólo se encomienda a su prontitud y a su ventura.

Después que la providencia previene, la prudencia dispone y la sazón asiste, suele abortar la ejecución; pues que una prontitud a solas saque a luz sus aciertos, apláudasele su dicha y su valor; campee el acertar de una presteza a vista del errar de un reconsejo.

Atribuyen algunos estos aciertos a sola la ventura, y debieran también a una perspicacia prodigiosa; a quien no reconoce deuda este realce de héroes es al arte: todo lo agradece a la naturaleza y a la dicha. No cabe artificio donde apenas la adventencia; socorre la facilidad del concebir donde no hay lugar para discurrir; y la felicidad del ofrecerse donde no hubo tiempo para pensarse; ayúdase del señorío contra el ahogo, y del despejo contra la turbación; y con esto, muy señora la prontitud de la dificultad y de sí mesma, no llega, ve y vence, sino que vence, y después ve y llega.

Hace examen de su vivacidad en los más apretados lances, y obra de oposición su inteligencia. Suele un aprieto aumentar el valor; así una dificultad la perspicacia. Cuanto más apretados, hay algunos que discurren más, y con el acicate de la mayor urgencia vuelan; a mayor riesgo, mayor desempeño, que hay también superior antiparistasi, que aumenta la intensión a la inteligencia, y sutilizando el ingenio, engorda substancialmente la prudencia.

Bien es verdad que se hallan monstros de cabeza,

que de repente todo lo aciertan y todo lo yerran de pensado. Hay algunos que lo que no se les ofrece luego no se les ofrece más; no hay que esperar al reconsejo ni que apelar a después. Pero ofréceseles mucho, que recompensó la naturaleza próvida con la eminente prontitud la falta del pensar; y en fe de su acudir, no temen contingencias.

Son muy útiles sobre admirados estos repentes. Bastó uno a acreditar a Salomón del mayor sabio, y le hizo más temido que toda su felicidad y potencia. Por otros dos merecieron ser primogénitos de la fama Alejandro y César. Célebre fué el de aquél al cortar el nudo Gordiano, y plausible el de éste al caer; a entrambos les valieron dos partes del mundo dos repentes, y fueron el examen de si eran capaces del mando del mundo.

Y si la prontitud en dichos fué siempre plausible, la misma en hechos merece aclamación; la presteza feliz en el efecto arguye eminente actividad en la causa; en los conceptos, sutileza; en los aciertos, cordura; tanto más estimable cuanto va de lo agudo a lo prudente, del ingenio al juicio.

Prenda es ésta de héroes que los supone y los acredita; arguye grandes fondos y no menores altos de capacidad. Muchas veces la reconocimos con admiración y la ponderamos con aplauso en aquel tan grande héroe como patrón nuestro, el excelentísimo duque de Nochera, D. Francisco María Carrafa, a cuya prodigiosa contextura de prendas y de hazañas bien pudo cortarla el hilo la suerte, pero no mancharla con el fatal licor de aquellos tiempos. Era máximo el señorío que ostentaba en los casos más desesperados, la imperturbabilidad con que discurría, el despejo con que ejecutaba, el desahogo con que procedía, la prontitud con que acertaba; donde otros encogían los hombros, él desplegaba las manos. No había impensados para su atención, ni confusiones en su vi-

vacidad, emulándose lo ingenioso y lo cuerdo; y aunque le faltó al fin la dicha, no la fama.

En generales y campeones ésta es la ventaja mayor, tan urgente cuan sublime; porque casi todas sus acciones son repentes, y sus ejecuciones prestezas; no se pueden llevar allí estudiadas las contingencias ni prevenidos los acasos; hase de obrar a la ocasión, en que consiste el triunfo de una acertada prontitud, y sus victorias en ella.

En los reyes dicen mejor los pensados, porque todas sus acciones son eternas; piensan por muchos, válense de prudencias auxiliares, y todo es menester para el universal acierto. Tienen tiempo y lecho donde se maduren las resoluciones, pensando las noches enteras para acertar los días, y al fin ejercitan más la cabeza que las manos.

CONTRA LA FIGURERIA

SATIRICÓN

REPARO fué en los advertidos, si risa en los necios, el discurrir Diógenes con la antorcha encendida al mediodía, rompiendo por el innumerable concurso de una calle. Pasó a admiración cuando, preguntándole la causa, respondió: "Voy buscando hombres con deseo de encontrar alguno, y no le hallo." "¿Pues y éstos—le replicaron ellos—, no son hombres?" "No —respondió el filósofo—; figuras de hombres, sí; verdaderos hombres, no."

Así como hay prendas plausibles, así también hay defectos muy salidos, y si aquéllas consiguen la gracia de los exquisitos, éstos el desprecio universal. Es éste de los más notables, y famoso con propiedad, ya por sí, ya por los sujetos en quien se halla: él es tan vario, que es análogo, y ellos tantos, que no se pueden especificar.

Son muchos los terreros de la risa, y aquellos afectadamente lo quieren ser que, por diferenciarse de los demás hombres, siguen una extravagante singularidad y la observan en todo. Señor hay que pagaría el poder hablar por el colodrillo, por no hablar con la boca como los demás; y ya que no es posible eso, transforman la voz, afectan el tonillo, inventan idiomas y usan graciosísimos bordones, para ser de todas maneras peregrinos. Sobre todo martirizan su gusto, sacándolo de sus quicios; él es común con los

demás hombres, y aun con los brutos, y quiérenlo ellos desmentir con violencias de singularidad, que son más castigo de su afectación que elevaciones de su grandeza. Beberán a veces lejía y la celebrarán por néctar; dejan al generoso rey de los licores por antojadizas aguas que repiten a jarabes, y ellos las bautizan por ambrosia, y tienen de frialdad lo que les falta de generosidad. De esta suerte inventan cosas cada día para llevar adelante su singularidad, y realmente lo consiguen, porque como el común de los hombres no halla en estas cosas el verdadero gusto y la real bondad que ellos exageran, no las apetece, y quédanse ellos con su extravagancia: llámanla otros impertinencia.

De este modo, o tan sin él, se portan en todo lo demás. Si bien la necesidad y aun el gusto tal vez desmiente su capricho, por más que procuren engañarlo. Sábeles bien uno y alaban otro, como le sucedió a un gran valedor de esta secta de excepciones que, bebiendo un caduco vino, no pudiendo contenerse, exclamó y dijo: "¡Oh, preciosísimo néctar, que vences a los bálsamos y alquermes! Lástima es que seas tan vulgar; ídolo fueras de príncipes, si ellos solos te bebieran."

Lo célebre es que en los vulgares vicios no se corren de asemejar, no digo ya a los más viles de los hombres, pero a los mismos brutos, y en cosas humanas quieren afectar divinidades.

En las acciones heroicas dice bien la singularidad, ni hay cosa que concilie más veneración que las hazañas. En la alteza del espíritu y en los altos pensamientos consiste la grandeza. No hay hidalguía como la del corazón, que nunca se abate a la vileza. Es la virtud carácter de heroicidad, en que dice muy bien la diferencia. Han de vivir con tal lucimiento de prendas los príncipes, con tal esplendor de virtudes, que si las estrellas del cielo, dejando sus celestes es-

feras, bajaran a morar entre nosotros, no vivieran de otra suerte que ellos.

¿Qué aprovecha la fragancia de los ámbares, si la desmiente la hediondez de las costumbres? Bien pueden embalsamar el cuerpo, pero no inmortalizar el alma. No hay olor como el del buen nombre, ni fragancia como la de la fama, que se percibe de muy lejos, que conforta los atentos y va dejando rastro de aplauso por el teatro del mundo, que durará siglos enteros.

Pero así como a unos los hace aborrecibles y aun intratables esta enfadosa afectación, que todos los cuerdos la silban, así a otros los hace singulares el no querer serlo, y menos parecerlo. Este vivir a lo plático, un acomodarse a lo corriente, un casar lo grave con lo humano, hizo tan plausible al excelentísimo conde de Aguilar y marqués de la Hinojosa, segundo Mecenas nuestro. Hacíase a todos, y así era amado de todos, que hasta los enemigos le aplaudieron vivo y le lloraron muerto. Oí decir de él a muchos y muy cuerdos: "Este sí que sabe ser señor sin figurerías"; elogio digno de un tan gran héroe.

Otro género hay de éstos, que no son hombres, y son aún más figuras; pues si los primeros son enfadosos, éstos son ya ridículos; aquéllos, digo, que ponen el diferenciarse en el traje y singularizarse en el porte; aborrecen todo lo plático, y muestran una como antipatía con el uso; afectan ir a lo antiguo, renovando vejedades. Otros hay que en España visten a lo francés y en Francia a lo español, y no falta quien en la campaña sale con golilla y en la corte con valona, haciendo de esta suerte celebrados matachines, como si necesitase de sainetes la fisga.

Nunca se ha de dar materia de risa ni a un niño, cuanto menos a los varones cuerdos y juiciosos; y hay muchos que parece que ponen todo su cuidado en dar que reir, y que estudian cómo dar entretenimien-

to a las hablillas. El día que no salen con alguna ridícula singularidad, lo tienen por vacío; pero ¿de qué pasaría la fisga de los unos, sin la figurería de los otros? Son unos vicios materia de otros; de esta suerte la necedad es pasto de la murmuración.

Pero si la singularidad frívola en la corteza del traje es una irrisión, ¿qué será la del interior, digo, del ánimo? Hay algunos que parece que les calzó la naturaleza el gusto y el ingenio al revés, y lo afectan por no seguir el corriente. Exóticos en el discurrir, paradojos en el gustar y anómalos en todo; que la mayor figurería es sin duda la del entendimiento.

Ponen otros su capricho en una vanísima hinchazón, nacida de una loca fantasía y forrada de necedad; con esto afectan una enfadosa gravedad en todo y con todos, que parece que honran con mirar y que hablan por merced. Hay naciones enteras tocadas de este humor: que si para uno de éstos no tiene espera la risa, ¿qué será en tan ridícula pluralidad?

Sea el decir con juicio, el obrar con decoro, las costumbres graves, las acciones heroicas; que esto hace a un varón venerable, que no fantásticas presunciones. Ni censura este crítico discurso la verdadera gravedad, que atiende siempre a su decoro; aquel nunca rozarse, el conservar la flor del respeto, y como en la funda de su fondo la estimación. Condena, sí, el exceso de una vana singularidad, que toda viene a parar en inútiles afectaciones.

Pero ¿qué remedio habría tan eficaz, que curase a todos éstos de figuras y los volviese al ser de hombres? Pues de verdad que lo hay, y es infalible. Dejo la cordura, que es el remedio común de todos los males, y voy al singular de la singularidad. El remedio de todos éstos es poner la mira en otro semejante, afectado, paradojo, extravagante, figurero: mirarse y remirarse en este espejo de yerros, advir-

tiendo la risa que causa y el enfado que solicita, ponderando lo feo, lo ridículo, lo afectado de él, o por mejor decir, propio en él; que esto sólo bastará para hacer aborrecer eficazmente todo género de figurería, y aun temblar del más leve asomo, del más mínimo amago de ella.

do néctar. Con que entiendo por qué de Júpiter fingieron que introdujo el abortivo hijuelo Baco, no en la boca desapacible al gusto por lo imperfecto, sino en la rodilla, reservando para la discreta Palas el celebro.

CANÓNIGO

A ese modo, en el vaso frágil del cuerpo se va perfeccionando de cada día el ánimo. No luego está en su punto. Tienen todos los hombres a los principios una enfadosa dulzura de la niñez, una insuave crudeza de la mocedad; aquel resabio a los deleites, aquella inclinación a cosas poco graves, empleos juveniles, ocupaciones frívolas, y aunque tal vez en algunos, y bien raros, se anticipe la madurez, conócese que es antes de tiempo en lo desazonado: quiere desmentir en otros la seriedad, o natural o afectada, estas imperfecciones de la edad; mas luego se descuida y desliza en juveniles desaires, dando a entender que aún no estaba en el punto de la entereza.

AUTOR

Gran médico es el tiempo, por lo viejo y por lo experimentado.

CANÓNIGO

El sólo pudo curar a uno de mozo, que verdaderamente es achaque. En la mayor edad son ya mayores y más levantados los pensamientos, reálzase el gusto, purifícase el ingenio, sazónase el juicio, defécase la voluntad; y al fin hombre hecho, varón en su punto, es agradable y aun apetecible al comercio de los entendidos. Conforta con sus consejos, calienta con su eficacia, deleita con su discurso, y todo él huele a una muy viril generosidad.

AUTOR

Pero antes de sazonarse, ¡qué aspereza nos brindan en todo, qué insuavidad en el entendimiento, qué acedía en el trato, qué desazón en el porte!

CANÓNIGO

Pero ¡qué tormento es para un hombre ya maduro y cuerdo haberse de ajustar, o por necesidad o por conveniencia, a uno de estos desazonados y no hechos! Bien puede competir y aun exceder a aquel de Falaris, cuando ataba un vivo con un muerto mano a mano y boca a boca, por ser éste de las almas, donde se apura el entendimiento.

AUTOR

Revuelve después ya cuerdo sobre sus pasadas imperfecciones, reconoce ya con seso los borrones de su ignorancia o imprudencia, acusa su mal gusto y ríese de sí mismo liviano, ahora grave, condenando con juiciosa refleja los apasionados desaciertos, en los elementos de su imperfección.

CANÓNIGO

El mal es que algunos nunca llegan a estar del todo hecho, ni llegarán jamás a ser cabales.

AUTOR

Es que les falta alguna pieza, ya en el gusto, que es harto mal, ya en el juicio, que es peor.

CANÓNIGO

Y muchas veces advertimos que les falta algo, y no acertamos a definir lo que es.

AUTOR

También tengo observado que anda muy desigual el tiempo en hacer los sujetos.

CANÓNIGO

Es que para unos vuela y para otros cojea; ya se vale de sus alas, ya saca sus muletas. Hay algunos que muy presto consiguen la perfección en cualquier materia, hay otros que tardan en hacerse, y a veces con daño universal, por serlo la obligación. Que no sólo en la perfección común de la prudencia se van haciendo los hombres, sino en las singulares de cada estado y empleo.

AUTOR

¿De modo que se hace un rey?

CANÓNIGO

Sí, que no se nace hecho; gran asunto de la prudencia y de la experiencia, que son menester mil perfecciones para que llegue a tan grande complemento. Hácese un general a costa de su sangre y de la ajena; un orador, después de mucho estudio y ejercicio; hasta un médico, que para levantar a uno de una cama echó ciento en la sepultura. Todos se van haciendo, hasta llegar al punto de su perfección.

AUTOR

Y pregunto: ese punto a que llegaron, ¿será fijo?

CANÓNIGO

Esa es la infelicidad de nuestra inconstancia. No hay dicha, porque no hay estrella fija de la luna acá; no hay estado, sino contina mutabilidad en todo. O se crece o se declina, desvariando siempre con tanto variar.

AUTOR

¿De modo que sigue lo moral a lo natural, descaere con la edad la memoria y aun el entendimiento?

CANÓNIGO

Sí; y aun por eso conviene lograrlo en su sazón y saber gozar de las cosas en su punto, y mucho más de los varones entendidos.

AUTOR

Mucho es menester para llegar al colmo de perfecciones y de prendas.

CANÓNIGO

Macea primero Vulcano, y después contribuye el Numen: sobre los favores de la naturaleza asienta bien la cultura, digo la estudiosidad, y el contino trato con los sabios, ya muertos, en sus libros, ya vivos, en su conversación; la experiencia fiel, la observación juiciosa, el manejo de materias sublimes, la variedad de empleos; todas estas cosas vienen a sacar un hombre consumado, varón hecho y perfecto; y conócese en lo acertado de su juicio, en lo sazonado de su gusto: habla con atención, obra con detención; sabio en dichos, cuerdo en hechos, centro de toda perfección.

AUTOR

Ahora digo que no hay bastante aprecio para un hombre en su punto.

CANÓNIGO

Hay logro, ya que no aprecio, buscándole para amigo, granjeándole para consejero, obligándole para patrón y suplicándole para maestro.

DE LA CULTURA Y ALIÑO

FICCIÓN HEROICA

FUÉ tu padre el artificio, Quirón de la naturaleza; naciste de su cuidado, para ser perfección de todo; sin ti, las mayores acciones se malogran y los mejores trabajos se deslucen. Ingenios vimos prodigiosos, ya por lo inventado, ya por lo discurridos; pero tan desaliñados, que antes merecieron desprecio que aplauso.

"El sermón más grave y docto fué desazonado sin tu gracia; la alegación más autorizada fué infeliz sin tu aseo; el libro más erudito fué asqueado sin tu ornato; y al fin, la inventiva más rara, la elección más acertada, la erudición más profunda, la más dulce elocuencia, sin el realce de tu cultura, fueron acusadas de una indigna vulgar barbaridad y condenadas al olvido.

"Al contrario, otras vemos que, si con rigor se examinan, no se les conoce eminencia, ni por lo ingenioso ni por lo profundo; y con todo eso son plausibles, en fe de lo aliñado. Lo mismo acontece a todas las demás prendas, por ser transcendental tu perfección. Venció la fealdad a la belleza muchas veces, socorrida del aliño, y malogróse otras tantas por descuidada la hermosura; fíase de sí la perfección, y siempre los confiados fueron los vencidos. Cuanto mayor la gala, si desaliñada, es más deslucida; porque la misma bizarría está pregonando el perdido

aseo; contigo, al fin, lo poco parece mucho, y sin ti lo mucho pareció nada.

"Tuviste por madre a la buena disposición, aquella que da su lugar a cada cosa, aquella que todo lo concierta. Consiste mucho el aseo en estar cada parte en su puesto; que fuera de su centro, todo lo natural padece violencia y todo lo artificial desconcierto. Una misma casa para una estrella es de exaltación, y para otra de detrimento; que según es el lugar, es el brillar. La turbación causa confusión, y ésta enfado. Lo que no está compuesto, no es más que una rudísima indigesta balumba, asqueada de todo buen gusto; las cosas bien compuestas, a más de lo que alegran con el desembarazo, deleitan con su concierto.

"Frustrada quedaría lastimosamente la buena elección de las cosas, si después las malograse un bárbaro desaseo; y es lástima que lo que merecieron por excelentes y selectas, lo pierdan por una barbaria inculta. Cansóse en balde la invención sublime de los conceptos, la sutileza en los discursos, la estudiosidad en la varia y selecta erudición, si después lo desazona todo un tosco desaliño.

"Hasta una santidad ha de ser aliñada, que edifica al doble cuando se hermana con una religiosa urbanidad. Supo juntar superiormente entrambas cosas aquel gran patriarca arzobispo de Valencia, don Juan de Rivera: ¡qué aliñadamente que fué santo!, y aun eternizó su piedad y su cultura en un suntuosamente sacro colegio, vinculando en sus doctos y ejemplares sacerdotes y ministros la puntualidad en ritos, la riqueza en ornamentos, la armonía en voces, la devoción en culto y el aliño en todo.

"No gana la santidad por grosera, ni pierde tampoco por entendida; pues vemos hoy cortesana la santidad y santa la cortesía en ótro patriarca, aunque no otro de aquel sino muy intimador, el ilustrísimo señor don Alonso Pérez de Guzmán; que no

oponen la virtud y la discreción, y con el mismo aplauso se celebran en aquel gran espejo de prelados, tan cultamente santo y erudito, el ilustrísimo señor don Juan de Palafox, obispo de la Puebla de los Angeles, y pudiera en singular por su ilustrísima, pues se llamó primero en profecía. De esta suerte se ve y se admira hoy tan culta la santidad y tan aliñada la perfección.

"No solamente ha de ser aseado el entendimiento, sino la voluntad también. Sean cultas las operaciones de estas dos superiores potencias, y si el saber ha de ser aliñado, ¿por qué el querer ha de ser a lo bárbaro y grosero?

"Tus hermanos fueron el despejo, el buen gusto y el decoro, que todo lo hermosean y todo lo sazonan; no sola la corteza exterior del traje, sino mucho más el atavío interior, que son las prendas, los verdaderos arreos de la persona.

"Pero ¡qué inculto, qué desaliñado tenía la común barbaridad el mundo todo! Comenzó la culta Grecia a introducir el aliño, al paso que su imperio. Hicieron cultas sus ciudades, tanto en lo material de los edificios, como en lo formal de sus ciudadanos. Tenían por bárbaras a las demás naciones, y no se engañaban. Ellos inventaron los tres órdenes de la arquitectura para el adorno de sus templos y palacios, y las ciencias para sus célebres universidades. Supieron ser hombres, porque fueron cultos y aliñados.

"Mas los romanos, con la grandeza de su ánimo y poder, al paso que dilataron su monarquía, extendieron su cultura; no sólo la emularon a los griegos, sino que la adelantaron, desterrando la barbaridad de casi todo el mundo, haciéndole culto y aseado de todas maneras. Quedan aún vestigios de aquella grandeza y cultura en algunos edificios, y por blasón el ordinario encarecimiento de lo bueno: ser "obra de manos". Rastréase el mismo artificioso aliño en al-

gunas estatuas, que en fe de la rara destreza de sus artífices, eternizan la fama de aquellos héroes que representan. Hasta en las monedas y en los sellos se admira esta curiosidad, que en nada perdonaban al aliño y en nada dejaban parar la barbarie.

"¡Oh, célebre museo y plausible teatro de toda esta antigua, griega y romana cultura, así en estatuas como en piedras; ya en sellos anulares, ya en monedas, vasos, urnas, láminas y camafeos, el de nuestro mayor amigo, el culto y erudito don Vincencio Juan de Lastanosa, honor de los romanos por su memoria, gloria de los aragoneses por su ingenio! Quien quisiere lograr toda la curiosidad junta, frecuente su original museo; y quien quisiere admirar la docta erudición y rara de la antigüedad, solicite el que ha estampado de las monedas españolas desconocidas: asunto verdaderamente grande, por lo raro y por lo primero.

"Donde se extrema la romana cultura y el decoro, es en las inmortales obras de sus prodigiosos escritores. Allí lucen lo ingenioso de los que escriben y lo hazañoso de quienes escriben, compitiéndose la valentía de los ánimos de unos y la de los ingenios de los otros.

"Conservan aún algunas provincias este heredado aliño, y la que más, la culta Italia, como centro de aquel imperio. Todas sus ciudades son aliñadas, así en lo político, como en el económico gobierno. En España reina la curiosidad más en las personas que en lo material de las ciudades, no porque sea mayor alabanza, que la barbaridad aun en lo poco lo es y desacredita. En Francia está tan válido el aliño, que llega a ser bizarría, digo en la nobleza. Estímanse las artes, venéranse las letras; la galantería, la cortesía, la discreción, todo está en su punto. Précianse los más nobles de más noticiosos y leídos, que no hay cosa que más cultive los hombres que el saber. Entre

muchos varones eminentes luce hoy el prodigioso Francisco Filhol, presbítero y hebdomadario en la santa y metropolitana iglesia de San Esteban de Tolosa, varón de igual ingenio que gusto, como lo prueban sus dos *Bibliotecas,* la primera de sus obras y la segunda de las ajenas.

"Hijos son tuyos el agrado y el provecho, que si en un jardín lo que más lisonjea, después del buen delecto de las plantas y las flores, es la acertada disposición de ellas, ¿cuánto más en el jardín del ánimo merecerán el gusto, la fragancia de los dichos y la galantería de los hechos, realzados de la cultura?

"Hállanse hombres naturalmente aliñados, en quienes parece que el aseo no es cuidado, sino fuerza; no perdonan al menor desorden en sus cosas; es en ellos connatural la gala, así interior como exterior; tienen un corazón impaciente al desaliño. Hasta en los ejércitos afectaba Alejandro la cultura; que parecían más, dijo el Curcio, órdenes de compuestos senadores que hileras de desbaratados soldados. Hay otros de un corazón tan dejado de sí mismo, que no cupo jamás en él cuidado ni artificio, cuanto menos impaciencia; y así, todo cuanto obran lleva este desmedro de tosco y este deslucimiento de bárbaro.

"Es circunstancia el aliño que arguye tal vez mucha substancia, porque nace de capacidad; y porque lo tuvo en componer un fuego, acción tan servil y tan vulgar, el Taicosama, fué primero argumento y ocasión, después de llegar a ser emperador del Japón, de siervo particular a ser amo universal; prodigiosa fortuna que los leños aliñados por su mano le pusieron, o se trocaron en un centro en ella misma.

"Esta es, oh cultísimo realce del varón discreto, tu esplendorizada prosapia. ¿Qué mucho que seas tan valido entre personas, que si no las supones, tú las haces?"

De esta suerte las Tres Gracias informaban al

aliño, asegurando que todo lo dicho lo habían copiado del culto, bizarro, galante, cortesano, lucido, plático, erudito, y sobre todo discreto, el excelentísimo señor don Duarte Fernando Alvarez de Toledo, conde de Oropesa.

HOMBRE JUICIOSO Y NOTABLE

APOLOGÍA

Muy a lo vulgar discurrió Momo, cuando deseó la ventanilla en el pecho humano; no fué censura, sino deslumbramiento, pues debiera advertir que los zahoríes de corazones, que realmente los hay, no necesitan ni aun de resquicios para penetrar al más reservado interior. Ociosa fuera la transparente vidriera para quien mira con cristales de larga vista, y un buen discurso propio es la llave maestra del corazón ajeno.

Es varón juicioso y notante (hállanse pocos, y por eso más singulares). Luego se hace señor de cualquier sujeto y objeto, Argos al atender y lince al entender. Sonda atento los fondos de la mayor profundidad, registra cauto los senos del más doblado disimulo, y mide juicioso los ensanches de toda capacidad. No le vale ya a la necedad el sagrado de su silencio, ni a la hipocresía la blancura del sepulcro. Todo lo descubre, nota, advierte, alcanza y comprende, definiendo cada cosa por su esencia.

Todo grande hombre fué juicioso, así como todo juicioso fué grande; que realces, en la misma superioridad de entendido son extremos del ánimo. Bueno es ser noticioso, pero no basta; es menester ser juicioso: un eminente crítico vale primero en sí, y después da su valor a cada cosa; califica los objetos y gradúa los sujetos; no lo admira todo ni lo desprecia todo; señala, sí, su estimación a cada cosa.

Distingue luego entre realidades o apariencias, que la buena capacidad se ha de señorear de los objetos, no los objetos de ella, así en el conocer como en el querer. Hay zahoríes de entendimiento que miran por dentro las cosas, no paran en la superficie vulgar, no se satisfacen de la exterioridad, ni se pagan de todo aquello que reluce; sírveles su critiquez de inteligente contraste, para distinguir lo falso de lo verdadero.

Son grandes descifradores de intenciones y de fines, que llevan siempre consigo la juiciosa contracifra. Pocas victorias blasonó de ellos el engaño, y la ignorancia menos.

Esta eminencia hizo a Tácito tan plausible en lo singular, y venerado a Séneca en lo común. No hay prenda más opuesta a la vulgaridad; ella sola es bastante a acreditar de discreto. El vulgo, aunque fué siempre malicioso, pero no juicioso; y aunque todo lo dice, no todo lo alcanza; raras veces discierne entre lo aparente y lo verdadero; es muy común la ignorancia, y el error muy plebeyo. Nunca muerde sino la corteza, y así todo se lo bebe y se lo traga, sin asco de mentira.

¡Qué es de ver uno de estos censores del valor y descubridores del caudal, cómo emprende dar alcance a un sujeto! Pues qué, si recíprocamente dos juiciosos se embisten a la par, con armas iguales de atención y de reparo, deseando cada uno dar alcance a la capacidad del otro! ¡Con qué destreza se acometen! ¡Qué precisión en los tientos! ¡Qué atención a la razón! ¡Qué examen de la palabra! Van brujuleando el ánimo, sondando los afectos, pesando la prudencia. No se satisfacen de uno ni de dos aciertos, que pudo ser ventura; ni de dos buenos dichos, que pudo ser memoria.

De esta suerte van haciendo anotomía del ánimo, examen del caudal, registrando y ponderando tanto

los discursos como los afectos, que de la excelencia de entrambos se integra una superior capacidad. No hay halcón que haga más puntas a la presa, ni Argos que más ojos multiplique, como ellos atenciones a la ajena intención; de modo que hacen anotomía de un sujeto hasta las entrañas, y luego le definen por propiedades y esencia.

Es gran gusto encontrar con uno de éstos y ganarle, que si no es en fe de la amistad, no franquean su sentir; recátanse, que los que son prontos al censurar son recatados al hablarlo; observan inviolablemente aquella otra gran treta de sentir con los pocos y de hablar con los muchos, pero cuando en seguro de la amistad y a espaldas de la confianza desahogan su concepto, ¡oh, lo que enseñan, oh, lo que iluminan! Dan su categoría a cada uno, su vivo a cada acción, su estimación a cada dicho, su calificación a cada hecho, su verdad a cada intento. Admírase en ellos ya extravagante reparo, ya la profunda observación, la sutil nota, la juiciosa crisis, el valiente concebir, el prudente discurrir, lo mucho que se les ofrece y lo poco se les pasa.

Tiembla de su crisis la más segura eminencia y depone la propia satisfacción, porque sabe el rigor de su acertado juicio, que es el crisol de la fineza; pero la prenda que sale con aprobación de su contraste, puede pasar y lucir dondequiera. Queda muy calificada y más que con toda la vulgar estimación, la cual, aunque sea extensa, no es segura, tiene a veces más de ruido que de aplauso; y así, no pudiendo mantenerse en aquel primero crédito, dan gran baja los ídolos del vulgo, porque no se apoyaron en la basa de la substancial entereza. Vale más un sí de un valiente juicio de éstos que toda la aclamación de un vulgo, que no sin causa llamaba Platón a Aristóteles toda su escuela, y Antígono a Cenón todo el teatro de su fama.

Requiere o supone este valentísimo realce otros muchos en su esfera: lo comprensivo, lo noticioso, lo acre, lo profundo; y si supone unos condena otros, como son la ligereza en el creer, lo exótico en el concebir, lo caprichoso en el discurrir, que todo ha de ser acierto y entereza.

Pero nótese que el censurar está muy lejos del murmurar, porque aquél dice indiferencia y éste predeterminación a la malicia. Un integérrimo censor, así como celebra lo bueno, así condena lo malo, con toda equidad de indiferencia. No encarga este aforismo que sea maleante el discreto, sino entendido; no que todo lo condene, que sería aborrecible destemplanza de juicio, ni tampoco que todo lo aplauda, que es pedantería. Hay algunos luego topan con lo malo en cualquier cosa, y aun lo entresacan de mucho bueno; conciben como víboras y revientan por parir, proporcionando castigo a la crueldad de sus ingenios. Una cosa es ser Momo de mal gusto, pues se ceba en lo podrido; otra es un integérrimo Catón, finísimo amante de la equidad.

Son éstos como oráculos juiciosos de la verdad, inapasionables jueces de los méritos, pero singulares, que no se rozan sino con otros discretos, porque la verdad no se puede fiar ni a la malicia ni a la ignorancia: aquélla por malsín y ésta por incapaz; mas cuando por suma felicidad se encuentran dos de éstos y se comunican sentimientos, crisis, discursos y noticias, señálese aquel rato con preciosa piedra y dedíquese a las Musas, a las Gracias y a Minerva.

Ni es solamente especulativa esta discreción, sino muy práctica, especialmente en los del mando, porque a luz de ella descubren los talentos para los empleos, sondan las capacidades para la distribución, miden las fuerzas de cada uno para el oficio y pesan los méritos para el premio, pulsan los genios y los ingenios, unos para de lejos, otros para de cerca, y todo lo

disponen porque todo lo comprenden. Eligen con arte, no por suerte; descubren luego los realces y los defectos de cada sujeto, la eminencia o la medianía, lo que pudiera ser más y lo que menos. No tiene aquí lugar la pía afición, que primero es la conveniencia; no la pasión ni el engaño, los dos escollos celebrados de los aciertos: que si éste es engañarse, aquélla es un quererse engañar. Siempre integérrimos jueces de la razón, que sin ojos ven más y sin manos todo lo tocan y lo tantean.

Gran felicidad es la libertad de juicio, que no la tiranizan ni la ignorancia común ni la afición especial; toda es de la verdad, aunque tal vez por seguridad y por afecto la quiere introducir al sagrado de su interior, guardando su secreto para sí.

Demás de ser deliciosa, que realmente lo es esta gran comprensión de los objetos, y más de los sujetos de las cosas y de las causas, de los efectos y afectos, es provechosa también: su mayor asunto y aun cuidado es discernir entre discretos y necios, singulares y vulgares, para la elección de íntimos, que así como la mejor treta del jugar es saber descartarse, así la mayor regla del vivir es el saber abstraer.

De esta suerte discurría con el autor el juicioso, el comprensivo, el grande entendedor do todo, el excelentísimo señor duque de Híjar, sucesor en lo entendido y discreto del renombre de Salinas y Alenquer, no sólo en el título, sino en la eminente realidad. Que es eco este discurso de tan magistral oráculo.

CONTRA LA HAZAÑERIA

SÁTIRA

¡Oh gran maestro aquel que comenzaba a enseñar desenseñando! Su primera lección era de ignorar, que no importa menos que el saber. Encargaba, pues, Antístenes a sus tirones desaprender siniestros para mejor después aprender aciertos.

Grande asunto es el conseguir singulares prendas, pero mayor es el huir vulgares defectos, porque uno solo basta a eclipsarlas todas, y todas juntas no bastan a desmentirlo solo. Por una pequeña travesura de una facción fué condenado todo un rostro a no parecer, y toda la belleza de las demás no es bastante a absolverle de feo.

Los defectos, que por descarados son más conocidos, fácilmente los declina cualquier medianamente discreto; pero hay algunos otros tan disimulados por revestidos de capa de perfección que pretenden pasar plaza de realces, especialmente cuando se ven autorizados.

Uno de éstos es la hazañería, que aspira, no a excelencia como quiera, sino de las muy plausibles, y halla favor para ello en grandes personajes, ingiriéndose ya en las armas, ya en las letras, hasta en la misma virtud; y aun se roza con casi héroes; pero verdaderamente no lo son, pues con poco se llenan la boca y el estómago, no acostumbrado a grandes bocados de la fortuna.

Hacen muy del hacendado los que menos tienen

porque andan a caza de ocasiones y las exageran; ya que las cosas valen menos que nada, ellos las encarecen. Todo lo hacen misterio con ponderación, y de cualquier poquedad hacen asombro. Todas sus cosas son las primeras del mundo y todas sus acciones hazañas; su vida toda es portentos y sus sucesos milagros de la fortuna y asuntos de la fama. No hay cosa en ellos ordinaria; todas son singularidades del valor, del saber y de la dicha, camaleones del aplauso, dando a todos hartazgos de risa.

Fué necio siempre todo desvanecimiento, mas la jactancia es intolerable. Los varones cuerdos aspiran antes a ser grandes que a parecerlo. Estos se contentan con sola la apariencia, y así en ellos no es argumento de sublimidad el querer parecer, antes bien de una verdadera poquedad, que cualquiera cosa les pareció mucho.

Nace la hazañería de una desvanecida poquedad y de una abatida hinchazón, que no todos los ridículos andantes salieron de la Mancha, antes entraron en la de su descrédito. Parecen increíbles tales hombres, pero los hay de verdad, y tantos, que tropezamos con ellos y les oímos cada día sus ridículas proezas, aunque más las quisiéramos huir; porque si fué enfadosa siempre la soberbia, aquí reída; y por donde buscan los más la estimación topan con el desprecio; cuando se presumen admirados, se hallan reídos de todos.

No nace de alteza de ánimo, sino de vileza de corazón, pues no aspiran a la verdadera honra, sino a la aparente; no a las verdaderas hazañas, sino a la hazañería. De esta suerte hay algunos que no son soldados, pero lo desean ser, y lo afectan y lo procuran parecer; buscan las ocasiones y cualquiera niñería que se les ofrezca la celebran y meten más máquina en una antojada aventura que el belicoso y afortunado marqués de Torrecusa en un romper las

trincheras de Fuenterrabía, en un socorrer a Perpiñán y desbaratar campalmente tantas veces los bravos y numerosos ejércitos de Francia.

Muéstranse otros muy ministros, afectando celo y ocupación; grandes hombres de hacer siempre negocio del no negocio. No hay chico pleito para ellos; de las motas levantan polvaradas y de pocas cosas mucho ruído; véndense muy ocupados, hambreando reposo y tiempo; hablan de misterio; en cada ademán o gesto encierran una profundidad entre exclamaciones y reticencias, de suerte que llevan más máquina que el artificio de Juanelo, de igual ruido y poco provecho.

Andan otros mendigando hazañas; hormiguillas del honor, que con un solo grano, que a veces más será paja, van más afanados y satisfechos que las valientes pías que tiran el plaustro de Ceres, el carro del lucimiento; y es muy de gallinas cacarear todo un día y al cabo poner un huevo. Andan de parto, soberbios e hinchados montes, y abortan después un ridículo ratón.

Gran diferencia hay de los hazañosos a los hazañeros, y aun oposición; porque aquéllos cuanto mayor es su eminencia la afectan menos; conténtanse con el hacer y dejan para otros el decir, que cuando no, las mismas cosas hablan harto. Que si un César se comentó a sí mismo, excedió su modestia a su valor; no fué afectar la alabanza, sino la verdad. Aquéllos dan las hazañas, éstos las venden y aun las encarecen, inventando trazas para ostentarlas; un acierto mecánico, después de mil yerros civiles y aun criminales, lo blasonan, lo pregonan; y no hallando hartas plumas en las de la fama, alquilan plumas de oro, para que escriban lodo con asco de la cordura.

Pero que estos desvanecidos hagan hazañería de su nada, excusa tienen en su pasión, que al fin ella y su necedad todo se cae en casa; pero que un gran

necio de éstos haga tantos y mayores, dándoles a beber hasta hartar con sus disparates, y que estos idólatras de ignorancia veneren sus desatinos, es una inexcusable vulgarísima poquedad. No digo ya de los que—políticos violentados de la dependencia—no les entra de los dientes adentro la ignorancia, así como les sales de solos los dientes afuera la afectada alabanza, porque éstos son lisonjeros de malicia; y como no procede de engaño, quedan absueltos de ignorancia, condenados a adulación. Pero que haya necios en causa y provecho de otro, es caerse la necedad en casa propia y la vanidad en la ajena.

No fueron triunfos los de Domiciano, sino hazañerías; de lo que no hicieran reparo un César, un Augusto, hacían aplauso Calígula y Nerón; triunfaban tal vez por haber muerto un jabalí, que no era triunfo, sino porquería.

Las plumas de la fama no son de oro, porque no se alquilan; pero resuenan más que la sonora plata. No tienen precio; pero le dan a los méritos de aplausos.

DILIGENTE E INTELIGENTE

EMBLEMA

Dos hombres formó naturaleza, la desdicha los redujo a ninguno; la industria después hizo uno de los dos. Cegó aquél, encojó éste, y quedaron inútiles entrambos. Llegó el arte, invocada de la necesidad, y dióles el remedio en el alternado socorro, en la recíproca dependencia.

"Tú, ciego,—le dijo,—préstale los pies al cojo; y tú, cojo, préstale los ojos al ciego." Ajustáronse, y quedaron remediados. Cogió en hombros el que tenía pies al que le daba ojos, y guiaba el que tenía ojos al que le daba pies. Este llamaba al otro su Atlante, y aquél a éste su Cielo (1).

Vió este prodigio de la industria un varón juicioso, y reparando en él, codiciándole para un ingenio-

---

(1) Véase este soneto de Quevedo:

El ciego lleva a cuestas al tullido:
dígola maña, y caridad la niego,
pues en ojos los pies le paga al ciego
el cojo, sólo para sí impedido.
El mundo en estos dos está entendido,
si a discurrir en sus astucias llego;
pues yo te asisto a tí por tu talego,
tú, en lo que sé, cobrar de mí has querido.
Si tú me das los pies te doy los ojos;
todo este mundo es trueco interesado,
y despojos se cambian por despojos.
Ciegos (con todos hablo, escarmentado):
pues unos somos ciegos y otros cojos,
ande el pie con el ojo remendado.

so emblema, preguntó bien, que cuál llevaba a cuál. Y fuéle respondido de esta suerte:

Tanto necesita la diligencia de la inteligencia como al contrario. La una sin la otra valen poco; juntas pueden mucho. Esta ejecuta pronta lo que aquélla detenida medita, y corona una diligente ejecución los aciertos de una bien intencionada atención.

Vimos ya hombres muy diligentes, obradores de grandes cosas, ejecutivos, eficaces, pero nada inteligentes; y de uno de ellos dijo un crítico frescamente, alabando otros su diligencia, que si el tal fuera tan inteligente como era diligente, fuera sin duda un gran ministro del monarca grande.

Pero a éstos nada se les puede fiar a solas, pues el mayor riesgo corre en su correr; yerran aprisa, si los dejan, y emplean toda su eficacia en desaciertos. No es aquello acabar los negocios, sino acabar con ellos; que parece que corren a la posta, digo, a caballo todo, sin caer jamás de su necedad.

Es lo bueno que comúnmente estos tales aborrecen el consejo y lo truecan en ejecución.

Pasión es de necios el ser muy diligentes, porque como no descubren los topes, obran sin reparos; corren porque no discurren; y como no advierten, tampoco advierten que no advierten; que quien no tiene ojos para ver, menos los tendrá para verse.

Hay sujetos que son buenos para mandados, porque ejecutan con felicísima diligencia; mas no valen para mandar, porque piensan mal y eligen peor, tropezando siempre en el desacierto. Hay hombres de todos gremios, unos para primeros y otros para segundos.

Pero no es menor infelicidad la de una grande inteligencia sin ejecución; marchítanse en flor sus concebidos aciertos, porque los comprendió el hielo de una irresolución; y perdida aquella su fragante esperanza, se malogran con el dejamiento.

Resuelven algunos con extremada sindéresis, decretan con plausible elección, y piérdense después en las ejecuciones, malogrando lo excelente de sus dictámenes con la ineficacia de su remisión; arrancan bien y paran mal, porque pararon; discurren mucho, que es lo más; hacen juicio y aun aprecio de lo que conviene, y por una ligera fatiga del ejecutarlo lo dejan todo perder. Otros hay poco aplicados a lo que más importa, y se apasionan por lo que menos conviene hasta llegar a tener antipatía con su obligación; que no siempre se ajustan el genio y el empleo, y topando más dificultad en lo que abrazan, el gusto todo lo vence; de suerte que nace la fuga más de horror que de temor, más de enfado que de trabajo. Es don, y grande, la buena aplicación, que no siempre se casa ni con el oficio ni con el cargo, aunque sea soberano. ¡Qué de veces degenera de lo heroico y se destina a una vulgarísima nada!

Bien que todos los sabios son detenidos, que del mucho advertir nace el reparar; así como descubren todos los inconvenientes, querrían también prevenir todos los remedios; con esto raras veces recae la diligencia sobre la inteligencia. En los que gobiernan se desea aquélla, y ésta en los que pelean, y si concurren, hacen un prodigio.

Fué la mayor presteza en Alejandro madre de la mayor ventura; conquistólo todo (decía él mismo), dejando nada para mañana; ¿qué hiciera para otro año? Pues César, aquel otro ejemplar de héroes, decía que sus increíbles empresas antes las había concluído que consultado, o por que su misma grandeza no le espantase, o porque aun el pensarlas no le detuviese: gran palabra suya el "vamos", y nunca el "vayan los otros". Basta la presteza a hacer rey de las fieras al león, que aunque muchas de ellas le ganan, unas en armas, otras en cuerpo y otras en fuerzas, él las vence a todas en fe de su presteza.

Este es aquel excedido exceso que entre sí mantienen los valerosos españoles y los belicosos franceses, igualando el cielo la competencia, contrapesando la prudencia española a la presteza francesa. Opuso la detención de aquéllos a la cólera de éstos; lo que le falta al español de prontitud, lo suple con el consejo; y al contrario, la temeridad en el francés es lustre de su increíble diligencia. Con esto andan equivocadas las victorias y paralelos los sucesos, según las contingencias y los tiempos. Tomóles el pulso César a entrambas naciones, y venció a la una previniendo, y a la otra esperando. A entrambas pudiera encargar el grande Augusto su *festina lente* en empresa, e hiciera un medio muy acertado.

Tiene lo bueno muchos contrarios, porque es raro, y los males muchos; para lo malo todo ayuda. El camino de la verdady del acierto es único y dificultoso; para la perdición hay muchos médicos y pocos remedios. Contra lo conveniente todas las cosas se conjuran, las circunstancias se despintan, la ocasión pasando, el tiempo huyendo, el lugar faltando, la sazón mintiendo y todo desayudando; pero la inteligencia y la diligencia todo lo vence.

DEL MODO Y DEL AGRADO

CARTA AL DOCTOR DON BARTOLOMÉ DE MORLANES, CAPELLÁN DEL REY, NUESTRO SEÑOR, EN LA SANTA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA

Por este gran precepto, señor mío, mereció Cleóbulo ser el primero de los sabios: luego él será el primero de los preceptos. Mas si el enseñarlo basta a dar renombre de sabio, y el primero, ¿qué le quedará para el que lo observa? Que el saber las cosas y no obrallas, no es ser filósofo, sino gramático.

Tanto se requiere en las cosas la circunstancia como la substancia; antes bien lo primero con que topamos no son las esencias de las cosas, sino las apariencias; por lo exterior se viene en conocimiento de lo interior, y por la corteza del trato sacamos el fruto del caudal; que aun a la persona que no conocemos, por el porte la juzgamos.

Es el modo una de las prendas del mérito, y que cae debajo de la atención; puédese adquirir, y por eso la falta de ello es inexcusable; bien que en algunos tiene principio del buen natural, pero su complemento da la industria; en otros toda es del arte, que puede el cuidado de ésta suplir los olvidos de aquélla, y aun mejorarlos; pero cuando se juntan, hacen un sujeto agradable con igual facilidad y felicidad.

Es también de las bellezas transcendentales a todas las acciones y empleos. Fuerte es la verdad, valiente la razón, poderosa la justicia; pero sin un bu

modo todo se desluce, así como con él todo se adelanta. Cualquier falta suple, aun las de la razón; los mismos yerros dora, las fealdades afeita, desmiente los desaires y todo lo disimula.

¡Qué de materias graves e importantes se gastaron por un mal modo, y qué de ellas ya de desahuciadas se mejoraron y concluyeron por el bueno!

No basta el grande celo en un ministro, el valor en un caudillo, el saber en un docto, la potencia en un príncipe, si no lo acompaña todo esta importantísima formalidad.

Es político adorno de los cetros, esmalte de las coronas; antes bien en ningún otro empleo es más urgente que en el mandar. Obliga mucho; que los superiores más recaban humanos que despóticos. Ver en un príncipe que cediendo a la superioridad se vale de la humanidad, obliga doblado; primero se ha de reinar en las voluntades y después en la posibilidad. Concilia la gracia de las gentes, y aun el aplauso, si no por naturaleza, por arte; que el que lo admira, no mira si es propio o si es postizo: gózalo con aclamación.

Es tan útil como acepto. Cosas hay que valen poco por su ser, y se estiman por su modo. Pudo dar novedad a lo pasado, y ayudarle a volver y aun tener vez. Si las circunstancias son a lo plático, desmienten lo cansado de lo viejo. Siempre va el gusto adelante, nunca vuelve atrás; no se ceba en lo que ya pasó, siempre pica en la novedad; pero puédesele engañar con lo flamante del modillo. Remózanse las cosas con las circunstancias, y desmiéntesele el acaso de lo rancio y el enfado de lo repetido, que suele ser intolerable, y más en imitaciones que nunca pueden llegar ni a la sublimidad ni a la novedad de primero.

Vese esto más en los empleos del ingenio, que aunque sean las cosas muy sabidas, si el modo del

decirlas en el retórico y del escribirlas en el historiador fuere nuevo, las hace apetecibles.

Cuando las cosas son selectas, no cansa el repetirlas hasta siete veces; pero aunque no enfadan, no admiran, y es menester guisallas de otra manera para que soliciten la atención; es lisonjera la novedad: hechiza el gusto, y con sólo variar de sainete se renuevan los objetos, que es gran arte de agradar.

¡Cuántas cosas muy vulgares y ordinarias las pudo realzar a nuevas y excelentes, y las vendió a precio de gusto y de admiración! Y al contrario, por escogidas que sean, sin este sainete no pican el gusto ni consiguen el agrado.

Préciase de discreto y lo es. Las mismas cosas dirá uno que otro, y con las mismas lisonjeará éste y ofenderá aquél. Tanta diferencia y importancia puede caber en el cómo, y tanto recaba un buen término y desazona el malo; y si la falta de él es tan notable, ¿qué será un modo positivamente malo y afectadamente desapacible, y más en personas de empleo universal? Y vimos en muchos, y aun censuramos, que la afectación, la soberbia, la sequedad, la grosería, la insufribilidad y otras monstrosidades paralelas, los hicieron inaccesibles. "Pequeño desmán es—ponderaba un sabio,—el sobrecejo en ti, y basta a desazonar toda la vida." Al contrario, el agrado del semblante promete el del ánimo, y la hermosura afianza la suavidad de la condición.

Sobre todo se precia de dorar el no, de suerte que se estime más que un sí desazonador; azucara con tanta destreza las verdades, que pasan plaza de lisonjas, y tal vez, cuando parece que lisonjea, desengaña, diciéndole a uno, no lo que es, sino lo que ha de ser.

El es único refugio de cuantos les falta el natural, que entonces se socorren del modo, y alcanzan más con el cuidado que otros con la natural perfección;

suple faltas esenciales, y con ventajas, en todos los superiores e ínfimos empleos; lo bueno es que no se puede definir, porque no se sabe en qué consiste; o si no, digamos que son todas las tres Gracias juntas en un compuesto de toda perfección.

Y porque no apelemos siempre de prodigios a la antigüedad, ni mendiguemos lo heroico de lo pasado, veneró moderna la admiración y celebró el universal aplauso en su punto, digo en su extremo, esta galante prenda en la católica, en la heroica y también grande, la reina nuestra señora doña Isabel de Borbón: aquélla que no ya prosiguió, sino que adelantó la gloria del renombre y la felicidad de los aciertos de las Isabeles Católicas de España. Entre singulares muchos coronados realces, sobreostentaba un tan bizarro modo, un tan soberano agrado, que de robar los corazones de sus vasallos, llegó a hechizar los afectos; más recababa una humanidad suya que toda una real divinidad. Obró mucho en poco tiempo, vivió plausible, murió llorada. Envidiáronla, o la muerte el alzarse con el mundo, o el cielo lo ángel y lo santo. Arrebatáronla entrambos a nuestra mejorada dicha, consiguiendo acá el renombre de deseada, que es el primero en las reinas, y allá la gloria, que es la última felicidad.

ARTE PARA SER DICHOSO

FÁBULA

TIENE la mentira fortuna muchos quejosos y ningún agradecido. Llega este descontento hasta las bestias; pero ¿a quién mejor? El más quejoso de todas es el más simple. Ibase éste quejando de corrillo en corrillo, y hallaba, no sólo compasión, pero aplauso, especialmente en el vulgo.

Un día pues, aconsejado de muchos y acompañado de ninguno, dicen que se presentó en la audiencia general del soberano Júpiter, aquí profundamente humilde, que le es de agradecer a un necio; y otorgada la inestimable licencia de ser escuchado, pronunció mal esta peor trazada arenga:

"Integérrimo Júpiter, que justiciero y no vengador te deseo: aquí tienes ante tu majestuosa presencia el más infeliz, sobre ignorante, de los brutos, solicitando, no tanto la venganza de mis agravios cuanto el remedio de mis desdichas. ¿Cómo pasa, oh Numen eterno, tu entereza por la impiedad de la Fortuna, sólo para mí ciega, tirana y aun madrastra, ya que la naturaleza me hizo el más simple de los animales, que es decir cuanto se puede? ¿Porque ésta, cruel, a tanta carga ha de añadir la sobrecarga de desdichado, violando el uso y atropellando la costumbre? Me hace ser necio y vivir descontento, persigue la inocencia y favorece la malicia; el soberbio león triunfa; el tigre cruel vive; la vulpeja, que a todos engaña, de todos se ríe; el voraz lobo pasa. Yo solo, qu

a ninguno hago mal, de todos le recibo. Como poco, trabajo mucho, nada del pan, todo del palo. Traéme desaliñado y yo, que me soy feo, no puedo parecer entre gentes, y sirvo de acarrear villanos, que es lo que más siento."

Conmovió grandemente esta lastimosa proclamación a todos los circunstantes. Sólo Júpiter, severo, que no se inmuta así vulgarmente, alargó la mano sobre que había estado, no tanto recodado, cuanto reservando para la otra parte aquel oído; hizo ademán que llamasen para dar su descargo a la Fortuna.

Partieron en busca de ella muchos soldados, estudiantes y pretendientes; anduvieron por muchas partes y en ninguna la hallaban. Preguntaban a unos y a otros y ninguno sabía dar razón. Entraron en la casa del poderoso Mando, y era tanta la confusión y la priesa con que todos, sin discurrir, se movían, que no hallaron quien les respondiese,ni aun les escuchase, aunque toparon con muchos. Discurrieron ellos que sin duda no debía de estar entre tanto desasosiego, y no se engañaron. Pasaron a la casa de la Riqueza, y aquí les dijo el Cuidado que había estado, pero muy de paso, no más de para encomendar algunos haces de espinas y unos talegones de leznas. Entraron en la quinta de la Hermosura, que está muy cerca del sexto, para pagarlo por las setenas; toparon con la Necedad, y sin preguntaros más, pasaron a la de la Sabiduría; respondióles la Pobreza que tampoco estaba allí, pero que de día en día la aguardaban.

Sola les quedaba ya otra casa, que estaba sola a la derecha acera. Llamaron, por estar muy cerrada, y salió a respondelles una tan hermosa doncella, que creyeron ser alguna de las tres Gracias, y así, le preguntaron cuál era. Respondió con notable agrado que era la Virtud. En esto salía ya de allá dentro, y de lo más interior, la Fortuna, muy risueña; intimá-

ronla el mandato, y obedeció ella, como suele, volando a ciegas.

Llegó muy reverente al sacro trono, y todos los del cortejo la hicieron muchas cortesías, y aun zalemas, por recambiarlas. "¿Qué es esto, oh Fortuna—dijo Júpiter,—que cada día han de subir a mí las quejas de tu proceder? Bien veo cuán dificultoso es el asunto de contentar, cuanto más a muchos, y a todos imposible. También me consta que a los más les va mal porque les va bien, y en lugar de agradecer lo mucho que les sobra, se quejan de cualquier poco que les falte. Es abuso entre los hombres nunca poner los ojos en el saco de las desdichas de los otros, sino en el de las felicidades, y al contrario en sí mismos; miran el lucimiento del oro de una corona, pero no el peso o el pesar. Por tanto, yo nunca hago caso de sus quejas,hasta ahora; que las de éste, de todas maneras infeliz, traen alguna apariencia."

Mirósele la Fortuna de reojo; iba a sonreirse, pero advirtiendo dónde estaba, mesuróse, y muy caricompuesta dijo: "Supremo Júpiter, una palabra sola quiero que sea mi descargo, y sea ésta: si él es un asno, ¿de quién se queja?" Fué muy reída de todos la respuesta, y del mismo Jove aplaudida; y en confirmación de ella y enseñanza del necio acusador, más que consuelo, le dijo:

"Infeliz bruto, nunca vos fuéradeis tan desgraciado, si fuéradeis más avisado. Andad, y procurad ser de hoy en adelante despierto como el león, prudente como el elefante, astuto como la vulpeja y cauto como el lobo. Disponed bien los medios, y conseguiréis vuestros intentos; y desengáñense todos los mortales (dijo alzando la voz), que no hay más dicha ni más desdicha que prudencia o imprudencia."

CORONA DE LA DISCRECION

PANEGIRI

CAERÍAN a la lengua los huesos del cuerpo humano, su tan murmurada flaqueza; ponderaban aquella su liviandad, con que no repara en anticiparse al mismo entendimiento, y no acababan de exagerar los vulgares empeños de su ligereza.

Pero la lengua, no faltándose a sí misma, defendíase con el corazón, que siendo principio de la vida y rey de los demás miembros, es también de carne todo él. Excusábase con el cerebro, que siendo asiento de la sindéresis, es muy más muelle que ella; pero no le valía, porque respondieron entrambos por sí, el corazón representando su valor, y el cerebro apoyando su mucha estabilidad.

Viendo la lengua lo que la apuraban, sacando fuerzas de su propia flaqueza, dijo: "¿Qué? ¿tan débil os parezco? Pues advertir que si yo quiero, soy más fuerte que el más sólido de todos vosotros; y aquí donde me veis toda de carne, basto yo a quebrantar diamantes, que no digo ya huesos." Riéronlo mucho todos, especialmente los dientes que hicieron amago de detenella, como suelen. "Sí, yo lo digo, repitió ella, y lo probaré con tal evidencia, que todos la confeséis con aclamación. Sabed, y nótelo todo el mundo, que cuando yo digo la verdad, soy lo fuerte de lo fuerte; nadie entonces me puede contrastar, y en fe de ella, todo lo sujeto.

"Fuerte es un rey que todo lo acaba; más fuerte es una mujer, que todo lo recaba; fuerte es el vino, que ahoga la razón; pero más fuerte es la verdad, y yo que la mantengo." "Verdad, verdad", exclamaron todos, y diéronse por vencidos. Quedó triunfante la lengua, haciéndose mil en repetir y en celebrar este victorioso suceso.

Tiene esta gran reina su retiro en el corazón y su tribunal en la lengua; aquí vienen a parar todas las causas, si no de primera instancia, por apelación de desengaño.

Así sucedió en aquella célebre contienda que tuvieron entre sí las más sublimes prendas de un varón consumadamente perfecto, sobre el ya globo de oro, para ápice de su inmortal corona. Contendían la alteza de ánimo, la majestad de espíritu, la autoridad, la estimación, la reputación, la universalidad, la ostentación, la galantería, el despejo, la plausibilidad, el buen gusto, la cultura, gracia de las gentes, la retentiva, lo noticioso, lo juicioso, lo inapasionable, lo desafectado, la seriedad, el señorío, la espera, lo agudo, el buen modo, lo plático, lo ejecutivo, lo atento, la simpatía sublime, la incomprensibilidad, la indefinibilidad, con otras muchas de este porte y grandeza.

Comenzó al principio por una generosa emulación, y vino a parar después en un bando tan declarado cuan esclarecido, no sólo ya entre las mismas prendas, sino entre los valedores de ellas. Eran éstos, aunque pocos, singulares: los mayores hombres de los siglos, gigantes todos de la fama, prodigios de las eminencias; al fin, todos ellos inmortales héroes.

Competían como apasionados y diligenciaban como poderosos, adelantando cada uno su realce: los sabios por razón, los valerosos por fuerza, y los poderosos por autoridad. Fué tal el tesón de inmortalidad, con tal infamación de aplauso, que se vió ar-

der todo el reino de la heroicidad en esta lucidísima guerra.

Discurría varia la fama y muy equívoca la fortuna, según los tiempos, los usos y los genios de las gentes; con que cada uno abundaba en su sentir, y nunca se declaraba la victoria.

Considerando los varones sabios que el litigio fué hijo del caos y parto de la confusión, propusieron a los demás el llevar esto por tela de juicio y no de la contienda; convinieron todos, y remitiéronse al acierto de una sabia, prudente y justísima sentencia. Mas de una dificultad, como se suele, dieron en otra mayor, y fué a qué tribunal acudirían.

Porque Astrea muchos días ha que, desahuciando el mundo, se retiró al cielo. Ir a Momo era condenarse todos; porque la murmuración a nadie da justicia, ni aun arbitrio: todo lo condena. Sola quedaba la verdad, mas ella ha muchos siglos que dió en cuerda, retirándose a su interior, sintiéndose acatarrada y aun muda. Con todo eso, a ruego de sus amartelados sabios, y pidiendo primero salvoconducto a los reyes, que por esta sola vez se lo concedieron, dejóse ver más hermosa cuanto más de cerca, más galante cuanto más desnuda, que tomó de la primavera con el nombre la belleza. Traía poco séquito, pero lucido; y aunque aborrecida de muchos, fué acatada de todos.

Sentóse en su tribunal a la luz del mediodía. Comenzaron a informar las partes, haciéndose encomios, al modo que quedan referidos. Alabólas a todas, y con tal singularidad a cada una, que parecía decantarse a ella; mas al cabo se declaró, diciendo:

"Eminentísimos realces del varón culto, plausibles prendas del varón discreto: confieso ingenuamente que a todas os admiro y a todas os celebro, pero no puedo dejar de decir la verdad, por no faltarme a mí misma. Digo, pues, que brilla un sol de los real-

ces, lucimiento de las prendas, esplendor de la heroicidad, y de la discreción complemento. Tiene en vez de esfera, religiosa ara en aquel cristiano Haro, don Luis Méndez, idea mayor de esta primera prenda. Llamóla Séneca el único bien del hombre; Aristóteles, su perfección; Salustio, blasón inmortal; Cicerón, causa de la dicha; Apuleyo, semejanza de la divinidad; Sófocles, perpetua y constante riqueza; Eurípides, moneda escondida; Sócrates, vaso de la fortuna; Virgilio, hermosura del alma; Catón, fundamento de la autoridad. Llevándola a ella sola, llevaba todo el bien Biante; Isócrates la tuvo por su posesión, Menandro por su escudo, y por su mejor aljaba Horacio; Valerio Máximo no la halló precio, Plauto la hizo premio de sí misma, y el plausible César la llamó fin de las demás; y yo, en una palabra, la entereza."

CULTA REPARTICION

DE LA VIDA DE UN DISCRETO

MIDE su vida el sabio, como el que ha de vivir poco y mucho. La vida sin estancias, es camino largo sin mesones; pues ¡qué si ha de pasar en compañía de Heráclito! La misma naturaleza, atenta, proporcionó el vivir del hombre con el caminar del sol, las estaciones del año con las de la vida, y los cuatro tiempos de aquél con las cuatro edades de ésta.

Comienza la primavera en la niñez, tiernas flores, en esperanzas frágiles.

Síguese el estío caloroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones.

Entra después el deseado otoño de la varonil edad coronado de sazonados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos.

Acaba con todo el ivierno helado de la vejez; cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la naturaleza las edades y los tiempos.

Emula el arte, intenta repartir la moral vida, ingeniosamente varia. En una palabra la dijo Pitágoras, y aun menos, pues en una sola letra y en sus dos ramos cifró los dos caminos tan opuestos del mal y

del bien. A este arriesgado bivio (1) dicen que llegó Alcides al amanecer: que la razón es aurora, y aquí fué su común perplejidad. Miraba el de la diestra con horror, y con afición el de la siniestra. Estrecho aquél y dificultoso, al fin cuesta arriba, y por el consiguiente desandado; espacioso éste y fácil, tan a cuesta abajo cuan trillado. Paró aquí, reparando; cuando superior mano le guió, impulsiva, por el camino de la virtud, al paradero de heroicidad.

Donosamente discurrió uno, y dulcemente lo cantó otro, el Falcón (2) que se convirtió en cisne. Diéronle al hombre treinta años suyos para gozarse y gozar, veinte después prestados del jumento para trabajar, otros tantos del perro para ladrar, y veinte últimos de la mona para caducar; excelentísima ficción de la verdad.

Mas ahorrando de erudita prolijidad, célebre gusto fué el de aquel varón galante, que repartió la comedia en tres jornadas, y el viaje de su vida en tres estaciones. La primera empleó en hablar con los muertos. La segunda con los vivos. La tercera consigo mismo. Descifremos el enigma:

Digo que el primer tercio de su vida destinó a los libros; leyó, que fué más fruición que ocupación; que si tanto es uno más hombre cuanto más sabe, el más noble empleo será el aprender; devoró libros, pasto del alma, delicias del espíritu. ¡Gran felicidad, topar con los selectos en cada materia! Aprendió todas las artes dignas de un noble ingenio, a distinción de aquellas que son para esclavas del trabajo.

Prevínose para ellas con una tan precisa cuanto enfadosa cognición de lenguas; las dos universales: latina y española, que hoy son las llaves del mundo;

(1) Lugar de dos vías.
(2) Equívoco sobre «halcón». J. Falcón contó esta fábula en sus obras poéticas latinas, año de 1600.

y las singulares: griega, italiana, francesa, inglesa y alemana, para poder lograr lo mucho y bueno que se eterniza en ellas.

Entregóse luego a aquella gran madre de la vida, esposa del entendimiento y hija de la experiencia, la plausible historia, la que más deleita y la que más enseña. Conmenzó por las antiguas, acabó por las modernas, aunque otros platiquen lo contrario. No perdonó a las propias ni a las extranjeras, sagradas y profanas, con elección y estimación de los autores, con distinción de los tiempos, eras, centurias y siglos; comprensión grande de las monarquías, repúblicas, imperios, con sus aumentos, declinaciones y mudanzas; el número, orden y calidades de sus príncipes; sus hechos en paz y en guerra. Y esto con tan feliz memoria, que parecía un capacísimo teatro de la antigüedad presente.

Paseó los deliciosos jardines de la poesía, no tanto para usarla, cuanto para gozarla, que es ventaja y aun decencia: con todo eso, ni fué tan ignorante que no supiese hacer un verso, ni tan inconsiderado que hiciese dos. Leyó todos los verdaderos poetas, adelantando mucho el ingenio con sus dichos y el juicio con sus sentencias; y entre todos dedicó el seno al profundo Horacio y la mano al agudo Marcial, que fué darle la palma, entregándolos todos a la memoria y más al entendimiento. Con la poesía juntó la gustosa humanidad, y por renombre las buenas letras, atesorando una revelante erudición.

Pasó a la filosofía, y comenzando por lo natural, alcanzó las causas de las cosas, la composición del universo, el artificioso ser del hombre, las propiedades de los animales, las virtudes de las hierbas y las calidades de las piedras preciosas. Gustó más de lo moral, pasto de muy hombres, para dar vida a la prudencia; y estudióla en los sabios y filósofos, que nos la vincularon en sentencias, apotegmas, emblemas,

sátiras y apólogos. Gran discípulo de Séneca, que pudiera ser Lucilio; apasionado de Platón, como divino; de los Siete de la fama, de Epitecto y de Plutarco, no despreciando al útil y donoso Esopo.

Supo con magisterio la cosmografía, la material y la formal, midiendo las tierras y los mares, distinguiendo los parajes y los climas; las cuatro partes hoy del universo, y en ellas las provincias y naciones, los reinos y repúblicas, ya para saberlo, ya para hablarlo, y no ser de aquellos tan vulgares, o por ignorantes o por dejados, que jamás supieron dónde tenían los pies.

De la astrología supo lo que permite la cordura. Reconoció los celestes orbes, notó sus varios movimientos, numeró sus astros y planetas, observando sus influencias y efectos.

Coronó su plática estudiosidad con una contina grave lección de la sagrada Escritura, la más provechosa, varia y agradable al buen gusto y al ejemplo de aquel fénix de reyes, don Alfonso el Magnánimo, que pasó de cabo a cabo la Biblia catorce veces con comento, en medio de tantos y tan heroicos empleos.

Consiguió con esto una noticiosa universalidad, de suerte que la filosofía moral le hizo prudente; la natural, sabio; la historia, avisado; la poesía, ingenioso; la retórica, elocuente; la humanidad, discreto; la cosmografía, noticioso; la sagrada lición, pío, y todo él en todo género de buenas letras consumado, que pudiera competir con el excelentísimo señor don Sebastián de Mendoza, conde de Coruña. Este fué el grande y primer acto de su vida.

Empleó el segundo en peregrinar, que fué gustoso peregrino: segunda felicidad para un hombre de curiosidad y buena nota. Buscó y gozó de todo lo bueno y lo mejor del mundo; que quien no ve las cosas no goza enteramente de ellas: va mucho de lo visto a lo imaginado: más gusta de los objetos el que

los ve una vez que el que muchas; porque aquélla se gozan y las demás enfadan: consérvase en aquellas primicias el gusto sin que las roce la continuidad: el primer día es una cosa para el gusto de su dueño; todos los demás, para el de los extraños.

Adquiérese aquella ciencia experimental, tan estimada de los sabios, especialmente cuando el que registra atiende y sabe reparar, examinándolo todo o con admiración o con desengaño.

Trasegó, pues, todo el universo, y paseó todas sus políticas provincias: la rica España, la numerosa Francia, la hermosa Inglaterra, la artificiosa Alemania, la valerosa Polonia, la amena Moscovia y todo junto en Italia. Admiró sus más célebres emporios, solicitando en cada ciudad todo lo notable, así antiguo como moderno; lo magnífico de sus templos, lo suntuoso de sus edificios, lo acertado de su gobierno, lo entendido de sus ciudadanos, lo lucido de su nobleza, lo docto de sus escuelas y lo culto de su trato.

Frecuentó las cortes de los mayores príncipes, logrando en ellas todo género de prodigios de la naturaleza y del arte en pinturas, estatuas, tapicerías, librerías, joyas, armas, jardines y museos. Comunicó con los primeros y mayores hombres del mundo, eminentes, ya en letras, ya en valor, ya en las artes, estimando toda eminencia; y todo esto con una juiciosa comprensión, notando, censurando, cotejando y dando a cada cosa su merecido aprecio.

La tercera jornada de tan bello vivir, la mayor y la mejor, empleó en meditar lo mucho que había leído y lo más que había visto. Todo cuanto entra por las puertas de los sentidos en este emporio del alma va a parar a la aduana del entendimiento: allí se registra todo. El pondera, juzga, discurre, infiere y va sacando quintas esencias de verdades. Traga primero leyendo, devora viendo, rumia después meditando; desmenuza los objetos, desentraña las cosas averi-

guando las verdades, y aliméntase el espíritu de la verdadera sabiduría.

Es destinada la madura edad para la contemplación; que entonces cobra más fuerzas el alma cuando las pierde el cuerpo; reálzase la balanza de la parte superior lo que descaece la inferior. Hácese muy diferente concepto de las cosas, y con la madurez de la edad se sazonan los discursos y los afectos.

Importa mucho la prudente reflexión sobre las cosas, porque lo que de primera instancia se pasó de vuelo, después se alcanza a la revista.

Hace noticiosos el ver, pero el contemplar hace sabios. Peregrinaron todos aquellos antiguos filósofos, discurriendo primero con los pies y con la vista, para después con la inteligencia, con la cual fueron tan raros. Es corona de la discreción el saber filosofar, sacando de todo, como solícita abeja, o la miel del gustoso provecho o la cera para la luz del desengaño. La misma filosofía no es otro que meditación de la muerte, que es menester meditarla muchas veces antes, para acertar a hacer bien una sola después.

FIN DE EL DISCRETO

ORÁCULO MANUAL
Y ARTE DE PRUDENCIA

SACADA DE LOS AFORISMOS QUE SE DISCURREN EN LAS OBRAS DE GRACIÁN (1)

Todo está ya en su punto y el ser persona en el mayor; más se requiere hoy para un sabio que antiguamente para siete, y más es menester para tratar con un solo hombre en estos tiempos, que con todo un pueblo en los pasados.

Genio y ingenio. Los dos ejes del lucimiento de prendas; el uno sin el otro, felicidad a medias; no basta lo entendido, deséase lo genial; infelicidad de necio errar la vocación en el estado, empleo, región, familiaridad.

Llevar sus cosas con suspensión. La admiración de la novedad es estimación de los aciertos. El jugar a juego descubierto ni es de utilidad, ni de gusto. El no declararse luego suspende, y más donde la sublimidad del empleo da objeto a la universal expectación, amaga misterio en todo y con su misma arca-

(1) Según el texto de Amsterdam, 1659. Aunque en esta obra se repiten algunos fragmentos de las anteriores, hemos preferido reproducirla íntegramente.

nidad provoca la veneración; aun en el darse a entender se ha de huir la llaneza; así como ni en el trato se ha de permitir el interior a todos. Es el recatado silencio sagrado de la cordura. La resolución declarada nunca fué estimada; antes se permite a la censura; y si se saliere azar, será dos veces infeliz. Imítase, pues, el proceder divino para hacer estar a la mira y al desvelo.

El saber y el valor alternan grandeza; porque lo son, hacen inmortales: tanto es uno cuanto sabe, y el sabio todo lo puede. Hombre sin noticias, mundo a escuras. Consejo y fuerzas, ojos y manos; sin valor es estéril la sabiduría.

Hacer depender. No hace el numen el que lo dora sino el que lo adora. El sagaz más quiere necesitados de sí que agradecidos. Es robarle a la esperanza cortés fiar del agradecimiento villano, que lo que aquélla es memoriosa, es éste olvidadizo. Más se saca de la dependencia que de la cortesía; vuelve luego las espaldas a la fuente el satisfecho, y la naranja exprimida cae del oro al lodo. Acabada la dependencia acaba la correspondencia, y con ella la estimación. Sea lición, y de prima en experiencia, entretenerla, no satisfacerla, conservando siempre en necesidad de sí aun al coronado patrón; pero no se ha de llegar al exceso de callar para que yerre, ni hacer incurable el daño ajeno por el provecho propio.

Hombre en su punto. No se nace hecho: vase de cada día perficionando en la persona, en el empleo, hasta llegar al punto del consumado ser, al complemento de prendas, de eminencias: conocerse ha en lo realzado del gusto, purificado del ingenio; en lo maduro del juicio, en lo defecado de la voluntad. Algunos nunca llegan a ser cabales: fáltales siempre un

algo; tardan otros en hacerse. El varón consumado, sabio en dichos, cuerdo en hechos, es admitido y aun deseado del singular comercio de los discretos.

Excusar victorias del patrón. Todo vencimiento es odioso, y del dueño, o necio o fatal. Siempre la superioridad fué aborrecida, cuanto más de la misma superioridad. Ventajas vulgares suele disimular la atención: como desmentir la belleza con el desaliño. Bien se hallará quien quiera ceder en la dicha y en el genio; pero en el ingenio, ninguno, cuanto menos una soberanía: es éste atributo rey, y así, cualquier crimen contra él fué de lesa majestad. Son soberanos, y quieren serlo en lo que es más. Gustan de ser ayudados los príncipes, pero no excedidos, y que el aviso haga antes viso de recuerdo de lo que olvidaba, que de luz de lo que no alcanzó. Enséñannos esta sutileza los astros con dicha; que aunque hijos y brillantes, nunca se atreven a los lucimientos del sol.

Hombre inapasionable, prenda de la mayor alteza de ánimo; su misma superioridad le redime de la sujeción a peregrinas vulgares impresiones. No hay mayor señorío que el de sí mismo, de sus afectos; que llega a ser triunfo del albedrío; y cuando la pasión ocupare la personal, no se atreva al oficio, y menos cuanto fuere más: culto modo de ahorrar disgustos, y aun de atajar para la reputación.

Desmentir los achaques de su nación. Participa el agua las calidades buenas o malas de las venas por donde pasa, y el hombre las del clima donde nace. Deben más unos que otros a sus patrias, que cupo allí más favorable el cenit. No hay nación que se escape de algún original defecto, aun las más cultas, que luego censuran los confinantes o para cautela o para consuelo. Victoriosa destreza corregir, o por lo

menos, desmentir estos nacionales desdoros; consíguese el plausible crédito de único entre los suyos: que lo que menos se esperaba, se estimó más. Hay también achaques de la prosapia, del estado, del empleo y de la edad: que si coinciden todos en un sujeto, y con la atención no se previenen, hacen un monstruo intolerable.

Fortuna y Fama. Lo que tiene de inconstante la una, tiene de firme la otra. La primera para vivir, la segunda para después; aquélla contra la invidia, ésta contra el olvido. La fortuna se desea y tal vez se ayuda; la fama se diligencia; deseo de reputación nace de la virtud; fué y es hermana de gigantes la fama; anda siempre por extremos: o monstruos o prodigios: de abominación, de aplauso.

Tratar con quien se pueda aprender. Sea el amigable trato escuela de erudición, y la conversación enseñanza culta; un hacer de los amigos maestros, penetrando el útil del aprender con el gusto de conversar. Altérnase la fruición con los entendidos, logrando lo que se dice, en el aplauso con que se recibe, y lo que se oye en el amaestramiento. Ordinariamente nos lleva a otro la propia conveniencia. Aquí, realzada, frecuenta el atento las casas de aquellos héroes cortesanos, que son más teatros de la heroicidad que palacios de la vanidad. Hay señores acreditados de discretos, que a más de ser ellos oráculos de toda grandeza con su ejemplo y en su trato, el cortejo de los que los asisten es una cortesana academia de toda buena y galante discreción.

Naturaleza y arte, materia y obra. No hay belleza sin ayuda, ni perfección que no dé en bárbara sin el realce del artificio; a lo malo socorre y lo bueno lo perficiona. Déjanos comúnmente a lo mejor la natu-

raleza: acojámonos al arte. El mejor natural es inculto sin ella, y les falta la mitad a las perfecciones si les falta la cultura. Todo hombre sabe a tosco sin artificio, y ha menester pulirse en todo orden de perfección.

Obrar de intención, ya segunda y ya primera. Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre; pelea la sagacidad con estratagemas de intención. Nunca obra lo que indica: apunta sí para deslumbrar: amaga al aire con destreza, y ejecuta en la impensada realidad, atenta siempre a desmentir. Echa una intención para asegurarse de la émula atención, y revuelve luego contra ella, venciendo por lo inesperado. Pero la penetrante inteligencia la previene con atenciones, la acecha con reflejos; entiende siempre lo contrario de lo que quiere que entienda, y conoce luego cualquier intento de falso: deja pasar toda primera intención, y está en espera a la segunda, y aun a la tercera. Auméntase la simulación al ver alcanzado su artificio, y pretende engañar con la misma verdad. Muda de juego, por mudar de treta, y hace artificio del no artificio, fundando su astucia en la mayor candidez. Acude la observación, entendiendo su perspicacia, y descubre las tinieblas revestidas de la luz; descifra la intención, más solapada cuanto más sencilla. De esta suerte combate la calidez de Pitón, contra la candidez de los penetrantes rayos de Apolo.

La realidad y el modo. No basta la substancia, requiérese también la circunstancia. Todo lo gasta un mal modo, hasta la justicia y la razón. El bueno todo lo suple; dora el no, endulza la verdad y afeita la misma vejez. Tiene gran parte en las cosas el cómo y es tahur de los gustos el modillo. Un bel portarse es la gala del vivir: desempeña singularmente todo buen término.

Tener ingenios auxiliares. Felicidad de poderosos acompañarse de valientes de entendimiento que le saquen de todo ignorante aprieto, que le riñan las pendencias de la dificultad. Singular grandeza servirse de sabios, y que exceden al bárbaro gusto de Tigranes, aquel que afectaba los rendidos reyes para criados. Nuevo género de señorío en lo mejor del vivir, hacer siervos por arte de los que hizo la naturaleza superiores. Hay mucho que saber, y es poco el vivir, y no se vive si no se sabe. Es, pues, singular destreza el estudiar sin que cueste, y mucho por muchos, sabiendo por todos. Dice después en su consistorio por muchos, o por su boca hablan tantos sabios cuantos le previnieron, consiguiendo el crédito de oráculo a sudor ajeno. Hacen aquéllos primero elección de la lición, y sírvenle después en quintas esencias el saber. Pero el que no pudiere alcanzar a tener la sabiduría en servidumbre, lógrela en familiaridad.

Saber con recta intención. Aseguran fecundidad de aciertos. Monstruosa violencia fué siempre un buen entendimiento casado con una mala voluntad. La intención malévola es un veneno de las perfecciones, y ayudada del saber malea con mayor sutileza. ¡Infeliz eminencia la que se emplea en la ruindad! Ciencia sin seso, locura doble.

Variar de tenor en el hablar; no siempre de un modo, para deslumbrar la atención, y más si emula. No siempre de primera intención, que le cogerán la uniformidad, previniéndole y aun frustrándole las acciones. Fácil es de matar al vuelo el ave que le tiene seguido: no así la que le tuerce. Ni siempre de segunda intención, que le entenderán a dos veces la treta. Está a la espera la malicia; gran sutileza es menester para desmentirla: nunca juega el tahur la pieza que el contrario presume, y menos la que desea.

Aplicación y Minerva. No hay eminencia sin entrambas, y si concurren, exceso. Más consigue una medianía con aplicación, que una superioridad sin ella. Cómprase la reputación a precio de trabajo; poco vale lo que poco cuesta. Aun para los primeros empleos se deseó en algunos la aplicación: raras veces desmienten al genio. No ser eminente en el empleo vulgar, por querer ser mediano en el sublime, excusa tiene de generosidad; pero contentarse con ser mediano en el último, pudiendo ser excelente en el primero, no la tiene. Requiérense, pues, Naturaleza y Arte; y sella la aplicación.

No entrar con sobrada expectación. Ordinario desaire de todo lo muy celebrado antes, no llegar después al exceso de lo concebido. Nunca lo verdadero pudo alcanzar a lo imaginado, porque el fingirse las perfecciones es fácil, y muy dificultoso el conseguirlas. Cásase la imaginación con el deseo, y concibe siempre mucho más de lo que las cosas son. Por grandes que sean las excelencias, no bastan a satisfacer el concepto, y como le hallan engañado con la exorbitante expectación, más presto le desengañan que le admiran. La esperanza es gran falsificadora de la verdad; corríjala la cordura, procurando que sea superior la fruición al deseo. Unos principios de crédito sirven de despertar la curiosidad, no de empeñar el objeto. Mejor sale cuando la realidad excede al concepto y es más de lo que se creyó. Faltará esta regla en lo malo, pues le ayuda la mesma exageración; desmiéntela con aplauso, y aun llega a parecer tolerable, lo que se temió extremo de ruin.

Hombre en su siglo. Los sujetos eminentemente raros dependen de los tiempos. No todos tuvieron el que merecían; y muchos, aunque le tuvieron, no acertaron a lograrle. Fueron dignos algunos de mejor si-

glo, que no todo lo bueno triunfa siempre: tienen las cosas su vez, hasta las eminencias son al uso; pero lleva una ventaja lo sabio, que es eterno, y si éste no es su siglo, muchos otros lo serán.

Arte para ser dichoso. Reglas hay de ventura, que no toda es acasos para el sabio; puede ser ayudada de la industria. Conténtanse algunos con ponerse de buen aire a las puertas de la Fortuna, y esperan a que ella obre. Mejor otros, pasan adelante y válense de la cuerda audacia, que en alas de su virtud y valor puede dar alcance a la dicha y lisonjearla eficazmente. Pero bien filosofado, no hay otro arbitrio sino el de la virtud y atención; porque no hay más dicha ni más desdicha que prudencia o imprudencia.

Hombre de plausibles noticias. Es munición de discretos la cortesana gustosa erudición; un plático saber de todo lo corriente; más a lo noticioso, menos a lo vulgar; tener una sazonada copia de sales en dichos, de galantería en hechos, y saberlos emplear en su ocasión. Que salió a veces mejor el aviso en chiste que en el más grave magisterio. Sabiduría conversable valióles más a algunos que todas *las siete,* con ser tan liberales.

No tener algún desdoro. El sino de la perfección; pocos viven sin achaque, así en lo moral como en lo natural, y se apasionan por ellos, pudiendo curar con facilidad. Lastímase la ajena cordura de que tal vez a una sublime universalidad de prendas se le atreva un mínimo defecto, y basta una nube a eclipsar todo un sol. Son lunares de la reputación, donde pára luego y aun repara la malevolencia. Suma destreza sería convertirlos en realces. De esta suerte supo César laurear el natural desaire.

Templar la imaginación, unas veces corrigiéndola, otras ayudándola, que es el todo para la felicidad y aun ajusta la cordura. Da en tirana; ni se contenta con la especulación, sino que obra, y aun suele señorearse de la vida, haciéndola gustosa o pesada, según la necedad en que da; porque hace descontentos o satisfechos de sí mismos. Representa a unos continuamente penas, hecha verdugo casero de necios; propone a otros felicidades y aventuras, todo alegre desvanecimiento. Todo esto puede, si no la enfrena la prudentísima sindéresis.

Buen entendedor. Arte era de artes saber discurrir; ya no basta: menester es adivinar, y más en desengaños. No puede ser entendido el que no fuere buen entendedor. Hay zahoríes del corazón y linces de las intenciones. Las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir; recíbanse del atento a todo entender; en lo favorable, tirante la rienda a la credulidad; en lo odioso, picarla.

Hallarle su torcedor a cada uno. Es el arte de mover voluntades; más consiste en destreza que en resolución un saber por dónde se le ha de entrar a cada uno. No hay voluntad sin especial afición, y diferentes, según la variedad de los gustos. Todos son idólatras: unos de la estimación, otros del interés y los más del deleite; la maña está en conocer estos ídolos para el motivar; conociéndole a cada uno su eficaz impulso, es como tener la llave del querer ajeno. Hase de ir al primer móvil, que no siempre es el supremo; las más veces el ínfimo, porque son más en el mundo los desordenados que los subordinados. Hásele de prevenir el genio primero, tocarle el verbo; después cargarle con la afición, que infaliblemente dará mata al albedrío.

Pagarse más de intensiones que de extensiones. No consiste la perfección en la cantidad, sino en la calidad. Todo lo muy bueno fué siempre poco y raro; es descrédito lo mucho. Aun entre los hombres, los gigantes suelen ser los verdaderos enanos. Estiman algunos los libros por la corpulencia, como si se escribiesen para ejercitar antes los brazos que los ingenios. La extensión sola nunca pudo exceder de medianía; y es plaga de hombres universales, por querer estar en todo, estar en nada. La intensión da eminencia, y heroica, si en materia sublime.

En nada vulgar. No en el gusto. ¡Oh, gran sabio el que se descontentaba de que sus cosas agradasen a los muchos! Hartazgos de aplauso común no satisfacen a los discretos. Son algunos tan camaleones de la popularidad que ponen su fruición, no en las mareas suavísimas de Apolo, sino en el aliento vulgar. Ni en el entendimiento: no se pague de los milagros del vulgo, que no pasan de espantaignorantes, admirando la necedad común, cuando desengañando la advertencia singular.

Hombre de entereza. Siempre de parte de la razón; con tal tesón de su propósito, que ni la pasión vulgar ni la violencia tirana le obliguen jamás a pisar la raya de la razón. Pero ¿quién será este fénix de la equidad? Que tiene pocos finos la entereza. Celebrándola muchos, mas no por su casa, síguenla otros hasta el peligro; en él, los falsos la niegan, los políticos la disimulan. No repara ella en encontrarse con la amistad, con el poder, y aun con la propia conveniencia, y aquí es el aprieto del desconocerla. Abstraen los astutos con metafísica plausible, por no agraviar, o la razón superior o la del estado; pero el constante varón juzga por especie de traición el disimulo; préciase más de la tenacidad que de la sagaci-

dad: hállase donde la verdad se halla, y si deja los sujetos, no es por variedad suya, sino de ellos, en dejarla primero.

No hacer profesión de empleos desautorizados. Mucho menos de quimera, que sirve más de solicitar el desprecio que el crédito. Son muchas las sectas del capricho, y de todas ha de huir el varón cuerdo. Hay gustos exóticos que se casan siempre con todo aquello que los sabios repudian; viven muy pagados de toda singularidad; que aunque los hace muy conocidos, es más por motivos de la risa que de la reputación. Aun en profesión de sabio no se ha de señalar el atento: mucho menos en aquellas que hacen ridículos a sus afectantes. Ni se especifican, porque las tiene individuadas el común descrédito.

Conocer los afortunados para la elección, y los desdichados para la fuga. La infelicidad es de ordinario crimen de necedad, y de participantes no hay contagión tan apegadiza: nunca se le ha de abrir la puerta al menor mal, que siempre vendrán tras él otros muchos, y mayores en celada. La mejor treta del juego es saberse descartar: más importa la menor carta del triunfo que corre, que la mayor del que pasó. En duda, acierto es llegarse a los sabios y prudentes, que tarde o temprano topan con la ventura.

Están en opinión de dar gusto. Para los que gobiernan, gran crédito de agradar: realce de soberanos para conquistar la gracia universal. Esta sola es la ventaja del mandar: poder hacer más bien que todos; aquéllos son amigos que hacen amistades. Al contrario, están otros prestos en no dar gusto, no tanto por lo cargoso, cuanto por lo maligno, opuestos en todo a la divina comunicabilidad.

Saber abstraer. Que si es gran lición del vivir el saber negar, mayor será saberse negar a sí mismo, a los negocios, a los personajes. Hay ocupaciones extrañas, polillas de precioso tiempo, y peor es ocuparse en lo impertinente que hacer nada: no basta para atento no ser entrometido, mas es menester procurar que no le entremetan. No ha de ser tan de todos, que no sea de sí mismo; aun de los amigos no se ha de abusar, ni quiere más de ellos de lo que le concedieren. Todo lo demasiado es vicioso, y mucho más en el trato; con esta cuerda templanza se conserva mejor el agrado con todos y la estimación, porque no se roza la preciosísima decencia. Tenga, pues, libertad de genio, apasionado de lo selecto, y nunca peque contra la fe de su buen gusto.

Conocer su realce rey. La prenda relevante, cultivando aquélla y ayudando a las demás. Cualquiera hubiera conseguido la eminencia en algo, si hubiera conocido su ventaja. Observe el atributo rey, y cargue la aplicación: en unos excede el juicio, en otros el valor. Violentan los más su minerva; y así, en nada consiguen superioridad: lo que lisonjea presto la pasión, desengaña tarde el tiempo.

Hacer concepto, y más de lo que importa más. No pensando, se pierden todos los necios: nunca conciben en las cosas la mitad, y como no perciben el daño o la conveniencia, tampoco aplican la diligencia. Hacen algunos mucho caso de lo que importa poco, y poco de lo que mucho, ponderando siempre al revés. Muchos, por faltos de sentido, no le pierden. Cosas hay que se debrían observar con todo el conato, y conservar en la profundidad de la mente. Hace concepto el sabio de todo, aunque con distinción cava donde hay fondo y reparo; y piensa tal vez que hay más de lo que piensa; de suerte que llega la reflexión adonde llega la aprensión.

Tener tanteada su fortuna para el proceder, para el empeñarse. Importa más que la observación del temperamento; que si es necio el que ha cuarenta años llama a Hipócrates para la salud, más el que a Senéca para la cordura. Gran arte saberla regir, ya esperándola,—que también cabe la espera en ella,—ya lográndola; que tiene vez; y contingente, si bien no se la puede coger al tenor; tan anómalo es su proceder. El que la observó favorable, prosiga con despejo, que suele apasionarse por los osados, y aun como bizarra, por los jóvenes. No obre el que es infeliz, retírese: ni le dé lugar de dos infelicidades. Adelante el que le predomina.

Conocer y saber usar de las varillas. Es el punto más sutil del humano trato. Arrójanse para tentativa de los ánimos, y hácese con ellas la más disimulada y penetrante tienta del corazón. Otras hay maliciosas, arrojadizas, tocadas de la hierba de la invidia, untadas del veneno de la pasión; rayos imperceptibles para derribar de la gracia y de la estimación. Cayeron muchos de la privanza superior y inferior, heridos de un leve dicho de éstos, a quienes toda una conjuración de murmuración vulgar y malevolencia singular no fueron bastantes a causar la más leve trepidación. Obraban otras, al contrario, por favorables, apoyando y confirmando en la reputación. Pero con la misma destreza con que las arroja la intención, las ha de recibir la cautela, y esperarlas la atención, porque está librada la defensa en el conocer, y queda siempre frustrado el tiro prevenido.

Saberse dejar, ganando con la fortuna, es de tahures de reputación. Tanto importa una bella retirada como una bizarra acometida; un poner en cobro las hazañas, cuando fueren bastantes, cuando muchas. Continuada felicidad fué siempre sospechosa: más

segura es la interpolada, y que tenga algo de agridulce, aun para la fruición; cuanto más atropellándose las dichas, corren mayor riesgo de deslizar y dar al traste con todo. Recompénsase, tal vez, la brevedad de la duración con la intensión del favor. Cánsase la fortuna de llevar a uno a cuestas tan a la larga.

Conocer las cosas en su punto, en su sazón, y saberlas lograr. Las obras de la naturaleza todas llegan al complemento de su perfección; hasta allí fueron ganando; desde allí, perdiendo. Las del arte, raras son las que llegan al no poderse mejorar. Es eminencia de un buen gusto gozar de cada cosa en su complementeo: no todos pueden, ni los que pueden saben. Hasta en los frutos del entendimiento hay ese punto de madurez; importa conocerla para la estimación y el ejercicio.

Gracia de las gentes. Mucho es conseguir la admiración común, pero más la afición; algo tiene de estrella, lo más de industria; comienza por aquélla y prosigue por ésta. No basta la eminencia de prendas, aunque se supone que es fácil de ganar el afecto, ganado el concepto. Requiérese, pues, para la benevolencia, la beneficencia: hacer bien a todas manos; buenas palabras y mejores obras, amar para ser amado. La cortesía es el mayor hechizo político de grandes personajes. Hase de alargar la mano primero a las hazañas y después a las plumas; de la hoja a las hojas, que hay gracia de escritores, y es eterna.

Nunca exagerar. Gran asunto de la atención no hablar por superlativos, ya por no exponerse a ofender la verdad, ya por no desdorar su cordura. Son las exageraciones prodigalidades de la estimación, y dan indicio de la cortedad del conocimiento y del

gusto. Despierta vivamente a la curiosidad la alabanza, pica el deseo, y después, si no corresponde el valor al precio, como de ordinario acontece, revuelve la expectación contra el engaño y despícase en el menosprecio de lo celebrado y del que celebró. Anda, pues, el cuerdo muy detenido, y quiere más pecar de corto que de largo. Son raras las eminencias: témplese la estimación. El encarecer es ramo de mentir, y piérdese en ello el crédito de buen gusto, que es grande, y el de entendido que es mayor.

Del natural imperio. Es una secreta fuerza de superioridad. No ha de proceder del artificio enfadoso, sino de un imperioso natural. Sujétansele todos sin advertir el cómo, reconociendo el secreto vigor de la connatural autoridad. Son estos genios señoriles, reyes por mérito y leones por privilegio innato, que cogen el corazón y aun el discurso a los demás en fe de su respeto; si las otras prendas favorecen, nacieron [éstas] para primeros mobles políticos, porque ejecutan más con su amago, que otros con una prolijidad.

Sentir con los menos y hablar con los más. Querer ir contra el corriente es tan imposible al desengaño cuanto fácil al peligro. Sólo un Sócrates podría emprenderlo. Tiénese por agravio el disentir, porque es condenar el juicio ajeno; multiplícanse los disgustados, ya por el sujeto censurado, ya del que lo aplaudía: la verdad es de pocos, el engaño es tan común como vulgar. Ni por el hablar en la plaza se ha de sacar el sabio, pues no habla allí con su voz, sino con la de necedad común, por más que le esté desmintiendo su interior: tanto huye de ser contradicho el cuerdo, como de contradecir: lo que es pronto a la censura, es detenido a la publicidad de ella. El sentir es libre; no se puede ni debe violentar; retírase

al sagrado de su silencio, y si tal vez se permite, es a sombra de pocos y cuerdos.

Simpatía con los grandes varones. Prenda es de héroe el combinar con héroes; prodigio de la naturaleza por lo oculto y por lo ventajoso. Hay parentesco de corazones y de genios, y son sus efectos los que la ignorancia vulgar achaca bebedizos. No pára en sola estimación, que adelanta benevolencia y aun llega a propensión; persuade sin palabras, y consigue sin méritos. Hayla activa y la hay pasiva; una y otra felices, cuanto más sublimes. Gran destreza el conocerlas, distinguirlas y saberlas lograr, que no hay porfía que baste sin este favor secreto.

Usar,—no abusar—de las reflexas. No se han de afectar, menos dar a entender; toda arte se ha de encubrir, que es sospechosa, y más la de cautela, que es odiosa. Usase mucho el engaño: multiplíquese el recelo, sin darse a conocer, que ocasionaría la desconfianza; mucho desobliga y provoca a la venganza; despierte el mal que no se imaginó. La reflexión en el proceder, es gran ventaja en el obrar; no hay mayor argumento del discurso. La mayor perfección de las acciones está afianzada del señorío con que se ejecutan.

Corregir su antipatía. Solemos aborrecer de agrado, y aun antes de las previstas prendas; y tal vez se atreve esta innata vulgarizante aversión a los varones eminentes. Corríjala la cordura, que no hay peor descrédito que aborrecer a los mejores; lo que es de ventaja la simpatía con héroes, es desdoro de la antipatía.

Huir los empeños. Es de los primeros asuntos de la prudencia. En las grandes capacidades siempre hay

grandes distancias, hasta los últimos trances. Hay mucho que andar de un extremo a otro, y ellos siempre se están en el medio de su cordura: llegan tarde al cumplimiento; que es más fácil hurtarle el cuerpo a la ocasión que salir bien de ella. Son tentaciones de juicio; más segura el huirlas que el vencerlas. Trae un empeño otro mayor, y está muy al canto del despeño. Hay hombres ocasionados por genio, y aun por nación, fáciles de meterse en obligaciones; pero el que camina a la luz de la razón, siempre va muy sobre el caso. Estima por más valor el no empeñarse que el vencer, y ya que no hay un necio ocasionado, excusa que con él no sean dos.

Hombre con fondos, tanto tiene de persona. Siempre ha de ser otro tanto más lo interior que lo exterior en todo. Hay sujeto de sola fachada, como casas por acabar, porque faltó el caudal; tienen la entrada de palacio y de choza la habitación. No hay en éstos dónde parar, o todo pára, porque acabada la primera salutación, acabó la conversación. Entran por las primeras cortesías como caballos sicilianos, y luego paran en silenciarios, que se agotan las palabras donde no hay perennidad de concepto. Engañan éstos fácilmente a otros que tienen también la vista superficial, pero no a la astucia, que, como mira por dentro, los halla vacíos, para ser fábula de los discretos.

Hombre juicioso y notante. Señoréase él de los objetos, no los objetos de él. Sonda luego el fondo de la mayor profundidad; sabe hacer anatomía de un caudal con perfección. En viendo un personaje, le comprende y lo censura por esencia. De raras observaciones, gran descifrador de la más recatada interioridad. Nota acre, concibe sutil, infiere juicioso: todo lo descubre, advierte, alcanza y comprende.

Nunca perderse el respeto a sí mismo, ni se roce consigo a solas. Sea su misma entereza norma propia de su rectitud, y deba más a la severidad de su dictamen que a todos los extrínsecos preceptos. Deje de hacer lo indecente, más por el temor de su cordura que por el rigor de la ajena autoridad. Llegue a temerse, y no necesitará del ayo imaginario de Séneca.

Hombre de buena elección. Lo más se vive de ella: supone el buen gusto y el rectísimo dictamen; que no bastan el estudio ni el ingenio. No hay perfección donde no hay delecto; dos ventajas incluye poder escoger, y lo mejor. Muchos, de ingenio fecundo y sutil, de juicio acre, estudiosos y noticiosos también, en llegando al elegir se pierden; cásanse siempre con lo peor, que parece que afectan el errar, y así, éste es uno de los dotes máximos de arriba.

Nunca descomponerse. Gran asunto de la cordura nunca desbaratarse. Mucho hombre arguya de corazón coronado, porque toda magnanimidad es dificultosa de conmoverse. Son las pasiones los humores del ánimo, y cualquier exceso en ellas causa indisposición de cordura; y si el mal saliere a la boca, peligrará la reputación. Sea, pues, tan señor de sí y tan grande, que ni en lo más próspero ni en lo más adverso pueda alguno censurarle perturbado, sí admirarle superior.

Diligente e inteligente. La diligencia ejecuta presto lo que la inteligencia prolijamente piensa. Es pasión de necios la prisa, que como no descubren el tope, obran sin reparo. Al contrario, los sabios suelen pecar de detenidos, que del advertir nace el reparar. Malogra tal vez la ineficacia de la remisión lo acertado del dictamen. La presteza es madre de la

dicha. Obró mucho el que nada dejó para mañana. Augusta empresa correr a espacio.

Tener bríos a lo cuerdo. Al león muerto, hasta las liebres le repelan: no hay burlas con el valor; si cede al primero, también habrá de ceder al segundo, y de este modo hasta el último. La misma dificultad habrá de vencer tarde, que valiera más desde luego. El brío del ánimo excede al del cuerpo: es como la espada; ha de ir siempre envainado en su cordura, para la ocasión. Es el resguardo de la persona: más daña el decaecimiento del ánimo que el del cuerpo. Tuvieron muchos prendas eminentes, que por faltarles este aliento del corazón parecieron muertos y acabaron sepultados en su dejamiento, que no sin providencia juntó la naturaleza acudida la dulzura de la miel con lo picante del aguijón en la abeja. Nervios y huesos hay en el cuerpo; no sea el ánimo todo blandura.

Hombre de espera, arguye gran corazón con ensanches de sufrimiento: nunca apresurarse ni apasionarse. Sea uno primero señor de sí, y lo será después de los otros. Hase de caminar por los espacios del tiempo al centro de la ocasión. La detención prudente sazona los aciertos y madura los secretos. La muleta del tiempo es más obradora que la acerada clava de Hércules. El mismo Dios no castiga con bastón, sino con razón. Gran decir: "el tiempo y yo a otros dos". La misma fortuna premia el esperar con la grandeza del galardón.

Tener buenos repentes. Nacen de una prontitud feliz: no hay aprietos ni acasos para ella en fe de su vivacidad y despejo. Piensan mucho algunos para errarlo todo después, y otros lo aciertan todo sin pensarlo antes. Hay caudales de "antiparístasi" que empeñados obran mejor; suelen ser monstros que de

pronto todo lo aciertan y todo lo yerran de pensado; lo que no se les ofrece luego, nunca, ni hay que apelar a después. Son plausibles los prestos, porque arguyen prodigiosa capacidad: en los conceptos, sutileza; en las obras, cordura.

Más seguros son los pensados harto presto, si bien; lo que luego se hace, luego se deshace; mas lo que ha de durar una eternidad ha de tardar otra en hacerse. No se atiende sino a la perfección, y sólo el acierto permanece. Entendimiento con fondos logra eternidades: lo que mucho vale, mucho cuesta, que aun el más precioso de los metales es el más tardo y más grave.

Saberse atemperar. No se ha de mostrar igualmente entendido con todos; ni se han de emplear más fuerzas de las que son menester. No haya desperdicios ni de saber, ni de valer. No echa a la presa el buen cetrero más rapiña de la que ha menester para darle caza. No esté siempre de ostentación, que al otro día no admirará. Siempre ha de haber novedad con qué lucir: que quien cada día descubre más, mantiene siempre la expectación y nunca llegan a descubrirle los términos de su gran caudal.

Hombre de buen dejo. En casa de la fortuna, si se entra por la puerta del placer, se sale por la del pesar, y al contrario. Atención, pues, al acabar, poniendo más cuidado en la felicidad de la salida que en el aplauso de la entrada. Desaire común es de afortunados tener muy favorables los principios y muy trágicos los fines. No está el punto en el vulgar aplauso de una entrada, que ésas todos las tienen plausibles, pero sí en el general sentimiento de una salida, que son raros los deseados; pocas veces acompaña la di-

cha a los que salen; la que se muestra de cumplida con los que vienen, de descortés con los que van.

Buenos dictámenes. Nácense algunos prudentes; entran con esta ventaja de la sindéresis connatural en la sabiduría, y así tiene la mitad andada para los aciertos. Con la edad y la experiencia viene a sazonarse del todo la razón, y llegan a un juicio muy templado; abominan de todo capricho, como de tentación de la cordura, y más en materias de Estado, donde por la suma importancia se requiere la total seguridad. Merecen éstos la asistencia al gobernalle, o para ejercicio o para consejo.

Eminencia en lo mejor. Una gran singularidad entre la pluralidad de perfecciones. No puede haber héroe que no tenga algún extremo sublime. Las medianías no son asunto del aplauso. La eminencia en relevante empleo saca de un ordinario vulgar y levanta a categoría de raro. Ser eminente en profesión humilde, es ser algo en lo poco; lo que tiene más de lo deleitable, tiene menos de lo glorioso. El exceso en aventajadas materias es como un carácter de soberanía, solicita la admiración y concilia el afecto.

Obrar con buenos instrumentos. Quieren algunos que campee el extremo de su sutileza en la ruindad de los instrumentos: ¡peligrosa satisfacción, merecedora de un fatal castigo! Nunca la bondad del ministro desminuyó la grandeza del patrón; antes toda la gloria de los aciertos recae después sobre la causa principal, así como, al contrario, el vituperio. La fama siempre va con los primeros. Nunca dice: aquél tuvo buenos o malos ministros, sino aquél fué buen o mal artífice. Haya, pues, elección; haya examen, que se les ha de fiar una inmortalidad de reputación.

Excelencia de primero y, si con eminencia, doblada, Gran ventaja jugar de mano, que gana en igualdad. Hubieran muchos sido fénix en los empleos a no irles otros delante. Alzanse los primeros con el mayorazgo de la fama, y quedan para los segundos pleiteados alimentos; por más que suden, no pueden purgar el vulgar achaque de imitación. Sutileza fué de prodigiosos inventar rumbo nuevo para las eminencias, con tal que asegure primero la cordura los empeños. Con la novedad de los asuntos se hicieron lugar los sabios en la matrícula de los heroicos. Quieren algunos más ser primeros en segunda categoría, que ser segundos en la primera.

Saberse excusar pesares. Es cordura provechosa ahorrar de disgustos. La prudencia evita muchos: es Lucina de la felicidad, y por eso, del contento. Las odiosas nuevas, no darlas, menos recebirlas: hánseles de vedar las entradas, si no es la del remedio. A unos se les gastan los oídos de oir mucho dulce en lisonjas; a otros de escuchar amargo en chismes; y hay quien no sabe vivir sin algún cotidiano sinsabor, como ni Mitridates sin veneno. Tampoco es regla de conservarse querer darse a sí un pesar de toda la vida por dar placer una vez a otro, aunque sea el más propio. Nunca se ha de pecar contra la dicha propia por complacer al que aconseja y se queda fuera; y en todo acontecimiento, siempre que se encontraren el hacer placer a otro con el hacerse a sí pesar, es lición de conveniencia que vale más que el otro se disguste ahora que no tú después y sin remedio.

Gusto relevante. Cabe cultura en él, así como en el ingenio; realza la excelencia del entender el apetito del desear, y después la fruición del poseer. Conócese la altura de un caudal por la elevación del afecto. Mucho objeto ha menester para satisfacerse

una gran capacidad; así como los grandes bocados son para grandes paladares, las materias sublimes para los sublimes genios. Los más valientes objetos se temen y las más seguras perfecciones desconfían; son pocas las de primera magnitud: sea raro el aprecio. Péganse los gustos con el trato y se heredan con la continuidad: gran suerte comunicar con quien le tiene en su punto. Pero no se ha de hacer profesión de desagradarse de todo, que es uno de los necios extremos, y más odioso cuando por afectación que por destemplanza. Quisieran algunos que criara Dios otro mundo y otras perfecciones para satisfacción de su extravagante fantasía.

Atención a que le salgan bien las cosas. Algunos ponen más la mira en el rigor de la dirección que en la felicidad del conseguir intento; pero más prepondera siempre el descrédito de la infelicidad que el abono de la diligencia. El que vence no necesita de dar satisfacciones. No perciben los más la puntualidad de las circunstancias, sino los buenos o los ruines sucesos; y así, nunca se pierde reputación cuando se consigue el intento. Todo lo dora un buen fin, aunque lo desmientan los desaciertos de los medios. Que es arte ir contra el arte, cuando no se puede de otro modo conseguir la dicha del salir bien.

Preferir los empleos plausibles. Las más de las cosas dependen de la satisfacción ajena: es la estimación para las perfecciones lo que el Favonio para las flores: aliento y vida. Hay empleos expuestos a la aclamación universal; y hay otros, aunque mayores, en nada espectables; aquéllos, por obrarse a vista de todos, captan la benevolencia común: éstos, aunque tienen más de lo raro y primoroso, se quedan en el secreto de su imperceptibilidad, venerados, pero no aplaudidos. Entre los príncipes, los victoriosos so-

los celebrados, y por eso los reyes de Aragón fueron tan plausibles por guerreros, conquistadores y magnánimos. Prefiera el varón grande los célebres empleos, que todos perciban y participen todos, y a sufragios comunes quede inmortalizado.

Dar entendimiento es de más primor que el dar memoria. Cuanto es más, unas veces se ha de acordar y otras advertir. Dejan algunos de hacer las cosas que estuvieran en su punto, porque no se les ofrecen; ayude entonces la advertencia amigable a concebir las conveniencias. Una de las mayores ventajas de la mente es el ofrecérsele lo que importa. Por falta de esto dejan de hacerse muchos aciertos; dé luz el que la alcance, y solicítela el que la mendiga; aquél con detención, éste con atención: no sea más que dar pie. Es urgente esta sutileza, cuando toca en utilidad del que despierta; conviene mostrar gusto, y pasar a más cuando no bastare. Ya se tiene el no, váyase en busca del sí, con destreza, que las más veces no se consigue porque no se intenta.

No rendirse a un vulgar humor. Hombre grande el que nunca se sujeta a peregrinas impresiones. Es lición de advertencia la reflexión sobre sí; en conocer su disposición actual y prevenirla; y aun decantarse al otro extremo para hallar entre el natural y el arte el fiel de la sindéresis. Principio es de corregirse el conocerse; que hay monstruos de la impertinencia; siempre están de algún humor, y varían afectos con ellos, y arrastrados eternamente de esta destemplanza civil, contradictoriamente se empeñan; y no sólo gasta la voluntad este exceso, sino que se atreve al juicio, alterando el querer y el entender.

Saber negar. No todo se ha de conceder, ni a todos. Tanto importa como el saber, conceder; y en lo

que mandan es atención urgente. Aquí entra el modo. Más se estima el no de algunos que el sí de otros, porque un no dorado satisface más que un sí a secas. Hay muchos que siempre tienen en la boca el no, con que todo lo desazonan. El no es siempre el primero en ellos, y aunque después todo lo vienen a conceder, no se les estima porque precedió aquella primera desazón. No se han de negar de rondón las cosas; vaya a tragos el desengaño; ni se ha de negar del todo, que sería desahuciar la dependencia. Queden siempre algunas reliquias de esperanza para que templen lo amargo del negar. Llene la cortesía el vacío del favor, y suplan las buenas palabras la falta de las obras. El no y el sí son breves de decir, y piden mucho pensar.

No ser desigual, de proceder anómalo, ni por natural, ni por afectación. El varón cuerdo siempre fué el mismo en todo lo perfecto, que es crédito de entendido; dependa en su mudanza de la de las causas y méritos: en materia de cordura, la variedad es fea. Hay algunos que cada día son otros de sí; hasta el entendimiento tienen desigual, cuanto más la voluntad y aun la ventura. El que ayer fué el blanco de su sí, hoy es el negro de su no, desmintiendo siempre su propio crédito y deslumbrando el ajeno concepto.

Hombre de resolución. Menos dañosa es la mala ejecución que la irresolución. No se gastan tanto las materias cuando corren como si estancan. Hay hombres indeterminables que necesitan de ajena premoción en todo; y a veces no nace tanto de la perplejidad del juicio, pues lo tienen perspicaz, cuanto de la ineficacia. Ingenioso suele ser el dificultar, pero más lo es el hallar salida a los inconvenientes. Hay otros que en nada se embarazan, de juicio grande y determinado; nacieron para sublimes empleos, porque su

despejada comprensión facilita el acierto y el despacho; todo se lo hallan hecho, que después de haber dado razón a un mundo, le quedó tiempo a uno de éstos para otro, y cuando están afianzados de su dicho se empeñan con más seguridad.

Saber usar del desliz. Es el desempeño de los cuerdos. Con la galantería de un donaire suelen salir del más intrincado laberinto. Húrtasele el cuerpo airosamente con un sonriso a la más dificultosa contienda. En eso fundaba el mayor de los grandes capitanes su valor. Cortés treta del negar mudar el verbo: ni hay mayor atención que no darse por entendido.

No ser intratable. En lo más poblado están las fieras verdaderas. Es la inaccesibilidad vicio de desconocidos de sí, que mudan los humores con los honores; no es medio a propósito para la estimación comenzar enfadando. ¡Que es de ver uno de estos monstruos intratables siempre a punto de su fiereza impertinente! Entran a hablarle los dependientes de su desdicha, como a lidiar con tigres; tan armados de tiento, cuanto de recelo. Para subir al puesto agradaron a todos, y en estando en él se quieren desquitar con enfadar a todos. Habiendo de ser de muchos por el empleo, son de ninguno por su aspereza o entono. Cortesano castigo para éstos dejarlos estar, hurtándoles la cordura en el trato.

Elegir idea heroica, más para la emulación que para la imitación. Hay ejemplares de grandeza, textos animados de la reputación. Propóngase cada uno en su empleo los primeros, no tanto para seguir, cuanto para adelantarse. Lloró Alejandro, no a Aquiles sepultado, sino a sí mismo, aún no bien nacido al lucimiento. No hay cosa que así solicite ambiciones en

el ánimo como el clarín de la fama ajena. El mismo que atierra la invidia alienta la generosidad.

No estar siempre de burlas. Conócese la prudencia en lo serio, que está más acreditado que lo ingenioso. El que siempre está de burlas, nunca es hombre de veras. Igualámoslos a éstos con los mentirosos en no darles crédito; a los unos por recelo de mentira, a otros, de su fisga. Nunca se sabe cuándo hablan en juicio, que es tanto como no tenerle. No hay mayor desaire que el continuo donaire. Ganan otros fama de decidores y pierden el crédito de cuerdos. Su rato ha de tener lo jovial: todos los demás, lo serio.

Saber hacerse a todos. Discreto Proteo; con el docto, docto, y con el santo, santo. Gran arte de ganar a todos, porque la semejanza concilia la benevolencia. Observar los genios y templarse al de cada uno; al serio y al jovial seguirles la corriente, haciendo política transformación; urgente a los que dependen. Requiere esta gran sutileza del vivir un gran caudal; menos dificultosa al varón universal de ingenio en noticias y de genio en gustos.

Arte en el intentar. La necedad siempre entra de rondón; que todos los necios son audaces. Su misma simplicidad, que les impide primero la advertencia para los reparos, les quita después el sentimiento para los desaires. Pero la cordura entra con grande tiento: son sus batidores la advertencia y el recato: ellos van descubriendo para proceder sin peligro; todo arrojamiento está condenado por la discreción a despeño, aunque tal vez lo absuelva la ventura. Conviene ir detenido donde se teme mucho fondo. Vaya intentando la sagacidad y ganando tierra la prudencia. Hay grandes bajíos hoy en el trato humano; conviene ir siempre calando la sonda.

Genio genial. Si contemplanza, prenda es, que no defecto. Un grano de donosidad todo lo sazona. Los mayores hombres juegan también la pieza del donaire que concilia la gracia universal, pero guardando siempre los aires a la cordura y haciendo la salva al decoro. Hacen otros de una gracia atajo al desempeño, que hay cosas que se han de tomar de burlas, y a veces las que el otro toma más de veras. Indica apacibilidad, garabato de corazones.

Atención al informarse. Vívese lo más de información: es lo menos lo que vemos; vivimos de fe ajena; es el oído la puerta segunda de la verdad, y principal de la mentira. La verdad ordinariamente se ve; extravagantemente se oye; raras veces llega en su elemento puro, y menos cuando viene de lejos; siempre trae algo de mixta, de los afectos por donde pasa; tiñe de sus colores la pasión cuanto toca, ya odiosa, ya favorable; tira siempre a impresionar: gran cuenta con quien alaba, mayor con quien vitupera. Es menester toda la atención en este punto para descubrir la intención en el que tercia, conociendo de antemano de qué pie se movió. Sea la reflexa contraste de lo farto y de lo falso.

Usar el renovar su lucimiento. Es privilegio de fénix; suele envejecerse la excelencia y con ella la fama; la costumbre disminuye la admiración, y una mediana novedad suele vencer a la mayor eminencia envejecida. Usar, pues, del renacer en el valor, en el ingenio, en la dicha, en todo. Empeñarse con novedades de bizarría, amaneciendo muchas veces como el sol, variando teatros al lucimiento, para que, en el uno la privación y en el otro la novedad, soliciten aquí el aplauso, si allí el deseo.

Nunca apurar ni el mal ni el bien; a la moderación en todo redujo la sabiduría toda un sabio. El

sumo derecho se hace tuerto, y la naranja que mucho se estruja llega a dar lo amargo; aun en la fruición nunca se ha de llegar a los extremos. El mismo ingenio se agota, si se apura, y sacará sangre por leche el que esquilmare a lo tirano.

Permitirse algún venial desliz; que un descuido suele ser tal vez la mayor recomendación de las prendas. Tiene su ostracismo la invidia, tanto más civil cuanto más criminal; acusa lo muy perfecto de que peca en no pecar; y por perfecto en todo, lo condena todo. Hácese Argos en buscarle faltas a lo muy bueno, para consuelo siquiera. Hiere la censura, como el rayo, los más empinados realces. Dormite, pues, tal vez Homero, y afecte algún descuido en el ingenio o en el valor, pero nunca en la cordura; para sosegar la malevolencia: no reviente ponzoñosa. Será como un echar la capa al toro de la invidia, para salvar la inmortalidad.

Saber usar de los enemigos. Todas las cosas se han de saber tomar, no por el corte que ofendan, sino por la empuñadura que defiendan; mucho más la emulación. Al varón sabio más le aprovechan sus enemigos, que al necio sus amigos. Suele allanar una malevolencia montañas de dificultad, que desconfiara de emprenderlas el favor. Frabicáronles a muchos su grandeza sus malévolos. Más fiera es la lisonja que el odio, pues remedia éste eficazmente las tachas que aquélla disimula. Hace el cuerdo espejo de la ojeriza, más fiel que el de la afición, y previene a la detracción de los defectos, o los enmienda, que es grande el recato cuando se vive en frontera de una emulación, de una malevolencia.

No ser malilla. Achaque es de todo lo excelente que su mucho uso viene a ser abuso. El mismo co-

ciarlo todo viene a parar en enfadar a todos; grande infelicidad ser para nada, no menor querer ser para todo; vienen a perder éstos por mucho ganar, y son después tan aborrecidos cuanto fueron antes deseados. Rózanse de estas malillas en todo género de perfecciones, que perdiendo aquella primera estimación de raras, consiguen el desprecio de vulgares. El único remedio de todo lo extremado es guardar un medio en el lucimiento; la demasía ha de estar en la perfección, y la templanza en la ostentación; cuanto más luce una antorcha se consume más y dura menos; escaseces de apariencia se premian con logros de estimación.

Prevenir las malas voces. Tiene el vulgo muchas cabezas, y así muchos ojos para la malicia y muchas lenguas para el descrédito. Acontece correr en él alguna mala voz que desdora el mayor crédito, y si llegare a ser apodo vulgar, acabará con la reputación; dásele pie comúnmente con algún sobresaliente desaire, con ridículos defectos, que son plausible materia a sus hablillas. Si bien hay desdoros echadizos de la emulación especial a la malicia común; que hay bocas de la malevolencia, y arruinan más presto una gran fama con un chiste que con un descaramiento. Es muy fácil de cobrar la siniestra fama, porque lo malo es muy creíble y cuesta mucho de borrarse. Excuse, pues, el varón cuerdo estos desaires, contrastando con su atención la vulgar insolencia; que es más fácil el prevenir que el remediar.

Cultura y aliño. Nace bárbaro el hombre; redímese de bestia, cultivándose. Hace personas la cultura, y más cuanto mayor. En fe de ella pudo Grecia llamar bárbaro a todo el restante universo. Es muy tosca la ignorancia: no hay cosa que más cultive que el saber. Pero aun la misma sabiduría fué grosera, si

desaliñada. No sólo ha de ser aliñado el entender; también el querer, y más el conversar. Hállanse hombres naturalmente aliñados de gala interior y exterior, en concepto y palabras, en los arreos del cuerpo, que son como la corteza, y en las prendas del alma, que son el fruto. Otros hay, al contrario, tan groseros, que todas sus cosas y tal vez eminencias las deslucieron con un intolerable bárbaro desaseo.

Sea el trato por mayor, procurando la sublimidad en él. El varón grande no debe ser menudo en su proceder. Nunca se ha de individuar mucho en las cosas, y menos en las de poco gusto; porque aunque es ventaja notarlo todo al descuido, no lo es quererlo averiguar todo de propósito. Hase de proceder de ordinario con una hidalga generalidad, ramo de galantería. Es gran parte del regir el disimular. Hase de dar pasada a las más de las cosas entre familiares, entre amigos y más entre enemigos. Toda nimiedad es enfadosa, y en la condición pesada. El ir y venir a un disgusto es especie de manía, y comúnmente tal será el modo de portarse cada uno, cual fuere su corazón y su capacidad.

Comprensión de sí. En el genio, en el ingenio, en dictámenes, en afectos. No puede uno ser señor de sí, si primero no se comprende. Hay espejos del rostro, no los hay del ánimo; séalo la discreta reflexión sobre sí, y, cuando se olvidare de su imagen exterior, conserve la interior para enmendarla, para mejorala. Conoce las fuerzas de su cordura y sutileza para el emprender; tantee la irascible para el empeñarse; tenga medido su fondo y pesado su caudal para todo.

Arte para vivir mucho. Vivir bien. Dos cosas acaban presto con la vida: la necedad o la ruindad. Perdiéronla unos por no saberla guardar, y otros por no

querer. Así como la virtud es premio de sí misma, así el vicio es castigo de sí mismo. Quien vive aprisa en el vicio, acaba presto de dos maneras; quien vive aprisa en la virtud, nunca muere. Comunícase la entereza del ánimo al cuerpo, y no sólo se tiene por larga la vida buena en la intensión, sino en la misma extensión.

Obrar siempre sin escrúpulos de imprudencia. La sospecha de desacierto en el que ejecuta es evidencia ya en el que mira, y más si fuere émulo. Si ya al calor de la pasión escrupulea el dictamen, condenará después desapasionado a necedad declarada. Son peligrosas las acciones en duda de prudencia; más segura sería la omisión. No admite probabilidades la cordura; siempre camina al mediodía de la luz de la razón. ¿Cómo puede salir bien una empresa que, aun concebida, la está ya condenando el recelo? Y si la resolución más graduada con el *nemine discrepante* interior suele salir infelizmente, ¿qué aguarda la que comenzó titubeando en la razón y mal agorada del dictamen?

Seso trascendental, digo en todo. Es la primera y suma regla del obrar y del hablar; más encargada cuanto mayores y más altos los empleos; más vale un grano de cordura que arrobas de sutileza. Es un camino a lo seguro, aunque no tan a lo plausible; si bien la reputación de cuerdo es el triunfo de la fama. Bastará satisfacer a los cuerdos, cuyo voto es la piedra de toque a los aciertos.

Hombre universal. Compuesto de toda perfección, vale por muchos. Hace felicísimo el vivir, comunicando esta fruición a la familiaridad. La variedad con perfección es entretenimiento de la vida. Gran arte la de saber lograr todo lo bueno, y pues le hizo la

naturaleza al hombre un compendio de todo lo natural por su eminencia, hágale el arte un universo por ejercicio y cultura del gusto y del entendimiento.

Incomprensibilidad de caudal. Excuse el varón atento sondarle el fondo, ya al saber, ya al valer, si quiere que le veneren todos: permítase al conocimiento, no a la comprensión. Nadie averigüe los términos de la capacidad, por el peligro evidente del desengaño. Nunca dé lugar a que alguno le alcance todo: mayores afectos de veneración causa la opinión y duda de adónde llega el caudal de cada uno, que la evidencia de él por grande que fuere.

Saber entretener la expectación; irla cebando siempre: prometa más lo mucho, y la mejor acción sea envidar de mayores. No se ha de echar todo el resto al primer lance; gran treta es saberse templar en las fuerzas, en el saber, y ir adelantando el desempeño.

De la gran sindéresis: es el trono de la razón, base de la prudencia, que en fe de ella cuesta poco el acertar. Es suerte del cielo y la más deseada por primera y por mejor. La primera pieza del arnés, con tal urgencia que ninguna otra que le falte a un hombre le domina falto. Nótase más su menos. Todas las acciones de la vida dependen de su influencia, y todos solicitan su calificación, que todo ha de ser con seso. Consiste en una connatural propensión a todo lo más conforme a razón, casándose siempre con lo más acertado.

Conseguir y conservar la reputación es el usufructo de la fama. Cuesta mucho, porque nace de las eminencias, que son tan raras cuanto comunes las medianías. Conseguida, se conserva con facilidad. Obli-

ga mucho y obra más. Es especie de majestad cuando llega a ser veneración, por la sublimidad de su causa y de su esfera; pero la reputación substancial es la que valió siempre.

Cifrar la voluntad. Son las pasiones los portillos del ánimo. El más plático saber consiste en disimular. Lleva riesgo de perder el que juega a juego descubierto. Compite la detención del recato con la atención del advertido; a linces de discurso, jibias de interioridad. No se le sepa el gusto, porque no se le prevenga, unos para la contradicción, otros para la lisonja.

Realidad y apariencia. Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen; son raros los que miran por dentro, y muchos los que se pagan de lo aparente. No basta tener razón con cara de malicia.

Varón desengañado, cristiano sabio, cortesano filósofo, mas no parecerlo: menos afectarlo. Está desacreditado el filosofar, aunque el ejercicio mayor de los sabios. Viva desautorizada la ciencia de los cuerdos. Introdújola Séneca en Roma; conservóse algún tiempo cortesana; ya es tenida por impertinencia. Pero siempre el desengañado fué pasto de la prudencia, delicias de la entereza.

La mitad del mundo se está riendo de la otra mitad, con necedad de todos. O todo es bueno, o todo es malo, según votos. Lo que éste sigue, el otro persigue. Insufrible necio el que quiere regular todo objeto por su concepto. No dependen las perfecciones de un solo agrado. Tantos son los gustos como los rostros, y tan varios. No hay defecto sin afecto, ni se ha de desconfiar porque no agraden las cosas a algunos, que no faltarán otros que las aprecien. Ni aun

el aplauso de éstos le sea materia al desvanecimiento, que otros le condenarán. La norma de la verdadera satisfacción es la aprobación de los varones de reputación, y que tienen voto en aquel orden de cosas. No se vive de un voto solo, ni de un uso, ni de un siglo.

Estómago para grandes bocados de la fortuna. En el cuerpo de la prudencia no es lo menos importante un gran buche, que de grandes partes se compone una gran capacidad. No se embaraza con las buenas dichas quien merece otras mayores; lo que es ahíto en unos es hambre en otros. Hay muchos que se les gasta cualquier muy importante manjar por la cortedad de su natural, no acostumbrado ni nacido para tan sublimes empleos; acédaseles el trato, y con los humos que se levantan de la postiza honra, viene a desvanecérseles la cabeza; corren gran peligro en los lugares altos, y no caben en sí porque no cabe en ellos la suerte. Muestre, pues, el varón grande que aún le quedan ensanches para cosas mayores, y huelga con especial cuidado de todo lo que puede dar indicio de angosto corazón.

Cada uno, la majestad en su modo. Sean todas las acciones, si no de un rey, dignas de tal, según su esfera, el proceder real, dentro de los límites de su cuerda suerte, sublimidad de acciones, remonte de pensamientos; y en todas sus cosas, represente un rey por méritos, cuando no por realidad. Que la verdadera soberanía consiste en la entereza de costumbres. Ni tendrá que envidiar a la grandeza quien pueda ser norma de ella. Especialmente a los allegados al trono pégueseles algo de la verdadera superioridad, participen antes de las prendas de la majestad que de las ceremonias de la vanidad, sin afectar lo imperfecto de la hinchazón, sino lo realzado de la sustancia.

Tener tomado el pulso a los empleos. Hay su variedad en ellos: magistral conocimiento, y que necesita de advertencia. Piden unos valor y otros sutileza. Son más fáciles de manejar los que dependen de la rectitud, y más difíciles los que del artificio. Con un buen natural, no es menester más para aquéllos; para éstos no basta toda la atención y desvelo. Trabajosa ocupación gobernar hombres, y más, locos o necios. Doblado seso es menester para con quien no le tiene. Empleo intolerable el que pide todo un hombre, de horas contadas y la materia cierta. Mejores son los libres de fastidio, juntando variedad con la gravedad, porque la alteración refresca el gusto. Los más autorizados son los que tienen menos, o más distante, la dependencia; y aquél es el peor que, al fin, hace sudar en la residencia humana, y más en la divina.

No cansar. Suele ser pesado el hombre de un negocio y el de un verbo. La brevedad es lisonjera y más negociante. Gana por lo cortés lo que pierde por lo corto. Lo bueno, si breve, dos veces bueno. Y aun lo malo, si poco, no tan malo. Más obran quintas esencias que fárragos. Y es verdad común que, hombre largo, raras veces entendido: no tanto en lo material de la disposición, cuanto en lo formal del discurso. Hay hombres que sirven más de embarazo que de adorno del universo,—alhajas perdidas, que todos las desvían. Excuse el discreto el embarazar; y mucho menos a grandes personajes, que viven muy ocupados, y sería peor desazonar uno de ellos que todo lo restante del mundo. Lo bien dicho se dice presto.

No afectar la fortuna. Más ofende el ostentar la dignidad que la persona. "Hacer del hombre" es odioso: bastábale ser invidiado. La estimación se consigue menos cuanto se busca más. Depende del respeto ajeno, y así, no se la puede tomar uno, sino

merecerla de los otros y aguardarla. Los empleos grandes piden autoridad ajustada a su ejercicio, sin la cual no pueden ejercerse dignamente. Conserve la que merece para cumplir con lo sustancial de sus obligaciones; no estrujarla, y ayudarla sí. Y todos los que hacen del hacendado en el empleo dan indicio de que no lo merecían, y que viene sobrepuesta la dignidad. Si se hubiere de valer, sea antes de lo eminente de sus prendas que de lo adventicio; que hasta un rey se ha de venerar más por la personal que por la extrínseca soberanía.

No mostrar satisfacción de sí. Viva, ni descontento que es poquedad, ni satisfecho que es necedad. Nace la satisfacción en los más de ignorancia, y pára en una felicidad necia que, aunque entretiene el gusto, no mantiene el crédito. Como no alcanza las superlativas perfecciones en los otros, págase de cualquiera vulgar medianía en sí. Siempre fué útil, a más de cuerdo, el recelo: o para prevención de que salgan bien las cosas, o para consuelo cuando salieren mal; que no se le hace de nuevo el desaire de su suerte al que ya se lo temía. El mismo Homero dormita tal vez, y cae Alejandro de su estado y de su engaño. Dependen las cosas de muchas circunstancias, y la que triunfó en un puesto y en tal ocasión, en otra se malogra. Pero la incorregibilidad de lo necio está en que se convirtió en flor la más vana satisfacción, y va brotando siempre su semilla.

Atajo para ser persona: saberse ladear. Es muy eficaz el trato; comunícanse las costumbres y los gustos, pégase el genio y aun el ingenio sin sentir. Procure, pues, el pronto juntarse con el reportado, y así en los demás genios; que en éste conseguirá la templanza sin violencia. Es gran destreza saberse atemperar. La alternación de contrariedades hermosea el

universo y le sustenta; y si causa armonía en lo natural, mayor en lo moral. Válgase de esta política advertencia en la elección de familiares y de famulares, que con la comunicación de los extremos, se ajustará un medio muy discreto.

No ser acriminador. Hay hombres de genio fiero: todo lo hacen delito, y no por pasión, sino por naturaleza. A todos condenan, a unos porque hicieron, a otros porque harán. Indica ánimo peor que cruel, que es vil. Y acriminan con tal exageración, que de los átomos hacen vigas para sacar los ojos. Cómitres en cada puesto, que hacen galera de lo que fuera Elisio. Pero si media la pasión, de todo hacen extremos. Al contrario la ingenuidad: para todo haya salida, si no de intención, de inadvertencia.

No aguardar a ser sol que se pone. Máxima es de cuerdos dejar las cosas antes que los dejen. Sepa uno hacer triunfo del mismo fenecer, que tal vez el mismo sol, a buen lucir, suele retirarse a una nube, porque no lo vean caer, y deja en suspensión de si se puso o no se puso. Hurte el cuerpo a los acasos para no reventar de desaires; no aguarde a que le vuelvan las espaldas, que le sepultarán vivo para el sentimiento y muerto para la estimación. Jubila con tiempo el advertido al corredor caballo, y no aguarda a que cayendo levante la risa enmedio la carrera; rompa el espejo con tiempo y con astucia la belleza, y no con impaciencia después al ver su desengaño.

Tener amigos. Es el segundo ser. Todo amigo es bueno y sabio para el amigo. Entre ellos todo sale bien. Tanto valdrá uno cuanto quisieren los demás; y para que quieran, se les ha de ganar la boca por el corazón. No hay hechizo como el buen servicio, y para ganar amistades, el mejor medio es hacerlas. De-

pende lo más y lo mejor que tenemos de los otros. Hase de servir o con amigos o con enemigos: cada día se ha de diligenciar uno, aunque no para íntimo, para aficionado; que algunos se quedan después para confidentes pasando por el acierto del delecto.

Ganar la pía afición: que aun la primera y suma causa en sus mayores asuntos la previene y la dispone. Entrase por el afecto al concepto: algunos se fían tanto del valor que desestiman la diligencia; pero la atención sabe bien que es grande el rodeo de solos los méritos, si no se ayudan del favor: todo lo facilita y suple la benevolencia; no siempre supone las prendas, sino que las pone, como el valor, la entereza, la sabiduría, hasta la discreción; nunca ve las fealdades, porque no las querría ver: nace, de ordinario, de la correspondencia material en genio, nación, parentesco, patria y empleo. La formal es más sublime en prendas, obligaciones, reputación, méritos: toda la dificultad es ganarla, que con facilidad se conserva; puédese diligenciar y saberse valer de ella.

Prevenirse en la fortuna próspera para la adversa. Arbitrio es hacer en el estío provisión para el invierno, y con más comodidad; van baratos entonces los favores, hay abundancia de amistades; bueno es conservar para el mal tiempo, que es la adversidad cara y falta de todo. Haya retén de amigos y de agradecidos, que algún día hará aprecio de lo que ahora no hace caso. La villanía nunca tiene amigos en la prosperidad, porque los desconoce; en la adversidad, la desconocen a ella.

Nunca competir. Toda pretensión con oposición daña el crédito; la competencia tira luego a desdorar, por deslucir. Son pocos los que hacen buena guerra; descubre la emulación los defectos que olvidó la cor

tesía: vivieron muchos acreditados, mientras no tuvieron émulos. El calor de la contrariedad aviva o resucita las infamias muertas, desentierra hediondeces pasadas y antepasadas. Comiénzase la competencia con manifiesto de desdoros, ayudándose de cuanto puede y no debe; y aunque a veces y las más no sean armas de provecho las ofensas, hace de ellas vil satisfacción a su venganza, y sacude ésta con tal aire que hace saltar a los desaires el polvo del olvido. Siempre fué pacífica la benevolencia y benévola la reputación.

Hacerse a las malas condiciones de los familiares, así como a los malos rostros, es conveniencia donde tercia dependencia. Hay fieros genios que no se puede vivir con ellos, ni sin ellos. Es, pues, destreza irse acostumbrando como a la fealdad, para que no se hagan de nuevo en la terribilidad de la ocasión. La primera vez espantan; pero poco a poco se les viene a perder aquel primer horror; y la reflexa previene los disgustos o los tolera.

Tratar siempre con gente de obligaciones. Puede empeñarse con ellos y empeñarlos. Su misma obligación es la mayor fianza de su trato, aun para barajar, que obran como quien son; y vale más pelear con gente de bien que triunfar de gente de mal. No hay buen trato con la ruindad, porque no se halla obligada a la entereza; por eso entre ruines nunca hay verdadera amistad, no es de buena ley la fineza aunque lo parezca, porque no es en fe de la honra. Reniegue siempre de hombre sin ella, que quien no la estima, no estima la virtud; y es la honra el trono de la entereza.

Nunca hablar de sí. O se ha de alabar que es desvanecimiento, o se ha de vituperar, que es poquedad:

y siendo culpa de cordura en el que dice, es pena de los que oyen. Si esto se ha de evitar en la familiaridad, mucho más en puestos sublimes, donde se habla en común, y pasa ya por necedad cualquier apariencia de ella. El mismo inconveniente de cordura tiene el hablar de los presentes, por el peligro de dar en uno de dos escollos de lisonja o vituperio.

Cobrar fama de cortés, que basta a hacerle plausible. Es la cortesía la principal parte de la cultura, especie de hechizo; y así concilia la gracia de todos, así como la descortesía el desprecio y enfado universal. Si ésta nace de soberbia, es aborrecible; si de grosería, despreciable. La cortesía siempre ha de ser más que menos, pero no igual, que degeneraría en injusticia: tiénese por deuda entre enemigos. Para que se vea su valor, cuesta poco y vale mucho; todo honrador es honrado. La galantería y la honra tienen esta ventaja, que se quedan, aquélla en quien la usa, ésta en quien la hace.

No hacerse de mal querer. No se ha de provocar la aversión, que aun sin quererlo, ella se adelanta. Muchos hay que aborrecen de balde, sin saber el cómo ni por qué. Previene la malevolencia a la obligación. Es más eficaz y pronta para el daño la irascible, que la concupiscible para el provecho. Afectan algunos ponerse mal con todos, por enfadoso o por enfadado genio: y si una vez se apodera el odio, es, como el mal concepto, dificultoso de borrar. A los hombres juiciosos los temen; a los maldicientes aborrecen; a los presumidos asquean; a los fisgones abominan; a los singulares los dejan. Muestre, pues, estimar para ser estimado: y el que quiere hacer casa hace caso.

Vivir a lo plático. Hasta el saber ha de ser al uso; y donde no se usa, es preciso saber hacer del igno-

rante. Múdanse a tiempos el discurrir y el gustar. No se ha de discurrir a lo viejo, y se ha de gustar a lo moderno. El gusto, de las cabezas hace voto en cada orden de cosas. Ese se ha de seguir por entonces y adelantar a eminencia: acomódese el cuerpo a lo presente, aunque le parezca mejor lo pasado, así en los arreos del alma como del cuerpo. Sólo en la bondad no vale esta regla de vivir, que siempre se ha de platicar la virtud. Desconócese ya, y parece cosa de otros tiempos el decir verdad, el guardar palabra, y los varones buenos parecen hechos al buen tiempo, pero siempre amados, de suerte, que si algunos hay, no se usan ni se imitan. ¡Oh, grande infelicidad de siglo nuestro que se tenga la virtud por extraña y la malicia por corriente! Viva el discreto como puede, si no como querría. Tenga por mejor lo que le concedió la suerte que lo que le ha negado.

No hacer negocio del no negocio. Así como algunos todo lo hacen cuento, así otros todo negocio. Siempre hablan de importancia, todo lo toman de veras, reduciéndolo a pendencia y a misterio. Pocas cosas de enfado se han de tomar de propósito, que sería empeñarse sin él. Es trocar los puntos tomar a pechos lo que se ha de echar a las espaldas. Muchas cosas que eran algo, dejándolas, fueron nada; y otras que eran nada, por haber hecho caso de ellas, fueron mucho. Al principio es fácil dar fin a todo; que después, no. Muchas veces hace la enfermedad el mismo remedio; ni es la peor regla del vivir el dejar estar.

Señorío en el decir y en el hacer. Hácese mucho lugar en todas partes, y gana de antemano el respeto. En todo influye: en el conversar, en el orar, hasta en el caminar y aun el mirar; en el querer. Es gran victoria coger los corazones; no nace de una necia intrepidez, ni del enfadoso entretenimiento; sí en

una decente autoridad, nacida del genio superior y ayudada de los méritos.

Hombre desafectado. A más prendas menos afectación, que suele ser vulgar desdoro de todas. Es tan enfadosa a los demás, cuan penosa al que la sustenta, porque vive mártir del cuidado y se atormenta con la puntualidad. Pierden su mérito las mismas eminencias con ella, porque se juzgan nacidas antes de la artificiosa violencia que de la libre naturaleza, y todo lo natural fué siempre más grato que lo artificial. Los afectados son temidos por extranjeros en lo que afectan: cuanto mejor se hace una cosa se ha de desmentir la industria, porque se vea que se cae de su natural la perfección. Ni por huir la afectación se ha de dar en ella, afectando el no afectar; nunca el discreto se ha de dar por entendido de sus méritos, que el mismo descuido despierta en los otros la atención. Dos veces es eminente el que encierra todas las perfecciones en sí, y ninguna en su estimación, y por encontrada senda llega al término de la plausibilidad.

Llegar a ser deseado. Pocos llegaron a tanta gracia de las gentes; y si de los cuerdos, felicidad. Es ordinaria la tibieza con los que acaban. Hay modos para merecer este premio de afición: la eminencia en el empleo y en las prendas es segura, el agrado eficaz. Hácese dependencia de la eminencia, de modo que se note que el cargo le hubo menester a él, y no él al cargo: honran unos los puestos, a otros honran. No es ventaja que le haga bueno el que sucedió malo, porque eso no es ser deseado absolutamente, sino ser el otro aborrecido.

No ser libro verde. Señal de tener gastada la fama propia es cuidar de la infamia ajena: querrían algunos con las manchas de los otros disimular, si no la-

var las suyas; o se consuelan, que es el consuelo de los necios. Huéleles mal la boca a éstos, que son los albañares de las inmundicias civiles. En estas materias, el que más escarba más se enloda; pocos se escapan de algún achaque original, o al derecho o al través. No son conocidas las faltas en los poco conocidos: huya el atento de ser registro de infamias, que es ser un aborrecido padrón; y aunque vivo, desalmado.

No es necio el que hace la necedad, sino el que hecha, no la sabe encubrir. Hanse de sellar los afectos, cuanto más los defectos. Todos los hombres yerran, pero con esta diferencia: que los sagaces desmienten las hechas, y los necios mienten las por hacer. Consiste el crédito en el recato, más que en el hecho, que si no es casto sea cauto. Los descuidos de los grandes hombres se observan más como eclipses de las lumbreras mayores. Sea excepción de la amistad el no confiarla los defectos, ni aun, si ser pudiese, a su misma identidad; pero puédese valer aquí de aquella otra regla del vivir, que es saber olvidar.

El despejo en todo. Es vida de las prendas, aliento del decir, alma del hacer, realce de los mismos realces. Las demás perfecciones son ornato de la naturaleza; pues el despejo lo es de las mismas perfecciones. Hasta en el discurrir se celebra. Tiene de privilegio lo más; debe al estudio lo menos, que aun a la disciplina es superior; pasa de facilidad, y adelántase a bizarría; supone desembarazo y añade perfección; sin él, toda belleza es muerta y toda gracia, desgracia; es trascendental al valor, a la discreción, a la prudencia, a la misma majestad. Es político atajo en el despacho, y un culto salir de todo empeño.

Alteza de ánimo. Es de los principales requisitos para héroe, porque inflama a todo género de grande-

za: realza el gusto, engrandece el corazón, remonta el pensamiento, ennoblece la condición y dispone la majestad. Dondequiera que se halla descuella, y aun, tal vez desmentida de la envidia de la suerte, revienta por campear, ensánchase en la voluntad, ya que en la posibilidad se violènte. Reconócenla por fuente la magnanimidad, la generosidad, y toda heroica prenda.

Nunca quejarse. La queja siempre trae descrédito: más sirve de ejemplar de atrevimiento a la pasión, que de consuelo a la compasión; abre el paso a quien la oye para lo mismo, y es la noticia del agravio del primero, disculpa del segundo. Dan pie algunos con sus quejas de las ofensiones pasadas, a las venideras, y pretendiendo remedio o consuelo, solicitan la complacencia, y aun el desprecio. Mejor política es celebrar obligaciones de unos para que sean empeños de otros; y el repetir favores de los ausentes es solicitarlos de los presentes, es vender crédito de unos a otros; y el varón atento nunca publique ni desaires ni defectos: sí estimaciones, que sirven para tener amigos y de contener enemigos.

Hacer y hacer parecer. Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Valer y saberlo mostrar, es saber dos veces: lo que no se ve es como si no fuese. No tiene su veneración la Razón misma, donde no tiene cara de tal. Son muchos más los engañados que los advertidos; prevalece el engaño y júzganse las cosas por fuera; hay cosas que son muy otras de lo que parecen. La buena exterioridad es la mejor recomendación de la perfección interior.

Galantería de condición. Tienen su bizarría las almas,—gallardía del espíritu,—con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazón. No cabe en todos, porque supone magnanimidad. Primer asunto suyo

es hablar bien del enemigo y obrar mejor; su mayor lucimiento libra en los lances de la venganza. no se los quita, sino que se los mejora, convirtiéndola, cuando más vencedora, en una impensada generosidad. Es política también, y aun la gala de la razón de Estado. Nunca afecta vencimientos, porque nada afecta; y cuando los alcanza el merecimiento, los disimula la ingenuidad.

Usar del reconsejo. Apelar a la revista es seguridad, y más donde no es evidente la satisfacción. Tomar tiempo, o para conceder o para mejorarse. Ofrécense nuevas razones para confirmar y corroborar el dictamen: si es en materia de dar, se estima más el don en fe de la cordura que en el gusto de la presteza: siempre fué mas estimado lo deseado: si se ha de negar, queda lugar al modo, y para madurar el no, que sea más sazonado. Y las más veces, pasado aquel primer calor del deseo, no se siente después a sangre fría el desaire del negar. A quien pide aprisa, conceder tarde, que es treta para desmentir la atención.

Antes loco con todos que cuerdo a solas, dicen políticos. Que si todos lo son, con ninguno perderá; y si es sola la cordura, será tenida por locura. Tanto importará seguir la corriente: es el mayor saber a veces no saber, o afectar no saber. Hase de vivir con los otros, y los ignorantes son los más. Para vivir a solas ha de tener, o mucho de Dios, o todo de bestia; mas yo moderaría el aforismo, diciendo: "Antes cuerdo con los demás, que loco a solas". Algunos quieren ser singulares en las quimeras.

Doblar los requisitos de la vida. Es doblar el vivir. No ha de ser única la dependencia, ni se ha de estrechar a una cosa sola, aunque singular: todo ha

de ser doblado, y más las causas del provecho, del favor, del gusto. Es trascendente la mutabilidad de la luna, término de la permanencia, y más las cosas que dependen de humana voluntad, que es quebradiza. Valga contra la fragilidad el retén, y sea gran regla del arte del vivir doblar las circunstancias del bien y de la comodidad. Así como dobló la naturaleza los miembros más importantes y más arriesgados, así el arte los de la dependencia.

No tenga espíritu de contradicción, que es cargarse de necedad y de enfado. Conjurarse ha contra él la cordura: bien puede ser ingenioso el dificultar en todo, pero no se escapa de necio lo porfiado. Hacen éstos guerrilla de la dulce conversación, y así son enemigos más de los familiares que de los que no les tratan. En el más sabroso bocado se siente más la espina que se atraviesa, y eslo la contradicción de los buenos ratos: son necios, perniciosos, que añaden lo fiera a lo bestia.

Ponerse bien en las materias; tomar el pulso luego a los negocios. Vanse muchos, o por las ramas de un inútil discurrir, o por las hojas de una cansada verbosidad, sin topar con la sustancia del caso; dan cien vueltas rodeando un punto, cansándose y cansando, y nunca llegan al centro de la importancia. Procede de entendimientos confusos que no se saben desembarazar. Gastan el tiempo y la paciencia en lo que habían de dejar, y después no la hay para lo que dejaron.

Bástese a sí mismo el sabio. El se era todas sus cosas, y llevándose a sí lo llevaba todo. Si un amigo universal basta hacer Roma, y todo lo restante del universo, séase uno ese amigo de sí propio y podrá vivirse a solas. ¿Quién le podrá hacer falta, si no

hay ni mayor concepto ni mayor gusto que el suyo? Dependerá de sí sola, que es felicidad suma semejar a la entidad suma. El que puede pasar así a solas, nada tendrá de bruto, sino mucho de sabio y todo de Dios.

Arte de dejar estar, y más cuando más revuelta la común mar o la familiar. Hay torbellinos en el humano trato, tempestades de voluntad: entonces es cordura retirarse al seguro puerto del dar vado. Muchas veces empeoran los malos con los remedios. Dejar hacer a la naturaleza allí, y aquí a la moralidad: tanto ha de saber el sabio médico para recetar como para no recetar, y a veces consiste el arte más en el no aplicar remedios. Sea modo de sosegar vulgares torbellinos el alzar la mano y dejar sosegar; ceder al tiempo ahora, será vencer después. Una frente con poca inquietud se enturbia; ni se volverá a serenar procurándolo, sino dejándola. No hay mejor remedio de los desconciertos que dejarlos correr, que así caen de sí propios.

Conocer el día aciago, que los hay. Nada saldrá bien, y aunque se varíe el juego, pero no la mala suerte. A dos lances, convendrá conocerle y retirarse, advirtiendo si está de día o no lo está. Hasta en el entendimiento, hay vez que ninguno supo a todas horas. Es ventura acertar a discurrir, como el escribir bien una carta. Todas las perfecciones dependen de sazón. Ni siempre la belleza está de vez. Desmiéntese la discreción a sí misma, ya cediendo, ya excediendo; y todo, para salir bien, ha de estar de día. Así como en unos todo sale mal, en otros todo bien y con menos diligencias. Todo se lo halla uno hecho: el ingenio está de vez, el genio de temple y todo de estrella. Entonces conviene lograrla, y no despreciar la menor partícula. Pero el varón juicioso, no por

un azar que vió sentencie definitivamente de malo, ni al contrario, de bueno; que pudo ser aquéllo desazón, y esto ventura.

Topar luego con lo bueno en cada cosa. Es dicha del buen gusto. Va luego la abeja a la dulzura para el panal, y la víbora a la amargura para el veneno. Así los gustos, unos a lo mejor y otros a lo peor; no hay cosa que no tenga algo bueno, y más si es libro, por lo pensado. Es, pues, tan desgraciado el genio de algunos, que entre mil perfecciones toparán con sólo un defecto que hubiere, y ése lo censuran y lo celebran; recogedores de las inmundicias de voluntades y de entendimientos, cargando de notas de defectos, que es más castigo de su mal delecto que empleo de su sutileza. Pasan mala vida, pues siempre se ceban de amarguras y hacen pasto de imperfecciones. Más feliz es el gusto de otros, que entre mil defectos toparán luego con una sola perfección que se le cayó a la ventura.

No escucharse. Poco aprovecha agradarse a sí, si no se contenta a los demás; y de ordinario castiga el desprecio común la satisfacción particular. Débese a todos el que se paga de sí mismo. Querer hablar y oirse no sale bien; y si hablarse a solas es locura, escucharse delante de otros será doblada. Achaque de señores es hablar con el bordón del "¿digo algo?" y aquel "¿eh?" que aporrea a los que le escuchan: a cada razón orejan la aprobación o la lisonja, apurando la cordura. También los hinchados hablan con eco, y como su conversación va en chapines de entono, a cada palabra solicita el enfadoso socorro del necio "¡bien dicho!".

Nunca por tema seguir el peor partido, porque el contrario se adelantó y escogió el mejor. Ya comien-

za vencido, y así será preciso ceder desairado. Nunca se vengará bien con el mal: fué astucia del contrario anticiparse a lo mejor, y necedad suya oponérsele tarde con lo peor. Son éstos porfiados de obra, más empeñados que los de palabra, cuanto va más riesgo del hacer al decir: vulgaridad de temáticos no reparar en la verdad por contradecir, ni en la utilidad por litigar. El atento siempre está de parte de la razón, no de la pasión, o anticipándose antes o mejorándose después; que si es necio el contrario, por el mismo caso mudará de rumbo, pasándose a la contraria parte, con que empeorará de partido. Para echarle de lo mejor es único remedio abrazar lo propio, que su necedad le hará dejarlo, y su tema le será desempeño.

No dar en paradojo por huir de vulgar. Los dos extremos son del descrédito. Todo asunto que desdice de la gravedad es ramo de necedad. Lo paradojo es un cierto engaño plausible a los principios, que admira por lo nuevo y por lo picante, pero después, con el desengaño del salir tan mal, queda muy desairado. Es especie de embeleco, y en materias políticas, ruina de los Estados. Los que no pueden llegar, o no se atreven a lo heroico por el camino de la virtud, echan por lo paradojo, admirando necios y sacando verdaderos a muchos cuerdos. Arguye destemplanza en el dictamen, y por eso tan opuesto a la prudencia; y si tal vez no se funda en lo falso, por lo menos en lo incierto, con gran riesgo de la importancia.

Entrar con la ajena para salir con la suya. Es estratagema del conseguir; aun en las materias del cielo encargan esta santa astucia los cristianos maestros. Es un importante disimulo, porque sirve de cebo la concebida utilidad para coger una voluntad: parécele que va delante la suya, y no es más de para abrir camino a la pretensión ajena: nunca se ha de entrar

a lo desatinado, y más donde hay fondo de peligro. También con personas cuya primera palabra suele ser el "no" conviene desmentir el tiro, porque no se advierta la dificultad del conceder; mucho más cuando se presiente la versión. Pertenece este aviso a los de segunda intención, que todos son de la quinta sutileza.

No descubrir el dedo malo, que todo topará allí. No quejarse de él, que siempre sacude la malicia adonde le duele a la flaqueza. No servirá el picarse uno, sino de picar el gusto al entretenimiento: va buscando la mala intención el achaque de hacer saltar; arroja varillas para hallarle el sentimiento; hará la prueba de mil modos hasta llegar al vivo. Nunca el atento se dé por entendido, ni descubra su mal, o personal o heredado, que hasta la fortuna se deleita a veces de lastimar donde más ha de doler. Siempre mortifica en lo vivo: por esto no se ha de descubrir, ni lo que mortifica ni lo que vivifica: uno para que se acabe, otro para que dure.

Mirar por dentro. Hállanse de ordinario ser muy otras las cosas de lo que parecían, y la ignorancia que no pasó de la corteza, se convierte en desengaño cuando se penetra al interior. La mentira es siempre la primera en todo; arrastra necios por vulgaridad continuada. La verdad siempre llega la última y tarde, cojeando con el tiempo. Resérvanle los cuerdos la otra mitad de la potencia que sabiamente duplicó la común madre. Es el engaño muy superficial, y topan luego con él los que lo son. El acierto vive retirado a su interior, para ser más estimado de sus sabios y discretos.

No ser inaccesible. Ninguno hay tan perfecto que alguna vez no necesite de advertencia. Es irremediable de necio el que no escucha. El más exento ha de

dar lugar al amigable aviso; ni la soberanía ha de excluir la docilidad. Hay hombres irremediables por inaccesibles, que se despeñan porque nadie osa llegar a detenerlos. El más entero ha de tener una puerta abierta a la amistad, y será la del socorro. Ha de tener lugar un amigo, para poder con desembarazo avisarle y aun castigarle. La satisfacción le ha de poner en esta autoridad, y el gran concepto de su fidelidad y prudencia. No a todos se les ha de facilitar el respeto, ni aun el crédito; pero tenga en el retrete de su recato un fiel consejo de un confidente, a quien deba y estime la corrección en el desengaño.

Tener el arte de conversar, en que se hace muestra de ser persona. En ningún ejercicio humano se requiere más la atención, por ser el más ordinario del vivir; aquí es el perderse o el ganarse, que si es necesaria la advertencia para escribir una carta, por ser conversación de pensado y por escrito, ¡cuánto más en la ordinaria, donde se hace examen pronto de la discreción! Toman los peritos el pulso al ánimo en la lengua, y en fe de ella dijo el sabio: "Habla, si quieres que te conozca". Tienen algunos por arte en la conversación el ir sin ella, que ha de ser holgada como el vestir; entiéndese entre muy amigos, que cuando es de respeto ha de ser más substancial y que indique la mucha substancia de la persona. Para acertarse, se ha de ajustar al genio y al ingenio de los que tercian; no ha de afectar el ser censor de las palabras, que será tenido por gramático; ni menos fiscal de las razones, que le hurtarán todos el trato y le vendarán la comunicación. La discreción en el hablar importa más que la elocuencia.

Saber declinar a otro los males: tener escudos contra la malevolencia; gran treta de los que gobiernan. No nace de incapacidad, como la malicia piensa,—sí

de industria superior,—tener en quien recaiga la censura de los desaciertos y el castigo común de la murmuración. No todo puede salir bien, ni a todos se puede contentar. Haya, pues, un testa de hierros, terrero de infelicidades, a costa de su misma ambición.

Saber vender sus cosas. No basta la extrínseca bondad de ellas; que no todos muerden la substancia ni miran por dentro. Acuden los más adonde hay concurso: van porque ven ir a otros. Es gran parte del artificio saber acreditar unas veces celebrando,—que la alabanza es solicitadora del deseo,—otras dando buen nombre,—que es un gran modo de sublimar, desmintiendo siempre la afectación. El destinar para solos los entendidos es picón general, porque todos se lo piensan, y cuando no, la privación espoleará el deseo. Nunca se han de acreditar de fáciles ni de comunes los asuntos, que más es vulgarizarlos que facilitarlos; todos pican en lo singular, por más apetecible, tanto al gusto como al ingenio.

Pensar anticipado. Hoy para mañana, y aun para muchos días. La mayor providencia es tener horas de ella; para prevenidos no hay acasos, ni para apercibirlos aprietos. No se ha de aguardar el discurrir para el ahogo, y ha de ir de antemano; prevenga con la madurez del reconsejo el punto más crudo. Es la almohada sibila muda, y el dormir sobre los puntos vale más que el desvelarse debajo de ellos. Algunos obran y después piensan; aquéllo más es buscar excusas que consecuencias; otros, ni antes ni después. Toda la vida ha de ser pensar para acertar el rumbo; el reconsejo y providencia dan arbitrio de vivir anticipado.

Nunca acompañarse con quien le pueda deslucir, tanto por más cuanto por menos. Lo que excede en

perfección excede en estimación; hará el otro el primer papel siempre, y él el segundo, y si le alcanzase algo de aprecio, serán las sobras de aquél. Campea la luna mientras una entre las estrellas, pero en saliendo el sol, o no parece o desaparece. Nunca se arrime a quien le eclipse, sino a quien le realce. De esta suerte pudo parecer hermosa la discreta fábula de Marcial: "y lució entre la fealdad o el desaliño de sus doncellas". Tampoco ha de peligrar de mal de lado, ni honrar a otros a costa de su crédito, para hacerse vaya con los eminentes, para hecho entre los medianos.

Huya de entrar a llenar grandes vacíos, y si se empeña, sea con seguridad del exceso. Es menester doblar el valor para igualar al del pasado. Así como es ardid que el que se sigue sea tal que le haga deseado, así es sutileza que el que acabó no le eclipse. Es dificultoso llenar un gran vacío, porque siempre lo pasado pareció mejor, y aun la igualdad no bastará, porque está en posesión de primero. Es, pues, necesario añadir prendas para echar a otro de su posesión en el mayor concepto.

No ser fácil ni en creer, ni en querer. Conócese la madurez en la espera de la credulidad: es muy ordinario el mentir, sea extraordinario el creer. El que ligeramente se movió, hállase después corrido; pero no se ha de dar a entender la duda de la fe ajena, que pasa de descortesía a agravio, porque se le trata al que contesta de engañador o engañado. Y aun no es ése el mayor inconveniente, cuanto que el no creer es indicio del mentir; porque el mentiroso tiene dos males: que ni cree ni es creído. La suspensión del juicio es cuerda en el que oye, y remítase de fe al autor aquél que dice: "También es especie de imprudencia la facilidad en el querer"; que si se miente

con la palabra, también con las cosas; y es más pernicioso este engaño, por la obra.

Arte en el apasionarse. Si es posible, prevenga la prudente reflexión la vulgaridad del ímpetu; no le será dificultoso al que fuere prudente. El primer paso del apasionarse es advertir que se apasiona, que es entrar con señorío del afecto, tanteando la necesidad hasta tal punto de enojo y no más; con esta superior reflexa éntre y salga en una ira. Sepa parar bien y a su tiempo, que lo más dificultoso del correr está en el parar. Gran prueba de juicio conservarse cuerdo en los trances de locura: todo exceso de pasión degenera de lo racional, pero con esta magistral atención nunca atropellará la razón, ni pisará los términos de la sindéresis. Para saber hacer mal a una pasión es menester ir siempre con la rienda en la atención; y será el primer cuerdo a caballo, si no el último.

Amigos de elección. Que lo han de ser a examen de la discreción y a prueba de la fortuna; graduados no sólo de la voluntad, sino del entendimiento. Y con ser el más importante acierto del vivir, es el menos asistido del cuidado. Obra el entretenimiento en algunos y el acaso en los más; es definido uno por los amigos que tiene, que nunca el sabio concordó con ignorantes; pero el gustar de uno no arguye intimidad, que puede proceder más del buen rato de su graciosidad que de la confianza de su capacidad. Hay amistades legítimas y otras adulterinas; éstas para la delectación, aquéllas para la fecundidad de aciertos. Hállanse pocos de la persona, y muchos de la fortuna. Más aprovecha un buen entendimiento de un amigo que muchas buenas voluntades de otro: haya, pues, elección y no suerte. Un sabio sabe excusar pesares, y el necio amigo los acarrea. Ni desearles mucha fortuna, si no los quiere perder.

No engañarse en las personas, que es el peor y más fácil engaño. Más vale ser engañado en el precio que en la mercadería, ni hay cosa que más necesite mirarse por dentro. Hay diferencia entre el entender las cosas y conocer las personas, y es gran filosofía alcanzar los genios y distinguir los humores de los hombres: tanto es menester tener estudiados los sujetos como los libros.

Saber usar de los amigos. Hay en esto su arte de discreción: unos son buenos para de lejos y otros para de cerca, y el que tal vez no fué bueno para la conversación, lo es para la correspondencia. Purifica la distancia algunos defectos que eran intolerables a la presencia. No sólo se ha de procurar en ellos conseguir el gusto, sino la utilidad, que ha de tener las tres calidades del bien. Otros dicen las del ente: uno, bueno y verdadero, porque el amigo es todas las cosas. Son pocos para buenos, y el no saberlos elegir los hace menos. Saberlos conservar es más que el hacerlos amigos. Búsquense tales que hayan de durar, y aunque al principio sean nuevos, baste para satisfacción que podrán hacerse viejos. Absolutamente, los mejores son los muy salados, aunque se gaste una hanega en la experiencia. No hay desierto como vivir sin amigos: la amistad multiplica los bienes y reparte los males; es único remedio contra la adversa fortuna, y un desahogo del alma.

Saber sufrir necios. Los sabios siempre fueron mal sufridos, que quien añade ciencia añade impaciencia. El mucho conocer es dificultoso de satisfacer. La mayor regla del vivir, según Epicteto, es el sufrir, y a esto redujo la mitad de la sabiduría. Si todas las necedades se han de tolerar, mucha paciencia será menester. A veces sufrimos más de quien más dependemos, que importa para el ejercicio del vencerse.

Nace del sufrimiento la inestimable paz, que es la felicidad de la tierra; y el que no se hallare con ánimo de sufrir, apele al retiro de sí mismo, si es que aun a sí mismo se ha de poder tolerar.

Hablar de atento; con los émulos por cautela, con los demás por decencia. Siempre hay tiempo para enviar la palabra, pero no para volverla. Hase de hablar como en testamento; que a menos palabras, menos pleitos. En lo que no importa se ha de ensayar uno para lo que importare: la arcanidad tiene visos de divinidad: el más fácil a hablar cerca está de ser vencido y convencido.

Conocer los defectos dulces. El hombre más perfecto no se escapa de algunos, y se casa y se amanceba con ellos. Haylos en el ingenio, y mayores en el mayor, o se advierten más. No porque no los conozca el mismo sujeto, sino porque los ama. Dos males juntos: apasionarse, y por vicios. Son lunares de la perfeccción; ofenden tanto a los de afuera, cuanto a los mismos les suenan bien. Aquí es el gallardo vencerse y dar esta felicidad a los demás realces: todos topan allí, y cuando habían de celebrar lo mucho bueno que admiran, se detienen donde reparan, afeando aquéllo por desdoro de las demás prendas.

Saber triunfar de la emulación y malevolencia. Poco es ya el desprecio aunque prudente, más es la galantería. No hay bastante aplauso a un decir bien: del que dice mal no hay venganza más heroica que con méritos y prendas, que vencen y atormentan a la invidia. Cada felicidad es un apretón de cordeles al mal afecto, y es un infierno del émulo la gloria del emulado. Este castigo se tiene por el mayor: hacer veneno de la felicidad. No muere de una vez el envidioso, sino tantas cuantas vive a voces de aplausos

el envidiado, compitiendo la perennidad de la fama del uno con la penalidad del otro: es inmortal éste para sus glorias y aquél para sus penas. El clarín de la fama que toca a inmortalidad, al uno publica muerte, para el otro sentenciándole al suspendio de tan envidiosa suspensión.

Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado. Es desventura para unos la que suele ser ventura para otros; que no fuera uno dichoso si no fueran muchos otros desdichados. Es propio de infelices conseguir la gracia de las gentes, que quiere recompensar ésta con su favor inútil los disfavores de la fortuna; y vióse tal vez que, el que en la prosperidad fué aborrecido de todos, en la adversidad compadecido de todos. Trocóse la venganza de ensalzado en compasión de caído. Pero el sagaz atienda al barajar de la suerte. Hay algunos que nunca van sino con los desdichados, y ladean hoy por infeliz al que huyeron ayer por afortunado; arguye tal vez nobleza del natural, pero no sagacidad.

Echar al aire algunas cosas. Para examinar la aceptación, un ver cómo se reciben, y más las sospechosas de acierto y de agrado. Asegúrase el salir bien, y queda lugar o para el empeño o para el retiro. Tanteánse las voluntades de esta suerte, y sabe el atento dónde tiene los pies: prevención máxima del pedir, del querer y del gobernar.

Hacer buena guerra. Puédenle obligar al cuerdo a hacerla, pero no mala: cada uno ha de obrar como quien es, no como le obligan. Es plausible la galantería en la emulación: ha de pelear no sólo para vencer en el poder, sino en el modo. Vencer a lo ruin no es gloria, sino rendimiento. Siempre fué superioridad

la generosidad: el hombre de bien nunca se vale de armas vedadas, y sonlo las de la amistad acabada para el odio comenzado, que no se ha de valer de la confianza para la venganza. Todo lo que huele a traición inficiona el buen nombre. En personajes obligados se extraña más cualquier átomo de bajeza; han de distar mucho la nobleza de la vileza. Préciese de que, si la galantería, la generosidad y la fidelidad se perdiesen en el mundo, se habían de buscar en su pecho.

Diferenciar el hombre de palabras del de obras. Es única precisión, así como la del amigo, de la persona o del empleo, que son muy diferentes. Malo es no teniendo palabra buena no tener obra mala; peor no teniendo palabra mala no tener obra buena. Ya no se come de palabras, que son viento, ni se vive de cortesías, que es un cortés engaño. Cazar las aves con luz es el verdadero encandilar. Los desvanecidos se pagan del viento; las palabras han de ser prendas de las obras, y así han de tener el valor. Los árboles que no dan fruto, sino hojas, no suelen tener corazón. Conviene conocerlos, unos para provecho, otros para sombra.

Saberse ayudar. No hay mejor compañía en los grandes aprietos que un buen corazón; y cuando flaqueare, se ha de suplir de las partes que le están cerca. Hácensele menores los afanes a quien se sabe valer. No se rinde a la fortuna, que se le acabará de hacer intolerable. Ayúdanse poco algunos en sus trabajos, y dóblanlos con no saberlos llevar. El que ya se conoce, socorre con la consideración a su flaqueza; y el discreto de todo sale con victoria, hasta de las estrellas.

No dar en monstruos de la necedad. Sonlo todos los desvanecidos, presentuosos, porfiados, caprichosos

persuadidos, extravagantes, figureros, graciosos, noveleros, paradojos, sectarios y todo género de hombres destemplados, monstruos todos de la impertinencia. Toda monstruosidad del ánimo es más disforme que la del cuerpo, porque desdice de la belleza superior. Pero ¡quién corregirá tanto desconcierto común! Donde falta la sindéresis no queda lugar para la dirección, y la que había de ser observación refleja de la irrisión, es una mal concebida presunción de aplauso imaginado.

Atención a no errar una, más que a acertar ciento. Nadie mira al sol resplandeciente; y todos, eclipsado. No le contará la nota vulgar las que acertare, sino las que errare. Más conocidos son los malos para murmurados que los buenos para aplaudidos; ni fueron conocidos muchos hasta que delinquieron: ni bastan todos los aciertos juntos a desmentir un solo y mínimo desdoro: y desengáñese todo hombre, que le serán notadas todas las malas, pero ninguna buena, de la malevolencia.

Usar del retén en todas las cosas. Es asegurar la importancia. No todo el caudal se ha de emplear ni se han de sacar todas las fuerzas cada vez. Aun en el saber ha de haber resguardo, que es un doblar las perfecciones: siempre ha de haber a qué apelar en un aprieto de salir mal; más obra el socorro que el acometimiento, porque es de valor y de crédito. El proceder de la cordura siempre fué al seguro; y aun en este sentido es verdadera aquella paradoja picante: "Más es la mitad que el todo."

No gastar el favor. Los amigos grandes son para las grandes ocasiones: no se ha de emplear la confianza mucha en cosas pocas, que sería desperdicio de la

gracia: la sagrada áncora se reserva siempre para el último riesgo. Si en lo poco se abusa de lo mucho, ¿qué quedará para después? No hay cosa que más valga que los valedores, ni más preciosa hoy que el favor: hace y deshace en el mundo, hasta dar ingenio o quitarlo. A los sabios, lo que les favorecieron naturaleza y fama les envidió la fortuna. Más es saber conservar las personas, y tenerlas, que los haberes.

No empeñarse con quien no tiene que perder. Es reñir con desigualdad. Entra el otro con desembarazo porque trae hasta la vergüenza perdida; remató con todo, no tiene más que perder, y así se arroja a toda impertinencia. Nunca se ha de exponer a tan cruel riesgo la inestimable reputación. Costó muchos años de ganar, y viene a perderse en un punto de un puntillo. Hiela un desaire mucho lucido sudor. Al hombre de obligaciones hácele reparar el tener mucho que perder, mirando por su crédito: mira por el contrario, y como se empeña con atención, procede con tal detención, que da tiempo a la prudencia para retirarse con tiempo, y poner en cobro el crédito. Ni con el vencimiento se llegará a ganar lo que se perdió ya con el exponerse a perder.

No ser de vidrio en el trato y menos en la amistad. Quiebran algunos con gran facilidad, descubriendo la poca consistencia; llénanse a sí mismos de ofensión, a los demás de enfado. Muestran tener la condición más niña que las de los ojos, pues no permite ser tocada ni de burlas, ni de veras; oféndenla las motas, que no son menester ya notas. Han de ir con gran tiento los que las tratan, atendiendo siempre a sus delicadezas: guárdanle los aires, porque el más leve desaire los desazona. Son éstos ordinariamente muy suyos, esclavos de su gusto, que por él atropellarán con todo, idólatras de sus honrillas. La condición del

amante tiene la mitad de diamante en el durar y en el resistir.

No vivir aprisa. El saber repartir las cosas es saberlas gozar. A muchos les sobra la vida y se les acaba la felicidad; malogran los contentos, que no los gozan, y querrían después volver atrás cuando se hallan tan adelante. Postillones del vivir, que a más del común correr del tiempo, añaden ellos su atropellamiento genial. Querrían devorar en un día lo que apenas podrán digerir en toda la vida. Viven adelantados en las felicidades, cómense los años por venir, y como van con tanta priesa, acaban presto con todo. Aun en el querer saber ha de haber modo para no saber las cosas mal sabidas. Son más los días que las dichas. En el gozar, a espacio; en el obrar, aprisa. Las hazañas, bien están, hechas; los contentos, mal, acabados.

Hombre sustancial,—y el que lo es no se paga de los que no lo son. Infeliz es la eminencia que no se funda en la sustancia. No todos los que lo parecen son hombres: hay los de embuste, que conciben de quimera y paren embelecos; y hay otros sus semejantes, que los apoyan y gustan más de lo incierto que promete un embuste,—por ser mucho,—que de lo cierto que asegura una verdad,—por ser pocos. Al cabo sus caprichos salen mal, porque no tienen fundamento de entereza. Sola la verdad puede dar reputación verdadera, y la sustancia entra en provecho. Un embeleco ha menester otros muchos, y así toda la fábrica es quimera; y como se funda en el aire, es preciso venir a tierra. Nunca llega a viejo un desconcierto: el ver lo mucho que promete, basta [a] hacerlo sospechoso, así como lo que prueba demasiado es imposible.

Saber o escuchar a quien sabe. Sin entendimiento no se puede vivir, o propio o prestado; pero hay muchos que ignoran que no saben, y otros que piensan que saben, no sabiendo. Achaques de necedad son irremediables, que como los ignorantes no se conocen, tampoco buscan lo que les falta. Serían sabios algunos, si no creyesen que lo son. Con esto, aunque son raros los oráculos de cordura, viven ociosos, porque nadie los consulta. No disminuye la grandeza ni contradice la capacidad el aconsejarse; antes el aconsejarse bien, la acredita. Debata en la razón, para que no le combata la desdicha.

Excusar llanezas en el trato. Ni se han de usar ni se han de permitir. El que se allana pierde luego la superioridad que le daba su entereza, y tras ella la estimación. Los astros, no rozándose con nosotros, se conservan en su esplendor; la divinidad solicita decoro. Toda humanidad facilita el desprecio. Las cosas humanas, cuanto se tienen más, se tienen en menos; porque con la comunicación se comunican las imperfecciones que se encubrían con el recato. Con nadie es conveniente el allanarse: no con los mayores, por el peligro, ni con los inferiores por la indecencia. Menos con la villanía que es atrevida por lo necio; y no reconociendo el favor que se le hace, presume obligación. La facilidad es ramo de vulgaridad.

Creer al corazón, y más cuando es de prueba. Nunca le desmienta, que suele ser pronóstico de lo que más importa: oráculo casero. Perecieron muchos de lo que se temían; mas ¿de qué sirvió el temerlo sin el remediarlo? Tienen algunos muy leal el corazón: ventaja del superior natural, que siempre los previene y toca a infelicidad para el remedio. No es cordura salir a recibir los males, pero sí el salirles al encuentro para vencerlos.

La retentiva es el sello de la capacidad: pecho sin secreto, es carta abierta: donde hay fondo, están los secretos profundos; que hay grandes espacios y ensenadas donde se hunden las cosas de monta. Procede de un gran señorío de sí, y el vencerse en esto es el verdadero triunfar. A tantos pagan pecho, a cuantos se descubre. En la templanza interior consiste la salud de la prudencia. Los riesgos de la retentiva son la ajena tentativa: el contradecir para torcer; el tirar varillas para hacer. Saldrá aquí el atento más cerrado. Las cosas que se han de hacer no se han de decir, y las que se han de decir no se han de hacer.

Nunca regirse por lo que el enemigo había de hacer. El necio nunca hará lo que el cuerdo juzga, porque no alcanza lo que conviene. Si es discreto, tampoco, porque querrá desmentirle el intento penetrado, y aun prevenido. Hanse de discurrir las materias por entrambas partes, y resolverse por el uno y otro lado, disponiéndolas a dos vertientes. Son varios los dictámenes: esté atenta la indiferencia, no tanto para lo que será, cuanto para lo que puede ser.

Sin mentir, no decir todas las verdades. No hay cosa que requiera más tiento que la verdad: que es un sangrarse del corazón. Tanto es menester para saberla decir como para saberla callar. Piérdese con sola una mentira todo el crédito de la entereza: es tenido el engaño por falto y el engañador por falso, que es peor. No todas las verdades se pueden decir: unas porque me importan a mí, otras porque al otro.

Un grano de audacia con todo, es importante cordura. Hase de moderar el concepto de los otros, para no concebir tan altamente de ellos que les tema; nunca rinda la imaginación al corazón. Parecen mucho algunos, hasta que se tratan; pero el comunicarlos,

más sirvió de desengaño que de estimación. Ninguno excede los cortos límites de hombre; todos tienen su sino, unos en el ingenio, otros en el genio. La dignidad da autoridad aparente, pocas veces le acompaña la personal, que suele vengar la suerte la superioridad del cargo en la inferioridad de los méritos. La imaginación se adelanta siempre y pinta las cosas mucho más de lo que son. No sólo concibe lo que hay, sino lo que pudiera haber. Corrija la razón tan desengañada a experiencias; pero ni la necedad ha de ser atrevida, ni la virtud temerosa. Y si a la simplicidad le valió la confianza ¿cuánto más al valor y al saber?

No aprender fuertemente. Todo necio es persuadido, y todo persuadido necio, y cuanto más erróneo su dictamen es mayor su tenacidad. Aun en caso de evidencia es ingenuidad el ceder; que no se ignora la razón que tuvo, y se conoce la galantería que tiene. Más se pierde con el arrimamiento que se puede ganar con el vencimiento. No es defender la verdad, sino la grosería. Hay cabezas de hierro, dificultosas de convencer con extremo irremediable; cuando se junta lo caprichoso con lo persuadido, cánsanse indisolublemente con la necedad. El tesón ha de estar en la voluntad, no en el juicio. Aunque hay casos de excepción para no dejarse perder y ser vencido dos veces: una en el dictamen, otra en la ejecución.

No ser ceremonial. Que aun en un rey la afectación en esto fué solemnizada por singularidad. Es enfadoso el puntuoso, y hay nociones tocadas de esta delicadeza. El vestido de la necedad se cose de estos puntos. Idólatras de su honra, y que muestran que se funda sobre poco, pues se temen que todo la pueda ofender. Bueno es mirar por el respeto, pero no sea tenido por gran maestro de cumplimientos. Bien es verdad que el hombre sin ceremonias necesita de ex-

celentes virtudes. Ni se ha de afectar, ni se ha de despreciar la cortesía: no muestra ser grande el que repara en puntillos.

Nunca exponer el crédito a prueba de sola una vez, que si no sale bien aquélla, es irreparable el daño. Es muy contingente errar una y más la primera: no siempre está uno de ocasión, que por eso se dijo "estar de día". Afiance, pues, la segunda a la primera; si se errare y si se acertare, será la primera desempeño de la segunda. Siempre ha de haber recurso a la mejoría, y apelación a más: dependen las cosas de contingencias, y de muchas; y así, es rara la felicidad del salir bien.

Conocer los defectos por más autorizados que estén. No desconozca la entereza del vicio, aunque se revista de brocado: corónase tal vez de oro, pero no por eso se puede disimular el yerro. No pierde la esclavitud de su vileza, aunque se desmienta con la nobleza del sujeto. Bien pueden estar los vicios realzados, pero no son realces. Ven algunos que aquél héroe tuvo aquel accidente, pero no ven que no fué héroe por aquello. Es tan retórico el ejemplo superior, que aun las fealdades persuade; hasta las del rostro afectó tal vez la lisonja, no advirtiendo que, si en la grandeza se disimulan, en la bajeza se abominan.

Todo lo favorable, obrarlo por sí; todo lo odioso, por terceros. Con lo uno se concilia la afición, con lo otro se declina la malevolencia. Mayor gusto es hacer bien que recibirlo, para grandes hombres, que es felicidad de su generosidad. Pocas veces se da disgusto a otro sin tomarlo, o por compasión o por repasión. Las causas superiores no obran sin el premio o el apremio. Influya inmediatamente el bien y mediatamente el mal. Tenga donde den los golpes del des-

contento, que son el odio y la murmuración. Suele ser la rabia vulgar, como la canina, que desconociendo la causa de su daño, revuelve contra el instrumento; y aunque éste no tenga la culpa principal, padece la pena de inmediato.

Traer qué alabar es crédito del gusto, que indica tenerlo hecho a lo muy bueno y que se le debe la estimación de lo de acá. Quien supo conocer antes la perfección, sabrá estimarla después. Da materia a la conversación y a la imitación, adelantando las plausibles noticias. Es un político modo de vender la cortesía a las perfecciones presentes; otros al contrario, traen siempre qué vituperar, haciendo lisonja a lo presente, con el desprecio de lo ausente. Sáleles bien con los superficiales, que no advierten la treta del decir mucho mal de unos con otros. Hacen política algunos de estimar más las medianías de hoy que los extremos de ayer. Conozca el atento estas sutilezas del llegar, y no le cause desmayo la exageración del uno ni engreimiento la lisonja del otro; y entienda que del mismo modo proceden en las unas partes que en las otras: truecan los sentidos, y ajústanse siempre al lugar en que se hallan.

Valerse de la privación ajena, que si llega a deseo es el más eficaz torcedor. Dijeron ser nada los filósofos, y ser el todo los políticos. Estos la conocieron mejor. Hacen grada unos para alcanzar sus fines del deseo de los otros. Válense de la ocasión, y en la dificultad de la consecución, irritanle el apetito. Prométense más del conato de la pasión que de la tibieza de la posesión; y al paso que crece la repugnancia, se apasiona más el deseo. Gran sutileza del conseguir el intento, conservar las dependencias.

Hallar el consuelo en todo. Hasta de inútiles lo es

el ser eternos. No hay afán sin conorte: los necios le tienen en ser venturosos, y también se dijo "ventura de fea". Para vivir mucho es arbitrio valer poco. La vasija quebrantada es la que nunca se acaba de romper, que enfada con su durar. Parece que tiene envidia la fortuna a las personas más importantes, pues iguala la duración con la inutilidad de las unas, la importancia con la brevedad de las otras. Faltarán cuantos importaren, y permanecerá eterno el que es de ningún provecho, ya porque lo parece, ya porque realmente es así. Al desdichado parece que se conciertan en olvidarle la suerte y la muerte.

No pagarse de la mucha cortesía, que es especie de engaño. No necesitan algunos para hechizar de las hierbas de Tesalia, que con sólo el buen aire de una gorra encantan necios, digo desvanecidos. Hacen precio de la honra, y pagan con el viento de unas buenas palabras. Quien lo promete todo, promete nada, y el prometer es desliz para necios. La cortesía verdadera es deuda, la afectada engaño, y más la desusada; no es decencia, sino dependencia. No hacen la reverencia a la persona, sino a la fortuna y la lisonja; no a las prendas que reconoce, sino a las utilidades que espera.

Hombre de gran paz, hombre de mucha vida. Para vivir, dejar vivir. No sólo viven los pacíficos, sino que reinan. Hase de oir y ver, pero callar. El día sin pleito hace la noche soñolienta. Vivir mucho y vivir con gusto es vivir por dos, y fruto de la paz. Todo lo tiene a quien no se le da nada de lo que no le importa. No hay mayor despropósito que tomarlo todo de propósito. Igual necedad que le pase el corazón a quien no le toca, y que no le entre de los dientes adentro a quien le importa.

Atención al que entra con la ajena por salir con la suya. No hay reparo para la astucia como la advertencia. Al entendido, un buen entendedor. Hacen algunos ajeno el negocio propio, y sin la contracifra de intenciones se halla a cada paso empeñado uno en sacar del fuego el provecho ajeno, con daño de su mano.

Concebir de sí y de sus cosas cuerdamente, y más al comenzar a vivir. Conciben todos altamente de sí, y más los que menos son. Suéñase cada uno su fortuna, y se imagina un prodigio. Empéñase desatinadamente la esperanza, y después nada cumple la experiencia. Sirve de tormento a su imaginación vana el desengaño de la realidad verdadera. Corrija la cordura semejantes desaciertos, y aunque puede desear lo mejor, siempre ha de esperar lo peor para tomar con ecuanimidad lo que viniere. Es destreza asestar algo más alto para ajustar el tiro, pero no tanto que sea desatino el comenzar los empleos. Es precisa esta reformación de concepto, que suele desatinar la presunción sin la experiencia. No hay medicina más universal para todas necedades que el seso. Conozca cada uno la esfera de su actividad y estado, y podrá regular con la realidad el concepto.

Saber estimar. Ninguno hay que no pueda ser maestro de otro en algo; ni hay quien no exceda al que excede. Saber desfrutar a cada uno es útil saber: el sabio estima a todos, porque reconoce lo bueno en cada uno, y sabe lo que cuestan las cosas, de hacerse bien. El necio desprecia a todos, por ignorancia de lo bueno y por elección de lo peor.

Conocer su estrella. Ninguno tan desvalido que no la tenga, y si es desdichado es por no conocerla. Tienen unos cabida con príncipes y poderosos sin saber cómo ni por qué, sino que su misma suerte les facili-

tó el favor; sólo queda para la industria el ayudarla. Otros se hallan con la gracia de los sabios: fué alguno más acepto en una nación que en otra, y más bien visto en esta ciudad que en aquélla. Experiméntase también más dicha en un empleo y estado que en los otros, y todo esto en igualdad y aun identidad de méritos. Baraja como y cuando quiere la suerte: conozca la suya cada uno, así como su Minerva, que va el perderse o el ganarse. Sépala seguir y ayudar; no las trueque, que sería errar el norte a que le llama la vecina bocina.

Nunca embarazarse con necios. Eslo el que no los conoce, y más el que, conocidos, no los descarta. Son peligrosos para el trato superficial, y perniciosos para la confidencia. Y aunque algún tiempo los contenga su recelo propio y el cuidado ajeno, al cabo hacen la necedad, o la dicen, y si tardaron, fué para hacerla más solemne. Mal puede ayudar al crédito ajeno quien no le tiene propio; son infelicísimos, que es el sobrehueso de la necedad, y se pagan una y otra. Sola una cosa tienen menos mala, y es que, ya que a ellos los cuerdos no les son de algún provecho, ellos sí de mucho a los sabios, o por noticia o por escarmiento.

Saberse trasplantar. Hay naciones que para valer se han de remudar, y más en puestos grandes. Son las patrias madrastras de las mismas eminencias: reina en ellas la envidia como en tierra connatural, y más se acuerdan de las imperfecciones con que uno comenzó, que de la grandeza a que ha llegado: un alfiler pudo conseguir estimación, pasando de un mundo a otro, y un vidro puso en desprecio al diamante porque se trasladó. Todo lo extraño es estimado, ya porque vino de lejos, ya porque se logra hecho y en su perfección. Sujetos vimos que ya fueron el desprecio de su rincón, y hoy son la honra del mundo, siendo

estimados de los propios y extraños; de los unos porque los miran de lejos, de los otros porque lejos. Nunca bien venerará la estatua en el ara el que la conoció tronco en el huerto.

Saberse hacer lugar a lo cuerdo, no a lo entremetido. El verdadero camino para la estimación es el de los méritos, y si la industria se funda en el valor, es atajo para el alcanzar. Sola la entereza no basta, sola la solicitud es indigna, que llegan tan enlodadas las cosas, que son asco de la reputación. Consiste en un medio de merecer y de saberse introducir.

Tener que desear. Para no ser felizmente desdichado, respira el cuerpo y anhela el espíritu. Si todo fuere posesión, todo será desengaño y descontento; aun en el entendimiento siempre ha de quedar qué saber en que se cebe la curiosidad. La esperanza alienta; los hartazgos de felicidad son mortales. En el premiar es destreza nunca satisfacer: si nada hay que desear, todo es de temer: dicha desdichada. Donde acaba el deseo comienza el temor.

Son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen. Alzóse con el mundo la necedad, y si hay algo de sabiduría, es estulticia con la del cielo; pero el mayor necio es el que no se lo piensa y a todos los otros difine. Para ser sabio, no basta parecerlo, menos parecérselo: aquél sabe que piensa que no sabe; y aquél no ve que los otros ven. Con estar todo el mundo lleno de necios, ninguno hay que lo piense, ni aun lo recele.

Dichos y hechos hacen un varón consumado. Hase de hablar lo muy bueno y obrar lo muy honroso; la una es perfección de la cabeza, la otra del corazón, y entrambas nacen de la superioridad del ánimo. Las

palabras son sombra de los hechos: son aquéllas las hembras, éstos los varones. Más importa ser celebrado que ser celebrador. Es fácil el decir y difícil el obrar. Las hazañas son la sustancia del vivir, y las sentencias el ornato: la eminencia en los hechos dura, en los dichos pasa. Las acciones son el fruto de las atenciones: los unos sabios, los otros hazañosos.

Conocer las eminencias de su siglo. No son muchas: un fénix en todo un mundo, un gran capitán, un perfecto orador, un sabio en todo un siglo, un eminente rey en muchos. Las medianías son ordinarias en número y aprecio, las eminencias raras en todo, porque piden complemento de perfección, y cuanto más sublime la categoría, más dificultoso el extremo. Muchos los tomaron los renombres de magnos a César y Alejandro, pero en vacío, que sin los hechos no es más la voz que un poco de aire: pocos Sénecas ha habido, y un solo Apeles celebró la fama.

Lo fácil se ha de emprender como dificultoso y lo dificultoso como fácil. Allí porque la confianza no descuide, aquí porque la desconfianza no desmaye: no es menester más para que no se haga la cosa que darla por hecha. Y al contrario, la diligencia allana la imposibilidad. Los grandes empeños aun no se han de pensar: basta ofrecerse, porque la dificultad advertida no ocasione el reparo.

Saber jugar del desprecio. Es treta para alcanzar las cosas despreciarlas. No se hallan comúnmente cuando se buscan, y después al descuido se vienen a la mano. Como todas las de acá son sombras de las eternas, participan de la sombra aquella propiedad: huyen de quien las sigue y persiguen a quien las huye. Es también el desprecio la más política venganza. Unica máxima de sabios, nunca defenderse con la

pluma, que deja rastro, y viene a ser más gloria de la emulación que castigo del atrevimiento. Astucia de indignos oponerse a grandes hombres para ser celebrado por indirecta, cuando no lo merecían de derecho. Que no conociéramos a muchos si no hubieran hecho caso de ellos los excelentes contrarios. No hay venganza como el olvido, que es sepultarlos en el polvo de su nada. Presumen, temerarios, hacerse eternos, pegando fuego a las maravillas del mundo y de los siglos. Arte de reformar la murmuración, no hacer caso: impugnarla causa perjuicio, y si crédito, descrédito. A la emulación, complacencia; que aun aquella sombra de desdoro deslustra, ya que no escurece del todo la mayor perfección.

Sépase que hay vulgo en todas partes, en la misma Corinto, en la familia más selecta. De las puertas adentro de su casa lo experimenta cada uno. Pero hay vulgo y revulgo, que es peor. Tiene el especial las mismas propiedades que el común, como los pedazos del quebrado espejo, y aún más perjudicial. Habla a lo necio y censura a lo impertinente; gran discípulo de la ignorancia, padrino de la necedad y aliado de la hablilla. No se ha de atender a lo que dice y menos a lo que siente. Importa conocerlo para librarse de él, o como parte o como objeto; que cualquiera necedad es vulgaridad, y el vulgo se compone de necios.

Usar del reporte. Hase de estar más sobre el caso en los acasos. Son los ímpetus de las pasiones deslizaderos de la cordura, y allí es el riesgo de perderse. Adelántase uno más en un instante de furor o contento que en muchas horas de indiferencia. Corre tal vez en breve rato, para correrse después toda la vida. Traza la ajena astuta intención estas tentaciones de prudencia para descubrir tierra o ánimo; válese de semejantes torcedores de secretos, que suelen apurar

el mayor caudal. Sea contra ardid el reporte, y más en las prontitudes; mucha reflexión es menester para que no se desboque una pasión, y gran cuerdo el que a caballo lo es. Va con tiento el que concibe el peligro. Lo que parece ligera la palabra al que la arroja, le parece pesada al que la recibe y la pondera.

No morir de achaque de necio. Comúnmente, los sabios mueren faltos de cordura. Al contrario, los necios hartos de consejo. Morir de necio es morir de discurrir sobrado. Unos mueren porque sienten, y otros viven porque no sienten. Y así, unos son necios porque no mueren de sentimiento, y otros lo son porque mueren de él. Necio es el que muere de sobrado entendido: de suerte que unos mueren de entendedores y otros viven de no entendidos; pero con morir muchos de necios, pocos necios mueren.

Librarse de las necedades comunes es cordura bien especial. Están muy validas por lo introducido, y algunos, que no se rindieron a la ignorancia particular, no supieron escaparse de la común. Vulgaridad es no estar contento ninguno con su suerte, aun la mayor, ni descontento de su ingenio, aunque el peor. Todos codician, con descontento de la propia, la felicidad ajena. También alaban los de hoy las cosas de ayer, y los de acá las de allende. Todo lo pasado parece mejor, y todo lo distante es más estimado. Tan necio es el que se ríe de todo como el que se pudre de todo.

Saber jugar de la verdad. Es peligrosa, pero el hombre de bien no puede dejar de decirla. Ahí es menester el artificio. Los diestros médicos del ánimo intentaron el modo de endulzarla; que cuando toca en el desengaño es la quinta esencia de lo amargo. El buen modo se vale aquí de su destreza. Con una misma verdad lisonjea uno y aporrea a otro. Hase de ha-

blar a los presentes en los pasados. Con el buen entendedor basta brujulear; y cuando nada bastare, entra el caso de enmudecer. Los príncipes no se han de curar con cosas amargas: para eso es [el] arte de dorar los desengaños.

En el cielo todo es contento; en el infierno todo es pesar. En el mundo, como en medio, uno y otro. Estamos entre dos extremos, y así se participa de entrambos. Altérnanse las suertes: ni todo ha de ser felicidad, ni todo adversidad. Este mundo es un cero: a solas, vale nada, juntándolo con el cielo, mucho. La indiferencia a su variedad es cordura, ni es de sabios la novedad. Vase empeñando nuestra vida como en comedia: al fin viene a desenredarse: la atención, pues, al acabar bien.

Reservarse siempre las últimas tretas del arte. Es de grandes maestros, que se valen de su sutileza en el mismo enseñarla. Siempre ha de quedar superior y siempre maestro. Hase de ir con arte en comunicar el arte; nunca se ha de agotar la fuente del enseñar, así como ni la del dar. Con eso se conserva la reputación y la dependencia. En el agradar y en el enseñar se ha de observar aquella gran lición de ir siempre cebando la admiración y adelantando la perfección. El retén en todas las materias fué gran regla de vivir, de vencer, y más en los empleos más sublimes.

Saber contradecir. Es gran treta del tentar, no para empeñarse, sino para empeñar. Es el único torcedor el que hace saltar los afectos; es un vomitivo para los secretos la tibieza en el creer, llave del más cerrado pecho. Hácese con grande sutileza la tentativa doble de la voluntad y del juicio. Un desprecio sagaz de la misteriosa palabra del otro da caza a los secretos más profundos, y válos con suavidad boca-

deando, hasta traerlos a la lengua, y a que den en las redes del artificioso engaño. La detención en el atento hace arrojarse a la del otro en el recato, y descubre el ajeno sentir, que de otro modo era el corazón inescrutable. Una duda afectada es la más sutil ganzúa de la curiosidad para saber cuanto quisiere; y aun para el aprender es treta del discípulo contradecir al maestro, que se empeña con más conato en la declaración y fundamento de la verdad; de suerte que la impugnación moderada da ocasión a la enseñanza cumplida.

No hacer de una necedad dos. Es muy ordinario para remendar una cometer otras cuatro: excusar una impertinencia con otra mayor es de casta de mentira, o ésta lo es de necedad; que para sustentarse una necesita de muchas. Siempre del mal pleito fué peor el patrocinio; más mal que el mismo mal no saberlo desmentir. Es pensión de las imperfecciones dar a censo otras muchas; en un descuido puede caer el mayor sabio, pero en dos no, y de paso, que no de asiento.

Atención al que llega de segunda intención. Es ardid del hombre negociante descuidar la voluntad para acometerla, que es vencida en siendo convencida. Disimulan el intento para conseguillo, y pónese segundo para que en la ejecución sea primero; asegúrase el tiro en lo inadvertido. Pero no duerma la atención cuando tan desvelada la intención. Y si ésta se hace segunda para el disimulo, aquélla primera [para] el conocimiento. Advierta la cautela el artificio con que llega, y nótele las puntas que va echando para venir a parar al punto de su pretensión. Propone uno y pretende otro, y revuelven con sutileza a dar en el blanco de su intención; sepa, pues, lo que le concede, y tal vez convendrá dar a entender que ha entendido.

Tener la declarativa es no sólo desembarazo, pero

despejo en el concepto. Algunos conciben bien y paren mal, que sin la claridad no salen a luz los hijos del alma, los conceptos y decretos. Tienen algunos la capacidad de aquellas vasijas que perciben mucho y comunican poco; al contrario, otros dicen aún más de lo que sienten. Lo que es la resolución en la voluntad, es la explicación en el entendimiento. Dos grandes eminencias: los ingenios claros son plausibles, los confusos fueron venerados por no entendidos, y tal vez conviene la oscuridad para no ser vulgar. Pero, ¿cómo harán concepto los demás de los que les oyen, si no les corresponde concepto mental a ellos de lo que dicen?

No se ha de querer ni aborrecer para siempre. Confiar de los amigos hoy como enemigos mañana, y los peores; y pues pasa en la realidad, pase en la prevención. No se han de dar armas a los tránsfugas de la amistad, que hacen con ellas la mayor guerra; al contrario con los enemigos, siempre puerta abierta a la reconciliación, y sea la de la galantería: es la más segura. Atormentó alguna vez después la venganza de antes, y sirve de pesar el contento de la mala obra que se le hizo.

Nunca obrar por tema, sino por atención. Toda tema es postema, gran hija de la pasión, la que nunca obró cosa a derechas. Hay algunos que todo lo reducen a guerrilla; bandoleros del trato, cuanto ejecutan querrían que fuese vencimiento: no saben proceder pacíficamente. Estos, para mandar y regir, son perniciosos, porque hacen bando del gobierno, y enemigos de los que habían de hacer hijos: todo lo quieren disponer con traza y conseguir como fruto de su artificio; pero en descubriéndoles el paradojo humor los demás, luego se apunta con ellos. Procúranles estorbar sus quimeras, y así nada consiguen. Llévanse m·

chos hartazgos de enfados, y todos les ayudan al disgusto. Estos tienen el dictamen leso y tal vez dañado el corazón; el modo de portarse con semejantes monstruos es huir a los antípodas, que mejor se llevará la barbaridad de aquéllos que la fiereza de éstos.

No ser tenido por hombre de artificio, aunque no se pueda ya vivir sin él. Antes prudente que astuto. Es agradable a todos la lisura en el trato, pero no a todos por su casa. La sinceridad no dé en el extremo de simplicidad, ni la sagacidad de astucia. Sea antes venerado por sabio, que temido reflexo. Los sinceros son amados, pero engañados. El mayor artificio sea encubrir lo que se tiene por engaño. Floreció en el siglo de oro la llaneza; en este de hierro, la malicia. El crédito de hombre que sabe lo que ha de hacer, es honroso y causa confianza; pero el de artificioso, es sofístico y engendra recelo.

Cuando no puede uno vestirse de piel de león, vístase la de la vulpeja. Saber ceder al tiempo es exceder: el que sale con su intento nunca pierde reputación; a falta de fuerza, destreza; por un camino o por otro, o por el real del valor o por el atajo del artificio. Más cosas ha obrado la maña que la fuerza, y más veces vencieron los sabios a los valientes, que al contrario. Cuando no se puede alcanzar la cosa, entra el desprecio.

No ser ocasionado ni para empeñarse ni para empeñar. Hay tropiezos del decoro, tanto propio como ajeno, siempre a punto de necedad. Encuéntranse con gran facilidad y rompen con infelicidad; no lo hacen al día con cien enfados; tienen el humor al repelo, y así contradicen a cuantos hay. Calzáronse el juicio al revés, y así todo lo reprueban. Pero los mayores tentadores de la cordura son los que nada hacen bien y

de todo dicen mal. Que hay muchos monstruos en el extendido país de la impertinencia.

Hombre detenido, evidencia de prudente. Es fiera la lengua, que si una vez se suelta, es muy dificultoso de poderse volver a encadenar: es el pulso del alma, por donde conocen los sabios su disposición. Aquí pulsan los atentos el movimiento del corazón: el mal es que el que había de serlo más, es menos reportado. Excúsase el sabio enfados y empeños, y muestra cuán señor es de sí. Procede circunspecto, Jano en la equivalencia, Argos en la verificación. Mejor Momo hubiera echado menos los ojos en las manos que la ventanilla en el pecho.

No ser muy individuado, o por afectar o por no advertir. Tienen algunos notable individuación con acciones de manía, que son más defectos que diferencias; y así como algunos son bien conocidos por alguna singular fealdad en el rostro, así éstos por algún exceso en el porte. No sirve el individuarse sino de nota, con una impertinente especialidad, que conmueve alternativamente en unos la risa, en otros el enfado.

Saber tomar las cosas, nunca al repelo, aunque vengan. Todas tienen haz y envés: la mejor y más favorable si se toma por el corte, lastima; al contrario, la más repugnante defiende, si por la empuñadura. Muchas fueron de pena que, si se consideraran las conveniencias, fueran de contento. En todo hay convenientes y inconvenientes: la destreza está en saber topar con la comodidad. Hace muy diferentes visos una misma cosa, si se mira a diferentes luces: mírese por la de la felicidad. No se han de trocar los frenos al bien y al mal: de aquí procede que algunos en todo hallan el contento y otros el pesar. Gran reparo con-

tra los reveses de la fortuna, y gran regla del vivir para todo tiempo y para todo empleo.

Conocer su defecto rey. Ninguno vive sin el contrapeso de la prenda relevante, y si le favorece la inclinación, apodérase a lo tirano. Comience a hacerle la guerra publicando el cuidado contra él; y el primer paso sea el manifiesto, que en siendo conocido será vencido; y más si el interesado hace el concepto de él como los que notan. Para ser señor de sí es menester ir sobre sí; rendido este cabo de imperfecciones, acabarán todas.

Atención a obligar. Los más no hablan ni obran como quien son, sino como les obligan. Para persuadir lo malo cualquiera sobra, porque lo malo es muy creído, aunque tal vez increíble. Lo más y lo mejor que tenemos depende de respeto ajeno. Conténtanse algunos con tener la razón de su parte, pero no basta, que es menester ayudarla con la diligencia. Cuesta a veces muy poco el obligar, y vale mucho. Con palabras se compran obras: no hay alhaja tan vil en esta gran casa del universo que una vez al año no sea menester, y aunque valga poco, hará gran falta: cada uno habla del objeto según su afecto.

No ser de primera impresión. Cásanse algunos con la primera información, de suerte que las demás son concubinas; y como se adelante siempre la mentira, no queda lugar después para la verdad: ni la voluntad con el primer objeto, ni el entendimiento con la primera proposición se han de llenar, que es cortedad de fondo. Tienen algunos la capacidad de vasija nueva, que el primer olor le ocupa, tanto del mal licor como del bueno. Cuando esta cortedad llega a conocida, es perniciosa, que da pie a la maliciosa industria: previénense los mal intencionados a teñir de su color la

credulidad: quede siempre lugar a la revista. Guarde Alejandro la otra oreja para la otra parte, quede lugar para la segunda y tercera información: arguye incapacidad el impresionarse, y está cerca del apasionarse.

No tener voz de mala voz. Mucho menos tener tal opinión, que es tener fama de contrafamas. No sea ingenioso a costa ajena, que es más odioso que dificultoso: vénganse todos de él diciendo mal todos de él; y como es solo y ellos muchos, más presto será él vencido que convencidos ellos. Lo malo nunca ha de contentar, pero ni comentarse. Es el murmurador siempre aborrecido, y aunque a veces personajes grandes atraviesen con él, será más por gusto de su fisga que por estimación de su cordura: y el que dice mal, siempre oye peor.

Saber repartir su vida a lo discreto, no como se vienen las ocasiones, sino por providencia y delecto. Es penosa sin descansos, como jornada larga sin mesones; hácela dichosa la variedad erudita. Gástase la primera estancia del bello vivir en hablar con los muertos; nacemos para saber y sabernos, y los libros con fidelidad nos hacen personas. La segunda jornada se emplea con los vivos: ver y registrar todo lo bueno del mundo. No todas las cosas se hallan en una tierra; repartió los dotes el Padre universal, y a veces enriqueció más la fea. La tercera jornada sea toda para sí: última felicidad el filosofar.

Abrir los ojos con tiempo. No todos los que ven han abierto los ojos, ni todos los que miran ven. Dar en la cuenta tarde, no sirve de remedio sino de pesar; comienzan a ver algunos cuando no hay, que deshicieron sus casas y sus cosas antes de hacerse ellos

Es dificultoso dar entendimiento a quien no tiene voluntad, y más dar voluntad a quien no tiene entendimiento: juegan con ellos los que les van al rededor, como con ciegos, con risa de los demás; y porque son sordos para oir, no abren los ojos para ver. Pero no falta quien fomenta esta insensibilidad, que consiste su ser en que ellos no sean. Infeliz caballo cuyo amo no tiene ojos: mal engordará.

Nunca permitir a medio hacer las cosas: gócense en su perfección. Todos los principios son informes, y queda después la imaginación de aquella deformidad; la memoria de habello visto imperfecto no lo deja lograr acabado. Gozar de un golpe el objeto grande, aunque embaraza el juicio de las partes, de por sí adecua el gusto: antes de ser todo es nada, y en el comenzar a ser se está aún muy dentro de sú nada. El ver guisar el manjar más regalado sirve antes de asco que de apetito; recátese, pues, todo gran maestro de que le vean sus obras en embrión: aprenda de la naturaleza a no exponerlas hasta que puedan parecer.

Tener un punto de negociante. No todo sea especulación: haya también acción. Los muy sabios son fáciles de engañar, porque aunque saben lo extraordinario, ignoran lo ordinario del vivir, que es más preciso. La contemplación de las cosas sublimes no les da lugar para las manuales, y como ignoran lo primero que habían de saber y en que todos parten un cabello, o son admirados, o son temidos por ignorantes del vulgo superficial. Procure, pues, el varón sabio tener algo de negociante, lo que baste para no ser engañado y aun reído: sea hombre de lo agible, que aunque no es lo superior, es lo más precioso del vivir. ¿De qué sirve el saber si no es plático? Y el saber vivir es hoy el verdadero saber.

No errarle el golpe al gusto, que es hacer un pesar por un placer. Con lo que piensan obligar algunos, enfadan por no comprender los genios. Obras hay que para unos son lisonja y para otros ofensa; y el que se creyó servicio fué agravio. Costó a veces más el dar disgusto, que hubiera costado el hacer placer: pierden el agradecimiento y el don porque perdieron el norte del agradar. Si no se sabe el genio ajeno, mal se le podrá satisfacer; de aquí es que algunos pensaron decir un elogio y dijeron un vituperio, que fué bien merecido castigo. Piensan otros entretener con su elocuencia, y aporrean el alma con su locuacidad.

Nunca fiar reputación sin prendas de honra ajena. Hase de ir a la parte del provecho en el silencio, del daño en la facilidad. En intereses de honra siempre ha de ser el trato de compañía, de suerte que la propia reputación ha de cuidar de la ajena. Nunca se ha de fiar; pero si alguna vez, sea con tal arte que pueda ceder la prudencia a la cautela. Sea el riesgo común y recíproca la causa, para que no se le convierta en testigo el que se reconoce partícipe.

Saber pedir. No hay cosa más dificultosa para algunos, ni más fácil para otros. Hay unos que no saben negar: con éstos no es menester ganzúa. Hay otros que el "no" es su primer palabra a todas horas. Con éstos es menester la industria, y con todos la sazón: un coger los espíritus alegres, o por el pasto antecedente del cuerpo o por el del ánimo. Si ya la atención del reflexo que atiende no previene la sutileza en el que intenta. Los días del gozo son los del favor, que redunda del interior a lo exterior. No se ha de llegar cuando se ve negar a otro; que está perdido el miedo al no. Sobre tristeza no hay buen lance. El obli-

gar de antemano es cambio donde no corresponde la villanía.

Hacer obligación antes de lo que había de ser premio después: es destreza de grandes políticos; favores antes de méritos, son prueba de hombres de obligación. El favor así anticipado tiene dos eminencias, que con lo pronto del que da, obliga más al que recibe. Un mismo don, si después deuda, antes es empeño. Sutil modo de transformar obligaciones, que la que había de estar en el superior para premiar recae en el obligado para satisfacer. Esto se entiende con gente de obligaciones, que para hombres viles más sería poner freno que espuela, anticipando la paga del honor.

Nunca partir secretos con mayores. Pensará partir peras y partirá piedras; perecieron muchos de confidentes. Son éstos como cuchar de pan, que corre el mismo riesgo después. No es favor del príncipe, sino pecho, el comunicarlo. Quiebran muchos el espejo porque les acuerda la fealdad: no puede ver al que le pudo ver, ni es bien visto el que vió mal. A ninguno se ha de tener muy obligado,-y al poderoso menos. Sea antes con beneficios hechos que con favores recibidos; sobre todo, son peligrosas confianzas de amistad. El que comunicó sus secretos a otro hízose esclavo de él; y en soberanos es violencia que no puede durar. Desean volver a redimir la libertad perdida, y para esto atropellarán con todo, hasta la razón. Los secretos, pues, ni oirlos ni decirlos.

Conocer la pieza que le falta. Fueran muchos muy personas si no les faltara un algo, sin el cual nunca llegan al colmo del perfecto ser. Nótase en algunos que pudieran mucho si repararan en bien poco. Háceles falta la seriedad, con que deslucen grandes pren-

das; a otros la suavidad de la condición, que es falta que los familiares echan presto menos, y más en personas de puesto. En algunos se desea lo ejecutivo y en otros lo reportado; todos estos desaires, si se advirtiesen, se podrían suplir con facilidad, que el cuidado puede hacer de la costumbre segunda naturaleza.

No ser reagudo; más importa prudencial. Saber más de lo que conviene es despuntar, porque las sutilezas comúnmente quiebran. Más segura es la verdad asentada. Bueno es tener entendimiento, pero no bachillería. El mucho discurrir ramo es de cuestión. Mejor es un buen juicio sustancial, que no discurre más de lo que importa.

Saber usar de la necedad. El mayor sabio juega tal vez de esta pieza, y hay tales ocasiones que el mejor saber consiste en mostrar no saber; no se ha de ignorar, pero sí afectar que se ignora. Con los necios poco importa ser sabio, y con los locos, cuerdo. Hásele de hablar a cada uno en su lenguaje: no es necio el que afecta la necedad, sino el que la padece. La sencilla lo es, que no la doble, que hasta eso llega el artificio. Para ser bienquisto el único medio es vestirse la piel del más simple de los brutos.

Las burlas, sufrirlas, pero no usarlas. Aquello es especie de galantería, esto de empeño. El que en la fiesta se desazona, mucho tiene de bestia y muestra más. Es gustosa la burla sobrada; saberla sufrir es argumento de capacidad. Da pie al que se pica a que le repique. A lo mejor se han de dejar, y lo más seguro es no levantarlas. Las mayores veras nacieron siempre de las burlas. No hay cosa que pida más atención y destreza. Antes de comenzar se ha de saber hasta qué punto de sufrir llegará el genio del sujeto

Seguir los alcances. Todo se les va a algunos en comenzar, y nunca acaban; inventan, pero no prosiguen. Instabilidad de genio: nunca consiguen alabanza, porque nada prosiguen: todo pára en parar; si bien nace en otros en impaciencia de ánimo; tacha de españoles, así como la paciencia es la ventaja de los belgas. Estos acaban las cosas, aquéllos acaban con ellas: hasta vencer la dificultad sudan, y conténtanse con el vencer. No saben llevar al cabo la victoria: prueban que pueden, mas no quieren. Pero siempre es defecto de imposibilidad o liviandad. Si la obra es buena, ¿por qué no se acaba? Y si es mala, ¿por qué se comenzó? Mate, pues, el sagaz la caza: no se le vaya todo en levantarla.

No ser todo columbino. Altérnense la calidez de la serpiente con la candidez de la paloma. No hay cosa más fácil que engañar a un hombre de bien. Cree mucho el que nunca miente, y confía mucho el que nunca engaña. No siempre procede de necio el ser engañado, que tal vez de bueno. Dos géneros de personas previenen mucho los daños: los escarmentados, que es muy a su costa, y los aturdidos, que es muy a la ajena. Muéstrese tan extremada la sagacidad para el recelo como la astucia para el enredo, y no quiera uno ser tan hombre de bien que ocasione al otro serlo de mal: sea uno mixto de paloma y de serpiente; no monstruo, sino prodigio.

Saber obligar. Transforman algunos el favor propio en ajeno, y parece, o dan a entender, que hacen merced cuando la reciben. Hay hombres tan advertidos, que honran pidiendo y truecan el provecho suyo en honra del otro; de tal suerte trazan las cosas que parezca que los otros les hacen servicio cuando les dan, trastocando con extravagante política el orden de obligar. Por lo menos, ponen en duda quién hace fa-

vor a quién: compran a precio de alabanzas lo mejor, y del mostrar gusto de una cosa hacen honra y lisonja: empeñan la cortesía, haciendo deuda de lo que había de ser su agradecimiento. De esta suerte truecan la obligación de pasiva en activa: mejores políticos que gramáticos. Gran sutileza ésta, pero mayor lo sería el entendérsela, destrocando la necedad, volviéndoles su honra, y cobrando cada uno su provecho.

Discurrir tal vez a lo singular y fuera de lo común, arguye superioridad de caudal: no ha de estimar al que nunca se le opone, que no es señal de amor que le tenga, sino del que él se tiene; no se deje engañar de la lisonja pagándola, sino condenándola. También tenga por crédito el ser murmurado de algunos, y más de aquéllos que de todos los buenos dicen mal. Pésele de que sus cosas agraden a todos, que es señal de no ser buenas: que es de pocos lo perfecto.

Nunca dar satisfacción a quien no la pedía, y aunque se pida, es especie de delito si es sobrada. El excusarse antes de ocasión es culparse: y el sangrarse en salud es hacer del ojo al mal y a la malicia. La excusa anticipada despierta al recelo que dormía. Ni se ha de dar el cuerdo por entendido de la sospecha ajena, que es salir a buscar el agravio; entonces le ha de procurar desmentir con la entereza de su proceder.

Saber un poco más y vivir un poco menos. Otros discurren al contrario: más vale el buen ocio que el negocio. No tenemos cosa nuestra sino el tiempo, donde vive quien no tiene lugar. Igual infelicidad es gastar la preciosa vida en tareas mecánicas que en demasía de las sublimes; ni se ha de cargar de ocupaciones ni de invidia: es atropellar el vivir y ahogar el ánimo. Algunos lo extienden al saber, pero no se vive si no se sabe.

No se le lleve el último. Hay hombres de última información, que va por extremos la impertinencia. Tienen el sentir y el querer de cera: el último sella y borra los demás; éstos nunca están ganados, porque con la misma facilidad se pierden: cada uno los tiñe de su color. Son malos para confidentes, niños de toda la vida, y así, con variedad en los juicios y afectos, andan fluctuando, siempre cojos de voluntad y de juicio, inclinándose a una y otra parte.

No comenzar a vivir por donde se ha de acabar. Algunos toman el descanso al principio y dejan la fatiga para el fin: primero ha de ser lo esencial, y después, si quedare lugar, lo accesorio. Quieren otros triunfar antes de pelear. Algunos comienzan a saber por lo que menos importa, y los estudios de crédito y utilidad dejan para cuando se les acaba el vivir. No ha comenzado a hacer fortuna el otro, cuando ya se desvanece. Es esencial el método para saber y poder vivir.

—*¿Cuándo se ha de discurrir al revés?* — Cuando nos hablan a la malicia. Con algunos todo ha de ir al encontrado: el sí es no y el no es sí; el decir mal de una cosa se tiene por estimación de ella, que el que la quiere para sí la desacredita para los otros. No todo alabar es decir bien, que algunos, por no alabar los buenos, alaban también los malos; y para quien ninguno es malo, ninguno será bueno.

Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos: regla de gran maestro, no hay que añadir comento.

Ni todo suyo ni todo ajeno. Es una vulgar tiranía. Del quererse todo para sí, se sigue luego querer

todas las cosas para sí: no saben éstos ceder a la más mínima ni perder un punto de su comodidad. Obligan poco, fíanse de su fortuna, y suele falsearles el arrimo. Conviene tal vez ser de otros para que los otros sean de él, y quien tiene empleo común ha de ser esclavo común, o "renuncie al cargo con la carga", dirá la vieja a Adriano. Al contrario otros, todos son ajenos, que la necedad siempre va por demasías; y aquí, infeliz, no tiene día ni aun hora suya, con tal exceso de ajenos que alguno fué llamado "el de todos". Aun en el entendimiento, que para todos saben y para sí ignoran. Entienda el atento que nadie le busca a él, sino su interés en él y por él.

No allanarse sobrado en el concepto. Los más no estiman lo que entienden, y lo que no perciben lo veneran. Las cosas, para que se estimen, han de costar: será celebrado cuando no fuese entendido. Siempre se ha de mostrar uno más sabio y prudente de lo que requiere aquél con quien trata para el concepto, pero con proporción más que exceso, y si bien con los entendidos vale mucho el seso en todo, para los más es necesario el remonte: no se les ha de dar lugar a la censura, ocupándolos en el entender. Alaban muchos lo que preguntados no saben dar razón. Porque todo lo recóndito veneran por misterio, y lo celebran porque oyen celebrarlo.

No despreciar el mal por poco, que nunca viene uno solo: andan encadenados, así como las felicidades. Van la dicha y la desdicha, de ordinario, adonde más hay, y es que todos huyen del desdichado y se arriman al venturoso. Hasta las palomas, con toda su sencillez. acuden al homenaje más blanco. Todo le viene a faltar a un desdichado: él mismo a sí mismo, el discurso y el conorte. No se ha de despertar la desdicha cuando duerma: poco es un deslizar, pero síguese aquel

fatal despeño sin saber dónde se vendrá a parar. Que así como ningún bien fué del todo cumplido, así ningún mal del todo acabado. Para el que viene del cielo es la paciencia; para el que del suelo, la prudencia.

Saber hacer el bien, poco, y muchas veces. Nunca ha de exceder el empeño a la posibilidad: quien da mucho no da, sino que vende. No se ha de apurar el agradecimiento, que en viéndose imposibilitado quebrará la correspondencia. No es menester más para perder a muchos que obligarlos con demasía; por no pagar se retiran, y dan en enemigos, de obligados. El ídolo nunca querría ver delante al escultor que lo labró, ni el empeñado su bienhechor al ojo. Gran sutileza del dar, que cueste poco y se desee mucho para que se estime más.

Ir siempre prevenido contra los descorteses, porfiados, presumidos y todo género de necios. Encuéntranse muchos, y la cordura está en no encontrarse con ellos. Armese cada día de propósitos al espejo de su atención, y así vencerá los lances de la necedad. Vaya sobre el caso, y no expondrá a vulgares contingencias su reputación: varón prevenido de cordura no será combatido de impertinencia. Es dificultoso el rumbo del humano trato por estar lleno de escollos del descrédito. El desviarse es lo seguro, consultando a Ulises de astucia. Vale aquí mucho el artificioso desliz. Sobre todo, éche por la galantería, que es el único atajo de los empeños.

Nunca llegar a rompimiento, que siempre sale de él descalabrada la reputación. Cualquiera vale para enemigo, no así para amigo. Pocos pueden hacer bien, y casi todos mal. No anida segura el águila en el mismo seno de Júpiter el día que rompe con un escarabajo; con la zarpa del declarado irritan los disimu-

lados el fuego, que estaban a la espera de la ocasión: de los amigos maleados salen los peores enemigos. Cargan con defectos ajenos, el propio en su afición; de los que miran, cada uno habla como siente, y siente como desea: condenando a todos, o en los principios de falta de providencia, o en los fines de espera, y siempre de cordura. Si fuere inevitable el desvío, sea excusable: antes con tibieza de favor que con violencia de furor; y aquí viene bien aquello de una bella retirada.

Buscar quien le ayude a llevar las infelicidades. Nunca será solo, y menos en los riesgos, que sería cargarse con todo el odio. Piensan algunos alzarse con toda la superintendencia, y álzanse con toda la murmuración. Y de esta suerte tendrá quien le excuse o quien le ayude a llevar el mal. No se atreven tan fácilmente a dos, ni la fortuna ni la vulgaridad, y aun por eso el médico sagaz, ya que erró la cura, no yerra en buscar quien, a título de consulta, le ayude a llevar el ataúd: repártese el peso y el pesar, que la desdicha a solas se redobla para intolerable.

Prevenir las injurias y hacer de ellas favores. Más sagacidad es evitarlas que vengarlas. Es gran destreza hacer confidente del que había de ser émulo; convertir en reparos de su reputación los que la amenazaban tiros. Mucho vale el saber obligar: quita el tiempo para el agravio el que le ocupó con el agradecimiento, y es saber vivir convertir en placeres los que habían de ser pesares: hágase confidencia de la misma malevolencia.

Ni será ni tendrá ninguno todo por suyo; no son bastantes la sangre ni la amistad, ni la obligación más apretante, que va gran diferencia de entregar el pecho o la voluntad. La mayor unión admite excepción;

ni por eso se ofenden las leyes de la fineza. Siempre se reserva algún secreto para sí el amigo, y se recata en algo el mismo hijo de su padre; de unas cosas se celan con unos que comunican a otros, y al contrario; con que se viene uno a conceder todo y negar todo, distinguiendo los de la correspondencia.

No proseguir la necedad. Hacen algunos empeño del desacierte, y porque comenzaron a errar les parece que es constancia el proseguir. Acusan en el foro interno su yerro, y en el externo lo excusan; conque, si cuando comenzaron la necedad fueron notados de inadvertidos, al proseguirla son confirmados en necios. Ni la promesa inconsiderada, ni la resolución errada inducen obligación. De esta suerte continúan algunos su primera grosería, y llevan adelante su cortedad; quieren ser constantes impertinentes.

Saber olvidar más es dicha que arte. Las cosas que son más para olvidadas son las más acordadas: no sólo es villana la memoria para faltar cuando más fué menester, pero necia para acudir cuando no convendría: en lo que ha de dar pena es prolija, y en lo que había de dar gusto es descuidada. Consiste a veces el remedio del mal en olvidarlo, y olvídase el remedio; conviene, pues, hacerla a tan cómodas costumbres, porque basta a dar felicidad o infierno. Exceptúanse los satisfechos, que en el estado de su inocencia gozan de su simple felicidad.

Muchas cosas de gusto no se han de poseer en propiedad. Más se goza de ellas ajenas que propias: el primer día es lo bueno para su dueño, los demás para los extraños. Gózanse las cosas ajenas con doblada fruición; esto es, sin el riesgo del daño, y con el gusto de la novedad sabe todo mejor a privación. Hasta el agua ajena se miente néctar. El tener las cosas,

a más de que disminuye la frución, aumenta el enfado, tanto de prestallas como de no prestallas. No sirve sino de mantenellas para otros, y son más los enemigos que se cobran que los agradecidos.

No tenga días de descuido. Gusta la suerte de pagar una burla, y atropellará todas las contingencias para coger desapercibido. Siempre han de estar a prueba el ingenio, la cordura y el valor, hasta la belleza, porque el día de su confianza será el de su descrédito. Cuando más fué menester el cuidado faltó siempre, que el no pensar es la zancadilla del perecer. También suele ser estratagema de la ajena intención coger al descuido las perfecciones para el riguroso examen del apreciar. Sábense ya los días de la ostentación, y perdónales la astucia; pero el día que menos se esperaba, ése escoge para la tentativa del valer.

Saber empeñar los dependientes. Un empeño en su ocasión hizo personas a muchos, así como un ahogo saca nadadores: de esta suerte descubrieron muchos el valor, y aun el saber quedaría sepultado en su encogimiento si no se hubiera ofrecido la ocasión. Son los aprietos lances de reputación, y puesto el noble en contingencias de honra, obra por mil. Supo con eminencia esta lición de empeñar la católica reina Isabela, así como todas las demás; y a este político favor debió el Gran Capitán su renombre, y otros muchos su eterna fama; hizo grandes hombres con esta sutileza.

No ser malo de puro bueno. Eslo el que nunca se enoja; tienen poco de personas los insensibles. No nace siempre de indolencia, sino de incapacidad. Un sentimiento en su ocasión es acto personal; búrlanse luego las aves de las apariencias de bultos. Alternar lo agrio con lo dulce es prueba de buen gusto·

sola la dulzura es para niños y necios. Gran mal es perderse de puro bueno en este sentido de insensibilidad.

Palabras de seda con suavidad de condición. Atraviesan el cuerpo las jaras, pero las malas palabras el alma. Una buena pasta hace que huela bien la boca. Gran sutileza del vivir saber vender el aire. Lo más se paga con palabras, y bastan ellas a desempeñar una imposibilidad; negóciase en el aire con el aire, y alienta mucho el aliento soberano. Siempre se ha de llevar la boca llena de azúcar para confitar palabras, que saben bien a los mismos enemigos: es el único medio para ser amable el ser apacible.

Haga al principio el cuerdo lo que el necio al fin. Lo mismo obra el uno que el otro; sólo se diferencia en los tiempos, aquél en su sazón y éste sin ella. El que se calzó al principio el entendimiento al revés, en todo lo demás prosigue de ese modo: lleva entre pies lo que había de poner sobre su cabeza; hace siniestra de la diestra, y así es tan zurdo en todo su proceder: sólo hay un buen caer en la cuenta. Hacen por fuerza lo que pudieran de grado; pero el discreto luego ve lo que ha de hacer tarde o temprano, y ejecútalo con gusto y con reputación.

Válgase de su novedad, que mientras fuere nuevo será estimado. Aplace la novedad por la variedad universalmente; refréscase el gusto y estímase más una medianía flamante que un extremo acostumbrado. Rózanse las eminencias y viénense a envejecer; y advierta que durará poco esta gloria de novedad: a cuatro días le perderán el respeto. Sepa, pues, valerse de esas primicias de la estimación, y saque en la fuga del agradar todo lo que pudiera pretender, porque si se pasa el calor de lo reciente resfriaráse la pasión, y

trocarse ha el agrado de nuevo en enfado de acostumbrado; y crea que todo tuvo también su vez, y que pasó.

No condenar sólo lo que a muchos agrada. Algo hay bueno, pues satisface a tantos, y aunque no se explica se goza. La singularidad siempre es odiosa, y cuando errónea, ridícula. Antes desacreditará su mal concepto que el objeto; quedarse ha solo con su mal gusto. Si no sabe topar con lo bueno, disimule su cortedad y no condene a bulto: que el mal gusto ordinariamente nace de la ignorancia. Lo que todos dicen, o es, o quiere ser.

El que supiere poco, téngase siempre a lo más seguro en toda profesión, que aunque no le tengan por sutil, le tendrán por fundamental. El que sabe puede empeñarse y obrar de fantasía, pero saber poco y arriesgarse es voluntario precipicio: téngase siempre a la mano derecha, que no puede faltar lo asentado. A poco saber, camino real; y a toda ley, tanto del saber como del ignorar, es más cuerda la seguridad que la singularidad.

Vender las cosas a precio de cortesía, que es obligar más. Nunca llegará el pedir del interesado al dar del generoso obligado. La cortesía no da, sino que empeña, y es la galantería la mayor obligación. No hay cosa más cara para el hombre de bien que la que se le da: es venderla dos veces y a dos precios: del valor y de la cortesía. Verdad es que para el ruin es algarabía la galantería, porque no entiende los términos del buen término.

Comprensión de los genios con quien trata. Para conocer los intentos. Conocida bien la causa, se conoce el efecto, antes en ella y después en su motivo

El melancólico siempre agüera infelicidades, y el maldiciente, culpas; todo lo peor se les ofrece, y no percibiendo el bien presente, anuncian el posible mal. El apasionado siempre habla con otro lenguaje diferente de lo que las cosas son: habla en él la pasión, no la razón, y cada uno según su afecto o su humor; y todos muy lejos de la verdad. Sepa descifrar un semblante y deletrear el alma en los señales; conozca al que siempre ríe por falto, y al que nunca, por falso; recátese del preguntador, o por fácil o por notante; espere poco bueno del de mal gesto, que suelen vengarse de la naturaleza éstos, y así como ella los honró poco a ellos, la honran poco a ella. Tanta suele ser la necedad, cuanta fuere la hermosura.

Tener la atractiva, que es un hechizo políticamente cortés. Sirva el garabato galante más para atraer voluntades que utilidades, o para todo; no bastan méritos, si no se valen del agrado, que es el que da la plausibilidad. El más plático instrumento de la soberanía, un caer en picadura, es suerte, pero socórrese del artificio, que donde hay gran natural asienta mejor lo artificial: de aquí se origina la pía afición, hasta conseguir la gracia universal.

Corriente, pero no indecente. No esté siempre de figura y de enfado; es ramo de galantería: hase de ceder en algo al decoro para ganar la afición común; alguna vez puede pasar por donde los más, pero sin indecencia. Que quien es tenido por necio en público no será tenido por cuerdo en secreto. Más se pierde en un día genial (1) que se ganó en toda la seriedad; pero no se ha de estar siempre de excepción. El ser singular es condenar a los otros; menos afectar melindres: déjense para su sexo; aun los espirituales son

(1) «Día genial» es día de juego, de holganza.

ridículos. Lo mejor de un hombre es parecerlo, que la mujer puede afectar con perfección lo varonil, y no al contrario.

Saber renovar el genio con la naturaleza y con el arte. De siete en siete años dicen que se muda la condición; sea para mejorar y realzar el gusto. A los primeros siete años entra la razón; entra después a cada lustro una nueva perfeeción. Observe esta variedad natural para ayudarla, y esperar también de los otros la mejoría. De aquí es que muchos mudaron de porte, o con el estado o con el empleo; y a veces no se advierte hasta que se ve el exceso de la mudanza. A los veinte años será pavón, a los treinta león, a los cuarenta camello, a los cincuenta serpiente, a los sesenta perro, a los setenta mona y a los ochenta nada.

Hombre de ostentación. Es el lucimiento de las prendas. Hay vez para cada una: lógrese, que no será cada día el de su triunfo. Hay sujetos bizarros, en quienes lo poco luce mucho, y lo mucho hasta admirar. Cuando la ostentativa se junta con la eminencia pasa por prodigio. Hay naciones ostentosas, y la española lo es con superioridad. Fué la luz pronto lucimiento de todo lo criado. Llena mucho el ostentar, suple mucho, y da un segundo ser a todo, y más cuando la realidad se afianza. El cielo, que da la perfección, previene la ostentación, que cualquiera a solas fuera violenta: es menester arte en el ostentar. Aun lo muy excelente depende de circunstancias y no tiene siempre vez. Salió mal la ostentativa cuando le faltó su sazón: ningún realce pide ser menos afectado y perece siempre de este desaire, porque está muy al canto de la vanidad y ésta del desprecio. Ha de ser muy templada, porque no dé en vulgar, y co los cuerdos está algo desacreditada su demasía. C

siste a veces más en una elocuencia muda, en un mostrar la perfección al descuido: que el sabio disimulo es el más plausible alarde, porque aquella misma privación pica en lo más vivo a la curiosidad. Gran destreza suya no descubrir toda la perfección de una vez, sino por brújula irla pintando, y siempre adelantando. Que un realce sea empeño de otro mayor, y el aplauso del primero nueva expectación de los demás.

Huir la nota en todo; que, siendo notados, serán defectos los mismos realces. Nace esto de singularidad, que siempre fué censurada; quédase solo el singular. Aun lo lindo, si sobresale, es descrédito; en haciendo reparar ofende, y mucho más singularidades desautorizadas. Pero en los mismos vicios quieren algunos ser conocidos, buscando novedad en la ruindad para conseguir tan infame fama. Hasta en lo entendido, lo sobrado degenera en bachillería.

No decir al contradecir. Es menester diferenciar cuándo procede de astucia o vulgaridad. No siempre es porfía, que tal vez es artificio. Atención, pues, a no empeñarse en la una, ni despeñarse en la otra. No hay cuidado más logrado que en espías, y contra la ganzúa de los ánimos no hay mejor contratreta que el dejar por dentro la llave del recato.

Hombre de ley. Está acabado el buen proceder: andan desmentidas las obligaciones; hay pocas correspondencias buenas, al mejor servicio el peor galardón: a uso ya de todo el mundo. Hay naciones enteras proclives al mal trato: de unas se teme siempre la traición, de otras la inconstancia y de otras el engaño. Sirva, pues, la mala correspondencia ajena, no para la imitación, sino para la cautela. Es el riesgo de desquiciar la entereza a vista de ruin proceder.

Pero el varón de ley nunca se olvida de quién es por lo que los otros son.

Gracia de los entendidos. Más se estima el tibio si de un varón singular, que todo un aplauso común; porque regüeldos de aristas no alientan. Los sabios hablan con el entendimiento, y así su alabanza causa una mortal satisfacción. Redujo el juicioso Antígono todo el teatro de su fama a sólo Cenón, y llamaba Platón toda su escuela a Aristóteles. Atienden algunos a sólo llenar el estómago, aunque sea de broza vulgar. Hasta los soberanos han menester a los que escriben, y temen más sus plumas que las feas a los pinceles.

Usar de la ausencia, o para el respeto o para la estimación. Si la presencia disminuye la fama, la ausencia la aumenta. El que ausente fué tenido por león, presente fué ridículo parto de los montes. Deslústranse las prendas si se rozan, porque se ve antes la corteza del exterior que la mucha sustancia del ánimo. Adelántase más la imaginación que la vista, y el engaño que entra de ordinario por el oído, viene a salir por los ojos; el que se conserva en el centro de su opinión conserva la reputación; que aun la fénix se vale del retiro para el decoro y del deseo para el aprecio.

Hombre de inventiva a lo cuerdo. Arguye exceso de ingenio, pero, ¿cuál será sin el grano de demencia? La inventiva es de ingeniosos; la buena elección, de prudentes. Es también de gracia, y más rara, porque el elegir bien lo consiguieron muchos; el inventar bien, pocos, y los primeros en excelencia y en tiempo. Es lisonjera la novedad, y si feliz, da dos realces a lo bueno. En los asuntos del juicio es peligrosa por lo paradojo; en los del ingenio, loable; y si acertadas, una y otra plausibles.

No sea entremetido y no será desairado. Estímese si quisiere que le estimen. Sea antes avaro que pródigo de sí. Llegue deseado y será bien recebido. Nunca venga sino llamado, ni vaya sino enviado. El que se empeña por sí, si sale mal, se carga todo el odio sobre sí, y si sale bien, no consigue el agradecimiento. Es el entremetido terrero de desprecios, y por lo mismo que se introduce con desvergüenza, es tripulado en confusión.

No perecer de desdicha ajena. Conozca al que está en el lodo, y note que le reclamará para hacer consuelo del recíproco mal. Buscan quien les ayude a llevar la desdicha, y los que en la prosperidad le daban espaldas, ahora la mano. Es menester gran tiento con los que se ahogan, para acudir al remedio sin peligro.

No dejarse obligar del todo, ni de todos, que sería ser esclavo y común. Nacieron unos más dichosos que otros: aquéllos para hacer bien y éstos para recibille. Más preciosa es la libertad que la dádiva, porque se pierde. Guste más que dependan de él muchos que no depender él de uno. No tiene otra comodidad el mando sino el poder hacer más bien. Sobre todo, no tenga por favor la obligación en que se mete, y las más veces la diligenciará la astucia ajena para prevenirle.

Nunca obrar apasionado: todo lo errará. No obre por sí quien no está en sí, y la pasión siempre destierra la razón. Substituya entonces un tercero prudente, que lo será si desapasionado. Siempre ven más los que miran que los que juegan, porque no se apasionan. En conociéndose alterado, toque a retirar la cordura: porque no acabe de encendérsele la sangre, que todo lo ejecutará sangriento, y en poco rato dará

materia para muchos días de confusión suya y murmuración ajena.

Vivir a la ocasión. El gobernar, el discurrir, todo ha de ser al caso. Querer cuando se puede, que la sazón y el tiempo a nadie aguardan. No vaya por generalidades en el vivir, si ya no fuere en favor de la virtud, ni intime leyes precisas al querer, que habrá de beber mañana del agua que desprecia hoy. Hay algunos tan paradojamente impertinentes que pretenden que todas las circunstancias del acierto se ajusten a su manía, y no al contrario. Mas el sabio sabe que el norte de la prudencia consiste en portarse a la ocasión.

El mayor desdoro de un hombre es dar muestras de que es hombre; déjanle de tener por divino el día que le ven muy humano. La liviandad es el mayor contraste de la reputación. Así como el varón recatado es tenido por más hombre, así el liviano por menos que hombre. No hay vicio que más desautorice: porque la liviandad se opone frente a frente a la gravedad. Hombre liviano no puede ser de sustancia, y más si fuere anciano, donde le obliga a la cordura. Y con ser este desdoro tan de muchos, no le quita el estar singularmente desautorizado.

Es felicidad juntar el aprecio con el afecto; no ser muy amado para conservar el respeto. Más atrevido es el amor que el odio; afición y veneración no se juntan bien. Y aunque no ha de ser uno muy temido ni muy querido, el amor introduce la llaneza, y al paso que éste entra, sale la estimación. Sea amado antes apreciativamente, que afectivamente es amor muy de personas.

Saber hacer la tentativa. Compita la atención de

juicioso con la detención del recatado. Gran juicio se requiere para medir el ajeno. Más importa conocer los genios y las propiedades de las personas, que de las hierbas y piedras. Acción es ésta de las más sutiles de la vida; por el sonido se conocen los metales, y por el habla las personas. Las palabras muestran la entereza, pero mucho más las obras. Aquí es menester el extravagante reparo: la observación profunda, la sutil nota y la juiciosa crisi.

Venza el natural las obligaciones del empleo, y no al contrario. Por grande que sea el puesto, ha de mostrar que es mayor la persona. Un caudal con ensanche vase dilatando y ostentando más con los empleos. Fácilmente le cogerán el corazón al que le tiene estrecho, y al cabo viene a quebrar con obligación y reputación. Preciábase el grande Augusto de ser mayor hombre que príncipe: aquí vale la alteza de ánimo, y aun aprovecha la confianza cuerda de sí.

De la madurez. Resplandece en el exterior, pero más en las costumbres. La gravedad material hace precioso al oro, y la moral a la persona; es el decoro de las prendas, causando veneración. La compostura del hombre es la fachada del alma. No es necedad con poco meneo, como quiere la ligereza, sino una autoridad muy sosegada; habla por sentencias, obra con aciertos. Supone un hombre muy hecho, porque tanto tiene de persona cuanto de madurez; en dejando de ser niño comienza a ser grave y autorizado.

Moderarse en el sentir. Cada uno hace concepto según su conveniencia, y abunda de razones en su aprehensión. Cede en los más el dictamen al afecto. Acontece el encontrarse dos contradictoriamente y cada uno presume de su parte la razón. Mas ella, fiel, nunca supo hacer dos cosas. Proceda el sabio con reflexa

en tan delicado punto, y así el recelo propio reformará la calificación del proceder ajeno. Póngase tal vez de la otra parte; examínele al contrario los motivos; con eso, ni le condenará a él, ni se justificará a sí tan a lo desalumbrado.

No hazañero, sino hazañoso. Hacen muy de los hacendados los que menos tienen para qué. Todo lo hacen misterio, con mayor frialdad. Camaleones del aplauso, dando a todos hartazgos de risa. Siempre fué enfadosa la vanidad: aquí reída. Andan mendigando hazañas las hormiguillas del honor. Afecte menos sus mayores eminencias. Conténtese con hacer, y deje para otros el decir. Dé las hazañas, no las venda. Ni se han de alquilar plumas de oro para que escriban lodo, con asco de la cordura. Aspire antes a ser heroico que a sólo parecerlo.

Varón de prendas, y majestuosas. Las primeras hacen los hombres; equivale una sola a toda una mediana pluralidad. Gustaba aquél que todas sus cosas fuesen grandes; hasta las usuales alhajas: cuanto mejor el varón grande debe procurar que las prendas de su ánimo lo sean. En Dios todo es infinito, todo inmenso: así, en un héroe todo ha de ser grande y majestuoso, de suerte que todas sus acciones y aun razones vayan revestidas de una trascendente grandiosa majestad.

Obrar siempre como a vista. Aquél es varón remirado que mira que le miran o que le mirarán. Sabe que las paredes oyen, y que lo mal hecho revienta por salir. Aun cuando solo, obra como a vista de todo el mundo, porque sabe que todo se sabrá: ya mira como a testigos ahora a los que por la noticia lo serán después. No se recataba de que le podían registrar en su

casa desde las ajenas, el que deseaba que todo el mundo le viese.

Tres cosa hacen un prodigio y son el don máximo de la suma liberalidad: ingenio fecundo, juicio profundo y gusto relevantemente jocundo. Gran ventaja concebir bien, pero mayor discurrir bien. Entendimiento del bueno. El ingenio no ha de estar en el espinazo, que sería más laborioso que agudo. Pensar bien es el fruto de la racionalidad. A los veinte años reina la voluntad, a los treinta el ingenio, a los cuarenta el juicio. Hay entendimientos que arrojan de sí luz, como los ojos del lince, y en la mayor oscuridad discurren más. Haylos de ocasión, que siempre topan con lo más a propósito: ofréceseles mucho y bien; felicísima fecundidad. Pero un buen gusto sazona toda la vida.

Dejar con hambre. Hase de dejar en los labios aun con el néctar. Es el deseo medida de la estimación. Hasta la material sed es treta de buen gusto picarla, pero no acabarla; lo bueno, si poco, dos veces bueno. Es grande la baja de la segunda vez: hartazgos de agrado son peligrosos, que ocasionan desprecio a la más eterna eminencia. Unica regla de agradar: coger el apetito picado con el hambre con que se quedó. Si se ha de irritar, sea antes por impaciencia del deseo que por enfado de la fruición: gústase al doble de la felicidad penada.

En una palabra, santo: que es decirlo todo de una vez. Es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades. Ella hace un sujeto prudente, atento, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe. Tres *eses* hacen dichoso: santo, sano y sabio; la virtud es sol del mundo menor y tiene por hemisferio la uena conciencia. Es tan hermosa, que se lleva la gra-

cia de Dios y de las gentes. No hay cosa amable sino la virtud, ni aborrecible sino el vicio. La virtud es cosa de veras: todo lo demás, de burlas. La capacidad y grandeza se ha de medir por la virtud, no por la fortuna. Ella sola se basta a sí misma: vivo el hombre, le hace amable; y muerto, memorable.

FIN DE "EL ORÁCULO"

DESCRIPCION DE LA BATALLA DE LERIDA

Carta de 24 de noviembre de 1646 (1).

No he escrito a V. R. en toda esta campaña por no haber cosa considerable; pero ahora que el Señor ha sido servido de darnos una victoria tan grande, aunque ha concurrido el especial favor de nuestro Señor y el valor de nuestra gente, no puedo dejar de consolar a V. R. y a toda esa santa casa con la verdadera noticia y por menudo, como quien se halló tan cerca.

Digo, pues, mi padre, que después de haberse procurado hacer la diversión, cortándole los víveres al enemigo para obligarle a levantar el sitio, y no haberse podido conseguir, ya porque los paisanos no pensaron en otra cosa sino dónde y cómo poder llevarles víveres, pasando grandes convoyes, ya por el tesón del conde de Ancourt (2), se determinó volver a la línea y embestir las trincheras, y aun dicen hubo carta de su Majestad muy apretada para que así se hiciese. Juntámonos todos enfrente de Lérida, más abajo de Castel de Alís. A este puesto llegó el duque del Infantado con cien caballos y los tercios de Pablo de Parada, que es el regimiento de la guarda, y el de D. Alonso de Villamayor—que sea en gloria—, el de D. Rodrigo Niño y el de Zaragoza, y otros.

---

(1) Según la transcripción del P. Sebastián González, reproducida por A. Coster, Revue Hispanique, 1913, tomo XXIX, páginas 710 a 715.

(2) Harcourt.

A la media noche, el lunes a 19 de noviembre, y una hora después que llegó el marqués de Leganés, de Belpuche, con otros mil caballos y los demás tercios, el tren de la artillería, puente y carros de la proveduría: orden de embestir para el otro día; pero como caía una lluvia, aunque menuda tan espesa, sin algún abrigo de fuego,—que fué forzoso dilatar la facción hasta otro día, que fué a los 21 de noviembre, día de la Presentación de Nuestra Señora—marchóse el martes a 20, a vista de Lérida, tomando el rumbo hacia Flix; tanto que se desconsoló Brito cuanto se descuidó el francés, dándolo ya por hecho; y estaba tan soberbio que decía, y aun escribía, que si no era Dios del cielo no le podía echar otro, y así fué: que el Señor con su favor, infundiendo un extraordinario valor en nuestra gente, le echaron.

Cuando yo supe que íbamos a embestir, habiendo hecho alto todos los escuadrones en frente de banderas, me fuí de uno en uno y les hice breve exhortación, arrodillándose todos y llorando los maeses de campo, títulos y señores cuantos había. Luego los absolvía y aplicaba el jubileo de las misiones que había publicado. Fué esto de tanta importancia que se levantaban gritando: "Peleemos ¡Viva el rey nuestro señor y la santa fe católica!" Que arrojaban en alto los sombreros. Venían a porfía por mí los maeses de campo para que les diese ánimo a su gente y absolverlos; y hubo cabo que dijo que importó tanto esto como si se les hubieran añadido cuatro mil hombres más. Para esto me dejó el Señor solo de todos los religiosos que envió S. M. por el señor Patriarca, que todos enfermaron y otros hizo prisioneros el enemigo. Prosiguiendo el suceso, se determinó que se embistiese el miércoles, día de la Presentación, y que fuese de noche, por estas razones: primera, que no ofendería tanto la artillería del enemigo, que era mucha, pues se han hallado más de veinte piezas, casi todos cañones

enteros y algunos extraordinarios; segunda, porque, dándole arma por tres o cuatro partes, no acertaría por cual se le atacaba con el grueso, y había de dividir las fuerzas; tercera, que con eso no vería nuestra falta de gente, que se nos había disminuído por mitad, que no había de cuatro mil caballos sino dos mil, y no llegaba la Infantería a cinco mil hombres: pero la nata. Fué grande yerro no acometer cuando salimos, pero disimúlase con la enmienda.

Con esta resolución salimos del alojamiento al anochecer, dejando todo el bagaje y carruaje en un valle donde se hizo mucha fagina para los fosos; hiciéronse fuegos para desmentir al enemigo. Corría un viento furioso y frío que nos derribaba de los caballos; temíase mucho que nos impediría, ya porque arrebataría la pólvora en desatapando los fogones y no se podría disparar, ya porque daba a unos en los ojos y a otros de lado; pero conocióse el especial favor del Señor y de su Santísima Madre, que al punto que se comenzó a pelear cesó y se serenó el cielo. Ibamos callando, sin tambores ni clarines, por desmentir al enemigo; y esto fué otro y gran milagro que el enemigo, entendiendo que nos íbamos, se había descuidado de modo que habiendo tenido todas las noches antes un grueso batallón de caballería y de infantería, esta noche dijeron: "ya no es menester descansen los caballos y la gente", y el conde de Ancurt se había acostado de modo que cuando se embistió él estaba en su cama. Así lo dicen los mismos monsiures prisioneros de su corte. Con esto llegamos sin que nos sintiesen.

Otra providencia y favor del cielo, que habiendo determinado fuese el ataque a las cinco de la mañana, y dado él orden al barón de Butier que había de venir de Fraga con la caballería de Borgoña y alguna infantería a embestir por la otra parte del río, se resolvió fuese luego, a las once de la noche, porque

paró el enemigo dos cañonazos, y había dado orden que entrasen 500 hombres en el fuerte Real que acometimos, y si nos tardáramos una hora, entrara esta gente, con que fuera casi imposible el ganarle.

Con todos estos favores del Señor, se llegó al fuerte Real más bajo de Villanoveta, donde el conde tenía su corte.

Embistió Pablo de Prada por el lado de Villanoveta con un tercio de la guarda que llaman "de los Guapos"; y él es el hombre más valiente y dichoso que tiene el rey. Es portugués, hermano del corregidor de Lisboa, a quien los portugueses, en sus relaciones, llaman "el traidor Prada", y las nuestras el más leal y valeroso al rey nuestro señor. Así deben llamar a quien, después de Dios nuestro señor, se le debe esta victoria, y todos lo dicen; y el marqués de Leganés le dijo, cuando lo abrazó: "al señor Pablo se lo debemos todo". Es como se verá.

Llevaba por retén a don Rodrigo Niño con su tercio, que es de soldados viejos muy buenos. Por la otra cortina que mira al Segre y sus riberas abajo, acometió don Alonso de Villamayor, gran soldado por cierto y de la flor de este ejército. Llevaba por retén el tercio de Zaragoza. Estos llevaban escalas, faginas, muchos instrumentos de garfios para asir las trincheras, y éstos con unas granadas como nueces que, en asiendo, pegan fuego y revientan arrojando cuadrados y balas, con que hicieron mucho efecto. Arrimaron las escalas al fuerte Real, que era muy grande, con sus cuatro baluartes, fosos y escarpas. El primero que subió y entró dentro fué el capitán don Matías Cacho, del regimiento de la guarda, hombre digno de todo premio. Un soldado arrimó otra escala y fué luego a subir por ella. Llegó el maese de campo Pablo de Prada a subir por ella, y el soldado le arrojó, que no le quería dejar subir primero. Díjole:

Oh traidor! ¿A tu maese de campo no dejas subir?

—Dijo él: "Perdone vuestra merced y suba, que no le había conocido"; y queriendo subir otro caballero camarada del maese de campo, lo rechazó el soldado y dijo: "Eso no, suba V. M. después de mí". Y así fué, de suerte que Pablo de Prada con su tercio entró primero, y luego Villamayor, los cuales sin que les mataran un hombre lo gobernaron, haciendo cruel matanza en los franceses. Luego abrieron brecha con las zapas para que entrase la caballería dentro del cordón, y así entró en él el duque del Infantado con 800 caballos y doblaron dentro. Mandó el maese de campo, general Totavilla, que avanzase la infantería abajo a la campaña, gran yerro contra el orden del general, que era por escrito, y yo lo he leído, que se hiciesen fuertes en su fuerte Real y se detuviesen allí; pero con el orden de Totavilla bajaron el regimiento, y con él todos los demás tercios. Estaba el de Villalba, que es el del conde de Castrillo, a un lado del regimiento, cuando llegó el conde de Ancurt, con todo su grueso de caballería y infantería, y acometió como suelen en el primer acometimiento: más que hombres. Con todo le rechazaron, y peleó bien nuestra caballería, y el duque del Infantado se portó excelentemente; pero volviendo a cargar el enemigo, y habiendo herido a don Diego de Villalba, su tercio dió a huir. Con esto el francés, viendo que huyen, avanza, y con esto los demás tercios volvieron las espaldas, y luego la caballería salió toda fuera de las trincheras. El maese de campo general y muchos se echaron por los fosos. Aquí hubo gran matanza en los nuestros; murió el conde de Ouasto portugués, don Carlos de Mendoza; fué herido el conde de Vagos; el marqués de Lorenzana, don Alonso de Villamayor murió atravesado de un arcabuzazo por los riñones, y su sargento mayor don Juan Pacheco fué herido; don Manuel de Bañuelos, don Diego Luján. Murieron tres capitanes de caballos; muchos heridos

y entre ellos el capitán don Miguel de Fuentes, hermano del P. Fuentes, con otros muchos de la infantería. También quedó herido don Rodrigo Niño. Sólo quedó de los maeses de campo Pablo de Prada. Este recogió la gente otra vez al fuerte real con el sargento mayor del tercio de Zaragoza, Daza, grande soldado que salió herido por dos partes. Pablo de Prada se hizo fuerte en el fuerte Real con 1.000 hombres, y porque el mismo Ancurt en persona les acometía a subir por aquella parte que cae adentro y estaba sin foso ni trinchera, sino exento para subir los carros de la artillería y sus caballos, aquí Prada hizo calar las picas y disparó las bocas de fuego; que a toda diligencia hicieron del puesto a un soto pequeño, y de sus mismas barracas, una mala trinchera con que se cubrían algo. Aquí Ancurt puso toda su fuerza en romper la gente y echarla del fuerte, con tal braveza, que se desconfió de poderle sustentar, y así avisó Totavilla al marqués de Leganés, y dió éste orden se retirasen poco a poco y que la caballería los abrigase, no los siguiese el enemigo y los degollase. Comunicóse con Prada si estaba allá con seguridad: dijo que no había que temer, que le diesen otros 1.000 hombres más, que estaba con pocos. Y así entraron otros 1.000 infantes, y el maese de campo de Navarra don Felipe de Agramonte, que peleó bien. Nueve veces los acometió Ancurt y todas le rechazaron, matándole lo mejor de su nobleza y él en tanto peligro que le mataron el caballo. Entonces dos caballeros suyos le retiraron, diciendo que el lugar del general no era donde le matasen, sino donde matase él. Estaba loco de rabia; enviaba un batallón de los suyos con infantería y dábanle una valiente carga los nuestros, matándole muchos, y luego daba las vueltas el batallón y venía otro. Nueve veces chocaron, hasta que tres desmayó su gente y se retiró Ancurt desesperado. Retiróse a su fuerte Real de Villanoveta, y con-

sultó lo que hacían. Resolviéronse que se hiciesen allí fuertes, y que esperasen a que los nuestros avanzasen, y que salidos del fuerte a la campaña volviesen a cerrar como a primera vez, y con eso mezclados entrarían en el fuerte Real y los echarían de allí a los nuestros o, si no, dar la batalla en el campo y degollar nuestra gente.

Esto estaba trazado cuando llegó aviso que el barón de Butier con la caballería de Borgoña estaba dentro por la otra parte con 400 caballos y 400 infantes, pero no eran sino 200 caballos y 150 infantes. El cual barón tenía orden de venir de Fraga y acometer por la otra parte, a las cinco de la mañana. Este venía marchando, y a media legua sintió el ataque a las once; y admirado y confuso dudó de lo que había de hacer, porque decía: "Esto debe de ser arma falsa, y si yo acometo, echo a perder la facción; si acaso es el ataque, que los nuestros están rechazados"; porque sintió la suspensión del pelear, hasta que llegó Ancurt al socorro. Entonces, sintiendo las cargas tan valientes, se determinó él de chocar también. Llegó a la línea; dijéronle: "Qui va là?" Entonces dió su carga, y como eran pocos los que guarnecían, luego huyeron, con que entró en la línea sin contradicción. Había un batallón pequeño, y luego los puso en huída. Con esto pasó las trincheras y contratrincheras, y se entró en la plaza; pasó la puente de piedra y dobló hacia Villanoveta. En esto llegó el aviso de Ancurt que los nuestros habían entrado por la otra parte y que los cortaban. Con esto dijo: "Esto es perdido; retirar a Balaguer". Y puso su gente por la puente de palo que tenía hacia Balaguer, y pasó todo su bagaje. Los nuestros estaban suspensos sin poderle avisar; que si el barón de Butier tuviera aviso de que el enemigo huía, hubiera acudido al puente y le hubiera degollado mucha gente y cogido el bagaje, que es lo que más siente se le fuese.

Por otra parte, creía que los nuestros habían sido rechazados, y estaba en notable cuidado. Al amanecer se vió que el enemigo había huído y cortado la puente de palo; porque no le siguiesen, quemáronles las barcas.

Duró el pelear cuatro horas juntas, dando siempre valientes cargas. Olvidábaseme decir que cuando Prada pidió más gente, entró también el duque del Infantado con 1.000 caballos, y dieron en el tercio de los catalanes que más abajo estaban en escuadrones, y algunos batallones de caballería, y los hicieron huir luego. El cojo del Grogtel tocó arma por Villanoveta, al principio del ataque, y los valones por el cuartel de los catalanes para divertir Ancurt. Llegó éste a la posta a Balaguer con solos 30 caballos. Lleva más de 2.000 heridos y muertos, los mejores y toda la gente particular; vióse bien después ser así, porque todos los muertos, que serían hasta 400, eran blancos como la nieve y más, melenas rubias, mezclados con los caballos, que en mi vida vi espectáculo tan horrendo. Confesé a algunos que aún estaban vivos; otros no querían confesarse, que decían ser de la religión, esto es, herejes. En un instante los desnudaron todos; hasta don Carlos de Mendoza estaba en cueros con dos heridas, una que le atravesaba del cuello al costado, y otra en la cabeza; el conde de Vagos, los mismos nuestros lo pillaron y echaron por el foso.

Son pocos nuestros muertos; no llegan a 100, los heridos hasta 300. Dejó el enemigo toda la artillería, más de 30 cañones, los dos puentes, de barcas y de palo, muchos víveres y municiones. En el fuerte Real que ganaron los nuestros, había tres piezas de artillería que luego cargaron y les hacían grande daño a los franceses. Brito no hizo surtida porque no tenía gente; esto le faltaba, que víveres tenía para cuatro meses más. Antes se le han muerto muchos soldados

de hambre, pudiéndoles dar más onzas, y así perdiera la plaza por sobra de víveres y falta de gente. Hay algunos prisioneros, no muchos, y algunos de cuenta.

Esta es, mi padre, la relación cierta de lo sucedido, para que V. R. dé gracias al Señor y a su Madre Santísima, que en su día se comenzó la pelea y el jueves se ganó la victoria, desagraviándose el Santísimo de tantos agravios como aquí estos sacramentarios le habían hecho públicamente, predicando la Preja en el sitio y aun se dice que en la parte que fueron vencidos.

Al duque del Infantado se debe mucho por la grande instancia que hizo para que se acometiesen las trincheras, y después peleó muy bien, poniéndose en el mayor peligro. Débese la victoria principalmente al valiente Pablo de Prada, y confieso a V. R. que yo tuve alguna parte, de modo que ahora todos los soldados y aun señores, cuando me ven, me llaman el P. de la Victoria. Dióme el Señor su espíritu aquel día para exhortarles y disponerlos, y una voz de clarín. Sea el Señor glorificado por todo, que esto ha sido evidente milagro, porque el enemigo tenía 8.000 infantes y 2.000 caballos, y esto es cierto y lo confiesan todos los prisioneros, y nosotros no teníamos 5.000 infantes y sobre 2.000 caballos, y esto es también cierto; y ellos fortificados de meses, que admira el ver lo que han trabajado.

V. R. mi padre, se acuerde de este su siervo en sus santos sacrificios y oraciones, y comunique ésta ésta con el señor don Fernando, a quien beso su mano, y con el señor don Francisco; y crea V. R. que ésta es cierta y verdadera, y que lo más vi yo, porque estuve exhortando los tercios, así como iban entrando a pelear. Por señas, que dieron dos bal de artillería en el mismo escuadrón donde yo actu mente estaba entonces, y muchas balas de mosqu

que pasaban zumbando. Toda la noche confesé, marchando y cuando hacíamos alto: en mi vida he trabajado más. Sea a gloria del Señor, que me guarde a V. R.—Lérida, y noviembre 24 de 1646.

En este mismo punto he hablado con los prisioneros franceses que están en nuestras aulas, y con un capitán de caballos de ellos, y me asegura que los cogimos durmiendo a todos, y que el de Ancurt estaba en la cama, que pensaban nos íbamos a Flix.

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo 7

El Héroe 19

El Discreto 69

El Oráculo manual 185

Descripción de la batalla de Lérida, 24 de noviembre de 1646 (Carta) 291